



El águila y el dragón

Desmesura europea y mundialización en el siglo xvi

SERGE GRUZINSKI



SERGE GRUZINSKI (Tourcoing, Francia, 1949) es archivista, paleógrafo e historiador de renombre internacional. De sus estancias en Italia, España y México han surgido hondas investigaciones sobre la colonización en diferentes partes del mundo, especialmente de México y la reacción de sus habitantes originarios frente a la conquista española, vertidos en los libros *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI al XVIII* (FCE, 1991) y *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a “Blade Runner” (1492-2019)* (FCE, 1994). En conjunto con Carmen Bernard profundizó en sus reflexiones acerca del continente americano en el libro *De la idolatría. Una arqueología de las ciencias religiosas* (FCE, 1992) y en los volúmenes *Historia del Nuevo Mundo*, tomo I: *Del descubrimiento a la Conquista. La experiencia europea, 1492-1550* (FCE, 1996) y tomo II: *Los mestizajes, 1550-1640* (FCE, 1999). Después de explorar el destino de la capital mexicana en *La ciudad de México: una historia* (FCE, 2004), emprendió una reflexión sobre las formas y los mecanismos del mestizaje en *La Pensée métisse* (1999). Gruzinski es impulsor de los estudios de historia comparada en los que se tratan las conexiones históricas que se formaron durante la conquista ibérica a lo largo del mundo. Es investigador emérito del Centre national de la recherche scientifique de la École des hautes études en sciences sociales.

SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

EL ÁGUILA Y EL DRAGÓN

Traducción
Mario Zamudio

Revisión de la traducción
Fausto José Trejo

SERGE GRUZINSKI

El águila y el dragón

DESMESURA EUROPEA Y MUNDIALIZACIÓN EN EL
SIGLO XVI



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en francés, 2012
Primera edición en español, 2018
Primera edición en libro electrónico, 2018

© 2012, Librairie Arthème Fayard
Título original: *L'Aigle et le Dragon. Démesure européenne
et mondialisation au XVI^e siècle*

D. R. © 2018, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-5798-5 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Hacia el oeste vaga la mirada.
RICHARD WAGNER,
Tristán e Isolda, I, 1

Para Agnès Fontaine

SUMARIO

Agradecimientos

Introducción

- I. Dos mundos tranquilos
- II. La apertura al mundo
- III. Como la tierra es redonda...
- IV. ¿El salto a lo desconocido?
- V. Libros y cartas del fin del mundo
- VI. ¿Embajadas o conquistas?
- VII. El choque de las civilizaciones
- VIII. El nombre de los otros
- IX. Una historia de cañones
- X. ¿Opacidad o transparencia?
- XI. Las ciudades más grandes del mundo
- XII. La hora del crimen
- XIII. El lugar de los blancos
- XIV. A cada cual su posguerra
- XV. Los secretos del Mar del Sur
- XVI. La China en el horizonte
- XVII. Cuando China despierte

Conclusión. Hacia una historia global del Renacimiento

Bibliografía

Índice

AGRADECIMIENTOS

Los miembros del seminario de historia que dirijo en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales de Francia (École des hautes études en sciences sociales) saben lo mucho que debemos a sus preguntas, sus comentarios y sus críticas. No existe investigación histórica que pueda hacerse en el aislamiento y, más que otras formas de historia, la historia global exige la confrontación de las ideas, la unión de las competencias y el encuentro de investigadores venidos de los cuatro rincones del globo. Carmen Bernand, Louise Bénat-Tachot, Alessandra Russo, Alfonso Alfaro, Décio Guzmán, Boris Jeanne, Pedro Gomes, Maria Matilde Benzoni, Oreste Ventrone, Roberto Valdovinos y Giuseppe Marcocci, un puñado de investigadoras e investigadores en ciernes, sea cual fuere su edad, no han cesado de aportar la energía, los horizontes y las confrontaciones imprescindibles para la historia global. Con todo, aun cuando una obra de historia no sea nunca una empresa solitaria, continúa siendo, antes que nada, una aventura individual. La Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales sigue siendo un lugar privilegiado donde se puede salir de los senderos trillados, correr riesgos e imaginar lo que podría ser una disciplina que se pusiese a la cabeza de las ciencias sociales, mostrando que ha aprendido a franquear la barrera del tiempo y las civilizaciones. Agradezco también a Lizeth Mora Castillo, Araceli Puanta Parra y Juan Carlos Rodríguez Aguilar, del equipo editorial del FCE, y a todos los que de una u otra forma colaboraron en el cuidado de la edición en español de este libro.

INTRODUCCIÓN

ANDRÓMACA: —¡La guerra de Troya no tendrá lugar, Casandra!

JEAN GIRAUDOUX, *La guerre de Troie
n'aura pas lieu*, I, 1

Algunos escritores de la primera mitad del siglo xx se internaron en los caminos que nos han llevado de México a China. Hace mucho tiempo, la obra de Jean Giraudoux nos sugirió un título, “La guerra de China no tendrá lugar”, que fue necesario abandonar. Paul Claudel supo resucitar unos mundos que quizás estamos en posición de comprender mejor actualmente. En las jornadas de *Le Soulier de satin* (1929 [*El zapato de raso*]), dialogan unos seres venidos de los cuatro rincones del mundo. “La escena de este drama es el mundo; más concretamente, la España de finales del siglo xvi.” Al “comprimir los países y las épocas”,¹ Claudel no pretendía hacer una obra de historiador, sino sumergirnos en los remolinos de la mundialización. Una mundialización que no era ni la primera ni la última; una mundialización que se llevó a cabo rápidamente en el transcurso del siglo xvi, siguiendo la estela de las expediciones portuguesas y españolas. Como consecuencia, el águila azteca y el dragón chino sufrieron los primeros efectos de la desmesura europea.

Esa mundialización fue un fenómeno diferente de la expansión europea. Esta última movilizó una gran cantidad de recursos técnicos, financieros, espirituales y humanos; respondió a decisiones políticas, a cálculos económicos y a aspiraciones religiosas que se conjugaron, más o menos felizmente, para lanzar a marineros, soldados, sacerdotes y comerciantes hacia todas las direcciones del globo terráqueo, a zonas situadas a miles de kilómetros de la península ibérica. La expansión ibérica provocó reacciones en cadena y, a menudo, incluso choques que desestabilizaron sociedades enteras. Tal fue el caso de América. Mientras tanto, en Asia, tropezó con algo más fuerte que ella, cuando no se hundió en las ciénagas y las selvas de África. La imagen de un progreso

ineluctable de los europeos, ya sea que se exalten las virtudes heroicas y civilizadoras de éstos o que se cubra de oprobio su empresa, es una ilusión de la que es muy difícil deshacerse; proviene de una visión lineal y teleológica de la historia que sigue adherida a la pluma del historiador y a los ojos de su lector.

Lo que es falso de la expansión ibérica lo es aún más de la mundialización, que se puede definir como la proliferación de todo tipo de lazos entre unas regiones del mundo que hasta entonces se ignoraban o se trataban desde muy lejos. La que se despliega en el siglo XVI afecta a la vez a Europa, África, Asia y el Nuevo Mundo, entre los que se establecen interacciones de una intensidad con frecuencia sin precedentes. Un lienzo todavía frágil, lleno de agujeros inmensos, siempre a punto de desgarrarse con el menor naufragio, pero indiferente a las fronteras políticas y culturales, comienza a extenderse alrededor de todo el planeta. ¿Quiénes son los protagonistas de esa mundialización? De buen o mal grado, algunas poblaciones africanas, asiáticas y amerindias participan en ella, pero los portugueses, los españoles y los italianos proporcionan lo esencial de la energía religiosa, comercial e imperialista, al menos en esa época y durante un buen siglo y medio. El servidor chino de *Le Soulier de satin* le espeta a Don Rodrigue, virrey de las Indias: “Nos hemos enredado el uno con el otro y no hay manera de zafarnos”.²

¿Qué es lo que perciben de ella los contemporáneos de la época? Con frecuencia, su mirada es más penetrante que la de los historiadores que se han sucedido para observarlos. Los hombres del siglo XVI, y no sólo los europeos, captan la amplitud del movimiento al que se ven enfrentados y la mayor parte del tiempo lo hacen desde el punto de vista religioso, a partir de perspectivas que la misión les pone delante; pero la mundialización se perfila igualmente en el espíritu de los que son sensibles a la aceleración de las comunicaciones entre las diferentes partes del mundo, al descubrimiento de la infinita diversidad de paisajes y pueblos, a las extraordinarias oportunidades de ganancia que aportan las inversiones proyectadas hacia el otro extremo del globo terráqueo y al crecimiento sin límites de los espacios conocidos y los riesgos confrontados. Nada parece capaz de resistir a la curiosidad de los viajeros, aun cuando a menudo éstos no vayan a ninguna parte sin la cooperación de sus guías y sus pilotos indígenas.

Se puede atribuir el descubrimiento de América o la conquista de México a personajes históricos como Cristóbal Colón o Hernán Cortés. La cuestión es discutible, pero el procedimiento es demasiado cómodo. La distancia de los siglos y, lastre aún más pesado, nuestra ignorancia se confabulan en favor de que aceptemos esos atajos. La mundialización no tiene autor. Responde, a escala planetaria, a los asaltos bruscos y violentos asestados por las iniciativas ibéricas; mezcla historias múltiples cuyos derroteros entrechocan repentinamente, precipitando desenlaces imprevistos y hasta entonces inconcebibles. La mundialización no tiene nada de una maquinaria inexorable e irreversible que se dirija a consumir un plan preconcebido para lograr la uniformización del globo terráqueo.

Por consiguiente, sería falso creer que nuestra mundialización nació con la caída del muro de Berlín; y sería igualmente ilusorio imaginar que es el árbol gigantesco nacido de una semilla plantada en el siglo XVI por manos ibéricas. Sin embargo, por varias razones, parece que nuestro tiempo está en deuda con esa época lejana, si se acepta que la falta de filiación directa o de linealidad no transforma el curso de la historia en una cascada de azares y acontecimientos sin consecuencias. Es en el siglo XVI cuando la historia humana se integra en un escenario que se identifica con el globo terráqueo; es entonces cuando las conexiones entre las partes del mundo se aceleran: entre Europa y la región del mar Caribe a partir de 1492, entre Lisboa y Cantón a partir de 1513, entre Sevilla y México a partir de 1517, etc. Añádase a ello otra razón, que es el meollo de este libro: con la mundialización ibérica, Europa, el Nuevo Mundo y China se convierten en socios planetarios. China y Estados Unidos tienen un importante protagonismo en la mundialización actual; pero ¿por qué y de dónde proviene el hecho de que China y Estados Unidos se encuentren frente a frente en el tablero terrestre? y, ¿por qué, hoy en día, Estados Unidos da muestras de sofocamiento, mientras que China parece estar dispuesta a arrebatarse el primer lugar?

En una obra anterior, *¿Qué hora es allá?*,³ nos interrogamos sobre la naturaleza de los lazos que se tejieron a partir del siglo XVI entre el Nuevo Mundo y el mundo musulmán. Esas regiones se enfrentaban entonces a los primeros efectos de la expansión europea en el globo terráqueo. Cristóbal Colón estaba persuadido de que su descubrimiento proporcionaría el oro con que los cristianos habrían de recuperar Jerusalén y de aplastar el islam. Por su parte, el

Imperio otomano se inquietaba al ver un continente que, desconocido para el Corán y los sabios del islam, estaba librado a la fe y la rapacidad de los cristianos. No se podría abordar el tema de la mundialización, que ha hecho progresivamente del globo terráqueo el escenario de una historia común, sin tomar en consideración lo que ha estado en juego desde esa época entre las tierras del islam, Europa y América. Pero ¿es suficiente? Si la incorporación de una cuarta parte del mundo es el acta de nacimiento de la mundialización ibérica, la irrupción de China en el horizonte europeo y en el americano constituye otra convulsión. El hecho de que ésta haya sido contemporánea del descubrimiento de México, con un puñado de años de diferencia, debió de haber atraído nuestra atención más pronto, pero nuestra mirada, retenida durante mucho tiempo por Mesoamérica, había olvidado que ésta no es el confín del mundo: es, como lo repetían los antiguos mexicanos, su centro.

En el siglo XVI los ibéricos consideraron en dos ocasiones hacer la conquista de China; pero su deseo no se hizo realidad jamás. Para parafrasear el título de la célebre pieza de Jean Giraudoux: “La guerra de China no tendrá lugar”. Después, a destiempo, algunos lo lamentarán, mientras que otros, nosotros entre ellos, reflexionarán lo que nos han enseñado esas veleidades de conquista, contemporáneas de la colonización de las Américas y de la exploración del océano Pacífico. China, el océano Pacífico, el Nuevo Mundo y la Europa ibérica son los protagonistas de una historia que surge de su encuentro y de su enfrentamiento. Esta historia se resume en una fórmula simple: en ese mismo siglo, los ibéricos fracasan en China y tienen éxito en América. Eso es lo que nos descubre la historia global del siglo XVI, concebida como otra manera de interpretar el Renacimiento, menos obstinadamente eurocentrista y, verosímilmente, más en concordancia con nuestro tiempo.

I. DOS MUNDOS TRANQUILOS

Lo que me asusta de Asia es la imagen de nuestro futuro, anticipada por ella. Con la América india, lo que tengo en mucho es el reflejo, incluso allá, de una era en que el espacio estaba a la medida de su universo.

CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *Tristes trópicos*

EN 1520 CARLOS V, Francisco I y Enrique VIII son los astros ascendentes de la cristiandad latina. Carlos de Gante, regente de Castilla desde 1517 y sacro emperador germánico a partir de 1520, nace con el siglo; Francisco I es rey de Francia a partir de 1515, y Enrique VIII, de Inglaterra a partir de 1509.¹ En Portugal, el anciano Manuel el Afortunado todavía tiene fuerzas suficientes para pasar por la vicaría con la hermana del rey Tudor y, frente a sus rivales francés e inglés, junto con Carlos de Gante, alimenta ambiciones oceánicas que proyecten sus reinos hacia otros mundos. En noviembre de 1519 un aventurero español, Hernán Cortés, a la cabeza de una pequeña tropa de soldados de infantería y miembros del cuerpo de caballería, hace su entrada en México. En mayo de 1520 una embajada portuguesa, de efectivos aún más modestos, penetra en Nanking; en esta ciudad el embajador Tomé Pires es recibido por el emperador de China, Zhengde.² Ciertas fuentes coreanas señalan la presencia de portugueses en el entorno imperial, donde, afirman, tienen a su disposición los servicios de un guía y un intérprete, el mercader musulmán Khôjja Asan.³ En México y durante la misma época Hernán Cortés se encuentra con Moctezuma, cabeza de la Triple Alianza o, si se prefiere, el “emperador de los aztecas”.

LOS DOS EMPERADORES

Zhengde, primero. En Pekín, en junio de 1505, Zhu Houzhao sucede a su padre, el emperador Hongzhi, con el nombre imperial de Zhengde. Habiendo ascendido al trono a los 14 años de edad, el décimo emperador Ming desaparecería en

1521.⁴ Los cronistas hablaron mal de su reino; de creerles, Zhengde abandonó los asuntos de Estado para entregarse a una vida de placer: prefería dedicarse a viajar fuera de La Ciudad Prohibida, dejando que sus depredadores eunucos amasaran fortunas.

En realidad, Zhengde también era un guerrero que se esforzaba por escapar a la tutela de la alta administración para reanudar la tradición de apertura, por no decir de cosmopolitismo, de la anterior dinastía mongola, los Yuan. Pasaba la mayor parte del tiempo fuera de su palacio, pues gustaba de rodearse de monjes tibetanos, clérigos musulmanes, artistas venidos de Asia central y guardaespaldas yurchen y mongoles, cuando no frecuentaba las embajadas extranjeras de paso por Pekín. Según parece, incluso prohibió la matanza de cerdos para mejorar las relaciones con las potencias musulmanas del Asia central. En 1518 y 1519 Zhengde encabeza personalmente unas campañas militares en el norte en contra de los mongoles y, en el sur, en la provincia de Jiangxi. En 1521 decide someter a un príncipe rebelde y lo hace ejecutar en Tongzhóu. Su imagen no se ennoblece por ello; tal es al menos la impresión que dejan las crónicas oficiales y las gacetas publicadas a su muerte, las cuales coinciden en hacer de su reino una época de trastornos y decadencia (*moshí*). Éxodo de campesinos hacia las minas y las ciudades, ascenso de los advenedizos, debilitamiento de las tradiciones, “avasallamiento de las costumbres locales a causa de los cambios”,⁵ acciones perpetradas por la administración, malestar y agitación de la clase baja, auge del contrabando con los japoneses: el balance que hace la historia oficial no es nada brillante; ello sin contar las catástrofes naturales —la inundación y la hambruna de 1511—, que no se duda en cargar a la cuenta de la crisis que golpea a la sociedad. Pero no a toda la sociedad: al mismo tiempo, ya se han dejado de contar las fortunas nuevas, la producción aumenta en todas partes y el comercio internacional es más próspero que nunca.⁶

En 1520, durante el transcurso de una crisis de embriaguez, el amo de China resbala de la barca imperial a las aguas del Gran Canal, la arteria principal que une el norte con el sur del país. La fiebre o la neumonía que contrae después de ese baño forzado se lo llevará al año siguiente, un 20 de abril, a la edad de 30 años. El agua glacial ha causado su muerte y, como es el elemento del dragón, los cronistas piensan que los dragones son los responsables de su fin.⁷ Meses

antes, unas criaturas extrañas parecen haber trastornado la calma de las calles de Pekín; atacaban a los transeúntes, a los que herían con sus garras. Recibían el nombre de “aflicciones sombrías”.⁸ El ministerio de la Guerra se encargó de imponer el orden y los rumores se disiparon. Zhengde, que siempre había mostrado curiosidad por las cosas extranjeras, se encontró con los portugueses de la embajada poco antes de su muerte; pero, en la mente de sus contemporáneos y de sus sucesores, el episodio carece de importancia. No le ha de valer el renombre póstumo y trágico que se atribuirá a la persona del tlatoani de México-Tenochtitlan, Moctezuma Xocoyotzin. *Kingdom and the Beauty*, una película rodada en 1959, en plena época comunista, no bastará para inmortalizar las extravagancias de un soberano que se disfrazaba de hombre del pueblo para dar rienda suelta a sus placeres.

De Moctezuma Xocoyotzin se saben muchas y pocas cosas. En su caso, el tono cambia. El universo azteca nos es todavía menos familiar que el mundo chino y se rodea de un velo que siempre será trágico. De Moctezuma Xocoyotzin, los indios, los mestizos y los españoles nos dejaron retratos distorsionados y contradictorios: había que encontrar, costare lo que costare, las razones del hundimiento de los reinos indígenas o magnificar las proezas de la conquista española.⁹ Nieto y sucesor de Ahuízotl (1486-1502), Moctezuma nace hacia 1467. Es un hombre de edad y experiencia: ya ha doblado el cabo de la cincuentena a la llegada de Hernán Cortés. Noveno tlatoani, reina de 1502 a 1520 sobre los mexicas de México-Tenochtitlan; también domina Texcoco y Tlacopan, sus socios de la Triple Alianza —las “tres cabezas”—. La tradición occidental lo hizo el emperador de los aztecas.

Los cronistas le atribuyen virtudes guerreras que se habrían manifestado desde los comienzos de su reinado, aunque no parece haber recurrido a ellas en contra de los conquistadores. Según suponen, habría reforzado su dominio sobre las élites nobiliarias y reorganizado los grupos de poder, destituyendo a una parte de los servidores de su antecesor; habría modificado el calendario (un gesto cuya importancia se examinará más adelante) y conducido muchas campañas contra los adversarios de la Triple Alianza, con un éxito moderado. El fracaso que debió soportar en Tlaxcala (en 1515) demuestra que en verdad no era necesario ser español, poseer caballos y contar con armas de fuego para hacerle frente. Como su colega chino, el emperador Zhengde, mantenía una jaula repleta de

animales exóticos; y, también como él, apreciaba a las mujeres. El cronista Bernal Díaz del Castillo confirma que “no cometía sodomía”, pues los españoles siempre tenían necesidad de sentirse tranquilos a ese respecto. Moctezuma pereció ejecutado por los indios o por los españoles. En las historias redactadas después de su muerte su reino está henchido de malos presagios que los “sacerdotes de los ídolos” habrían sido incapaces de descifrar y que posteriormente se asociarían a la conquista española. Su lamentable suerte inspirará películas y óperas;¹⁰ y le valdrá, a diferencia de lo ocurrido con Zhengde, un lugar imperecedero en la historia occidental y en el imaginario europeo.

Nada de común hay entre esos dos emperadores, a no ser porque los dos se encuentran implicados en la misma historia. En noviembre de 1519 Moctezuma recibe a los españoles en México; unos meses más tarde, Zhengde conoce a los portugueses en Nanking. Pero antes de volver sobre esa coincidencia, unas palabras sobre lo que representaban China y México en los albores del siglo XVI.

LA CHINA DE ZHENGDE Y EL MÉXICO DE MOCTEZUMA

En 1511 los portugueses toman Malaca y los españoles se apoderan de Cuba. Ese mismo año, las flotas ibéricas se encuentran a poca distancia de dos gigantescos icebergs, cuya cara emergida están a punto de descubrir. Durante algunos años, China y México escapan todavía al frenesí expansionista que anima a las coronas ibéricas y a sus súbditos.

Las dos regiones nada tienen en común entonces, desde luego, salvo el destino de ser las próximas en la lista de los descubrimientos... o de las conquistas españolas y portuguesas; y, sobre todo, la particularidad —a los ojos de nosotros, los europeos— de ser el fruto de historias milenarias que se han desarrollado apartadas del mundo europeo mediterráneo. China y México han seguido dos trayectorias extrañas tanto al monoteísmo judeocristiano como a la herencia política, jurídica y filosófica de Grecia y Roma, sin por ello haber vivido nunca replegados sobre sí mismos. Pero, a diferencia de las sociedades amerindias que se han edificado sin relación de ningún tipo con el resto del globo, entre el mundo chino y el Mediterráneo han existido contactos muy

antiguos (a través de la famosa ruta de la seda). Por consiguiente, no se debe olvidar que China no ha cesado de establecer intercambios con una parte de Eurasia, aun cuando sólo fuese para acoger el budismo hindú, dejándose penetrar desde hace siglos por el islam o compartiendo una resistencia inmunitaria que, en el momento del choque, hará cruelmente falta a los pueblos amerindios.

¿Qué son China y México en el decenio de 1510-1519? Mientras que China es un verdadero imperio (aun cuando algunos hayan preferido hablar del mundo chino),¹¹ el México antiguo no tiene nada de un conjunto políticamente unificado. Los arqueólogos dan preferencia a la idea, más vasta, de Mesoamérica, ya que la idea de México remite a una realidad nacional surgida en el siglo XIX, completamente anacrónica respecto a la época en que estamos situados. Por lo demás, no se trata en este caso de comparar China y México, sino de esbozar rápidamente un estado de las cosas en vísperas de la llegada de los ibéricos, para encontrar claves que aclaren las reacciones de los chinos y los mexicanos ante la intervención europea; en particular, en las esferas que resultan cruciales cada vez que se produce un choque de civilizaciones: la capacidad para desplazarse rápidamente por tierra y agua, el arte de acumular la información y hacerla circular, el hábito de operar a escala continental e intercontinental, la facultad de movilizar recursos materiales, humanos y militares ante lo imprevisto y lo imprevisible, la propensión a imaginarse el mundo. Esas competencias, en parte técnicas, en parte psicológicas e intelectuales, serán todas factores de la expansión de los ibéricos: sin el capital, los navíos, los caballos, las armas de fuego y la escritura no habría sido viable expansión lejana alguna, con todo lo que implica el envío de hombres y material, de apoyo logístico, de campañas de información y espionaje, de operaciones de extracción y transporte de las riquezas y, algo que se olvida demasiado, de creación de una conciencia-mundo.

Toda recapitulación de los hechos deja siempre insatisfacción, y el ejercicio nos sume todavía más en ese estado en el caso de Mesoamérica, porque, en el terreno de la memoria, la China y el México antiguos no se parecen en nada; aun cuando el aflujo repentino de españoles en su nueva conquista inspiró una plétora de relaciones y descripciones, los tiempos prehispánicos siguen siendo ampliamente opacos para nosotros, a pesar de los avances en ocasiones notables de la arqueología. Los antiguos mexicanos no tenían escritura en el sentido

clásico de la palabra, los chinos escribían desde al menos 3 000 años antes; lo cual significa que las fuentes chinas abundan, mientras que, del lado americano, el historiador debe contentarse con testimonios europeos o con un puñado de relatos indígenas y mestizos que la conmoción de la conquista y las restricciones de la colonización han distorsionado sin remedio. Los mundos indígenas del siglo XV se nos escapan verosímilmente para siempre; el mundo chino todavía nos habla, y nos hablará probablemente cada vez más.

ZHŌNGGUÓ

Zhōngguó, el “país del medio” o “reino del centro”... Frente al Nuevo Mundo y al resto del mundo, la China imperial rompe marcas de antigüedad: el Imperio chino se remonta al tercer milenio antes de la era cristiana con la dinastía Xia, mientras que los imperios mexica e inca, para sólo hablar de los gigantes del continente americano, totalizan apenas un siglo de existencia en el momento de la conquista española. Tanto la continuidad como la antigüedad, el gigantismo de China, sus recursos humanos —más de 100 millones, quizá 130 millones de habitantes—¹² y sus incalculables riquezas, habrían de ser descubiertas, con estupefacción, por los ibéricos, quienes tendrían el placer innegable de oírse contar antes de repetirlo al resto de Europa.

El Imperio chino es, ante todo, una colosal maquinaria administrativa y judicial, echada a andar desde hace siglos, que controla al país por medio de una nube de mandarines, eunucos, magistrados, inspectores, censores, jueces y jefes militares, si bien es cierto que, salvo en el caso de las fronteras septentrionales y de las costas, el ejército sólo tiene una función secundaria. La maquinaria se renueva sobre la base de concursos de reclutamiento que garantizan la continuidad del poder entre la corte de Pekín, las capitales de provincia y los escalones más bajos del Imperio. Nada de nobleza guerrera ni de grandes señores, sino una clase formada por los hidalgos (la *gentry*), proveedora de letrados que, a fuerza de éxitos en los concursos y de apoyos familiares o regionales, emprenden un ascenso a cuyo término un puñado, los más dotados y los mejor apoyados, se encontrará en la capital imperial. Los 20 000 altos

funcionarios de la burocracia confuciana y los 100 000 eunucos pueden dar la impresión, vistos desde Europa o México, de una administración numerosísima.

En realidad, la China del siglo XVI sigue siendo un monstruo con un contingente muy insuficiente de funcionarios.¹³ Como en toda administración, la corrupción inyecta aceite en los engranajes ahí donde el control imperial, demasiado lejano, demasiado lento o demasiado esporádico, se muestra ineficaz; alcanza las cimas más altas en las costas meridionales, que obtienen una gran parte de su prosperidad del comercio con el extranjero, con el que los portugueses tendrán una fructuosa experiencia. Nadie es perfecto: el desbarajuste, las revueltas y el bandolerismo impiden idealizar la burocracia celeste, pero se debe reconocer que en ese entonces es la única del planeta que puede tener bajo control una población y unos espacios tan considerables. A esa burocracia se enfrenta el poder del emperador: las libertades que éste se toma con los rituales y las prácticas de la corte, sus veleidades militares, su curiosidad por los mundos extranjeros y sus ambiciones universales les disgustan a los letrados de la administración, apegados a otros valores.

Con todo, China es también un mundo de grandes mercaderes: cereales, sedería, sal, té y porcelana. La saturación creciente del Gran Canal, eje esencial del comercio entre el norte y el sur, es prueba de la intensidad de los intercambios.¹⁴ Al final del siglo XVI los mercaderes refuerzan su posición frente a los hidalgos, que ven con malos ojos a esos advenedizos: sus actividades invasoras trastocan los principios de la moral confuciana, porque prefieren los riesgos y los compromisos del mercado al mundo estable, ordenado y sano del campo. Pero el modelo antiguo sigue estando todavía tan arraigado que se impone a esas clases nuevas. Los mercaderes de Guizhou, grandes exportadores de cereales y té y felices beneficiarios del monopolio de la sal, se esfuerzan por mejorar su imagen aferrándose al universo de los letrados y los altos funcionarios.¹⁵ Por su parte, los hidalgos casi no pueden resistirse a los productos de lujo —porcelana antigua, plantas y frutos exóticos— que importan, frecuentemente desde muy lejos, esos prósperos negociantes. La tentación es tanto más fuerte cuanto que el hecho de coleccionar o consumir cosas raras y preciosas siempre ha sido una necesidad entre los miembros de la aristocracia de hidalgos. Se comprende que la curiosidad que despierten los extraños objetos

introducidos por los ibéricos influirá en el establecimiento de lazos con los europeos y, por ende, en el contacto entre los mundos.

El comercio, el correo y las tropas se benefician de la red de caminos, del sistema de postas y del conjunto de canales y puentes de una densidad y una eficacia sorprendentes para la época; cuando se los compara con lo que ofrece la Europa de ese tiempo. Caballos, andas y chalanas de fondo plano recorren el país. La condición de los caminos y la cantidad de puentes —de piedra tallada o flotantes— fascinarán a los visitantes europeos, que no podrán creer lo que vean;¹⁶ y lo desarrollado de la agricultura los asombrará igualmente: campos en los que se pierde la vista, ni un centímetro de tierra sin cultivar y miríadas de campesinos trabajando laboriosamente en los arrozales.

El desarrollo de la agricultura y de las técnicas se beneficia del auge y la difusión del libro impreso, particularmente notables a finales del siglo xv, cuando la publicación ya ha llegado a ser una empresa muy lucrativa, y las imprentas, como el taller Shendu, en la provincia de Fujian, transmiten la imagen de un país dinámico y, en muchos ámbitos, más “adelantado” que la Europa cristiana. Es el *boom* de la imprenta el que facilita la impresión y reimpresión de obras modelo, el canon confuciano, textos normativos como el Código Ming y las ordenanzas del mismo nombre, al igual que las historias imperiales; éxito que se explica también por la difusión de la lectura. No se puede evitar pensar en la irrupción de las obras impresas en la Europa del siglo xv, con la excepción de que en China el texto impreso, “que permite abarcar el mundo desde el lugar donde uno se encuentre”,¹⁷ no tiene nada de novedad ni de conquista reciente y de que, desde hace siglos, se ha adaptado a una oralidad todavía predominante. Esta revolución se remonta a un tiempo muy anterior al de los chinos del siglo xvi. El escrito es la punta de lanza de una administración imponente para la época, y alimenta una intensa reflexión filosófica, pero también sirve a las mentes, en ocasiones contestatarias, que, desde lo profundo de las provincias, expresan opiniones y reacciones ante las cosas del mundo. Las gacetas florecen por todas partes, propagan las noticias, divulgan las técnicas y los conocimientos, ponen en relación las diferentes regiones del Imperio y llevan la cuenta de los vuelos de los dragones heraldos de catástrofes.

Hablar del “pensamiento chino” lleva invariablemente a generalidades que distorsionan la diversidad de las corrientes y la originalidad de las innovaciones.

Desde los inicios del siglo xv, los candidatos a los exámenes tienen a su disposición compilaciones de textos neoconfucianos, cuyo contenido se espera que asimilen perfectamente. Esos escritos, como la *Gran suma de los cuatro libros*, nutren un pensamiento ortodoxo heredado de los Song que, difundido a la escala del Imperio, orientará la reflexión de los miembros de la burocracia hasta los albores del siglo xx. No obstante, sería un error imaginar una esfera intelectual exclusivamente aferrada al universo de los clásicos. La ortodoxia confuciana se encuentra también con las influencias del budismo, se cruza con tendencias quietistas que privilegian la experiencia interior del espíritu a expensas de la vida exterior, soporta derivas heterodoxas introducidas por las transformaciones sociales de la época. La cultura de los eruditos y la cultura popular tienen lazos, como en todas partes, mientras que las corrientes sincretistas mezclan confucianismo, taoísmo y budismo con la idea de que esas tres enseñanzas son sólo una.¹⁸ Es la primacía acordada a la experiencia espiritual sobre el *corpus* doctrinal lo que parece explicar esos fenómenos de convergencia y la fluidez de las tradiciones religiosas.

Algunas figuras fascinantes se destacan en el horizonte intelectual. Wang Yangming (1472-1529) es una de las más notables y su pensamiento domina el siglo xvi chino: pone el acento en la intuición individual e insiste en el predominio del espíritu, porque el espíritu es primero por ser la unidad: “El espíritu del Santo concibe el Cielo-Tierra y a los diez mil seres como un solo cuerpo. A sus ojos, todos los hombres del mundo —sin importar que sean extranjeros o familiares, lejanos o próximos, siempre que tengan valor y aliento — son sus hermanos, sus hijos”; por lo tanto, hay que “formar un cuerpo con los diez mil seres”. Íntimamente convencido de que “conocimiento y acción son sólo uno”, Wang Yangming predica asimismo la necesidad de un pensamiento comprometido.¹⁹ Otras corrientes reaccionan a la ortodoxia confuciana buscando la unidad del lado del *qi* (*chi*) y sosteniendo que no hay nada más en este mundo que energía (Wang Tinxiang, que muere en 1547); incluso hacen su aparición tendencias más radicales en torno a un personaje como Wang Gen (1483-1541), fundador de la escuela de Taizhou, donde el estudioso se entrega a la libre interpretación de los textos confucianos. Las tierras chinas no tienen gran cosa que envidiar a la Europa de Erasmo y de Lutero.

ANÁHUAC

En chino, “China” puede decirse *Hai nei*: “Entre los [cuatro] mares”. En náhuatl, la lengua de los aztecas y el centro de México, la tierra indiana se llama *Anáhuac*, es decir, “Cerca del agua”. La idea de un continente rodeado de agua se retoma en las expresiones *cemanahua/cemanahuatl*, “el mundo entero, el mundo que va hasta su fin”, como si China y México se hubiesen puesto de acuerdo. *Uey atl*, la “Gran agua”, que designa el océano y, también, a los espectros,²⁰ delimita el mundo emergido de los antiguos mexicanos; detrás de sus muertos y de su muralla de agua infranqueable, el Anáhuac era otro mundo tranquilo.

No por mucho tiempo. En 1517 los españoles que habían zarpado de Cuba empiezan por bordear las costas del golfo de México. Desde sus naves, descubren la tierra continental que los historiadores bautizaríamos con el nombre de Mesoamérica y que entonces abriga un mosaico de pueblos con lenguas, historias y culturas distintas. La región no tiene nada que envidiar a China en antigüedad, pero sus lazos con el pasado son mucho más fragmentados. Para las poblaciones que se aprestan a acoger a los españoles, la gran ciudad de Teotihuacan, contemporánea del apogeo del Imperio romano, se pierde en las brumas del olvido, y los recuerdos, según el lugar, ofrecen interpretaciones muy diversas de un patrimonio común: maya en Yucatán, zapoteca y mixteca en la región de Oaxaca, nahua en el valle de México. No sólo la inexistencia de la escritura de tipo alfabético o ideográfico complica todo intento de orientación histórica, sino que las poblaciones nahuas que llegaron a establecerse en el altiplano a partir del siglo XII aportaron otros recuerdos, borrando en parte a las que las habían precedido. Por eso, los mexicas hicieron todo por presentar la fundación de México-Tenochtitlan como una fundación *ex nihilo*, a pesar de que ya vivían otros grupos en el lugar.

A ello se añade una relación con lo que llamamos el tiempo que no tiene nada que ver con la nuestra, porque recurre a recuerdos que producen el pasado dando preferencia a los ciclos y las repeticiones sin descartar perspectivas más lineales. Dos Moctezumas reinaron en México-Tenochtitlan, el primero a mediados del siglo XV, y el otro en el momento de la invasión española. Asombrosamente, la historia del segundo hace pensar en la del primero, como si

los historiadores se hubiesen dedicado a amplificar las analogías, en lugar de despejar las particularidades. Dado que la memoria cíclica multiplica los efectos de espejo y de duplicación, elude la reconstitución de los hechos a la que nos ha acostumbrado la historia occidental; de ahí que la imagen del pasado tal como la entendemos resulte irremediabilmente enturbiada. A esa manera de pensar, puede uno imaginarlo, le cuesta trabajo enfrentar lo imprevisto y lo impensable en su singularidad absoluta, como será el caso de la irrupción de los ibéricos; por el contrario, tenderá a reducirlos a modelos probados, sin disponer, como el poder chino, de una experiencia milenaria de las relaciones con el extranjero: la dinastía Ming no olvidaba jamás que se había construido con base en la expulsión de los mongoles que habían invadido y sometido la China de los Song.

La diversidad que caracteriza a Mesoamérica se refleja en su fragmentación política. En los comienzos del siglo XVI una coalición establecida en el centro del país, la Triple Alianza, reúne bajo la égida de México-Tenochtitlan y de los mexicas —los aztecas para nosotros— varias ciudades-Estado de cultura nahua que dominan una gran parte del altiplano; pero los nahuas de la Triple Alianza están lejos de ser los únicos que se reparten el espacio mesoamericano: los purépechas al noroeste, los mixtecos y zapotecas en el sur, los totonacas en el este, los otomíes y otros más con ellos resisten a la Triple Alianza, mientras que, en la península de Yucatán, los herederos de las grandes sociedades mayas son los primeros en entrar en contacto con los españoles. México-Tenochtitlan, la capital de los aztecas, con entre 200 000 y 300 000 habitantes, es una de las ciudades más pobladas del globo, pero no es la única en el altiplano: Texcoco, Cholula, Tlaxcala y algunas otras son centros religiosos, políticos y económicos cuya vitalidad sorprenderá a los invasores.

Mientras que China mantiene una colosal maquinaria administrativa que opera sobre un territorio relativamente unificado, el Imperio azteca nada tiene de imperio, salvo el nombre que le hemos dado. En gran medida, como se verá, es una creación de Hernán Cortés y de la historiografía que se inspiró en ella. En todas partes se exageraron las cosas para dar más lustre a la victoria española o hacer más conmovedora la tragedia indiana. En realidad, México-Tenochtitlan y sus aliadas imponen su autoridad a golpe de incursiones y expediciones depredadoras que no siempre son exitosas. A falta de caminos y animales de tiro, la extensión continua de su zona de influencia se paga con el debilitamiento del

control político y económico que la Triple Alianza está en condiciones de ejercer.²¹ Dominar no significa desposeer sistemáticamente al adversario de su poder, de sus recursos y de sus dioses, sino extraer tributo de él y exigirle prendas de fidelidad; es decir, rehenes. Los vencedores no buscan transformar a los vencidos, mientras que los chinos buscan desde hace mucho tiempo la “sinización” de los grupos no pertenecientes a la etnia han y los ibéricos se preparan para occidentalizar a los amerindios. Nada prueba que los mexicas hayan elegido deliberadamente esa forma de imperio de poco costo, sin ocupación en profundidad ni integración política; pero sí la han desarrollado con el propósito de extraer de ella los máximos beneficios, pillando de improviso a la mayoría de las poblaciones de la región, aliadas o enemigas. Los vencedores españoles, por su parte, impondrán otras reglas del juego.

La administración “imperial” reposa fundamentalmente en los representantes de la Triple Alianza reclutados de entre las filas de la nobleza, los *calpixqueh*, encargados en cada región y en una cuarentena de capitales provinciales de recaudar los tributos.²² Localmente, operan recaudadores, o *tequitlahtoh*, que a su vez dependen de los *calpixqueh* de los escalones superiores. Una parte de los tributos desemboca en México, mientras que el resto sirve para mantener las guarniciones estacionadas en las provincias. Nada que ver con el enjambre de mandarines, jueces, militares y agentes aduanales a los que se enfrentarán en todas partes los portugueses.

En México los guerreros desempeñan una función muy importante y la fuerza de su intervención constriñe regularmente a los otros señores a entregar tributos y cautivos a la capital mexica y sus aliados. Es fácil imaginar que en ese dominio los invasores españoles, que son ante todo gente de espada, se sentirán menos desorientados que como se habrían sentido frente a las escuadras de administradores letrados. Añádase a ello que el combatiente indio no es el combatiente español: la ética nahua da preferencia al combate singular y la toma de cautivos; e impone un individualismo enconado que mantiene un espíritu de rivalidad frenética incluso cuando se está en el mayor de los peligros en el campo de batalla. Al guerrero, y únicamente a él, corresponde encontrar la manera de triunfar sobre su adversario y no olvidar que todo abandono es sancionado con la muerte.²³ La obsesión por la conservación del rango y por los privilegios por ganar o conservar —que en ocasiones lleva al grado de hacer

trampa— prácticamente no favorece las operaciones colectivas, en las que la coherencia del grupo se habría impuesto sobre la valentía de los individuos. La mirada despiadada del otro, dispuesto a denunciar la infracción más trivial,²⁴ si acaso no fue exagerada por las fuentes coloniales, sugiere una rigidez en el seno de las élites militares poco compatible con el surgimiento de situaciones imprevistas.

Es cierto que esos bellos principios están lejos de ser aplicados al pie de la letra: los enfrentamientos con los españoles revelarán inmediatamente a unos indios mucho más libres de decidir sus movimientos y de elegir sus propias tácticas. En primer lugar porque no existe un ejército fijo: México y sus aliados reúnen contingentes de hombres que combaten de una manera más o menos coordinada contra los pueblos en rebelión o los enemigos tradicionales. Ahora bien, es sorprendente observar que estos últimos constituyen focos de insumisos en el corazón mismo de la zona de influencia de la Triple Alianza, como es el caso de los tlaxcaltecas. Esta particularidad se explica por los límites que toda intervención alcanza rápidamente. El menor desplazamiento de tropas plantea problemas de logística: no existe otro medio de locomoción que no sean las piernas y, en todas partes, se encuentra el obstáculo de la aspereza del relieve. La carga a lomo de hombre impone muchas restricciones: se requiere siempre al menos un portador por soldado para que el material y los víveres puedan seguir el avance del cuerpo expedicionario; por el peso de los hábitos y, también, por la falta de caminos transitables, los tamemes sobrevivirán a la conquista española hasta que las bestias de carga los reemplacen.

En las comarcas donde, a diferencia de China, los caminos, canales y ríos son prácticamente inexistentes, la fuerza de disuasión que se moviliza para cada guerra sigue siendo limitada y los medios de presión sobre los vencidos son muy relativos. Nada que se asemeje a un lento proceso de integración de los pueblos conquistados, sino llamamientos periódicos al orden, combinados con la decapitación de las élites enemigas, sacrificadas sistemáticamente en los altares de México-Tenochtitlan. En todo momento, la intrusión de un nuevo actor tiene la capacidad para poner en tela de juicio la relación de fuerzas favorable a la Triple Alianza y hacer vacilar la hegemonía mexicana. Por consiguiente, ésta se encuentra a merced de la exacerbación de los particularismos que hacen estragos de un extremo a otro del altiplano: los tenochcas han humillado a sus vecinos

inmediatos de Tlatelolco y éstos les pagan con la misma moneda, los aliados de Texcoco ven con malos ojos la soberbia de México-Tenochtitlan, los nahuas de Tlaxcala se baten desde hace generaciones contra los del valle de México y los purépechas de Michoacán impiden siempre que puedan el avance de la Triple Alianza hacia el noroeste.²⁵ Recientemente establecidos en el valle de México, los mexicas tienen que hacer la guerra para imponer su legitimidad, superar el resentimiento de sus aliados y oponerse a sus adversarios tradicionales o potenciales.

Entonces, ¿“Imperio mexica” o castillo de naipes? Guardémonos de proyectar con demasiada fuerza el destino destrozado de los mexicas sobre sus últimos años de esplendor. Es posible que otras circunstancias hubieran consolidado su posición y algún día, quién sabe, dar origen a un imperio digno de ese nombre...

Paradójicamente, las mayores amenazas, reales o consideradas como tales, se encuentran en pleno corazón del Imperio y no en las fronteras lejanas, para no hablar de las costas. La ciudad de Tlaxcala, aproximadamente a 200 kilómetros de México, opone resistencia a la coalición, mientras que ninguna potencia de suficiente talla para rivalizar con la Triple Alianza se ha desarrollado al norte o al sur de su zona de influencia. Menos aún hay flota enemiga alguna, eventualidad que correspondía al orden de lo impensable para los antiguos mexicanos, independientemente de su origen. Su concepción del mundo la excluía: se imaginaban que la Tierra era un disco o un rectángulo, dividido en cuatro partes rodeadas de un mar gigantesco, cuyos extremos se levantaban para sostener la bóveda celeste. La defensa y el ataque mexicas han sido concebidos para hacer frente a unos adversarios cercanos, no para rechazar a un *extraño* surgido de las aguas marinas.

Como en China, nuestra categoría de religión, la distinción entre lo profano y lo sagrado y la noción misma de la divinidad no hacen sino oscurecer las creencias, los mitos y los ritos de los antiguos mexicanos. Los usos académicos incitan a aplicar todos esos términos a unos comportamientos y formas de conciencia que nos cuesta mucho trabajo comprender; y, por lo general, nos impiden ponerlos en tela de juicio y explican el estancamiento de las interpretaciones al que pocos autores escapan.²⁶ Es en su relación con el tiempo que las sociedades mesoamericanas intentan fundamentalmente dominar su

destino y generar el sentido que dan al mundo; un tiempo que, como cabe repetir, es irreductible al nuestro.

Se requiere saber ganar tiempo para rechazar el fin del universo; y esa tensión constantemente mantenida es lo que anima la práctica omnipresente del sacrificio humano en un cumplimiento escrupuloso de los ritos fijados por el calendario *Tonalpohualli*. No hay dogma, por supuesto, no más que en China, y aún menos, ortodoxia. La inexistencia de textos canónicos, ya fuere en el sentido chino, judeocristiano o musulmán, ¿explica la aparente inexistencia de derivas religiosas y el silencio de las fuentes? ¿O bien la discreción de los informantes indígenas nos disimula los debates que pudieron haber surgido en el seno de los Calmecac, quizá menos sobre el fondo de las cosas que sobre la oportunidad de los ritos, la preeminencia de tal o cual dios, la interpretación del calendario adivinatorio y la exactitud de los cálculos destinados a garantizar su rectitud absoluta? ¿No guardan los relatos y las interpretaciones contradictorias que inspiran la figura del dios Quetzalcóatl la huella de disidencias dramáticas que pudieron haber desembocado en la ruptura, el exilio o el suicidio? En todo caso, las variantes que es posible observar en las tradiciones que han sido conservadas hasta nuestros días revelan la diversidad de los puntos de vista; y nos enseñan también que, por lo general, la expresión de los particularismos pasa por el culto de un dios fundador que se opone a las divinidades de los alrededores.

La misma vaguedad se da en torno a las reglas de lo cotidiano. Una ética despiadada parece haber regido las relaciones en el seno de la familia y el grupo, pero la descripción a menudo admirativa que hacen de ellas los frailes españoles plantea más de una interrogante: fascinados por la austeridad, por no decir el rigor puritano de lo que todavía podían observar, preocupados por salvar algunos jirones de la herencia de los vencidos, ¿no reinterpretaron las normas y los comportamientos indígenas de tal manera que fuesen comprensibles, aceptables e incluso compatibles con la nueva fe cristiana?²⁷

Menos de un siglo más tarde, los jesuitas instalados en China idealizaron de la misma manera las costumbres locales y se lanzaron a una empresa del mismo género, con el propósito de separar el buen grano —la ética confuciana—, de la cizaña, las creencias, las “supersticiones” del pueblo común y la “idolatría” de los bonzos; pero los chinos supieron resistir a esa limpieza, mientras que los indios de México no tuvieron esa opción: habrían de llegar a ser, no siempre a

pesar suyo, la primera cristiandad del continente americano. En todo caso, ya sea en China o en México, los testimonios de los letrados de ambos imperios nos espentan imágenes e ideales demasiado coherentes: no es fácil percibir lo que realmente ocultan.

DOS UNIVERSOS DE PENSAMIENTO

Ahora bien, ¿se puede hablar de “letrados”, si el Anáhuac está habitado por sociedades sin escritura o, más precisamente, sin escritura alfabética o ideográfica, porque esos sistemas de pictografías combinados con el uso de un soporte de corteza de amate o de piel sirven para consignar una vasta gama de informaciones, en especial para elaborar esos calendarios cuya consulta tiene un peso decisivo en la organización de la sociedad y en la manera como ésta hace frente a la existencia en la tierra (el *Tlalticpac*)?

En ese caso, no se trata de representar algo: se extraen de lo visible y de lo invisible unas parcelas que son organizadas y fijadas en colores sobre lo que ahora llamamos impropriamente códices y los españoles llamaban “pinturas”. A falta de textos escritos para copiarlos, meditar al respecto y glosarlos, se confiere a la imagen una importancia excepcional en comparación con lo que la cristiandad latina o la china conciben como tal. Pero esa imagen no funciona conforme al modo de la representación, porque es del orden del *ixiptla*: a todas las escalas, hace palpable y presente lo invisible, bajo la forma policroma de los grandes códices, en la perspectiva monumental de la arquitectura o a través del impacto multitudinario de las ostentaciones rituales que envuelven regularmente a las grandes ciudades.

Del Gran Templo a las calzadas y los canales, la oleada periódica de los dioses, los sacerdotes y los cautivos y la práctica rutinaria del sacrificio humano —concebido como alimento y ofrenda para los dioses y, al mismo tiempo, como pago de una deuda— ponen en movimiento las vidas y las riquezas acumuladas antes de tragárselas para siempre jamás. El rito dramatiza el instante, acelera el tiempo o lo aminora; en suma, manifiesta y anima a los ojos de todos los fundamentos numinosos del mundo y su marcha implacable. Órganos humanos, objetos preciosos, animales y plantas chocan entre sí o se superponen en juegos

incesantes de correspondencias entre los seres, las palabras y las cosas, en las que trasparece la huella de lo divino y lo sagrado. El corazón humano arrancado del pecho del sacrificado remite a la tuna de tonos violáceos, pero el fruto y el corazón, a su vez, apuntan al sol rojo y naciente. Nada en ello de simbólico o metafórico,²⁸ nada tampoco de una palabra que se encierre en el hueco de las páginas de un libro chino o europeo. Todo converge en suntuosas y costosas puestas en escena que se repetirán mientras vivan los dioses. El concepto *puesta en escena* es muy frívolo, y *mito* resulta un término demasiado literario. Estos “mitos” conciernen experiencias físicas, colectivas y olfativas, como la pestilencia de la carne y la sangre en descomposición, como las visiones de carnicería humana en las sociedades donde no existe la carnicería de animales; o también, como las escenas de embriaguez colectiva provocada bajo la influencia del pulque, la savia fermentada del maguey y de las sustancias alucinógenas. Se viven los mitos como inmersiones comunitarias en el inframundo de la muerte y de lo sagrado, a la vez estructurantes y traumatizantes. Son mucho más que bosquejos para ser recitados de memoria y cuya exégesis habría que buscar junto al calor del hogar, con la pluma o el pincel en la mano.

Es difícil ir más lejos porque, si bien el pensamiento chino, por lejano que nos parezca, no es indescifrable —a condición, por supuesto, de hacer el esfuerzo—, el de los antiguos mexicanos será siempre inaccesible y el de los sobrevivientes a la Conquista lleva irremediablemente el sello de la colonización. Es verdad que son tantas las cosas que separan a nuestro universo intelectual de China y de México que, extrañamente, esos dos mundos parecen confundirse en el horizonte. ¿Es acaso porque cada uno representa una alternativa y un desafío a nuestra manera habitual de pensar?

Ahora bien, ¿existe una verdadera correspondencia entre ellos? El Anáhuac y Zhōngguó comparten, según parece, principios que no corresponden a los nuestros: la idea de que no existe verdad absoluta y eterna, de que las contradicciones no son irreductibles, porque son, más bien, alternativas, y de que, en lugar de jugar con unos términos que se excluyen, los dos mundos parecen dar preferencia a las oposiciones complementarias: el *yin* y el *yang* de los chinos o el agua-fuego de los nahuas, *atl-tlachinolli*. El aliento omnipresente, el *qi* (*chi*), influjo o energía vital, que anima al universo, a la vez espíritu y materia en constante circulación, ¿podría tener como equivalente el *tona*

mexicano? ¿Se concibe el mundo a cada lado del océano Pacífico más como “una red continua de relaciones entre el todo y las partes” que como la suma de unidades independientes, dotada cada una de una esencia?²⁹ ¿Es necesario explicar algunas de esas semejanzas mediante sistemas de expresión que no tienen nada que ver ni con la escritura alfabética ni con la fonética? ¿Se dirá de cada ideograma chino, así como de cada pictografía india, que son “una cosa entre las cosas”? En el dominio lingüístico, la inexistencia del verbo “ser” en las formas clásicas de las dos lenguas no carece probablemente de consecuencias para la reflexión y la configuración de la relación con el mundo.

Confesemos que, en ocasiones, tales semejanzas son seductoras; y, puesto que es imposible tener acceso al pensamiento de los antiguos mexicanos sin valerse del filtro europeo, ¿podría el modelo del pensamiento chino abrirnos otros caminos? ¿Nos ayudaría, no a comprender, sino, simplemente, a acercarnos un poco más a la irreductible singularidad del *ixiptla* de los indios? A menos que, de tanto querer abreviar en esa reserva de pensamiento no occidental, no caigamos en ilusiones ópticas debidas a las carencias de nuestra vista.

II. LA APERTURA AL MUNDO

LA HISTORIA de la expansión europea ha dividido al mundo desde hace mucho tiempo entre invasores e invadidos. A la actividad y la curiosidad inagotables de los europeos parece haberse opuesto la inercia de las sociedades locales, replegadas sobre sí mismas y cerradas al mundo. China, a la que se imagina dormida —“Cuando China despierte...”—, cerrada al exterior o agazapada tras su Gran Muralla, ha padecido de esa imagen; en cuanto a la América india, su aislamiento del planeta parece ser uno de los rasgos más sobresalientes.

Lo que es falso en el caso de China lo es también en el de América. Las sociedades mesoamericanas nunca fueron sociedades aisladas unas de otras, y mucho menos sociedades que se ignoraran entre sí. La historia de esa región se compone de una sucesión de migraciones que enfrentaron y mezclaron sin cesar a los diversos pueblos; los intercambios religiosos, políticos y artísticos desde la época de Teotihuacan —y, verosímilmente, mucho antes— proliferaron por toda Mesoamérica; además de esto, las frecuentes “guerras floridas” y las incursiones en tierras lejanas suscitaron, de manera regular, confrontaciones entre los pueblos.

EL MUNDO SEGÚN LOS POCHTECAS

A los contactos se añade un comercio de larga distancia que llevan a cabo los pochtecas de la Triple Alianza, un grupo cuya autonomía es mal vista por los guerreros y los príncipes. Habitados a viajar al extranjero, a visitar los señoríos alejados, a hablar otras lenguas, siempre informados de lo que ocurre en otras partes, capaces, si es necesario, de confundirse en un medio hostil adoptando la vestimenta, la lengua y las costumbres de los otros, los pochtecas tienen con qué inquietar a los guerreros de México-Tenochtitlan. Puede uno imaginarlos

dotados de una flexibilidad y una movilidad —para no hablar de cosmopolitismo, porque el término sería anacrónico— de las que carecen estos últimos; y sus lazos con su ciudad de origen no son nunca exclusivos: el comercio de larga distancia unía los centros del altiplano con las provincias septentrionales, con las costas del este y el oeste, con las regiones del golfo de México (Veracruz y Tabasco) y con las de América del Centro (Chiapas, el Soconusco y Guatemala), más lejanas. De allí otros caminos llevaban, a través de una serie de más redes y postas, hasta Colombia, incluso hasta Ecuador.

Muchos, en consecuencia, no dudan en partir lejos, rodeándose de las precauciones usuales, porque, no más que en los otros momentos de la vida, los desplazamientos de los mercaderes, al igual que los de los conocedores de las cosas ocultas o los de los peregrinos, no escapan a la influencia de los signos. Los viajeros se obligan a respetar los días del calendario adivinatorio que llevan consigo, en el cual se mezclan signos nahuas, mixtecos y mayas en combinaciones sincréticas en las que aflora la fluidez de las tradiciones religiosas y en las que se expresan las mezclas de ideas sobre las que todavía estamos mal informados;¹ porque, al igual que el gran comercio, las formas y las ideas surcan Mesoamérica desde hace siglos e incluso milenios.

Con todo, la movilidad tropieza con toda suerte de obstáculos: no existen los animales de tiro ni el uso de la rueda, aun cuando la arqueología revele que esta última es conocida. Esos impedimentos, aunados a las barreras del relieve montañoso y a la escasez de redes fluviales, complican y aminoran la circulación de hombres y cosas, si se toma a China o Europa como puntos de comparación. El transporte a hombros limita el peso y el volumen de la carga circulante, por eficaz que sea a falta de verdaderos caminos. Los colonizadores españoles se darán cuenta de ello y se precipitarán para explotar sin vergüenza esa solución puramente humana. La falta de la rueda apunta a un pesado déficit en comparación con China o Europa: los amerindios, que no conocen ni el vidrio ni el acero, no poseen ningún tipo de ingenio para transportarse, defenderse (el cañón, el arcabuz, la ballesta o la catapulta), producir (los telares o los molinos) o comunicarse (la imprenta).

A principios del siglo XVI, la máquina todavía no representa una ventaja incontenible para los europeos, pero ya los lanza irremediabilmente por una vía y mediante una concepción del mundo en las que los hombres comienzan a

depender cada vez más de los aparatos para su existencia, su supervivencia y su éxito. La facultad de crear máquinas y saber servirse de ellas es, a la vez, un poder y una modernidad, ya sean chinas o europeas. Los amerindios lo descubrirán a sus propias expensas.

LAS FLOTAS DEL EMPERADOR

La China “medieval” no sólo no tiene nada del país cerrado e inmóvil que nuestra ignorancia se complace en imaginar, sino que, en el siglo xv, se lanza a una expansión marítima que la ha de llevar hasta las costas de África oriental. Algún tiempo antes era la pieza maestra del dominio mongol que había llegado hasta las planicies de Polonia y Hungría. El repliegue oficial dentro de las fronteras del Imperio, después del abandono de las grandes expediciones llevadas a cabo por el musulmán chino Zheng He, es relativo: por una parte, porque una activa diáspora china puebla el Asia del sudeste;² y, por otra, porque la China de los Ming —la dinastía en el poder desde 1368— está lejos de haber renunciado a su supremacía sobre esa parte del mundo. Las relaciones con el Tíbet y los oasis del Asia central, los mongoles y los yurchen del norte, los coreanos y los japoneses del este y el Asia del sudeste son prueba de la inmensidad de las zonas de influencia y de la complejidad de las políticas que aplica según el caso. La existencia de una administración encargada de los contactos con el exterior, la curiosidad por los extranjeros, el conocimiento que se tenía de ellos y la circulación de hombres y libros impiden hacer de China un mundo encerrado a piedra y lodo detrás de sus líneas de fortificación.

Qué duda cabe, los contactos con el exterior y, por lo tanto, con un mundo bárbaro e inferior desagradan a los letrados confucianos e inquietan a los altos funcionarios. En 1436 el poder prohíbe la construcción de naves para alta mar;³ y, según parece, los archivos de las grandes expediciones marítimas fueron destruidos aproximadamente 40 años más tarde, por lo que es necesario aguardar hasta 1567 para que se abroge el edicto con el que se proclama el “cierre de los mares” (*haijin*).⁴ El comercio con el extranjero sólo es tolerado si se lo controla estrictamente, y la marina imperial tiene la misión de perseguir las actividades clandestinas, tanto en la costa de Fujian como en el resto del Imperio. Las

draconianas medidas están destinadas a desalentar toda operación con el extranjero. El chino que se dedica al comercio de larga distancia, armado de grandes juncos, no duda en correr riesgos, corrompe a los funcionarios de las aduanas y termina por enriquecerse de manera desvergonzada, por lo que es mal visto; sin embargo, nada frena la carrera en busca de beneficios ni el contrabando en los primeros decenios del siglo XVI. La importación de clavo, pimienta y madera de pino-abeto es tan rentable que los mercaderes chinos, cada vez más numerosos y más emprendedores, libran una competencia desenfrenada.⁵

Los portugueses desembarcarán en un imperio que vigila celosamente sus fronteras, pero que no es impermeable al mundo exterior. Se comienza a apreciar más su prodigiosa diversidad humana y a relativizar la imagen lisa y clásica que los letrados han querido dar de ella para tomar en consideración a los eunucos, las mujeres, las minorías étnicas y religiosas, los budistas y los musulmanes, quienes alimentan otras visiones del mundo.⁶

LAS FRONTERAS DE LA CIVILIZACIÓN

China posee fronteras terrestres y marítimas.⁷ La Triple Alianza únicamente tiene fronteras terrestres, porque el mar no la separa de ninguna otra sociedad humana. En cambio, las dos potencias mantienen relaciones especiales con sus llanuras y estepas septentrionales, territorios que recorren los pueblos nómadas. En los dos casos, la oposición de los géneros de vida nutre entre los sedentarios la idea de que son los únicos que poseen esa singularidad que nosotros llamamos “civilización”. En China esa idea está ligada, desde los antiquísimos tiempos de los Xia, los Shang y los Zhou, a una región, Zhōngguó o “reino del centro”, situada entre “los brazos nutricios del río Amarillo”.⁸ Se tiene la opinión de que Zhōngguó abriga a los portadores de *wen*, término que se traduce por “cultura” o “civilización”; en consecuencia, quien vive fuera de Zhōngguó no podría ser *wen*. En sus orígenes, *wen* difunde una fuerza que se impone por sí misma, atrayendo irresistiblemente a los que carecen de ella; pero, en la época imperial, llega a ser un modo de vida que se debe propagar por la fuerza en las tierras que absorbe el “reino del centro”, Zhōngguó.

La historia de la China preimperial e imperial se articula en parte con las invasiones venidas del norte, de las que la primera fue quizá la de los Zhou en el segundo milenio antes de nuestra era.⁹ De ordinario, los invasores se estabilizan al volverse sedentarios y adoptar las costumbres de los “civilizados”, como fue el caso de los invasores mongoles que reinaron sobre China hasta 1368 y como será el caso, siglos más tarde, de los manchúes, que derribarán a la dinastía Ming.

En la historia de Mesoamérica también es posible encontrar las huellas de una dinámica que empuja a la gente del norte a ir al sur a civilizarse. La frontera entre la zona árida y la cultivable se desplaza al ritmo de las variaciones climáticas, lo cual entraña movimientos totalmente incontrolables de poblaciones.¹⁰ Los mexicas, como el resto de los nahuas, son los primeros en reconocer que no son autóctonos sino gente venida de otro lugar, que partió de la mítica Aztlán en una peregrinación heroica que los condujo hasta la nueva Aztlán, México-Tenochtitlan.¹¹ Al instalarse, se transformaron y adquirieron las características de los pueblos sedentarios y las comunidades agrícolas y urbanas en cuyo seno buscaron echar raíces a toda costa; lo contrario, de alguna manera, de esa gente a punto de embarcarse hacia el otro extremo del mundo que serán los españoles y los portugueses. Los mexicas gastaron tantas energías en dotarse de unas raíces locales que no poseían que quisieron “reescribir” el pasado o arraigarse en la isla de México, a los lagos y las tierras del valle. La construcción del Gran Templo, *ombilicus mundi*, da pruebas de la manera más espectacular de la búsqueda de profundidad histórica y de la vinculación física y metafísica con el centro del mundo. O sea, los mexicas y sus aliados son los recién llegados al altiplano y a la historia. Por lo demás, ése también es el caso de los Ming, cuyo arribo al poder se sitúa cerca de medio siglo después de la fundación de México-Tenochtitlan. Se comprende que los nuevos señores coincidan en apropiarse de la herencia de los que los antecedieron, Song, Yuan o toltecas.

Los sacerdotes y los dirigentes nahuas saben exagerar con un propósito específico los rasgos que los separan de lo que ya no quieren ser. La civilización, tal como la conciben, está expresamente ligada a la herencia de la legendaria Tula y a la creatividad de sus habitantes, los toltecas, “pintores, autores de códices, escultores”, talladores de la madera y la piedra, constructores de ciudades y palacios, maestros artesanos de la pluma y la cerámica.¹² Miguel

León-Portilla creyó reconocer en la palabra *toltecatoyotl* el equivalente de lo que los europeos llamamos “civilización”, un concepto en el que se reflejan las artes y los saberes provenientes de los tiempos antiguos y del altiplano; pero los señores de la Triple Alianza también saben que ellos vienen del norte y que tienen un pasado de privaciones, migraciones y vagabundeo, cuando todavía eran únicamente chichimecas.¹³ En el siglo XVI, bajo la influencia de la mirada europea, el término *chichimeca* llegará a ser sinónimo de saqueador, nómada y bárbaro, de indio primitivo vestido con pieles de animales y reducido, para sobrevivir, a cazar entre los cactus.

Así pues, existe un contraste muy claro entre el “bárbaro” y el “civilizado”, pero se expresa en términos muy diferentes que en China o en Europa, porque en México al “civilizado” se lo exhibe como un antiguo “bárbaro”. ¿No fueron los primeros emigrantes chichimecas los que se fusionaron con los nonoalcas para fundar Tula, la ciudad —o, si se prefiere, la civilización— por excelencia?

EL MAR

Para los chinos, el mar había sido desde hacía mucho tiempo el dominio de las islas de los Inmortales. La costa siempre ha estado sembrada de islas consagradas a las divinidades, como la isla de Putuoshan, frente a Zhejiang, al sur de Hangzhou, donde residía, se dice, el *bodhisattva* Guanyin, o la isla de Meizhou, frente a Fujian, donde se veneraba a Mazu, la emperatriz del Cielo;¹⁴ pero ya hace siglos, incluso milenios, desde que los “mares del sur” dejaron de ser un dominio desconocido e infranqueable, para convertirse en una zona de intenso tráfico con el Asia del sudeste.

Desde hace mucho tiempo, las costas han estado muy animadas. Al menos desde los Han (220-206 antes de nuestra era) se construyen en ellas grandes juncos; y también se recibe a embajadas tributarias y comerciales venidas de todos los países de la región. Desde el siglo IV afluyen mercaderes extranjeros cada vez más numerosos y, pronto, monjes budistas desembarcados de la India y el Asia del sudeste, que propagan sus ideas y creencias en el sur de China. Bajo la dinastía Tang, con el establecimiento de relaciones directas con el golfo Pérsico y el mar Rojo, la costa meridional acoge a los mercaderes del Asia

occidental, que se establecen de manera permanente e introducen el islam. Impulsados por los vientos del monzón, las naves de los recién llegados arriban a Guangzhou (Cantón), que experimenta entonces un gran desarrollo. En 684 y 758 esos contactos sin precedentes provocan incidentes con las autoridades locales en los que se ven implicados algunos “persas y árabes”, a los que se acusa de perturbar el orden público. En esa época se instalan algunas comunidades de mercaderes extranjeros en Yangzhou y Guangzhou, donde los musulmanes son ya muy numerosos desde finales del siglo IX. El islam no es la única religión que llama a la puerta: la costa china se abre también a los maniqueos, a los cristianos nestorianos, a los adeptos del brahmanismo y, en el siglo XIII, el catolicismo romano hace su primera aparición. En los siglos XIII y XIV el litoral, visitado por gentes de lenguas, etnias y creencias diferentes, adquiere visos cosmopolitas. El Fujian meridional es incluso tan próspero que se ha podido afirmar que, en el siglo XIV, el puerto de Quanzhou (Zaytun en árabe) es a la China marítima lo que será Shangai en los años treinta y Hong Kong en los años ochenta del siglo XX.¹⁵ Por lo demás, es a un mercader judío de Italia, Jacob de Ancona, a quien debemos una fascinante descripción de ese puerto que trafica con toda el Asia del sudeste.

En consecuencia, sería sorprendente que los propios chinos no hubiesen aprovechado esa circulación para salir a alta mar, traficar con Corea y el Asia del sudeste y alimentar una diáspora cada vez más numerosa. En ese contexto tienen lugar las famosas expediciones de principios del siglo XV que emprenden las rutas marítimas establecidas desde siglos antes y visitan las costas de Arabia y África oriental. En los siglos XIV y XV la importancia del tráfico comercial incita al imperio de los Ming a estrechar su control sobre los intercambios comerciales asignando a ciertos puertos el monopolio de las relaciones marítimas. Oficialmente, todo debe pasar por la mediación de las embajadas tributarias, a las que se fija la frecuencia, la composición y el itinerario marítimo y terrestre. Se establecen oficinas, que son cerradas o desplazadas al capricho de las épocas, sin que, por lo demás, se logren encauzar realmente las relaciones con el exterior.¹⁶ Los portugueses que lleguen a China encontrarán en ella interlocutores habituados desde siglos antes a tratar con extranjeros y una administración resuelta a filtrar sistemáticamente todo lo que proviene de los mares del sur.

Al mismo tiempo, las numerosas islas de la costa atraen a los contrabandistas, los forajidos y los piratas que provocan al poder imperial: cuanto más afirma con toda claridad el Imperio su voluntad de impedir el tráfico comercial privado, tanto más florecen las actividades clandestinas y depredadoras. Esa zona sin ley es reputada por su barbarie y sus crueldades.¹⁷ También es un universo que los portugueses aprenderán a conocer y al que sabrán aclimatarse muy rápidamente.

En Mesoamérica, la circulación es en esencia terrestre. En la vertiente marítima, no hay ninguna flota ni, mucho menos, embarcaciones que puedan bogar en alta mar, de no ser, entre los mayas, grandes barcas capaces de dedicarse a cierto cabotaje tropical. Frente a la China de las redes marítimas, los puertos, las flotas imperiales, los guardacostas y los funcionarios aduanales, asimismo ante la China de los contrabandistas, esa Mesoamérica rodeada de mares casi vacíos da la impresión de encontrarse en otro planeta. Tan diferentes de los chinos, que han dado vuelta a la página de los grandes viajes sin olvidar los logros, como de los ibéricos, que entonces descubren sus atractivos, sus ganancias y sus riesgos, los mesoamericanos no esperan nada de las aguas que los rodean; ni siquiera porque, a principios del siglo XVI, algunos objetos arrojados por el mar sobre las costas deben de haber intrigado a los indios:

En este medio tiempo trajeron a Moteczumatzin una caja de ropa de españoles, que debió ser de algún navío que dio al través en la Mar del Norte en la cual hallaron una espada e ciertos anillos y otras joyas y ropa de vestir; e Moteczuma dio ciertas joyas de éstas a los señores de Tezcuco y de Tlacuba, e porque no se alteransen, díjoles que sus antepasados las habían fejado encubiertas y muy guardadas, y que ellos las toviesen en mucha reverencia.¹⁸

Parece ser que el señor de México prefirió ocultar la información por temor a alimentar especulaciones sobre el anunciado fin de su reinado; pero el texto fue redactado mucho después de la Conquista, cuando ya se habían hecho rodar los dados. Los antiguos mexicanos no podían imaginar que las esmeraldas oleadas del agua divina les reservaban el más imprevisto de los destinos.

Hoy en día parece evidente que, frente a la expansión europea, México no daba la talla, mientras que China tenía todo para rechazar a los invasores venidos del mar; pero esa certidumbre nos viene de nuestro conocimiento del devenir de las cosas y de las interpretaciones *a posteriori* que obstruyen nuestros recuerdos. Ese México de más de 20 millones de seres humanos, sin hierro, sin máquinas y sin escritura, ¿estaba destinado a la aniquilación a manos de unos cuantos miles de españoles? Los mexicas, que entonces estaban en su apogeo, ¿escrutaban febrilmente el mar del oriente en busca de las señales que les augurarían un rápido ocaso? También es absurdo imaginar que los españoles se preparaban conscientemente para la conquista de México, un territorio de cuya existencia no tenían la menor idea.

¿Qué se puede retener de ese breve resumen de lo acaecido? Ante todo, la diversidad de seres, cosas y situaciones que tanto los portugueses como los españoles descubrirían en los mismos años. ¿A qué se reducen esos descubrimientos? En el momento del contacto, los ibéricos no contaban con ningún medio para penetrar la naturaleza de las sociedades encontradas, si acaso nosotros lo tenemos en el presente; pero a ellos les corresponderá, y durante mucho tiempo a ningún otro europeo, observar, describir y comprender los mundos que encontraron repentinamente al alcance de sus manos. No un mundo, sino varios mundos a la vez. De ahí que debamos convencernos de una vez por todas de que el interrogarse sobre el europeo frente al otro o sobre el otro frente al europeo no es nada más que un ejercicio académico que enturbia irremediablemente lo que se tramó entre los ibéricos y el resto del mundo en el siglo XVI. Debido a que estos últimos tuvieron que jugar en una multiplicidad de tableros —americanos, asiáticos, africanos, musulmanes— y, por ende, tuvieron que hacer frente a una plétora de alteridades (aunque no siempre experimentadas forzosamente como tales), contribuyeron a sentar las bases de la mundialización que entonces se esbozaba. Al mismo tiempo, emprendieron el camino de la modernidad, de una modernidad descentrada, edificada fuera de Europa, sometida a la prueba de otras civilizaciones. No se trata de saber si comprendieron o no a esos que tenían frente a ellos (como si, una vez más, hubiese una verdad por descubrir en alguna parte, y como si nosotros estuviésemos mejor situados para hacerlo hoy en día), sino de darse cuenta de los medios de que supieron echar mano en todas partes para entrar en contacto

con unas humanidades que les eran desconocidas, aunque después, cada vez que pudieron, las redujesen a su merced.

Parece ser que, en el decenio de 1510-1519, en el corazón del valle de México, una avalancha de señales y prodigios preocupantes siembra la inquietud, mantiene en jaque el poder de Moctezuma y anuncia llegadas siniestras. En la misma época, los cielos de la Europa occidental están igualmente turbios: las fantásticas batallas nocturnas que causan horror en las campañas de Bérgamo en 1517 harán correr ríos de tinta.¹⁹

El cielo de China no está más calmo. Durante los seis primeros años del reino del emperador Zhengde, los dragones han perdonado al Imperio celeste, pero, a partir del verano de 1512, sus visitas comienzan a multiplicarse. Surge primero un dragón rojo, brillante como el fuego; después, el 7 de julio de 1517, nueve dragones negros vuelan por sobre el río Huái, “por el lugar donde atraviesa el Gran Canal”. Un año después, tres dragones que arrojan fuego surcan el cielo sobre el delta del río Yangtsé; aspiran dos docenas de juncos, sembrando el pánico y causando un número incalculable de víctimas. Once meses más tarde, estalla sobre el lago Poyang un combate de dragones como nunca antes se ha visto desde 1368, cuando la dinastía mongola se derrumbó. En China, las visitas de dragones son sucesos de mal augurio: denuncian a un emperador indigno, una política desastrosa y presagian catástrofes; las apariciones proliferan cuando la dinastía vacila y ya no es capaz de asumir correctamente el mandato del Cielo.

Como puede verse, ni América ni Europa tienen entonces el monopolio de los prodigios celestes. Las sociedades del globo, grandes o pequeñas, tienen un hábito tan exagerado de asociarlos con los tiempos de crisis como para que se pueda imaginar algo más que meras coincidencias entre lo que ven los chinos, los antiguos mexicanos y los europeos; pero todos esos portentos pertenecen a mundos que se ignoran. En los albores del siglo XVI, los cielos, al igual que las civilizaciones, están todavía estrechamente compartimentados.²⁰

III. COMO LA TIERRA ES REDONDA...

DESDE el año 1515, los colonizadores españoles de Cuba dirigen la mirada hacia las vastas tierras que parecen existir al poniente y al sur de su isla. La primera expedición hacia las costas de México se remonta a 1517; la tercera, la de Hernán Cortés, zarpa en 1519. Después de una guerra agotadora pero victoriosa, la conquista se salda el 13 de agosto de 1521 con la toma de la ciudad de México-Tenochtitlan y el derrumbamiento de la dominación de los mexicas. México caerá bajo la dominación europea; y el resto del continente seguirá. El Nuevo Mundo —las Américas latina, francesa, holandesa o anglosajona— será durante mucho tiempo presa de los países europeos que lo han conquistado, colonizado y occidentalizado.

Los primeros contactos seguidos entre portugueses y chinos comienzan hacia 1511 en Malaca, donde opera una importante colonia de inmigrantes del Imperio celeste. En cuanto a la aparición de los portugueses en las costas de China, se remonta al menos al año 1513 y se confirma en el transcurso de los dos años siguientes. En junio de 1517 una embajada portuguesa, embarcada en ocho navíos, zarpa de Malaca hacia Cantón, donde permanece hasta enero de 1520, antes de emprender la ruta de Pekín: es la primera misión diplomática que una potencia europea despacha al Imperio del Medio. En mayo arriba a Nanking, para después, en el transcurso del verano, alcanzar la corte imperial en Pekín. Sin embargo, la embajada fracasa y sus miembros son arrojados en prisión. Las autoridades chinas no se contentan con dar con la puerta en las narices a esos intrusos, a los que consideran una banda de espías y ladrones con intenciones agresivas: los eliminan físicamente. A partir de entonces, China logrará hacer frente a los europeos hasta mediados del siglo XIX; sin duda alguna, no escapará a las invasiones extranjeras, manchúes, japonesas u occidentales, pero, a diferencia de la India o del resto de Asia, nunca se dejará colonizar.

HISTORIAS PARALELAS

¿Por qué no equiparar esas historias paralelas en las que se escriben los destinos divergentes de inmensas porciones del globo, la América india y China?¹ En los hechos se desprende algo más que un simple paralelismo. Si bien los desembarcos de los ibéricos sobre las costas mexicanas y chinas no constituyen una operación concertada, su coincidencia no es puramente efecto del azar. Los dos acontecimientos corresponden a una dinámica común: en el siglo XVI varias partes del mundo entran en contacto con los europeos. Entonces se esbozan unos procesos que sólo es posible aprehender a escala global. En retrospectiva, parecen haber sido irreversibles y se imponen como las primicias de la unificación del globo, que se fecha, muy anacrónicamente, a finales del siglo XX. Distantes en el espacio pero sincrónicos y, a la vez, simétricos y complementarios, esos acontecimientos han escapado a generaciones de historiadores tributarios de las divisiones historiográficas y geográficas heredadas del siglo XIX, extrañamente todavía en vigor en nuestros días.

Con todo, basta poner frente a frente esas historias para que surjan dimensiones del paisaje intercontinental que se despliega en el siglo XVI con la entrada en escena de dos nuevas potencias europeas, Castilla y Portugal, las cuales, merced a un avance fulgurante sobre los mares del globo, son obligadas a trabar contacto con unos mundos de los que ignoran todo o casi todo. Los choques y las colisiones que pronto resultan de ello son frecuentemente mortíferos. Se pueden explicar mediante el propósito consciente de dominar el planeta o por medio de una “lógica” imperialista y occidental que habría empujado irresistiblemente a los ibéricos —a esos para los que “el mundo no tenía ni término ni fin”—² a dar la vuelta a la tierra; pero esa visión unilateral pasa por alto el hecho de que se necesitan al menos dos para que haya un encuentro. Las modalidades del contacto, la intensidad de los choques y sus repercusiones son diferentes según el lugar y los socios: el estremecimiento no es el mismo en México que en China, aun cuando de cada lado reúna a seres y fuerzas que en modo alguno han recibido la preparación necesaria para el enfrentamiento.

HISTORIAS CONECTADAS O LA CARRERA A LAS MOLUCAS

Ahora bien, hay un hilo aún más directo que une esas historias paralelas: las “islas de las Especias”, que reúnen, en los confines del Asia del sudeste, las islas Banda y el archipiélago de las Molucas (Maluku, en indonesio). En las islas Banda crecen la nuez moscada y la macis, mientras que Ternate y Tidore cultivan el clavo. Las especias, buscadas tanto por los chinos como por los europeos, son objeto de un tráfico mundial que rinde beneficios colosales y pone en movimiento cadenas comerciales del Asia del sudeste al Mediterráneo de Alejandría y Venecia. Portugueses y castellanos, convencidos de que poseen los medios marítimos para apoderarse de las islas de las Especias y, por lo tanto, para evitar a los innumerables intermediarios de ese fabuloso negocio, se lanzan a una carrera que coge al mundo entre tenazas, unos por Oriente, los otros por Occidente.

En 1493 el Tratado de Tordesillas había repartido el mundo en dos mitades iguales entre Castilla y Portugal. La línea que dividía el océano Atlántico de un polo al otro era fácilmente perceptible, pero la que dividía la otra cara del globo, el antimeridiano, era tan imprecisa como virtual. ¿Pertenece el archipiélago por derecho a los portugueses o se encontraba en la mitad que correspondía a Castilla? Los dos campos van, pues, a enfrentarse —primero diplomáticamente, después, por interpósitas personas: pilotos, marinos y soldados— en torno a una frontera de demarcación incierta, situada al otro lado de la tierra. Lo que está en juego es el control de las especias que las islas Banda y las Molucas producen en abundancia.³

Los portugueses, dueños de la ruta del Cabo de Buena Esperanza, son los primeros en acercarse a la meta y, después, en alcanzarla. En 1505 el rey Manuel alienta la continuación de los *descubrimientos* en dirección de Malaca y, al año siguiente, preocupado por precaverse contra la amenaza castellana —el Nuevo Mundo parece tan cercano—, exige que se construya una fortaleza en el lugar o en las cercanías; pero es imposible frecuentar la región sin inquietarse por esos mercaderes tan emprendedores a los que llaman *chinos* y de los que Marco Polo no había hecho mención alguna. En 1508, impaciente, el rey le exige a Diogo Lopes de Sequeira que se informe sobre esos *chinos*. Se afirma que algunos portugueses se cruzaron con ellos al norte de Sumatra, donde recibieron el

ofrecimiento de porcelana china.⁴ Al año siguiente, en julio de 1509, en Malaca, la flota portuguesa se encuentra cara a cara con unos juncos chinos, aunque todo transcurre bien: se invitan a cenar y se hace un intercambio de preguntas sobre sus países respectivos. El encuentro arroja como resultado, sin duda valioso, la primera descripción física de los chinos. El contacto se ha hecho y la atmósfera es relajada. Visiblemente, los chinos no son musulmanes, pero ¿son realmente cristianos, como lo creen por un momento los portugueses?

En 1511 los soldados y los marinos de Lisboa le arrebatan Malaca al sultán Mahmud Shah; así, el puerto se convierte en una base indispensable para el avance de los portugueses en el Asia oriental. Malaca alberga en la época numerosas comunidades de mercaderes; los nuevos señores se alían a los tamules y los keligs de la ciudad, pero hacen huir a los miembros de la comunidad gujerati.⁵ Aunque rechazan las ofertas de colaboración de los chinos, establecen contactos con la comunidad de mercaderes que se han arraigado en el gran puerto; y, en 1512, uno de sus representantes se embarca para Lisboa. Ese mismo año, un viaje proyectado a China fracasa, mientras que, a partir de esa fecha, los portugueses abordan las Molucas y las islas Banda. La meta ha sido alcanzada del lado portugués.

Por su parte, los castellanos no pierden toda esperanza de echarle mano a las especias. En 1512 el rey Fernando el Católico decide enviar al portugués João Díaz de Solís tras las huellas de sus compatriotas: debe navegar hasta las Molucas, tomar posesión de ellas y fijar, de una buena vez, la posición de la línea de Tordesillas, “que a partir de entonces estará claramente establecida y será perpetuamente conocida”. En el programa: Ceilán, Sumatra, Pegu y, por qué no, el “país de los chinos y los juncos”.⁶ Según parece, en la época circula en Castilla un mapa que sitúa Malaca, las islas de las Especias y la costa China del buen lado y, por lo tanto, del lado español.⁷ Así, incluso antes de que se tenga la menor idea de la existencia de México, algunos castellanos han puesto la mira en China. Pero el proyecto exaspera a Lisboa: Manuel de Portugal se encoleriza y, finalmente, la expedición de Solís no se lleva a cabo. ¿Abandona Castilla, no obstante, el combate? En 1515 Fernando le ordena al propio Solís que zarpe en busca de un pasaje entre el océano Atlántico y el mar que Balboa acaba de descubrir en septiembre de 1513, ese mar del sur al que se bautizará como

océano Pacífico. ¡Mala suerte! Río de la Plata no sólo no es la puerta tan esperada al Asia, sino que João Díaz de Solís termina en la barriga de los indios.

Resta que, como la tierra es redonda, los portugueses saben que todo esfuerzo español por avanzar hacia el poniente terminará un día u otro por llevarlos al Lejano Oriente. Por ello, buscan, por todos los medios y lo más pronto posible, consolidar su presencia en el mar de China y en las Molucas. Tal es el propósito de la embajada que, en 1515, Manuel decide despachar a Pekín. Los portugueses de Malaca no han perdido su tiempo: en 1512 una carta menciona los preparativos de un viaje a China, abortado a causa de la oposición de los intermediarios musulmanes, que tienen la intención de obstruir la ruta de Cantón.⁸ En mayo de 1513 Jorge Álvarez hace erigir una estela de piedra o *padrão* en la costa china; dos años después, un primo portugués de Cristóbal Colón, Rafael Perestrello, zarpa de Malaca “para descubrir China” y desembarca en Cantón; y, tres años más tarde, regresa a Lisboa, cerrando así el primer viaje de ida y vuelta entre Portugal y China.

Castilla todavía no ha dicho su última palabra. En 1518 otro navegante portugués pasa al servicio del enemigo: Fernando de Magallanes retoma el proyecto de Solís de llegar a las Molucas siguiendo la ruta del poniente.⁹ Es un buen conocedor de la región. Vivió varios años en el Asia portuguesa y participó en la conquista de Malaca y en la exploración del archipiélago de la Sonda. En 1519 la escala que hace Magallanes en el Brasil duplica los temores de Lisboa: esta vez, se llegará al océano Pacífico, para después cruzarlo de oriente a occidente.

Por lo demás, los portugueses tienen un tema más que suscita inquietud y que hoy en día parece muy absurdo: el descubrimiento de nuevas tierras entre las Antillas y Asia podría hacer que se cerniese otra amenaza que ya se puede ver en los globos terrestres, ya sean los que concibe Johannes Schöner en 1515 y 1520, donde se muestra un mar Pacífico ridículamente pequeño, ya sean aquellos otros, fabricados en la década de 1520, que unen América Central con Asia.¹⁰ Y la idea, en sí falsa, de esa supuesta proximidad sobrevivirá incluso al fracaso de Gómez de Espinoza, ese navegante que tratará, sin lograrlo, de atravesar el océano Pacífico e incorporarse a las Antillas con uno de los navíos de la flota de Magallanes.¹¹

En consecuencia, es un poco difícil disociar los propósitos portugueses sobre el Asia del sudeste o las empresas castellanas en el Nuevo Mundo de la conquista de las islas de las Especias. Es la cuestión de las Molucas lo que moviliza a las coronas de Castilla y Portugal, con sus apuestas planetarias, sus perspectivas de riquezas inagotables y su conjunto de rivalidades infernales. México, en cuanto tal, todavía está en el limbo, mientras que China ya se perfila en el horizonte. Uno de los cronistas de la expedición de Magallanes, Maximiliano de Transilvania, lo expresa con todas sus letras: “Nuestra nave atravesó todo el occidente, pasó por debajo de nuestro hemisferio y después penetró en oriente, para volver enseguida a occidente”.¹²

La proeza, superior a la de los argonautas, termina por dejar de lado el objetivo principal del viaje, que era tomar posesión de las islas de las Especias y establecerse en la parte más extrema de Asia, lo cual significaba también acercarse a China. Eso es lo que da a entender, desde España, el cronista Pietro Martire d’Anghiera (Pedro Mártir de Anglería): “Los españoles siguieron al sol poniente, como los portugueses habían seguido al sol levante, y arribaron al este de las islas Molucas, que no están muy lejos del país donde Ptolomeo sitúa la península de Cattigara y el Gran Golfo, la puerta abierta para llegar a China”.¹³

EL ANTECEDENTE COLOMBINO

No basta con poner las empresas portuguesas y castellanas en la perspectiva de la carrera por las especias. La iniciativa de Lisboa de hacer contacto con China no puede dejar de evocar uno de los tópicos de la epopeya de Cristóbal Colón: su imperioso deseo de llegar a Asia. Se olvida muy rápidamente que la continuación oceánica dada a la reconquista de España nunca fue la conquista de América, sino la búsqueda de un pasaje a Asia. Como lo recuerda el memorial de la Mejorada, los Reyes Católicos habían encargado a Cristóbal Colón “buscar y descubrir las Indias, las islas y las tierras firmes del Lejano Oriente, navegando de España hacia el poniente”.¹⁴

Eso es precisamente lo que inquieta e indigna al rey de Portugal; tanto más cuanto que, en la mente de Colón, el espacio situado allende el Cabo de Buena Esperanza y que va del océano Índico a las islas que ha descubierto pertenece

por pleno derecho a la Corona de Castilla.¹⁵ De alguna manera, para Castilla, el poniente era Asia: un mundo muy lejano, pero que obsesionaba al imaginario mediterráneo desde la Antigüedad y que, se sabía, era muy real. La idea estaba tan arraigada entre los europeos que la América española conservaría su nombre de “Indias Occidentales” hasta el siglo XIX; y, todavía en la actualidad, los indígenas del continente, de la Patagonia hasta Canadá, son, para nosotros, indios. América comenzó por ser un accidente y un obstáculo en la carrera de España hacia el Oriente, y la tarea del historiador es hacer comprender que su “invención”; es decir, la manera como todos nosotros la hemos imaginado progresivamente, es tan indisociable de nuestra relación con Asia como de nuestra relación con el islam.¹⁶

IV. ¿EL SALTO A LO DESCONOCIDO?

¿QUÉ SE sabe en Europa de la China de Zhengde y del México de Moctezuma en los primeros años del siglo XVI? A decir verdad, nada, a pesar de que, desde hace algún tiempo, los portugueses visitan las costas de la India y los españoles circulan por el mar Caribe. Ni China ni México forman parte todavía de los horizontes europeos. ¿Se lanzan nuestros ibéricos en cada ocasión a lo desconocido, al vacío? ¿Prefigura ese salto la propensión europea a interesarse, sea lo que fuere que pudiera costar, en las *terrae incognitae*?

La metáfora del salto es seductora pero engañosa, porque no toma en consideración el estado de ánimo y las prácticas de nuestros navegantes. Éstos no singlan hacia lo desconocido. Desde principios del siglo XV, los portugueses se han embarcado en la construcción progresiva y durante mucho tiempo tentativa de una talasocracia que sus experiencias marítimas y los saberes que han recogido aquí y allá balizan. Así, han logrado avanzar un buen trecho al unir África y, después, el océano Índico con Lisboa y con Europa. Desde entonces, los marinos portugueses engullen las distancias a una velocidad sin precedentes: habiendo desembarcado en la India en 1498, se encuentran en Malaca en 1511, alcanzan las Molucas al año siguiente y China en 1513. Todo ello habría sido imposible e inconcebible sin la explotación de las rutas comerciales y las redes de información que cuadriculan desde hace siglos el Lejano Oriente. Habiendo llegado a ser maestros en el arte de acumular y, más todavía, en el de recuperar los conocimientos, los portugueses no avanzan nunca por aguas desconocidas. De los castellanos, que están lejos de tener la experiencia de sus vecinos, también se supone que saben a dónde van. Vista desde los puertos de Andalucía, la China de Marco Polo, el Catay, se eleva al poniente.

Los portugueses no ignoran nada de la obra del veneciano, de la que se conservaba una copia en latín en la biblioteca del rey Duarte (1433-1438); pero es en la segunda mitad del siglo xv cuando su influencia se manifiesta más directamente. Hacia 1457-1459 el mapa que dibuja el camaldulense veneciano fra Mauro para el rey Alfonso V de Portugal debe mucho a la obra del explorador, sobre todo los nombres de las ciudades y provincias chinas: Canbalech, Quinsay, Zaiton (Zaitun), Mangi, Catay y Zimpagu (Cipango, es decir, el Japón). Años más tarde, una carta del médico Paolo del Pozzo Toscanelli, que era el astrónomo de la ciudad de Florencia, dirigida al canónigo de Lisboa, Fernão Martins, hará correr ríos de tinta.¹ En junio de 1474 el florentino le explica a su corresponsal que es posible llegar a las Indias atravesando el océano Atlántico; le envía un mapa con sus comentarios, mencionando un puerto de una prosperidad inaudita donde descargan enormes cargamentos de especias. Grandes multitudes pueblan la comarca; el príncipe que la gobierna se llama el Gran Khan y sus palacios se yerguen en la provincia de Catay. Todo ello, parece ser, lo habría escuchado Toscanelli de boca de una embajada que había ido a encontrarse con el papa Eugenio IV. Según el mapa, Quinsay se sitúa en la provincia de Mangi, cerca de Catay, y su nombre significa “ciudad del cielo”. El sabio florentino también le comunica cifras, como la distancia entre Lisboa y la “muy grande ciudad de Quinsay”: 26 espacios marcados en el mapa, cada uno de una longitud de alrededor de 402 kilómetros. “De la isla de Antilla [que se supone que se encuentra en el centro del océano Atlántico], que usted conoce, a la muy noble isla de Cipango, se cuentan diez espacios.” Toda esa información, transmitida al canónigo de Lisboa y, por su intermediación, al rey Alfonso V de Portugal, provenía del texto de Marco Polo.

Sin duda, las expectativas creadas por Marco Polo circulan con mayor velocidad que su obra, poco accesible a los lectores de la península ibérica durante mucho tiempo; y los efectos más espectaculares se observan en Castilla: en 1492, para el primer viaje de Cristóbal Colón, se reclutará a los marinos seduciéndolos mediante la esperanza de que irán a descubrir un país en el que las casas tienen techos de oro; un buen golpe de publicidad inspirado en *Il Milione*.² Pero ¿qué relación se puede establecer entre el genovés y el veneciano?

En la actualidad, ya no se cree que Colón haya leído a Marco Polo antes de zarpar hacia el Nuevo Mundo. Como es probable, sus conocimientos se

limitaban entonces a lo que decía la famosa carta de Toscanelli; y sólo a partir de la primavera de 1498 se zambullirá en *Il Milione*, aprovechando un ejemplar que le habría enviado el mercader de Bristol, John Day.³ El caso es que la silueta del Gran Khan se yergue constantemente ante los ojos de Colón, como ante los de la reina Isabel, que le entrega al genovés unas cartas credenciales que deberá presentar al rey de reyes y a otros señores de la India.

Todo lo que Colón ve y descubre es interpretado, y él no es el único que lo hace, a la luz de los datos proporcionados por el mapa de Toscanelli; o, más exactamente, el genovés no descubre nada: reconoce, encuentra, y su última expedición se presenta todavía como una empresa de etapas programadas. En el transcurso del primer viaje, no habiendo avistado tierra aún en el horizonte, el genovés se imagina que ya pasó de largo sin ver Cipango y juzga preferible hacer proa directamente hacia tierra firme hasta la “ciudad de Quinsay, para entregar las cartas credenciales de Su Alteza al Gran Khan, solicitar una respuesta y volver con ella”.⁴ Proa, entonces, hacia el continente asiático.

En un primer momento, le parece que la isla de Cuba es Cipango; después piensa que es “la tierra firme y los reinos del Gran Khan o sus confines”,⁵ y que se ha de encontrar delante de Zaitun y Quinsay, a “cien leguas más o menos de una y otra”. Colón despacha a tierra a un embajador, Rodrigo de Xerez, y a un cristiano converso, Luis de Torres, que sabe hebreo y caldeo, con la misión de encontrarse con el Gran Khan. La embajada, compuesta también por dos indios, debe dirigirse “de parte del rey y la reina de Castilla” al señor de la comarca, ofrecerle presentes y amistad y, por supuesto, informarse sobre “ciertas provincias, puertos y ríos de los que el Almirante tenía conocimiento”. Colón no delira; los habitantes de Caniba, de los que le hablan los indios de la Española, no son otros que “el pueblo del Gran Khan, que debía estar cerca de allá”,⁶ y no ceja. Después de su segundo viaje, Colón sitúa el puerto chino de Zaitun (Quanzhou), célebre debido a Marco Polo, a la altura del cabo Alfa y Omega (Punta de Maisi, en el extremo oriental de Cuba), considerado por él como el término de Occidente y el comienzo de Oriente.⁷ El Nuevo Mundo de Colón se construye en la sombra de China.

Los mapas de la época confirman esa visión del mundo, ya que se obstinan en representar las mismas lejanías. En el mapamundi (1489 o 1490) de Henricus Martellus Germanicus (Enrique Martelo Germano), conservado en la Biblioteca

Británica, se observa Ciamba (Champa), Mangi, Quinsay y Catay, considerada como una ciudad en él; y, en el llamado de Yale (1489) se muestra Cipango a 90° al oeste de las islas Canarias, mientras que Lisboa está situada a 105° de Cipango y a 135° de Quinsay. Tal es la visión del espacio que se puede tener en un taller florentino en la víspera del primer viaje de Cristóbal Colón. En 1492 Martin Behaim (de Núremberg) hace un globo, basándose probablemente en diferentes versiones de la obra de Marco Polo, para el que calcula que no más de 130° separan a Europa de Asia, y sitúa Cipango a 25° de la tierra de Mangi, es decir, de China.⁸

A pesar de los ataques de que era objeto desde hacía mucho tiempo, la obra de Marco Polo seguía imponiéndose a los europeos. Era normal que fuese accesible a los que sentían que eran los primeros afectados por los escritos del veneciano. En 1502 un alemán de Moravia instalado en Lisboa desde hacía siete años (en 1495), tras una breve estancia en Sevilla (en 1493), traduce *Il Milione* para el lector portugués poco familiarizado con el veneciano, el toscano, el francés o el latín: se trata del impresor y polígrafo Valentim Fernandes, que tiene una relación epistolar con Alberto Durero, Conrad Peutinger⁹ y Hieronymus Münzer. Él dará a conocer a la gente del norte los descubrimientos portugueses, un poco como el milanés Pietro Martire d'Anghiera, desde la corte de Castilla, llegará a ser el bardo de las hazañas de Colón y de los castellanos.¹⁰

LA PREPARACIÓN DE LOS VIAJES

A decir verdad, la empresa portuguesa dirigida a China se funda en informes más sólidos que la carta de un florentino familiarizado con las audiencias papales o los escritos dejados por Marco Polo: es concebida y minuciosamente preparada en Lisboa. Desde los últimos años del siglo xv llegan regularmente al gran puerto del Tajo objetos de Asia, entre ellos brocados y porcelana de China, mucho antes de que esa tierra haya sido alcanzada por los navíos portugueses.

El objetivo porta un nombre, el “país de los chinos”, y progresivamente adquiere existencia física, humana y material. La conquista de Malaca ha puesto a los portugueses en contacto con una importante comunidad china establecida en el lugar desde hace mucho tiempo. Parece ser que, ya en 1512, un chino fue

enviado a Cochín y de allí, más tarde, a la corte de Lisboa. Un mapa de origen japonés enviado de Malaca le permite al rey de Portugal situar el país de los chinos. Ese mismo año de 1512 llegan unos libros chinos a Lisboa, y, dos años más tarde, Manuel le obsequia uno al papa León X. En Roma ese libro, como se verá, atrae la mirada del gran humanista Paolo Giovio, que no puede disimular su asombro y admiración.¹¹ China desembarca en Europa con sus objetos preciosos incluso antes de que los portugueses echen pie en su suelo; y, si es verdad que le debemos la invención de la imprenta, ¿no se había introducido esta técnica ya desde hacía algunos decenios en el universo letrado de los europeos? ¿No les había cedido indirectamente una de las herramientas privilegiadas de su Renacimiento: el libro impreso?

Los portugueses de Asia disponen de informes mucho más directos e infinitamente más abundantes. Desde el primer viaje de Vasco de Gama (en 1498), se desenvuelven en unos mares donde pululan los informantes de todo tipo. En Malaca, no sólo el factor* del rey Manuel, Tomé Pires, conoce bien Asia, sino que probablemente termina en 1515 un asombroso tratado de geografía económica y política, la *Suma oriental*, en la que hace un recuento de todos los recursos de Asia que descubren los portugueses.

La obra dedica cierto número de páginas al país de los chinos, dos años antes de que su autor eche pie a tierra en sus costas. Es como si Hernán Cortés hubiese redactado una descripción de México y de América del Norte sin aguardar a desembarcar en Yucatán: “[Las cosas de la China] son tan grandes, trátase de la tierra, de los habitantes, de las riquezas o de las instituciones, que sería más fácil creer que uno se encuentra en Europa que en esta tierra de China”.¹² Pires evoca la blancura de los habitantes, describe su vestimenta, multiplica las semejanzas y las comparaciones (“como nosotros”, “como en Portugal”). Los defectos de los chinos de Malaca son bien conocidos —la mentira, el hurto—, pero se deben a que sus interlocutores son de baja extracción. Es la primera vez que un europeo observa el uso de los palillos entre esa gente a la que le gusta el puerco y que aprecia el vino de los portugueses. Las chinas, como muchas mujeres de Asia, también atrapan su mirada: tan blancas como algunas europeas, tienen para él el garbo de las españolas y se maquillan como sevillanas;¹³ pero, por ahora, sólo puede tratarse de damas entrevistadas en Malaca.

El país que le describen está cubierto de ciudades y fortalezas. El rey que reside en Cambuluc (Khanbaliq) vive oculto a las multitudes y a los grandes. Allí recibe periódicamente el homenaje de los reinos periféricos, Champa, Cochinchina (“Cochin China”), las islas Ryūkyū (“Liu Kiu”), Japón, Siam, Pase (Pazem, en la isla de Sumatra) y Malaca, conforme a un ceremonial puntilloso y celosamente observado. Los Estados vasallos le despachan con regularidad embajadas cargadas de todo lo mejor que su país puede producir y, a cambio, el Hijo del Cielo los colma de regalos. Según lo que le relatan a Pires, el soberano recibe disimulado tras una colgadura, por lo que los enviados sólo perciben su silueta y únicamente pueden comunicarse con él a través de intermediarios. En esa fecha, Pires ignora todavía que encabezará una misión a China y, por lo tanto, que un día tendrá que hacer frente a su vez a la rigidez del protocolo imperial. El rey no sólo es inaccesible sino que el reino está herméticamente cerrado: ni un solo chino puede viajar a Siam, Java, Malaca o Pazem sin el visto bueno de las autoridades de Cantón; y ningún extranjero puede salir del reino sin la autorización expresa del soberano. A todo junco que infrinja esas leyes se le confiscarán sus mercaderías y su tripulación será ejecutada. Al buen entendedor...¹⁴

Cantón es la ciudad china más conocida en Malaca. Una vez más, sin saberlo, Pires está a punto de familiarizarse con un lugar donde pasará años, probablemente los últimos de su vida. Según parece, recibe una parte de su información de los mercaderes de Luzón (en las Filipinas) “que ya han estado allá”. Situada en la desembocadura de un gran río, la ciudad de Cantón es considerada como el principal puerto de comercio del país; la describen como una ciudad construida en piedra tallada sobre un terreno llano, rodeada de murallas de siete brazas de altura y anchura y protegida por unas puertas monumentales. Cantón posee varias “radas” que abrigan grandes juncos. Las embajadas que se presentan en ella tienen la costumbre de tratar sus asuntos comerciales en la ciudad o “fuera de ella”, a unas 30 leguas del puerto. A esa distancia, se encuentran unas islas donde acuestan las misiones en espera de que el responsable de Nantong, un puerto sobre la costa, anuncie su arribo a las autoridades de Cantón y se ocupe de traer a unos mercaderes para que estimen los cargamentos y la suma de los derechos por pagar. Los expertos se embolsan los impuestos y preguntan qué mercaderías deben llevar de Cantón para

satisfacer a los visitantes. Se le explica a Pires que todo se trata fuera de Cantón, por razones fiscales y para garantizar la seguridad de la ciudad, expuesta demasiado a menudo a las amenazas de los corsarios: los chinos desconfían de los juncos javaneses y malasios, que parecen ser infinitamente superiores a los del Imperio —o, más exactamente, del reino, porque Pires no habla nunca de imperio—. El portugués llega a la conclusión de que un gran navío bastaría para aniquilar a Cantón y que ello sería una “gran pérdida” para China. Tal certidumbre permanecerá siempre arraigada en la mente de los visitantes provenientes de Lisboa.

¿Cuántos días para ir a China desde Malaca? Veinte días, o no más de 15, si se aprovecha el viento del monzón. ¿En qué momento zarpar? En junio, de preferencia. ¿Cuánto tiempo para ir de China a Borneo? Una quincena de días;¹⁵ pero la ida y vuelta requiere entre siete y ocho meses. ¿Qué vender a los chinos? Pimienta, sobre todo, un poco de clavos y nuez moscada y una retahíla de otras mercaderías, que van desde los colmillos de elefante hasta el alcanfor de Borneo. ¿Dónde atracar cuando se llega de Malaca? En la isla de Tunmen (Tuen Mun, en Hong Kong). ¿Qué comprar en China? Productos de seda sobre todo, y perlas, almizcle, porcelana en grandes cantidades e incluso azúcar, sin contar la pacotilla, como la que llega de Flandes a Portugal.¹⁶ ¿De dónde vienen las mercaderías? La seda blanca, de Chancheo (Ch’uan-chou o Quanzhou); la de color, de la Cochinchina; los damascos y los brocados, de Nanking. ¿Dónde atracar en otros lugares diferentes a Cantón? En la costa de Fujian, mucho más al noreste, sobre todo si se piensa ir hasta los “Lequios” (Ryūkyū); pero en Cantón es donde se encuentra “la llave del reino de la China”; y, como nunca se es demasiado precavido, se debe desconfiar de las gentes del pueblo, “poco inclinadas a decir la verdad”, mientras que los grandes mercaderes, los compradores de pimienta, parecen fiables.

Como podrá verse, Pires sabe todo, o casi, lo que hay que saber para visitar el Imperio celeste. Conocimientos asombrosos, si se piensa que 10 años antes se ignoraba todo de China, y razón para reducir nuestras pretensiones actuales de querer conocer todo en un tiempo mínimo.

Pires debe esos conocimientos a su estancia en Malaca, un puerto que, a principios del siglo xv, ha llegado a ser el centro de intercambio de esa región del mundo. Malaca, que muy pronto busca la protección de China, ha servido en varias ocasiones de escala a las flotas del almirante Zheng He (1371-1433).

La ciudad alberga una población cosmopolita de mercaderes, venidos de todos los grandes puertos de Asia, sobre la que Pires se muestra inagotable. Malaca es probablemente uno de los lugares donde se puede obtener más información sobre las rutas marítimas de esa parte del mundo y sobre las comunidades de mercaderes que las recorren. Y Pires no es el único en querer informarse sobre China. Sus compatriotas Francisco Rodríguez, en 1513, y Duarte Barbosa, en 1516, recolectan también toda clase de datos: fabricación de la porcelana y de la sedería, protocolo para las embajadas recibidas en la corte de China, descripción de la ruta marítima —el “camino de la China”— que lleva a Malaca y Cantón.¹⁷

En 1514 y 1515 un negociante florentino, Giovanni da Empoli, resume en dos cartas lo que aprendió sobre los chinos de Malaca y sobre los del continente. China abriga “la riqueza y las cosas más grandes del mundo”;¹⁸ pero el florentino habla todavía de la ciudad de Zerum (Zaitun), donde residiría el rey de la China, que él identifica con el Gran Khan de Catay.¹⁹ ¿Habrá comprendido antes que todos los otros que la China de Marco Polo y la de los Ming es sólo una? En 1516 otro florentino, Andrea Corsali, hace a su vez una relación, aprovechando, como los otros, las noticias aportadas por la expedición precursora de Jorge Álvares.

Así pues, el viaje de Pires no tendrá nada de una primicia. Ya en 1513 Jorge Álvares toca las costas chinas. Un año más tarde, otra expedición es confiada a Rafael Perestrello, primo nieto portugués del hijo de Cristóbal Colón, entonces virrey de las Indias, Diego Colón. En la primavera de 1515, a la cabeza de tres juncos, Perestrello singla hacia China. No es el único: ya otros portugueses e italianos frecuentan la misma ruta. Es en Cantón, en noviembre de 1515, cuando, en ocasión de su última estancia en Asia, Giovanni da Empoli redacta una carta en la que describe China con algunas imágenes fuertes: las ciudades, la población, las riquezas, la circulación, las edificaciones, todo le parece extraordinario. El mercader italiano muere en alta mar frente a China en el incendio de su navío en 1517.

En el lugar, por el lado de los portugueses, se está ya a punto de dar un vuelco hacia el “periodo posterior a Marco Polo” cuando la China de los Ming comienza a eclipsar al Catay de los mongoles; pero los sabios europeos tardarán mucho más tiempo en llevar a cabo su actualización. Los mapas seguirán repitiendo lo que escribieron Ptolomeo y Marco Polo sobre esa parte del mundo; mientras tanto, los que utilizan los marinos portugueses, y que éstos ocultan celosamente, ya han registrado el descubrimiento: encierran las últimas noticias sobre el litoral chino y el delta del Río de las Perlas.

LAS NUEVAS INDIAS, ¿SE ENCUENTRAN EN ASIA?

Si los colonizadores españoles de las islas del mar Caribe pudieron imaginar que se encontraban a un cable de unas sociedades prósperas y comerciantes fue debido a las esperanzas y las ilusiones que había sembrado Cristóbal Colón, seguro como estaba de haber alcanzado los parajes del Japón y del imperio del Gran Khan. Por las razones antes vistas, *Il Miglione* de Marco Polo, que pocos habían leído pero del que muchos habían oído hablar, se interponía entre Castilla y el Nuevo Mundo. Ahora bien, en los primeros años del siglo XVI, tanto en Lisboa como en Sevilla, el veneciano encuentra un público nuevo. Después de su publicación en portugués en 1502, a partir del año siguiente, la obra de Marco Polo tiene una primera edición en castellano en Sevilla. ¿Quiere eso decir que el puerto del río Guadalquivir quiere pisar los talones al del río Tajo? ¿Por qué traducir el libro de Marco Polo añadiéndole el texto de “Micer Poggio, un florentino que trata de las mismas tierras y de las mismas islas”, en ese caso la relación de los viajes de Niccolò da Conti? Paradójicamente, se trata no de aportar grano al molino colombino, sino, por el contrario, de presentar argumentos a los que se rehúsan a confundir las Indias de Colón con el Asia del veneciano.

En el prólogo que abre su traducción, el dominico Rodrigo Fernández de Santaella se explica y se revela como mucho más que un mero traductor. Cargado de títulos, protonotario apostólico, archidiácono y canónigo de Sevilla, Santaella es una figura intelectual de importancia en el reino de Castilla. Humanista formado en Bolonia y Roma, autor de numerosas obras de moral

cristiana, promotor de la reforma del clero y gran aficionado al arte, Fernández de Santaella se pregunta sobre la identidad de los descubrimientos castellanos en el océano occidental. Su traducción de Marco Polo va francamente dirigida en contra de Cristóbal Colón. En esos primeros años del siglo XVI, cuando el genovés está ya en su cuarto viaje, Santaella refuta la idea de que las islas occidentales formen parte de las Indias descritas por Marco Polo.²⁰

El prólogo responde al clima de incertidumbre que reina entre las élites sevillanas y que contrasta con la seguridad con que avanzan los portugueses. El descubrimiento de las Antillas hacía soñar a “muchos gente del pueblo y a muchos hombres altamente situados”. ¿Se trataba de las islas del rey Salomón y, por ende, de un anticipo de Asia? El canónigo afirma categóricamente que las islas descubiertas por sus compatriotas pertenecen a una cuarta parte del mundo: “Parece que Asia, Tarsis, Ofir y Lethin se encuentran en Oriente, mientras que la Antilla española está en Occidente; su emplazamiento y su naturaleza son muy diferentes”. Los que defienden lo contrario “engañan a muchas personas simples con sus invenciones sin fundamento”. La traducción de Marco Polo, al vulgarizar el texto del veneciano, debía hacer a todas luces evidente la futilidad de las afirmaciones de Cristóbal Colón. Conclusión: los indios no son indios y es necesario cesar de confundir el Occidente con el Oriente. Así comenzaba a perfilarse la noción de Occidente, de un Occidente en sitio aparte que dejaba de ser el apéndice delgado de un suntuoso Oriente.

Santaella no es adversario de los grandes descubrimientos: ¿qué puede ser más agradable y más excitante para quien tiene ganas de saber cosas que interesarse por las “partes del mundo”, en especial por aquellas a las que no se tiene acceso y que sólo son conocidas por un muy reducido número de personas? Santaella se dirige al conde de Cifuentes, a quien dedica su traducción, y a la nobleza; es decir, a la corte, pero también al vasto público de clérigos y mercaderes que pueblan la gran ciudad andaluza. Sabe halagar a los medios que viven a la espera de cosas nuevas, nunca antes vistas y nunca antes contadas, ávidos de descubrir “las grandezas de los señoríos, de las provincias, de las ciudades, las riquezas y la diversidad de las naciones y de los pueblos, con sus leyes, sus sectas y sus costumbres”.

Santaella es sensible a los trastornos que provocan las expediciones ibéricas: son éstas precisamente las que incitan a releer el libro de Marco Polo bajo una

luz diferente. Con mucha frecuencia, se ha puesto en tela de juicio la veracidad de los relatos del veneciano; y, si uno se atiene al marco restringido de “nuestra Europa”, de la Europa de antes de los descubrimientos, esos relatos pueden parecer inverosímiles. Pero ¿siguen siendo todavía tan sorprendentes cuando se los pone en el contexto de los descubrimientos castellanos y portugueses que se suceden día tras día? Los viajes de los ibéricos han abierto tal abanico de posibilidades y han alargado tanto los horizontes que han banalizado lo increíble y lo inverosímil. Así, las maravillas descritas por Marco Polo llegan a ser más creíbles, por lo que éste es realmente un “autor auténtico” y su libro constituye sin discusión un documento de primera mano sobre la parte oriental del mundo; y, precisamente porque dijo verdad, hay que comprender bien que las nuevas islas no tienen manifiestamente nada que ver con Asia. Cuando se lee a Marco Polo en castellano, uno se da cuenta del carácter sin precedentes de los descubrimientos.

El humanista plantea igualmente otro argumento, más sutil y más profundo: la obra de Marco Polo no presenta únicamente un interés “geográfico”. Se debe leerla también “para que nuestra gente no deje de obtener de ella una serie de beneficios”; porque contiene algo que puede suscitar la reflexión del cristiano. En primer lugar, un testimonio excepcional sobre la admirable diversidad de la creación divina. Por poca distancia que tome respecto al mundo que le es familiar, el creyente comprenderá mejor la suerte que tiene de haber recibido la fe, “estableciendo entre el pueblo bárbaro y el pueblo católico una diferencia análoga a la que separa a las tinieblas de la luz”. Mejor aún, esa toma de conciencia despertará en él el deseo de extender el conocimiento de Dios a esos pueblos paganos,

a esas almas tan innumerables [...] enviando, como en otras partes, obreros, porque la cosecha es abundante; y, a fin de cuentas, viendo la manera como los idólatras y los paganos, de los que trata ampliamente este libro, sirven y honran a sus falsos dioses y a sus ídolos insensibles, las gentes se despertarán y saldrán de su pesado sueño y de su pesada negligencia para apresurarse a servir y seguir a nuestro Dios verdadero.

He ahí esbozado, en unas cuantas líneas, un vasto programa de cristianización dirigido al resto del mundo, a las “otras partes”, un programa anunciado y formulado antes incluso de que los castellanos conozcan la

existencia de las poblaciones de México o de que Las Casas emprenda la defensa de los indios.

EL SUEÑO ASIÁTICO

¿Es la ofensiva de Santaella lo suficientemente fuerte como para hacer desaparecer el deseo de Asia de que están imbuidos los castellanos en su rivalidad con los portugueses? El interés español por esa parte del mundo no se agota; y tampoco se limita a Marco Polo. El viaje de Niccolò da Conti a la India recogido por Poggio se publica en Granada en 1510; dos años más tarde, en Salamanca, sale una de las primerísimas obras dedicadas a las exploraciones portuguesas, *La conquista de las Indias de Persia*, de Martín Fernández de Figueroa. En 1520 y 1523 Ludovico de Varthema aparece en español; mientras tanto, en 1521 Jean de Mandeville, que tanto había hecho soñar a la cristiandad latina en los siglos XIV y XV, es editado en Valencia.²¹

Incluso en América Central, los españoles siguen soñando en Asia. Escuchemos al letrado milanés instalado en Castilla, Pietro Martire d'Anghiera, relatarnos los rumores que llegan hasta sus oídos. Ese italiano no deja pasar nunca nada:

El 14 de octubre de este año de 1516 vinieron a verme Rodrigo Colmenares, de quien ya he hablado, y un tal Francisco de la Puente [...] Los dos me cuentan, uno por haberlo oído decir y el otro como testigo, que en el mar austral se encuentran varias islas al oeste de la bahía de San Miguel y de la isla Rica, sobre las que crecen y se cultivan árboles que dan frutos parecidos a los de Colocut, que, con Cochin y Camemori, es la feria de las hierbas aromáticas para los portugueses; deducen de ello que, no lejos de allí, comienza la tierra que produce toda clase de sustancias aromáticas.²²

Los candidatos se apresuran a explorar esa nueva tierra prometida. Los puntos de referencia —Colocut (Calcuta), Cochin y Camemori (Cannanore)— son extraídos sin duda alguna del libro de Fernández de Figueroa, *La conquista de las Indias de Persia*, donde los tres puertos de la India aparecen exactamente en el mismo orden. Todo indica, por lo tanto, que Asia se encuentra a unos cuantos cables.

EL SALTO AL VACÍO

En el fondo, ¿por qué la idea de que Asia está al alcance de la mano resiste tan bien? Porque si Santaella tenía razón y las Indias del veneciano no eran las del genovés, la convicción de que se había llegado a terreno “conocido” se hundía; y, con ella, el entusiasmo de los marineros y la certidumbre de los inversionistas, que contaban con reponerse con las riquezas de Asia. Súbitamente, el salto a lo desconocido se convertía en un salto al vacío y la exploración en una empresa a ciegas. La comparación del Asia lejana y la América del Norte en el planisferio de Waldseemüller (de 1507) es absolutamente sorprendente: mientras que los casi familiares horizontes de Catay y Cipango aparecen en el extremo derecho del mapa, en el otro extremo, a la misma altura, se extiende un blanco immaculado, enigmático, allí donde 10 años más tarde surgirá un México que todavía no se sabe que existe. Nuestra América del Norte está designada con el nombre de *Terra ulterius incognita*. Seis años más tarde, en 1513, otro mapa de Waldseemüller sigue mostrando un espacio vacío; y todo navegante y todo inversionista tienen horror al vacío.

De Catay al vacío, y del vacío al descubrimiento. Antes de 1517, nada se sabe de las sociedades del México antiguo; y no es la exploración de la Castilla de Oro la que proporcionará pistas. Un testigo tan prolijo y un observador tan infatigable como Bartolomé de las Casas, establecido en Santo Domingo desde 1503 y, después, en Cuba a partir de 1512, no ha recogido probablemente nada que pudiese hacer pensar que se han desarrollado sobre el continente unas sociedades poderosas; pero ¿quién habría podido imaginar un solo instante que, del otro lado del océano Atlántico, existía un Nuevo Mundo que estaba cubierto de ricas ciudades y que, por añadidura, esos reinos se encontraban a miles de leguas de los confines de Asia?

Los españoles están en vísperas de encontrarse con unas sociedades que nunca han estado en contacto con el resto del globo. En este caso, nada de intermediarios musulmanes, nada de mapas indígenas por interpretar o de recuerdos más o menos nebulosos por desembrollar, ninguna diáspora mesoamericana establecida en las islas que pueda facilitar el encuentro. Para los españoles, que zarpan a ciegas, la situación que descubren es doblemente pasmosa, como lo recuerda mucho más tarde un veterano de esas expediciones,

Bernal Díaz del Castillo: no sólo “la cual tierra [la península de Yucatán, alcanzada en 1517] jamás se había descubierto, ni se había tenido noticia de ella hasta entonces”, sino que los castellanos se dan de narices contra una civilización urbana en América: “Desde los navíos, vimos un gran pueblo [...] y viendo que era gran poblazón y no habíamos visto en la isla de Cuba ni en La Española pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cairo”.²³

V. LIBROS Y CARTAS DEL FIN DEL MUNDO

LA ESTUPEFACCIÓN que suscita la novedad es igualmente grande en la península. Ya en 1492 el milanés Pedro Mártir de Anglería se ha hecho el cronista atento y lúcido de las empresas de Cristóbal Colón y sus sucesores. El humanista no se cansa de discurrir sobre el carácter sin precedentes del descubrimiento; lo dice y lo repite a los papas que se suceden, tanto a Adriano VI como a León X: de esas tierras y de esos hombres “desconocidos” afluyen “cosas nuevas, inauditas y verdaderamente asombrosas”.¹ La entusiasta descripción que hace de los presentes enviados por Hernán Cortés en marzo de 1520 a Valladolid inaugura la manera como la Europa letrada percibirá las grandes civilizaciones de México. Los discos de oro y plata, los collares de piedras semipreciosas y otras “campanillas de oro”, las “tiaras”, las “mitras”, los penachos y los abanicos de plumas seducen por su belleza y por la extraordinaria maestría que despliegan sus creadores. La constatación es unánime, venga del dominico español Bartolomé de las Casas o del pintor alemán Alberto Durer.

“SUS LIBROS SON COMO LOS NUESTROS”

Unos curiosos libros forman parte igualmente del envío. Para Pietro Martire d’Anghiera, no hay duda de que los indios escriben. Lo que les sirve de papel o de pergamino —“la materia sobre la que los indios escriben”— es una corteza delgada que se parece a la de las “palmillas comestibles”.²

Pietro Martire se hace explicar todo: se comienza por extender la hoja para darle su forma definitiva; una vez endurecida, se la recubre “con algo que se parece al yeso o con otra materia del mismo género”. Las hojas no están unidas, sino dispuestas en acordeón, formando tiras de muchos codos. Cuando se repliega, el objeto forma un conjunto de elementos cuadrados unidos por un

“betún resistente y flexible”. “Recubiertos con tablas de madera, [los libros de los indios] parecen salir de las manos de un hábil encuadernador.”

Papel indígena, confección del libro, manipulación, nada escapa a la mirada del humanista milanés, que se interroga igualmente sobre el tipo de escritura que tiene ante los ojos. Los glifos amerindios “forman dados, ganchos, nudos, aristas y otros objetos alineados como entre nosotros”; le parecen “casi iguales a la escritura egipcia”, que el humanista había podido observar de cerca en ocasión de su viaje a Egipto.³ Un amigo de Pietro Martire, el nuncio apostólico Giovanni Ruffo da Forli, establece la misma semejanza: “En los pequeños cuadrados, había figuras y signos en forma de caracteres árabes y egipcios que han sido interpretados aquí como las letras que utilizan, pero los indios no fueron capaces de explicar de manera satisfactoria lo que era”.⁴ La alternancia de pictografías y dibujos sugiere incluso una comparación con algunas innovaciones entonces en boga en los talleres europeos; recuerda “la manera como los impresores tienen a menudo el hábito de nuestra época, para atraer a los clientes, de intercalar en las historias generales y aun en los libros de entretenimiento planchas que representan a los protagonistas del relato”.

“Una vez cerrados, sus libros son como los nuestros.” Se tiene la sensación de que Pietro Martire d’Anghiera se esfuerza por atenuar lo que podría separar a Europa del Nuevo Mundo, aun cuando hoy en día la apreciación nos parezca un poco precipitada, si no reductora. Es cierto que valoriza igualmente la riqueza de los contenidos: “Sus libros [...] encierran, según se cree, sus leyes, el orden de sus sacrificios y de sus ceremonias, sus cuentas, las observaciones astronómicas, la manera y las épocas para sembrar”.⁵ La observación se inspira muy probablemente en explicaciones proporcionadas por los enviados de Hernán Cortés, Francisco de Montejo y Alonso Hernández de Portocarrero;⁶ y es determinante, porque si los libros mexicanos son depositarios de un saber jurídico y religioso, astronómico y agrícola, todo lleva a creer que los habitantes de esas comarcas disponen de herramientas indispensables para el funcionamiento de una sociedad civilizada y para su proyección en el futuro.

Por consiguiente, no se podría imaginar una presentación más seductora de las sociedades mexicanas. Pero nada es perfecto; hay una sombra en el cuadro y es de talla: las sociedades descubiertas se dedican al sacrificio humano, en especial al de niños. Algo que, no obstante, el humanista se esfuerza a fondo en

comprender, retomando las explicaciones provistas por los indios.⁷ Falta agregar que el espectáculo de los presentes llevados de México le encantan y que, finalmente, la fascinación se impone: “Me parece que jamás he visto cosa igual que por su belleza pueda atraer las miradas de los hombres”.⁸

“EN CHINA HAY IMPRESORES”

Según parece, ya en 1512 un chino habría sido enviado a Cochín y, de allí, a la corte de Lisboa. Sin duda alguna, debió llevar consigo o proporcionado en el lugar muestras de la escritura ideográfica; si no, bastaba con abrir el primer libro chino llegado en la misma época a las riberas del río Tajo o con hojear el *Cuaderno de pinturas de los chinos*,⁹ que se menciona en el inventario del guardarropa real, para tener una idea de la maestría de los artistas del Imperio celeste. Recuérdese que, en 1514, el rey Manuel le ofrece el libro chino al papa León X. En Roma, la obra apasiona al humanista Paolo Giovio al grado de que uno puede preguntarse si, años más tarde, el entusiasmo que mostraría Pietro Martire no es el calco del de su ilustre colega.¹⁰

La escena emblemática del sabio que escruta con una mirada entendida las cosas de otro mundo tiene un precedente romano: la posteridad olvidó ya al lombardo Paolo Giovio (Paulo Giovio para los españoles), uno de los intelectuales más prominentes de su tiempo, uno de esos espíritus ágiles que armonizan tanto con su época que terminan por desaparecer con ella. Ante los libros chinos, Giovio no puede disimular su admiración, pero en este caso es el proceso mismo de la impresión lo que captura toda su atención:

Hay allá [en China] impresores que imprimen conforme a nuestro propio método libros que contienen historias y ritos sagrados sobre un pliego cuya cara más grande está plegada hacia el interior en páginas cuadradas. El papa León tuvo la bondad de permitirnos ver un libro de ese género que le fue obsequiado [junto] con un elefante por el rey de Lusitania, si bien podemos fácilmente pensar que algunos ejemplares de ese género llegaron a nosotros, antes de que los lusitanos hubiesen penetrado en la India, por medio de los escitas y los moscovitas como ayuda incomparable para nuestros letrados.¹¹

Más adelante, Paolo Giovio difundiría la idea de que la imprenta no fue inventada completamente en la Alemania de Gutenberg,¹² antes bien, fue llevada

de China por un mercader; algo para disminuir la soberbia de un país culpable de abrigar a Lutero y sus sectarios.

La cuestión del origen chino de la imprenta no iba ya a dejar de alimentar las crónicas. En el siglo XVI el médico de Goa García da Orta, el historiador portugués Jerónimo Osorio y el jesuita italiano Giampietro Maffei reproducirán la versión de Paolo Giovio. El debate no tiene nada de anecdótico: no sólo sucede que China es un país que produce libros y domina la imprenta, sino que Europa parece debérsela. A diferencia de México, cuya producción sigue siendo una curiosidad lejana o que recuerda un pasado ido, como la Antigüedad egipcia, China le ha donado a la cristiandad una técnica a la que un humanista no podría permanecer indiferente: la invención del libro impreso. Poco importaba todavía que se ignorase casi todo de China: ésta, por medio de la imprenta y el comercio de sus objetos preciosos, ya se había invitado al corazón de las cortes europeas.

AMERICANISMO Y ORIENTALISMO

Lisboa tendrá la oportunidad de poder comparar los libros de China con los de México: en 1521 Manuel de Portugal recibe de Carlos V uno de los códices enviados por Hernán Cortés, el *Codex Vindobonensis Mexicanus*, que posteriormente pasará a manos de Clemente VIII.¹³ Lo que la corte de Lisboa tenía ante los ojos no era una obra mexicana, sino una pintura mixteca, llevada probablemente a la costa veracruzana entre los presentes ofrecidos al conquistador. Las referencias a la historia de Quetzalcóatl, el dios Serpiente Emplumada, contenidas en el códice debieron de haber escapado tanto a Cortés como a los soberanos ibéricos que lo examinaron. Al menos, poco antes de morir, Manuel tuvo la ocasión de comprobar que la civilización descubierta por sus vecinos castellanos para su yerno póstumo Carlos era tan impresionante como la China que él tenía en la mira.

Mexicanas o chinas, esas piezas provienen de mundos vivos y contemporáneos de los que presentan una imagen asombrosamente positiva, aunque sólo fuese a la exigente mirada de la Italia letrada. En una Europa que valoriza el escrito y colecciona los manuscritos antiguos, los libros chinos y los códices mexicanos son indicadores indubitables de civilización, indispensables

para situar a unas sociedades de las que hasta entonces no se tenía la menor idea. La escritura y sus soportes aparecen como los marcos obligados de toda memoria y, por lo tanto, de toda continuidad histórica. Paolo Giovio deja constancia de las historias que encierran los libros chinos, mientras que Pietro Martire sugiere que los libros mexicanos relatan “las gestas de los antepasados de cada rey”.¹⁴ China y México pasan con éxito el examen en una época en que el Imperio otomano evoca para muchos la imagen de una nación bárbara, destructora de la cultura griega y antigua.¹⁵

Esos objetos no tienen en absoluto la misma esperanza de vida. La escritura y las artes de China tienen el porvenir para ellos y frente a ellos; en cambio, nadie entonces duda que los códices mexicanos sean las últimas realizaciones de un arte y una técnica condenados a la aniquilación o al marchitamiento. A decir verdad, cuando Pietro Martire observa los códices, la suerte está echada del otro lado del océano Atlántico; pero la admiración del humanista milanés no impedirá los estragos de la Conquista. En el presente es perturbador comparar esas apreciaciones tan laudatorias con la posteridad que la historia les dará. El momento en que el milanés escribe marca una etapa efímera de la relación de Europa con México: la del descubrimiento previo a la conquista y a la destrucción. Portugueses, italianos y castellanos presentan en ese caso el mismo rostro, el del coleccionista: las curiosidades mexicanas valen por su refinamiento, su extrañeza, su singularidad; los libros chinos entran en la misma categoría, donde priman el valor intelectual y la pericia técnica. Pero si en el caso de Castilla la guerra, la depredación y la destrucción van a imponerse muy rápidamente sobre las colecciones, en Lisboa éstas entran de golpe en una relación comercial: los productos de China representan ante todo mercaderías preciosas de alto valor agregado. Desde nuestra perspectiva, los libros mexicanos observados por Pietro Martire, al igual que los tesoros enviados a Carlos V, fijaron la instantánea de una civilización muy pronto destinada a su pérdida y han fundamentado durante mucho tiempo nuestra imagen de un México fosilizado en sus plumas y sus pirámides, mientras que el comercio con China ya nunca cesó de colmar Occidente de objetos de lujo que la gente se procuraba a grandes costas.

Por ahora, tanto Pietro Martire d’Anghiera como Paolo Giovio —que llegará a ser uno de los grandes expertos en el tema del mundo musulmán—

contribuyen a lanzar las disciplinas llamadas a ocupar un lugar esencial en la historia del pensamiento europeo: el americanismo y el orientalismo. Nuestros humanistas están entre los primeros de Europa en observar, describir e interpretar “científicamente” los objetos originarios de China y América,¹⁶ explotando las redes de información planetarias que, a través de Sevilla o Lisboa, convergen en Roma. Antes que ellos, otros italianos habían producido y difundido los conocimientos sobre las otras partes del globo; para sólo citar a los más recientes: Ludovico di Varthema, del que se edita el viaje a la India y el Asia del sudeste en Roma en 1510, y Amerigo Vespucci (Américo Vespucio), del que se publican los escritos auténticos o apócrifos a partir de 1503.

Pietro Martire d’Anghiera y Paolo Giovio no se contentan con reunir toda la nueva información: se dedican a su interpretación en su calidad de humanistas.¹⁷ Su reflexión sobre los mundos lejanos se apoya en su formación clásica, que asienta su autoridad al mismo tiempo que les proporciona las herramientas para reflexionar en las relaciones de la cristiandad con el Egipto de los mamelucos y el Nuevo Mundo (Pietro Martire d’Anghiera) o con la China y el Imperio otomano (Paolo Giovio), e incluso comparar la América con Asia (Paolo Giovio). Tanto los viajes y las colecciones de Giovio como las cartas de D’Anghiera dibujan los contornos de una República de las Letras que se dedica de lleno en lo sucesivo a divulgar las nuevas realidades de la ecúmene. ¿No es uno de los efectos de la correspondencia de Pietro Martire con la Italia de los príncipes, los prelados y la curia romana el de activar las primeras redes de sabios entre el Nuevo Mundo y el Antiguo? Frente a la Casa de la Contratación de Indias, en Sevilla, y la corte de Lisboa, que polarizan la información sobre las tierras nuevas, las redes italianas aseguran la difusión europea, explotando los canales de la diplomacia, la Iglesia y la imprenta.¹⁸

Esas redes no se activan todas al mismo tiempo. Los conocimientos sobre China sólo se difundirán en Europa a partir de mediados del siglo XVI, no tanto porque los medios portugueses sean deliberadamente más discretos, sino porque China es mucho más correosa que el México indio, magníficamente atendido por las cartas y las *Décadas* de Pietro Martire (1530), las cartas de relación de Hernán Cortés (publicadas a partir de 1522), las crónicas de Fernández de Oviedo (1535) y de López de Gómara (1552), por sólo mencionar los textos de mayor circulación.

La resistencia de China no explica todo. La difusión de los materiales reunidos sobre China por los florentinos y los portugueses se ha mantenido durante mucho tiempo esencialmente manuscrita. Que se sepa, únicamente la carta del florentino Andrea Corsali es publicada en un tiempo récord para la época: expedida en Cochín en enero de 1516, llega a Florencia en octubre y sale de las prensas de Stephano Carlo da Pavia en diciembre del mismo año.¹⁹ Es verdad que la falta de versiones impresas no impide que el *Livro das cousas* de Duarte Barbosa sea traducido al castellano en 1524 bajo los cuidados del embajador de Génova y del cartógrafo portugués Diogo Ribeiro, y después al alemán, en 1530, y que, en 1539, se encuentre en São Salvador do Congo.²⁰ Magallanes también tenía en su poder una copia del libro en portugués. La información sobre China queda muy discreta y casi desapercibida; se dirige casi exclusivamente a los especialistas que leen el portugués y se presenta bajo una forma poco madura para entusiasmar al público letrado del Renacimiento.

Todo cambia en la segunda mitad del siglo: China emerge entonces a plena luz, mientras que México se ha colmado de admiradores y curiosos. Algunos escritos precursores, como la primera carta de Giovanni da Empoli, la *Suma oriental* de Tomé Pires, si bien en una versión amputada, y el *Livro das cousas* de Duarte Barbosa han debido esperar hasta 1550 para que Giovanni Battista Ramusio las publique en la primera entrega de sus *Navigazioni et Viaggi*.²¹ Después, a medida que se avanza en el siglo, las reediciones italianas se multiplican: 1554, 1563, 1587-1588, 1606 y 1613 en el caso de la *Suma oriental*, y 1554, 1563, 1587-1588, 1603 y 1613 en el del *Livro das cousas*.²² Del lado portugués, la tercera *Década* de João de Barros no sale hasta 1563, aportando una cosecha de datos sobre lo ocurrido en las costas de China en el decenio de 1520. Pero ya otras obras, esta vez exclusivamente dedicadas a China, acaparan la atención de los medios letrados europeos.

CARTAS DESDE CHINA Y MÉXICO

Los primeros contactos entre Europa, China y México son, por consiguiente, contemporáneos, pero no provocan la misma “propaganda mediática”. La epopeya de los conquistadores y el destino roto del Imperio azteca siguen

fascinando, mientras que el descubrimiento de la China de los Ming y el fracaso de Tomé Pires nunca han interesado a mucha gente. No obstante, las dos series de acontecimientos ejercen todavía su impacto sobre nuestro mundo contemporáneo. Marco Polo no tuvo necesidad de conquistar China ni de la invención de la imprenta para dejar una obra maestra, *Il Milione (El libro del millón)*, con la garantía de perdurar durante siglos. El fracaso o el éxito no bastan, entonces, para explicar la diferencia de tratamiento; como tampoco, incluso, el extraordinario talento de escritor que se atribuye al futuro conquistador de México. La conquista de México habría tenido su Julio César en la pluma de Hernán Cortés, quien fijó su imagen triunfante; pero los portugueses debieron de haber contado con la de Tomé Pires, cuya *Suma oriental* prueba que era igualmente capaz de reproducir la singularidad de las tierras que visitaba. La mirada de Pires vale la de Cortés, lo cual hace que su silencio sea aún más lamentable. Pires no volverá vivo de China, y si acaso hizo salir un manuscrito de su cárcel cantonesa, no ha llegado nunca hasta nosotros; no obstante, sus compañeros de infortunio sí redactaron cartas.

Así, por medio de esas cartas se descubre la historia de los primeros contactos. Las de Hernán Cortés, copiadas, comentadas, impresas y traducidas, han llegado a ser famosas al punto de colocarse entre las primeras manifestaciones de una literatura occidental nacida en el continente americano; en cambio, las misivas enviadas desde Cantón y debidas a oscuros portugueses siguen teniendo hoy en día algunos problemas para salir del mundo lusitano.

En julio de 1519, en octubre de 1520, en mayo de 1522, en octubre de 1524 y en septiembre de 1526,²³ Hernán Cortés le envía a Carlos V cinco “cartas de relación” que no sólo circulan por toda la corte sino que tienen la buena fortuna de atraer velozmente el interés de los impresores europeos hacia los acontecimientos de México. Jacobo Cromberger publica la primera carta ya en noviembre de 1522; es decir, únicamente tres años después del momento de su redacción. Al año siguiente, un alemán de Zaragoza, Jorge Coci, toma el relevo: publica una segunda entrega, ilustrada con grabados tomados de una edición de las *Décadas* de Tito Livio, y le da un título tan interminable como sensacionalista que exalta la grandeza de las ciudades, las riquezas del comercio, el esplendor de Tenochtitlan y el poderío de Moctezuma.²⁴ En marzo de 1523 Jacobo Cromberger imprime la tercera carta en Sevilla. En 1524 aparece en

Núremberg una traducción al latín de la segunda y la tercera cartas, debida esta vez a Pietro Savorgniani, quien compara a Cortés con Alejandro y con Aníbal. En esta última edición se desliza un documento de primerísima importancia: un plano de México-Tenochtitlan, inspirado probablemente en un esbozo enviado por Cortés en los comienzos del decenio de 1520-1529. La imagen tiene tanto éxito que se reimprime en Venecia ese mismo año, aunque con leyendas en italiano. Ya en esa época Alemania sigue los acontecimientos mexicanos, transmitidos por tres cartas impresas y por el diario de Alberto Durer, quien visita en Bruselas una exposición de los tesoros enviados por Hernán Cortés. En 1525 sale la cuarta carta de las prensas sevillanas de Cromberger, un año después de su redacción en México. Las ediciones y las traducciones se sucederán a lo largo de los siglos.

Recuérdese que el primer libro impreso que trata de México se debe a la pluma del humanista Pietro Martire d'Anghiera, el *De nuper sub D. Carolo repertis insulis*, que ve la luz del día en Basilea en 1521. La recepción de los objetos mexicanos en España y la llegada de algunos indios dan lugar a presentaciones cuidadosamente orquestadas que no dejan de llamar la atención de los diplomáticos, como el humanista Gaspar Contarini, cuyos correos informan al senado de Venecia sobre la conquista de México; y también es en Venecia donde, en 1528, Tenochtitlan ingresa en la lista de las islas más famosas del mundo, al lado del Japón (Cipango), por la gracia de Benedetto Bordone y de su *Isolario*.²⁵ Inspirada en el grabado de Núremberg, la imagen de la ciudad sufre algunos retoques que acentúan su semejanza con Venecia.²⁶ Se instala tan bien en el imaginario de los venecianos que, con su lago y sus canales, México se convierte en un modelo de gestión de las aguas de la laguna para los humanistas de la ciudad de San Marcos.²⁷ En los decenios siguientes la información se propaga como reguero de pólvora, alcanza el corazón de Europa y alimenta la *Kosmografie Ceská* (1554), que evoca por primera vez en checo la potente ciudad de Temixtitan (Tenochtitlan).

Así pues, el testimonio de Hernán Cortés es el fundamento sobre el que se construirá y se deconstruirá nuestra visión europea de la conquista de América, porque en él se revela como un narrador excepcional y un director escénico fuera de serie al igual que como el vencedor de un imperio prestigioso. Su testimonio no solamente es directo, sino fresco. Cortés opone a una situación que le escapa

un desciframiento incesante con efectos siempre calculados. Nunca olvida la autoridad a la que se dirige, el emperador Carlos V. Sin duda alguna, existe una diferencia temporal recurrente entre el instante vivido y su interpretación epistolar, pero esa diferencia es mucho menor que la que conllevan otros testimonios directos sobre la conquista; tal es el caso, por ejemplo, de la *Relación breve de la conquista de Nueva España* de fray Francisco de Aguilar (hacia 1560) o de la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo (1568): redactadas decenas de años después de los acontecimientos, esas historias releen las peripecias de la conquista a la luz de la información recogida mucho tiempo después en una Nueva España que debe justificar tanto la dominación castellana como la aniquilación de la sociedad de los vencidos. Aguilar y Díaz del Castillo narran una historia de la que conocen el desenlace y los pormenores, mientras que el Cortés de las primeras cartas avanza a ciegas. Esa diferencia es de capital importancia para nosotros, porque permite volver sobre las intenciones originales de la empresa antes de que se presente como el establecimiento ineluctable de la primera colonización de los Tiempos Modernos. Entonces se da uno cuenta de que la empresa de Tomé Pires y la de Hernán Cortés tienen más de un aspecto en común.

Del lado portugués, hace falta, como ya se ha dicho, el testimonio de quien se encuentra a la cabeza de la empresa portuguesa, a quien se puede considerar, en igualdad de condiciones, como el *alter ego* de Hernán Cortés. No solamente Tomé Pires no dejó un monumento escrito sobre China, sino que las cartas que envió desde Nanking a Jorge Botelho y a Diogo Calvo se perdieron, privándonos de un cuadro, sin duda excepcional, de su encuentro con Zhengde, el señor del Imperio celeste.²⁸

Las raras cartas portuguesas que escaparon al desastre parecen haber sido redactadas alrededor de 1524;²⁹ sus autores son Christovão Vieira, uno de los miembros de la embajada portuguesa, y Vasco Calvo, sin duda un mercader, que no arribó a las costas chinas antes de 1521. Esos dos observadores están dotados de una mirada tan afilada como la del conquistador de México y, como se verá, de ambiciones de la misma calaña. Sus cartas no tuvieron la misma posteridad historiográfica y sólo subsisten a través de copias de ellas descubiertas en la Biblioteca Nacional de París a principios del siglo xx.³⁰ Por lo general, la historia de las relaciones de China con Occidente no ha tomado en consideración

esa prehistoria portuguesa y ha dejado de lado esas fuentes directas.³¹ Si bien nuestros dos portugueses no tienen el talento literario de un Hernán Cortés, sí manifiestan, no obstante, unos dones de penetración tan excepcionales como la situación a la que hacen frente, alternando la valoración global y el sentido agudo del detalle, la toma de distancia panorámica y la experiencia personal. Como en el caso de Cortés, sus reacciones en caliente aclaran las escaramuzas que tienen lugar entre unos mundos que se ignoran, un momento privilegiado si se desea comprender el vuelo que emprende la mundialización en los albores del siglo XVI.

Del lado portugués, como en el caso castellano, existen testimonios posteriores que nos han transmitido los grandes cronistas de la expansión portuguesa: João de Barros en sus *Décadas de Asia*, Fernão Lopes de Castanheda en su *Historia del descubrimiento y conquista de la India por los portugueses*, Gaspar da Cruz en su *Tratado de las cosas de la China* y Fernão Mendes Pinto en su *Peregrinación* presentan, como sus semejantes castellanos, complementos posteriores que resultan valiosos, pero que están escritos desde una perspectiva diferente a la de Calvo y Vieira, una vez abandonado todo proyecto de conquista y colonización del territorio chino.³²

LA MIRADA DE LOS OTROS

Tanto las cartas de Hernán Cortés como las de los portugueses sólo nos informan desde el punto de vista europeo de esas empresas. Si bien es cierto que también registran las reacciones de los adversarios, es decir, de los indios y los chinos, únicamente retienen lo que captan y lo que interesa a la visión ibérica o lo que la conforta; un prejuicio que no podría sorprendernos.

¿Se habrá quedado mudo el otro campo, inmovilizado por el pavor o la sorpresa? Ello no ocurre así ni entre los chinos ni entre los mexicanos, pero es la expedición castellana la que deja las huellas más profundas, a la medida del cataclismo provocado. Habrá que esperar al siglo XIX para que los textos indígenas lleguen a ocupar su lugar al lado de las fuentes españolas y terminen por formar lo que Miguel León-Portilla llamará, con una fórmula que sigue siendo célebre, “la visión de los vencidos”.³³ Esos textos, a menudo

conmoveros, contribuyeron, sobre todo en la segunda mitad del siglo xx, a reactivar el interés por la conquista de México y a inspirar trabajos con los que se buscaba restituir el punto de vista de los indígenas.

Del lado mexicano, existe un conjunto de escritos, debidos a los indios o a algunos mestizos, en los que prima una historia de la conquista ilustrada y redactada en náhuatl a mediados del siglo xvi, es decir, más de una generación después de los acontecimientos.³⁴ Debe su existencia al trabajo de compilación llevado a cabo por el franciscano Bernardino de Sahagún en el marco de su *Historia general de las cosas de Nueva España*.³⁵

La información china utilizada para la presente obra proviene de historias dinásticas, crónicas provinciales y biografías de grandes personajes.³⁶ Son difíciles de desembrollar, incluso para el inmenso sinólogo que fue Paul Pelliot. ¿Qué retener de esas minuciosas investigaciones que hormiguean de comentarios cuyo contenido es con mucha frecuencia desconcertante? Las fuentes chinas que siguen muy de cerca los acontecimientos presentan la versión de la administración de Pekín y la de Cantón. Ello explica que puedan contradecir en parte las declaraciones portuguesas. Pero, unos 10 años más tarde, nuevas informaciones, a menudo contradictorias, lo dejan a uno perplejo. Parece que con el tiempo y la erosión de los recuerdos las fuentes chinas confundieron al embajador de Portugal, Tomé Pires, con un embajador musulmán que respondía al nombre de Khôjja Asan; es cierto que los dos tenían que ver con Malaca, pero el primero provenía de la ciudad conquistada por los portugueses, mientras que el segundo, según Paul Pelliot, era el enviado de las antiguas autoridades del lugar.

Para mayor confusión nuestra, el *Mingshi* (o *Ming-che*) menciona a un misterioso Houo-tchö Ya-san, del que no se sabe bien si designa a Tomé Pires o a un intérprete chino de la embajada portuguesa o, incluso, a uno de los musulmanes que acompañaban a la misión portuguesa. Sea lo que fuere, ese hombre, que fue ejecutado en Pekín en 1521, no podría ser Tomé Pires, el *kia-pi-tan-mo* de las fuentes chinas, muerto algunos años más tarde; quizás era un musulmán de origen malayo,³⁷ que conocía el chino y la lengua de los bárbaros, según el *Ming-Chan Tsang*. Ahora bien, otras fuentes más afirman que cierto Khôjja Asan fue ejecutado en 1529 en Cantón y asocian a ese Asan con los portugueses: bajo la tortura, el hombre confesó quizá que sólo era un falso

embajador, incluso que era un chino al servicio de los portugueses.³⁸ Algunas decenas de años más tarde, para confundir aún más las cosas, Khôjja Asan es presentado como embajador de los portugueses y cómplice de los excesos cometidos por un musulmán del Asia central que gozaba del favor de la corte, Sayyid Husain.³⁹

¿Cómo explicar ese vals de identidades? En parte porque los chinos no tienen idea alguna de quiénes son realmente los portugueses. Si se tomó a ese Khôjja Asan por el embajador portugués o por un chino al servicio de los portugueses, probablemente fue porque se suponía que los nuevos señores de Malaca provenían de un reino asiático o musulmán situado al suroeste del océano, en alguna parte al sur de Java o al noroeste de Sumatra.⁴⁰ La singularidad absoluta de sus visitantes se les escapa; y lo mismo ocurría en el caso de los antiguos mexicanos, quienes tomaron a sus huéspedes por los habitantes de un altépetl misterioso, de un señorío desconocido, *Castillan*, pero, a fin de cuentas, de un altépetl parecido a los suyos.

LA ILUSIÓN RETROSPECTIVA

Como de ordinario, las fuentes son incompletas y sesgadas. Pero hay otro obstáculo que será necesario intentar franquear también, el de la historia teleológica, porque siempre se tiene tendencia a ocultar lo que ocurrió entre los ibéricos, China y México a partir de 1517, reduciendo los acontecimientos a los resultados que son conocidos y proyectando, sobre ese momento en particular, las interpretaciones o los silencios que los chinos, los portugueses, los españoles y los mexicanos se apresuraron a producir posteriormente para hacer comprensible y, a la vez, aceptable un pasado problemático a causa de lo que ocultaba de imprevisto, inaudito y, para algunos, intolerable. No existen hechos históricos brutos, como tampoco hay una cultura pura o un relato original; pero se puede tratar de encontrar, bajo la capa de certidumbres, de lugares comunes y de lo inexpresado que la historia ha acumulado, lo que representó, al menos para la parte europea, la penetración de esos *forasteros* en China y México.

Un riesgo acecha: el de sustituir las diferentes historias que se confrontan con un relato unitario, que vendría a superponer su verdad a los materiales

siempre lacónicos que sea posible exhumar. En ese caso, la historia global sólo sería una nueva manifestación de la historia occidental. Asimismo, se puede considerar, y tal es nuestra opinión, que sólo se trata de otra puesta en perspectiva, de un punto de vista más que se limita a producir un pasado al que se puede interrogar en la actualidad. El historiador es un restaurador incansable que nunca olvida que el objeto que restaura —la Edad Media, el Renacimiento, el descubrimiento del Nuevo Mundo, etc.— no tiene nada de original, sino que es, en primer lugar y siempre, el fruto de construcciones anteriores, de arreglos hechos *a posteriori*, y que es necesario rehacer sin cesar.

Comparar la costa mexicana con el mar de China significa, por ende, atenuar nuestro inextinguible eurocentrismo y hacer surgir nuevas interrogantes. Se trata de reconectar los cables que la historiografía nacional respectiva ha arrancado y de someter los elementos así reunidos a una interpretación global que los haga dialogar entre sí, no solamente con Europa. Es variando la distancia focal, no ya invirtiendo los puntos de vista como en los ya lejanos tiempos de la “visión de los vencidos”,⁴¹ como se puede esperar elaborar una historia que tenga sentido en nuestra época. Tomadas esas precauciones, veamos lo que nos reserva una interpretación global de las visitas ibéricas.

VI. ¿EMBAJADAS O CONQUISTAS?

HERNÁN CORTÉS no fue quien descubrió México. Su expedición fue precedida y, por lo tanto, involuntariamente preparada por dos “contactos” hechos desde Cuba. La isla, conquistada en 1511 —el año en que Malaca cae en manos de los portugueses—, llegará a ser la base antillana de una serie de incursiones y expediciones de reconocimiento; pero sólo posteriormente aparecerá como un trampolín para saltar a México. Malaca, por el contrario, centro del comercio en el Asia del sudeste, no ha esperado la llegada de los portugueses a la región para ser la puerta de China: estos últimos encuentran en esa ciudad de más de 100 000 habitantes¹ mercaderes de todas las costas de Asia, una activa diáspora china y una gran cantidad de información comercial y política sobre esa parte del mundo; saben que están a un paso de las islas Molucas y de China, y su presencia militar —la toma de Malaca fue de una rara violencia— modifica el orden en toda la región.

En Cuba las cosas ocurren de una manera diferente. En este pequeño mundo cerrado, rápidamente todos quedan estancados. Después de la ejecución del cacique Hatuey, quemado vivo en 1512, la resistencia indígena cesa de amenazar a la presencia española y los colonizadores se sienten rápidamente como enclaustrados en una tierra sobreexplotada y sólo piensan en encontrar una salida viable para la mayoría de ellos.² El clima de fuga hacia lo desconocido que pronto se apodera de la isla se alimenta de esperanzas que se proyectan sobre la tierra firme, en donde no se ignora que, en alguna parte, más al sur, otros españoles están explotando la Castilla de Oro.

La primera expedición española zarpa de Cuba en febrero de 1517, a iniciativa de un centenar de colonizadores que buscan hacer algo más que participar en incursiones en busca de esclavos en las islas de los alrededores. Tienen la idea de “ir a nuestra ventura a buscar y descubrir tierras nuevas”.³ La empresa, que es puesta bajo la dirección de Francisco Fernández de Córdoba, reúne tres galeones, tres pilotos (entre ellos Antón de Alaminos) un cura y, nunca se sabe, un veedor, encargado oficialmente de recaudar el quinto del rey sobre las riquezas, “oro, plata o perlas”, que se pudieren descubrir. Lo que todavía sigue siendo sólo una intuición muy pronto se convertirá en certidumbre. Los medios son magros: “nuestra armada era de hombres pobres”, no hay suficientes cuerdas para los aparejos ni suficientes barricas herméticas para la provisión de agua.

Todo ese pequeño mundo parte a la aventura, al capricho de los vientos, “hacia donde se pone el sol, sin saber bajos ni corrientes ni qué vientos suelen señorear en aquella altura”. A diferencia de los portugueses, los navegantes españoles circulan por mares que les son desconocidos, sin la ayuda de pilotos locales, que pululan en las aguas del océano Índico y el mar de China; y con riesgos inconmensurablemente más altos. Los logros de esa primera expedición: el descubrimiento de Yucatán, los primeros contactos con los indios que viven en ciudades y van correctamente vestidos —los de las islas iban desnudos— y la captura de dos nativos destinados a servir de intérpretes, “entrambos eran trastabados de los ojos”. Los fracasos: escaramuzas que en todas partes resultan contrarias a los españoles —pierden a 50 de sus hombres en Potonchán,⁴ es decir, a la mitad de la tropa—, el temor y la fuga en los galeones: “con mucho trabajo quiso Dios que escapamos con las vidas de poder de aquellas gentes”.

Expedición chapucera, incursión con pocos medios, fracaso en toda la línea: para haber sido un ensayo, fue un verdadero desastre; casi una pesadilla que contradice la imagen que durante mucho tiempo se ha hecho de los indios de México, dizque paralizados por la extrañeza y por las armas de sus visitantes. Su resistencia tenaz sólo la iguala su capacidad para difundir la nueva y hacer sonar la alarma en las costas. No es un azar el que los españoles sean recibidos en Campeche, su segunda etapa, al grito de “¡Castilan, Castilan!”,⁵ como si ya se hubiese oído hablar mucho de ellos. En todo caso, la aventura se sitúa en las antípodas de un descubrimiento y una conquista cuidadosamente orquestados;

antes bien que una Europa que se traga América, es un curioso *western* en el que los blancos se hacen aplastar.

Consciente de la importancia de lo que está en juego, el gobernador de Cuba toma las cosas en sus manos y, en 1518, despacha una nueva flotilla de cuatro galeones. Juan de Grijalva y sus 240 hombres reciben la orden de “rescatar el oro y la plata que pudiese”, pero también de “poblar”, si la ocasión se presenta; y, en el lugar donde más tarde se fundará la Vera Cruz, Grijalva proclama a voz en cuello que tiene la clara intención de “poblar”,⁶ es decir, colonizar la región. ¿Había dado la Corona su autorización? Nada es menos seguro; el caso es que Grijalva regresa a Cuba sin haberlo hecho. La expedición es un éxito a medias: o los indios evitan el contacto o son brutalmente rechazados a golpes de espada, de pequeña bombardita y de vigas. Cuando se inicia un contacto, el trueque se revela decepcionante: a las exigencias españolas, las poblaciones del río Tabasco oponen un rechazo categórico: “que señor tienen, y que ahora veníamos y sin conocerlos ya les queríamos dar señor y que mirásemos no les diésemos Guerra”, es el mensaje que los castellanos creen adivinar tras la antipatía de los indios.

La comunicación ha avanzado a lo largo del año anterior, pero nadie puede adivinar aquello a lo que hacen alusión los indios, que a cual más repiten “Colhua, Colhua” y “México”, apuntando en dirección del poniente. Ni un solo instante es cuestión, por supuesto, de la conquista de un inmenso país del que nuestros conquistadores en ciernes no tienen la menor idea. En especial, ignoran que Moctezuma espía todos sus pasos desde la primera expedición y que ha dado instrucciones a sus gobernadores de la costa de hacer trueque con los recién llegados para descubrir quiénes son y cuáles son sus intenciones.⁷

Ese segundo episodio dejará un puñado de imágenes impresionantes, como las decenas de grandes banderolas blancas que agitan los indios en las riberas del río de Banderas para atraer la atención de los visitantes, a los que interpelan a grandes gritos, o los escudos cubiertos de escamas de tortuga que cintilan al sol sobre la playa y que los soldados creen de oro. Se llevan otra decepción cuando, más tarde, éstos descubren que las 600 hachas llevadas a Cuba, y que también creían que eran de oro, sólo son herramientas de vil cobre. La expedición hace el ridículo.

Faltos de medios y hombres en un número suficiente, los conquistadores se ven obligados a regresar a Cuba. En Champotón, en el actual estado de Campeche, alentados por su victoria del año anterior, “muy ufanos y orgullosos [...] y bien armados a su usanza”, los indios se lanzan sobre los españoles. Los asaltantes terminan por replegarse, pero se rehúsan a ir a tratar con los invasores. El cronista Díaz del Castillo achaca esa mala voluntad a la intervención de los dos intérpretes indios: “No les debieron de decir lo que les mandaron, sino al revés”.⁸ Los portugueses de China conocerán un poco más tarde los mismos sinsabores, que recuerdan lo mucho que los ibéricos están a merced de sus intermediarios.

EL GRAN PROPÓSITO LISBOETA Y LAS INTRIGAS CARIBEÑAS

A priori, todo opone la empresa portuguesa a la de los castellanos; y, para empezar, el origen de la iniciativa. La penetración portuguesa en China es una operación concebida desde la cima del Estado y desde Lisboa. Cuando el nuevo gobernador de la India, Lopo Soares de Albergaria, desembarca en Cochín en septiembre de 1515, lo hace acompañado de Fernão Peres de Andrade, al que el rey Manuel ha decidido enviar como *capitão mor* de una flota encargada de “descubrir la China”.⁹ Se cuenta con Peres de Andrade para que elija de entre sus allegados un embajador que entre oficialmente en contacto con las autoridades chinas.

Ahora bien, Manuel o *Venturoso*, el Afortunado, ¿tiene en mente una operación diplomática únicamente? Los intereses económicos y estratégicos que impulsan al rey a interesarse en esa región del mundo son poderosos: la Corona tiene la intención de establecer un dispositivo comercial para tomar el control del comercio de pimienta entre las Molucas, Sumatra y el Imperio celeste.¹⁰ Al mismo tiempo tiene que prevenir la amenaza de una injerencia castellana, a lo que se añade de manera implícita el sueño de Manuel de apoderarse de Jerusalén y ejercer su responsabilidad imperial sobre el mundo:¹¹ “[El rey] contaba con [...] ser declarado señor del mayor número posible de soberanos de Asia”.¹² Por todas esas razones, la diplomacia manuelina se interesa en la Etiopía cristiana, que deberá constituir un poderoso aliado en contra de los moros de Egipto y

participar en la gran ofensiva en contra de los mundos musulmanes que el soberano desea lanzar. En comarcas tan lejanas como Ternate, al este de Indonesia, Kilwa Kisiwani, en la costa africana, o Chaul, en la India, los indígenas se ven obligados a pagar tributo al rey de Portugal.

Extender la soberanía portuguesa tan lejos como China corresponde entonces a la concepción manuelina de la monarquía portuguesa, y esas ambiciones son acordes con la idea de que los beneficios del comercio con esa parte del mundo contribuirán a consolidar el joven *Estado da India* y a financiar la ruta del Cabo de Buena Esperanza. Ahora bien, aun cuando ese sueño de soberanía universal —que Valentim Fernandes consigna en su traducción de Marco Polo— no implica la conquista militar de Asia, tampoco excluye echar los cimientos de un imperio marítimo; y a eso es a lo que se dedica el gobernador Alfonso de Albuquerque al tomar el archipiélago de Socotora, o Socotra (en 1506), Ormuz (en 1507), Goa (en 1510) y Malaca (en 1511), aunque, en el propio Portugal, esa política de expansión imperialista se topa con la oposición de una parte de la nobleza y de los mercaderes, que no ven con buenos ojos esas intervenciones de la Corona.

En el lugar, Goa y Malaca, la expedición a China es una operación bien organizada. Cuando el responsable de ella, el capitán de navío (*capitão mor*) Fernão Peres de Andrade, de 26 años de edad, recluta a un embajador, es a Tomé Pires a quien designa. No se podía encontrar mejor especialista en el Extremo Oriente. Tomé Pires, nacido hacia 1468, hijo de un boticario del rey Juan II y él mismo boticario de un príncipe de la familia real, había partido de Portugal a la India en abril de 1511 con el propósito de desempeñar las funciones de “factor de las droguerías”,¹³ encargado de la adquisición de las especias para la Corona. Desembarca allá en septiembre y, ocho o nueve meses más tarde, lo envían a poner en orden las cuentas del rey en Malaca, a donde arriba en julio de 1512. Allí, casi en el acto, su competencia y la oportuna muerte del factor del rey le permiten obtener los empleos de “notario de la factoría, contador y factor de las drogas”.¹⁴ En el transcurso de su estancia, en el año 1513, efectúa un largo viaje a Java, de donde regresa con un cargamento de 1 200 quintales de clavo. Sus múltiples ocupaciones, interrumpidas algunos meses por las fiebres, no le impiden, reunir una información excepcional sobre toda el Asia portuguesa. A finales de enero de 1515 abandona Malaca, después de haber terminado

prácticamente la gran obra de su vida, la *Suma oriental*, que, durante al menos un siglo, será un irremplazable compendio de geografía económica sobre la región.

Con todo, no se debe olvidar la dimensión comercial de esa obra, que encierra visiones de conjunto geopolíticas y etnológicas en las que se expresa la agudeza de la mirada de Pires. El hombre siempre está atento a las prácticas locales. Sus estancias en Cochin, Cannanore y Malaca lo han puesto en contacto con toda clase de mercaderes asiáticos y lo han familiarizado con un sorprendente abanico de lenguas, costumbres, creencias y culturas. En resumen, es uno de los mejores expertos en las cuestiones asiáticas; y las autoridades locales no se engañan al respecto. Su curiosidad, su sagacidad, sus conocimientos sobre la región y sobre las especias y su habilidad comercial hacen de él un candidato ideal para dirigir la embajada de Manuel en China, donde encontrará todos los obstáculos que puede poner a los europeos una sociedad que se siente agredida.

A decir verdad, Pires había regresado a la India con la idea de retornar a Lisboa con la considerable fortuna que había amasado, pero su reputación y sus buenas relaciones con Peres de Andrade incitan al nuevo gobernador Lopo Soares de Albergaria a volver a enviarlo a Malaca en compañía del *capitão mor*. Así, no se podría imaginar empresa más preparada, con lo mejor que tenía Portugal en medios e inteligencia. Aun cuando el viaje es concebido en Lisboa, es confiado a unos hombres que saben explotar los recursos humanos de que disponen localmente. No obstante, nada es perfecto. El desarrollo de las operaciones se enfrenta a imponderables. Con una primera partida en falso: en febrero de 1516 la flota de Peres de Andrade y de Pires se une en Sumatra al navío de un italiano, Giovanni de Empoli, cargado de pimienta para China, pero el valioso cargamento se incendia junto con el barco. Entonces la expedición regresa a Malaca, de donde zarpa nuevamente en agosto de 1516, a pesar de la llegada del monzón y contra los consejos de Peres de Andrade; pero el mal tiempo, como lo había predicho el capitán, la obliga a regresar a su puerto de amarre. A pesar de esos contratiempos, en junio de 1517 la gran expedición portuguesa zarpa a China, donde acuesta el 15 de agosto.

Tomé Pires es de origen plebeyo. Su familia tiene relaciones con la corte, pero no es una figura de primer plano, lo cual nos recuerda, claro, a ese hidalgo

de Medellín que posee indios en encomienda en Cuba y que se llama Hernán Cortés. Nuestros dos personajes abandonaron la península ibérica con la esperanza de hacer fortuna. Ni uno ni otro son individuos aislados: Cortés forma parte del entorno del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, padrino de su matrimonio con Catalina Suárez, así como Pires se vanagloria de ser “amigo” del *capitão mor* Peres de Andrade. La semejanza se detiene ahí. Pires, de 50 años de edad, es un agente comercial, un experto en las cosas de Asia y el adelantado del poder real, mientras que nuestro español, de 32 años de edad, con estudios de derecho, sólo cuenta con su conocimiento de las leyes y algunos amigos ricos, pero no con experiencia previa con poco o nada de dinero para invertir, y sus relaciones con el potentado insular que lo envía a descubrir “aquellas ricas tierras”¹⁵ son, por decir lo menos, pasablemente inestables. Ni el uno ni el otro de nuestros personajes cuenta con un proyecto personal maduramente reflexionado: aparentemente, Cortés no se ha interesado en las dos primeras expediciones a México (1517 y 1518), y Pires estaba a punto de retornar a Europa cuando le propusieron ir a China.¹⁶

La expansión europea, y con ella la mundialización ibérica, son tanto un asunto de destinos individuales como de política a gran escala. Un fruto de la actividad espontánea del amateur, una cuestión de bricolaje, más que una máquina bien aceiteada con objetivos programados.

EL ASIA DE LAS ESPECIAS, PERO NO EL NUEVO MUNDO

En tanto que Manuel sueña con la cruzada y con Asia —la toma de La Meca y la recuperación de Jerusalén parecen obsesionarlo—,¹⁷ en 1517 la Corona de Castilla tiene cosas más importantes de que preocuparse. Fernando el Católico fallece en 1516. El joven Carlos que lo sucede, el futuro Carlos V, asume la regencia de su madre, Juana la Loca. En septiembre de 1517, cuando tiene solamente 17 años de edad, desembarca en Asturias para tomar posesión de su reino, pero a partir de mayo de 1520 se aleja de una España que está al borde de la explosión para ocuparse de los asuntos de Alemania y convertirse en rey de los romanos en Aix-la-Chapelle. No volverá a Castilla hasta julio de 1522.¹⁸ Por consiguiente, la situación en ultramar es la menor de sus preocupaciones; más

aún, la conquista de México por Hernán Cortés tiene lugar —en 1521— mientras el emperador es retenido en el norte de Europa por la erupción del luteranismo. Si Carlos piensa en Tordesillas es menos a causa del tratado de repartición del mundo que lleva ese nombre que debido a que es el castillo donde está encerrada su madre, Juana la Loca, la que, mientras siga con vida, debe compartir el trono con él; y, si piensa en Portugal, es porque ha decidido forzar a su hermana mayor, Leonor de Austria, de 20 años de edad, a casarse con su tío, el rey Manuel.

¿No le preocupan nada los territorios de ultramar al futuro emperador? No exactamente. Pero se debe recordar que Carlos V no es hombre que acreciente sus posesiones mediante conquistas; la idea le es absolutamente ajena. El heredero de los duques de Borgoña, el joven rey de Castilla y Aragón, el futuro emperador del Sacro Imperio Romano Germánico reúne las herencias que le corresponden y reivindica con mucha decisión lo que se le rehúsa, en su caso el ducado de Borgoña. La lógica imperialista de Carlos es esencialmente una lógica de recuperación patrimonial: “Sería un error creer que al principio hubiese tenido la idea imperialista de la conquista. No, ese poder nació de la menos agresiva de todas las nociones, la del derecho de la familia”.¹⁹ A esto que se añaden las tribulaciones “internas” —la alergia de Castilla a los flamencos del entorno del joven príncipe y la revuelta en Alemania del monje Martín Lutero— y las grandes consternaciones europeas, entre ellas la guerra con Francia y la cuestión del Milanésado. El sueño imperial de dominación universal sólo emprenderá el vuelo algunos años más tarde.

A decir verdad, el reparto de Tordesillas no está completamente ausente de la mente de Carlos V. Plantearlo así significaría olvidar que el príncipe recibe a Fernando de Magallanes, a finales de febrero o principios de marzo de 1518 — en abril es cuando Juan de Grijalva, a la cabeza de la segunda expedición, navega hacia México— y que acepta su proyecto de descubrir “islas, tierra firme y valiosas especias”, ya sea encontrando el pasaje por el occidente o siguiendo la ruta portuguesa por el cabo de Buena Esperanza. Insensible a las recriminaciones del embajador de Lisboa, Carlos concede todas las facilidades para la preparación de la expedición, que zarpa en septiembre de 1519.²⁰ Toda conquista está excluida; se ha dado la orden de establecer relaciones de confianza con los indígenas y, sobre todo, de no hacerles la guerra.

Para el rey Carlos, Magallanes es ante todo un conocedor de las cosas de Asia, al mismo tiempo un navegante probado y un experto como Tomé Pires. Después de todo, Magallanes se encontraba en Malaca entre 1511 y 1512 y participó en la toma de la ciudad, de la que sólo zarparía el 11 de enero de 1513.²¹ Es probable que se haya encontrado con Pires, que residía en ella desde julio del año anterior; pero, en todo caso, aprovechó la información recogida por uno de sus amigos, que probablemente era también su primo, Francisco Serrão. Este último fue el primer portugués en alcanzar las islas Molucas, donde tomó la decisión de permanecer y llegó a ser consejero del sultán de Ternate. Serrão, quien mantenía correspondencia con Magallanes y sabía todo sobre las islas Molucas, fue forzosamente también el informante de Pires para su *Suma oriental*. El hecho de que Serrão le haya escrito a Magallanes —y, por lo tanto, enviado correos de un extremo del mundo (la isla de Ternate) al otro (Castilla)— lleva incluso a preguntarse si el amigo de siempre no había sucumbido también a las sirenas castellanas, como lo pretendieron los portugueses. Dos amigos separados por miles de kilómetros tienen en mano los proyectos de dos monarquías europeas arrastradas a la misma carrera sobre la otra cara del globo. Magallanes, Serrão, Pires: esa primera red revela el grado en que la mundialización ibérica se burla ya del tiempo y las distancias.

A través del tráfugo portugués, el ojo del emperador fija las lejanas islas Molucas y la mina de oro de las especias. Asia, en lugar del Nuevo Mundo: en España, Carlos y todos los que han invertido en la aventura aguardan con impaciencia los resultados de la operación, mientras que, en el mismo momento, más cerca de ellos, la conquista de México está a punto de emprenderse. Cuando Magallanes perece frente a Cebú, en abril de 1521, Hernán Cortés está dedicado a la preparación del sitio de México. La capital mexicana caerá en agosto, tres meses antes de que los sobrevivientes de la expedición lleguen a las islas de las Especias y a Tidore (hoy Tidoro).

Contrariamente a la empresa de Tomé Pires, que no podría ser más oficial, la expedición de Hernán Cortés no corresponde entonces a los horizontes ni, mucho menos, a las prioridades del joven príncipe y sus consejeros. Imposible encontrar en ella la expresión de un proyecto imperial concerniente al Nuevo Mundo. Cuando en 1519 zarpa la tercera expedición, el futuro autor de la conquista, Hernán Cortés, no es nada más que el ayudante del gobernador de

Cuba, a su vez devoto servidor de Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, de 70 años de edad, quien desde Castilla maneja los hilos del escenario antillano. Primera sorpresa: se esperaba que el episodio mexicano no tuviese nada que ver con los acontecimientos de China, pero la diferencia no está donde se esperaba encontrarla, porque la paradoja quiere que sea el Asia de las especias y de China, no México, la que haya sido el objetivo deliberado, proclamado y codiciado de las empresas ibéricas. Desde entonces, el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo han acaparado tanto la memoria que se ha olvidado que las potencias ibéricas dirigían entonces sus energías hacia una parte del globo completamente distinta.

Con raras excepciones, los libros de historia de cada lado del océano Atlántico, la historiografía europea, mexicana y latinoamericana, continúan presentando la empresa de Hernán Cortés como una conquista del Imperio azteca programada e integrada en los genes de los conquistadores y en los de la Europa moderna. Ilusión retrospectiva, como tantas otras con las que el historiador se encuentra o que siembra en su camino. Es solamente por etapas sucesivas y, sobre todo, porque será un éxito superior a todas las esperanzas, que la loca aventura terminará por adquirir la significación que Cortés se empeñó en darle con la ayuda de sus compañeros y, después, de sus cronistas. En cuanto a la escapada de Tomé Pires, es el fracaso al que lleva lo que la reducirá a las proporciones de un ilícito juego diplomático o de un suceso no acontecido.

De uno y otro lado, los actores ibéricos son experimentados en las cosas de Asia y las Antillas, portadores de una expansión por la fuerza que ha pasado la prueba desde hace más de 20 años, tanto en Asia como en las islas del mar Caribe, incluso pese a que el adversario amerindio se revelará menos resistente que el asiático musulmán, al que se debe enfrentar tanto en tierra como en el mar. Los conquistadores no son siempre los castellanos. El portugués Peres de Andrade, quien habría de llevar la embajada a Cantón, participa en el ataque contra la isla de Kilwa (en 1505),²² en la victoria de Calicut (en 1506), en el asalto lanzado contra Patani (en 1507) y en la batalla de Diu (en 1509).²³ Esos episodios nos recuerdan que la expansión portuguesa, en esa parte del mundo y en esa época, posee una fuerte dimensión conquistadora y militar que culmina con la toma de Malaca en 1511: con 18 navíos y 1 200 hombres, el virrey de las Indias, Alfonso de Albuquerque, se apodera de la plaza malaya.

Si se compara ese avance en Asia con la exploración y la ocupación de las islas caribeñas, la bandera de la conquista está entonces incontestablemente en manos de los portugueses. Los españoles lo saben; y deben contentarse con escuchar sus hazañas o con leerlas en las páginas que ha publicado Martín Fernández de Figueroa en Salamanca en 1512. Cuando se habla de conquista de las Indias, hacia donde hay que volver la mirada es hacia el Oriente, como lo pregona el título de su obra: *Conquista de las Indias de Persia e Arabia*. El lector castellano se entera en ella de todo sobre las “cuatro mil leguas descubiertas y conquistadas” por los hombres de Manuel, así como sobre “las batallas que con su armada combatiendo e crudamente peleando señaladas e inmorales fizo”.²⁴

EL DESEMBARCO PORTUGUÉS EN LA COSTA DE CHINA

En junio de 1517, entonces, es cuando la embajada de Manuel zarpa de Malaca y pone rumbo a China. De acuerdo con las fuentes chinas, “el año decimosegundo [1517]” o “el año decimotercero [1518], [los portugueses] enviaron una embajada”;²⁵ y, varias semanas más tarde, el 15 de agosto de 1517, Fernão Peres de Andrade aborda la isla *da Veniaga*, identificada como Tamão (hoy Hong Kong) en portugués, y Tunmen en chino, y situada entre la desembocadura del Río de las Perlas y el río Xi.²⁶ Habitualmente, ese lugar servía de etapa a los mercaderes extranjeros que arribaban a las costas chinas. En 1513, según parece, un primer portugués, Jorge Álvares, había atracado en Tunmen para hacer comercio en ella y erigir una estela o *padrão*, señal de la implantación portuguesa.

En Tunmen los recién llegados se dedican a construir barracas y empalizadas con el propósito de instalarse de manera permanente. Impacientes por ir a Cantón, una parte de ellos decide forzar la mano a las autoridades chinas de la costa, las que, no obstante, les habían exigido que aguardaran su autorización para remontar el Río de las Perlas. Haciendo caso omiso, se hacen a la vela hasta Cantón, donde no encuentran nada mejor para anunciar su llegada frente a la ciudad que lanzar varias salvas de cañón que aterrorizan a la población, muy poco habituada a esas manifestaciones estruendosas e intempestivas. Nunca,

según los chinos, habían arribado unos navíos tan directamente al corazón de la ciudad. Los navíos echan las anclas y el grupo es recibido en la “casa de la posta”, una especie de hotel para la recepción y alojamiento de las misiones extranjeras,²⁷ que se alzaba en el muelle de los Mejillones, al suroeste de la ciudad y, por lo tanto, fuera de las murallas, a la orilla del río. Los portugueses serán confinados en ella sin estar realmente encerrados, ya que aprovechan la confusión que ocasiona el festival de las Linternas, el 24 de febrero de 1518, para ofrecerse un recorrido de las murallas de la ciudad;²⁸ una manera de desentumecer las piernas, satisfacer su inmensa curiosidad y reunir información de tipo militar o, dicho de otra manera, hacer un poco de espionaje.

Llamados al orden y las buenas maneras, los portugueses se hacen explicar la manera como deben conducirse frente al virrey de la provincia, Tch'en Kin. De acuerdo con una fuente china, éste habría exigido que se los iniciara en los ritos del protocolo en el santuario de Guangxiao, al mismo tiempo que expedía un informe al emperador para saber sobre la marcha que debía seguir con los extranjeros. Guangxiao parece haber sido la mezquita de Cantón, un venerable santuario fundado en el siglo VII, señal de que las autoridades chinas aparentemente habían tomado a los visitantes por musulmanes: “Esas gentes que tienen narices puntiagudas y ojeras se parecen mucho a los musulmanes”.²⁹ Según otras interpretaciones, se trataba del gran templo budista de Cantón; lo que habría hecho de los europeos, no personas monoteístas, sino miembros de una secta del budismo adoradora de imágenes. Además, se dice que los portugueses se habrían complacido en “leer los libros budistas”. En el transcurso de su estancia, los enviados aprenden a hacer la genuflexión y, después, a golpear la frente contra el suelo. Durante ese tiempo, las autoridades hacen el inventario de los productos que introducen: ramas de coral, alcanfor de Borneo, corazas doradas, telas burdas de seda de color rojo, prismas de vidrio, una espada de tres filos y una espada de hierro corta, flexible y muy filosa.

La misión está formada por aproximadamente 24 personas: además de Tomé Pires, seis portugueses, tres de ellos domésticos, 12 servidores originarios del océano Índico y cinco intérpretes, *jurabaças* —el término es de origen malasio— o *lingoas*. La respuesta de Pekín se hace esperar. Los portugueses esperan. La reacción de la corte llega finalmente: según parece, estaba redactada como un edicto imperial que estipulaba que se despidiese a los visitantes después de

haberles pagado el valor de sus mercaderías,³⁰ pero el hecho de que no se los reciba no desalienta a los componentes de la embajada.

Durante ese tiempo los portugueses que han permanecido en Tunmen, instalados en tierra en campamentos de barracas o en sus galeones anclados, son objeto de muchos comentarios debido a sus costumbres y sus hábitos de traficantes de esclavos. Corren los rumores entre los campesinos y los pescadores de los alrededores; se acusa a los extranjeros de que capturan niños para comérselos: “En muchas ocasiones han raptado niños pequeños de menos de diez años de edad y se los han comido asados. Por cada uno pagaban cien piezas de oro, y los jóvenes bribones se aprovechaban para hacer ese tráfico [con ellos]”.³¹ Más adelante se volverá sobre el tema.

El establecimiento de los europeos tiene otras causas de inquietud para las autoridades celestes. El rey Manuel desea eliminar del mercado chino la competencia asiática; para ello, Lisboa tiene la pretensión de abrir una ruta marítima, primero entre Cochín y Cantón y, después, entre Pazem y el puerto chino. En cada ocasión hay que empezar por la construcción de una fortaleza en la costa de China. Sólo una fuerte implantación en las lindes del Imperio parece ofrecer la posibilidad de asentar la presencia portuguesa en la región. Todo ello, muy evidentemente, debe hacerse sin consultar a las autoridades chinas y con la idea de reproducir en suelo chino las experiencias ya tenidas en otros lugares de Asia y África. El propósito de crear una base militar, apoyada en los veteranos de las conquistas y los campos de batalla portugueses (Azemmour en Marruecos, Ormuz, Goa y Malaca), y de hacer partir de ella expediciones de descubrimiento en galeones armados en el lugar no deja de recordar la manera como, en la misma época, los castellanos avanzan en las Antillas y el golfo de México.

EL DESEMBARCO ESPAÑOL EN LA COSTA DE MÉXICO

Hernán Cortés también tiene necesidad de una base en la costa de México. La establece en la bahía de San Juan de Ulúa, no lejos del futuro emplazamiento del puerto de Veracruz; por lo demás, el término que utiliza para designar su fundación es el de “fortaleza”.³² La bahía tiene una triste reputación porque los españoles de la segunda expedición encontraron en ella una isla que bautizaron

como “Isla de los Sacrificios” debido a que en ella descubrieron víctimas ensangrentadas: “dos muchachos, y abiertos los pechos, y los corazones y sangre ofrecidos a aquel maldito ídolo”. El espectáculo es desolador: “tuvimos muy grande lástima de ver muertos aquellos dos muchachos y ver tan grandísima crueldad”. En cambio, en el estuario del Río de las Perlas, el islote que han abordado los portugueses, y donde se han establecido como en su casa, es desde hace mucho tiempo una escala comercial; de ahí su nombre, *Veniaga*, que quiere decir “comercio” en malayo. Evidentemente, los chinos y los mexicanos no tienen la misma relación con respecto a alta mar; pero el origen de los sacrificios, si los españoles lo hubiesen comprendido, podría haberles dado una idea de la influencia de los mexicas: al decir de los sacerdotes encontrados en la isla, ¿no eran las gentes de Culúa —léase México-Tenochtitlan, lejos en el interior de las tierras— quienes habían ordenado esas ofrendas a un dios que, mucho tiempo después, Bernal Díaz del Castillo se enterará de que es el todopoderoso Tezcatlipoca? Los españoles escuchan *Ulúa*, no Culúa, y dan al siniestro islote ese nombre, que más tarde se convierte en San Juan de Ulúa.

Frente a esa isla los españoles erigen su campamento; pero recuérdese primero cómo había llegado Cortés al lugar. En 1518, atraído y “repleto de gozo” por las nuevas llevadas por Juan de Grijalva, Diego Velázquez de Cuéllar, el gobernador de Cuba, nombra a la cabeza de una tercera expedición a un colonizador sin experiencia militar alguna, Hernán Cortés. En esa fecha el gobernador tasca su freno: todavía no ha obtenido del emperador Carlos V la autorización para llevar a cabo la colonización —es decir, en el lenguaje de la época: “rescatar y conquistar y poblar”—; por lo tanto, Cortés sólo está encargado de “rescatar”, no de “poblar”, aun cuando en Cuba el gobernador pregone ya lo contrario, seguro como está de obtener de la corte el rimbombante título de gobernador (“adelantado”) de Yucatán.³³ En concreto, y esperando lo mejor, los españoles tienen el mandato de explorar los parajes y recoger todo lo que puedan, pero no de establecerse permanentemente. El 18 de noviembre Cortés y sus amigos, con otra idea en mente, se hacen a la vela de prisa en Santiago de Cuba, provocando la ira de su señor, Diego Velázquez; se dirigen hacia Yucatán, abordan las costas de Tabasco y, de paso, se procuran unos valiosos intérpretes: Gerónimo de Aguilar y la Malinche.

Únicamente algunos meses más tarde, el 22 de abril de 1519, de regreso en la bahía de San Juan, frente a la famosa Isla de los Sacrificios, la empresa adquiere un giro por completo distinto al deseado por el gobernador de Cuba, si bien no el de un escenario ordenado, con el resultado conocido por adelantado. En esa fecha Tomé Pires y los suyos siguen aburriéndose en Cantón a la espera de una señal de Pekín.

A la llegada de los navíos de Hernán Cortés, los indios se habían preguntado sobre el origen de las carabelas. Cortés había hecho contacto con los caciques del lugar, a los que hizo ofrecer vestidos europeos, “dos camisas..., dos jubones..., sendas gorras de grana y sendos pares de zaragüelles [calzones largos parecidos a los pantalones bombachos]”.³⁴ Se hace intercambio de presentes; y, de creer a Cortés, el cacique local está encantado: “fué muy contento y alegre”. Poco importa que la región tropical cuente con una atmósfera húmeda y malsana, con su laberinto de lagunas y ciénagas agobiantes por el calor, los recién llegados parecen complacerse en ella. La comarca está ocupada por poblaciones originarias del altiplano y enviadas allí por el señor de Tenochtitlan; por ende, la lengua nahua predomina en ella, así como la influencia mexicana. Por lo demás, cerca de la desembocadura del río Papaloapan, en Tlacotalpan, reside un recaudador de tributos o *calpixque*, nombrado por México-Tenochtitlan.³⁵ Los españoles ignoran todavía todo eso, pero están encantados de encontrar oro y se felicitan por la buena acogida de los indios.

En ese momento la expedición cambia abiertamente de rumbo: manipulados por Cortés, los capitanes toman la decisión de “poblar” y “fundar un pueblo” “donde habrá una justicia para que ellos sean los señores de esta comarca”. Después le exigen a Cortés —en un acto de ventriloquismo político— que designe a los alcaldes y los regidores para administrar la villa, y llegan incluso a fingir que lo amenazan en caso de rechazo. Cortés cede y funda una aldea, a la que bautiza como Rica Villa de la Vera Cruz. A partir del día siguiente el nuevo ayuntamiento se reúne, declara que los poderes de Cortés como representante de Diego Velázquez han expirado y se apresura a nombrar al capitán destituido como “justicia mayor, capitán y cabeza a quien todos acatásemos”.

A partir de ese momento, los castellanos se comportan como los portugueses de Tunmen: como si estuviesen en su casa. Eligen un lugar lo suficientemente llano para delimitar los emplazamientos que corresponderán a la plaza, la iglesia

y los arsenales. Todo el mundo, incluido Cortés, ayuda a la construcción de la fortaleza, tal trabajando en los cimientos, tal otro fabricando tejas o ladrillos, quién aportando agua y provisiones. Erigen almenas y barbacanas. Pronto instalan una picota en la plaza y una horca fuera de la aldea; en resumen, algo con que sentirse en casa y al abrigo, disponiendo de los medios para hacerse justicia en buena y debida forma. Las páginas que Díaz del Castillo dedica al episodio permiten igualmente imaginar el modo de afanarse de los portugueses en la isla de Tunmen y la indispensable polivalencia de los ibéricos en ese tipo de situaciones: muy rápidamente, surgen de la tierra casas, una iglesia y una fortaleza.

Hay otro episodio que acerca más a las dos historias, porque revela el grado en que las dos naciones tienen una propensión inmediata a creerse en tierra conquistada. En la costa de China, al igual que en la de México, los recién llegados hacen alarde de su desprecio por las autoridades establecidas. Mientras a los portugueses de Tunmen se los acusa de haber maltratado a los recaudadores de impuestos enviados por las autoridades de Cantón, los hombres de Cortés maltratan y arrestan a los recaudadores de tributos despachados por Moctezuma. Cortés justifica su comportamiento explicando que quería refrenar las exigencias inhumanas de los mexicas. Se trata sobre todo de una manera eficaz de impresionar a las poblaciones locales; pero, en realidad, el gesto, tanto en México como en China, pone de manifiesto crudamente el instinto depredador de unos intrusos que tienen la clara intención de reservarse las riquezas locales sin rendir cuentas a nadie; y prefigura el momento en que los españoles vencedores de México echarán mano al tributo indígena, algo que los portugueses de Cantón también prevén y que habrían puesto en práctica de buena gana si China hubiese sido México. En todo caso, ya sea en la corte de Pekín o en la de México, las escandalosas iniciativas de los intrusos enfadan e invitan a las represalias.³⁶

Cortés acaba, pues, de romper con el gobernador de Cuba; y, aun cuando ha seguido las formas, su gesto es determinante: en principio, le ha dado la vuelta a la página Diego Velázquez. El juego de ingenio es también un pequeño golpe de Estado: el antiguo ayudante del protegido del obispo de Burgos no es sino un usurpador y un traidor que arriesga la cabeza; tanto más cuanto que, el 1o de julio, nuestro conquistador en potencia se entera de que Diego Velázquez ya ha

recibido las esperadas autorizaciones de Castilla.³⁷ Si en cierta fecha hay conquista, o la habrá, a quien corresponde organizarla oficialmente no es a nadie más que al gobernador de Cuba. No es imaginable que, en esas circunstancias, el amotinado cuente con los medios para planificar la conquista de un imperio poderoso; a lo sumo, Cortés da muestras de su intención de establecerse en ese lugar de la costa. Pasa noches enteras escribiendo y buscando las posibles respuestas; son dos los desafíos importantes que deberá enfrentar: convencer al emperador de sus buenas intenciones y hacer que su establecimiento sea definitivo y rentable a los ojos de sus compañeros.

RESBALÓN CORTESIANO Y GRANDES AMBICIONES PORTUGUESAS

Por tanto, Hernán Cortés envía unos emisarios a abogar por su causa ante la corte; por su mediación, se ofrece —¿qué otra cosa podía prometer?— a conducir la conquista de esa tierra, “larga y de mucha gente”, mucho mejor que lo que podría hacerlo su antiguo protector, y acompaña su propuesta de presentes magníficos para Carlos, el regente. Según reza el dicho: “Dádivas quebrantan peñas”.³⁸

Esos presentes son otros tantos instrumentos políticos: deben constituir la prueba tangible de que existe una extraordinaria civilización al otro lado de la mar Océano, sin ninguna comparación con la de las tribus de las islas o la de la Castilla de Oro. A los representantes de Cortés les incumbe demostrar a la corte que la aparente desobediencia del capitán merece la indulgencia del soberano. Por lo tanto, el juego bien vale la pena. Cortés pretende haberse explicado en una primera carta dirigida al emperador, con la que suponía haber justificado lo injustificable; pero no existe huella alguna de ella. ¿Se perdió o nunca existió?³⁹ Si la hubo, nadie podía reprocharle que se hubiese rehusado a rendir cuentas; pero no hay manera de hallar en esa misteriosa misiva —puesto que se había “extraviado”— o en sus confesiones hechas en el papel una base para desmentir su perfidia y su astucia.

Procuradores y presentes se hacen, pues, a la vela (el 26 de julio) para ir a España —evitando caer en manos de Diego Velázquez— con la esperanza de aclarar la situación y salvar la cabeza de Cortés y los suyos. Carlos los recibirá

en Tordesillas el año siguiente, en marzo de 1520 y después en Valladolid, en abril. Con todo, la partida está lejos de haber sido ganada y los temores de Cortés son mucho más que fundados. Sus enviados se topan allá con los amigos de Diego Velázquez y con el todopoderoso Fonseca, obispo de Burgos, quien desde hace años lleva en sus manos los asuntos de las Indias. El humanista Pietro Martire d'Anghiera da cuenta de la atmósfera que reina en la corte: aunque el milanés se extasía mucho ante los presentes aportados al emperador, recuerda que el Consejo del rey reprueba la actitud del conquistador. De creerle, los emisarios de Diego Velázquez y los cabilderos que los apoyan no tienen pelos en la lengua: “ladrones fugitivos y reos de lesa majestad”; todos reclaman la pena de muerte para los rebeldes. La futura conquista de México sigue estando a dos dedos de perder a su héroe. Más precisamente, es la iniciativa de Cortés de fundar una “colonia”,⁴⁰ la Villa Rica, en el sentido romano del término, lo que constituye el meollo de la disputa, sin que se plantee la cuestión de conquistar una tierra más vasta que España, pese a que los presentes y el oro son buenas razones para suscitar muchas codicias. Así es al menos como Pietro Martire ve las cosas en 1520 y como da parte de ellas al papa León X y a la curia romana.

En el momento en que estamos, la conquista de México no es nada más todavía que un pronunciamiento lanzado por un desconocido desde una tierra desconocida, rica probablemente, pero sin duda alguna hostil. Por su parte, la embajada portuguesa en Cantón, ¿es solamente un paseo diplomático? ¿Cuáles son las intenciones o, más bien, el estado de ánimo de los portugueses que la componen y que se encuentran en un atolladero a miles de kilómetros de Lisboa? Las fuentes no dejan cernerse casi ninguna duda: no sólo la eventualidad de una conquista está lejos de haber sido excluida sino que es incluso mencionada explícitamente en las misivas de Vieira y de Calvo, su compañero de infortunio, que constituyen los testimonios más inmediatos. Los enviados de Lisboa pueden ser considerados quizá menos conquistadores natos que sus rivales castellanos, pero nunca descartan la idea de una expedición armada cuando se encuentran frente a una tierra recientemente descubierta. Los paseos por las murallas de Cantón no son únicamente un pasatiempo de turistas estancados en una etapa que les parece interminable: se supone que los miembros de la embajada deben reunir la mayor cantidad de información posible sobre los medios de defensa y las fuerzas de los chinos, en especial en la región de Cantón, y no se han privado

de hacerlo. Eso es lo que revelan sus correos, repletos de datos sensibles que se afanan en transmitir a sus superiores y que apuntan, todos, a preparar una intervención militar y, después, la ocupación.

¿Qué nos dice Christovão Vieira de Cantón y de su importancia estratégica? “La escala para toda la tierra de China es Cantón.” Es la puerta de China, como Hong Kong lo será en su momento: “Es más propicia que otras al comercio con los extranjeros”. Pero también “es, del mundo entero, el lugar y la tierra más susceptible de ser sometida”. Mejor informado, concluye, el rey Manuel no dudaría en lanzarse a esa conquista: “Ofrece más honor que el gobierno de la India”. Las ventajas de la intervención armada son múltiples: hartos de los malos tratos, el pueblo chino no pediría otra cosa que rebelarse en contra de los detestados mandarines; y sólo parece esperar el desembarco portugués: “Todo el mundo quiere rebelarse y desea la llegada de los portugueses de Cantón [...] Todo el mundo está a la espera de los portugueses”.⁴¹ El levantamiento de las campañas en contra de los mandarines, atizado por la llegada de los europeos, haría padecer hambre fácilmente a la ciudad de Cantón, que entonces caería como un fruto maduro. Sin juncos de combate, el gran puerto sólo tiene sus murallas para protegerse. Una vez tomado, no restará sino construir dos fuertes para mantener a raya la ciudad: uno en el flanco norte, porque “desde allí se puede uno apoderar de la ciudad”, y el otro del lado del desembarcadero de los mandarines. El tono es perentorio: no se debe perder un instante; se requeriría incluso menos tiempo para llevar a término el asunto que para escribirlo.

Esa prisa se apoya en un análisis de las supuestas debilidades del Imperio del Medio. Según parece, la dominación china sería reciente y frágil: “Hasta el presente, no han tenido señorío propio, sino que poco a poco han tomado la tierra de sus vecinos, y es por ello que el reino es grande, porque los chinos están llenos de mucha judería y de allí les viene su presunción, su soberbia, su crueldad; y ello porque, hasta ahora, ellos, que son gentes cobardes, débiles, sin armas y sin práctica alguna en la guerra, siempre han ganado la tierra a sus vecinos más con estratagemas y por medios hipócritas que con sus brazos, y se las arreglan para que nadie pueda hacerles daño”.⁴²

Los castellanos de Hernán Cortés son conquistadores en potencia que van a jugar un tiempo a los embajadores. Los portugueses de Pires son embajadores que cuentan con ser recibidos como tales, pero están llenos de segundas

intenciones belicosas. Escrutadas de más cerca, es decir, comparando sistemáticamente las fuentes de que se dispone, las dos empresas comienzan a parecer menos diametralmente opuestas de lo que se había imaginado al principio. Echan una luz valiosa sobre las circunstancias a menudo confusas en las que los mundos se conectan y los contactos se multiplican en los albores de los Tiempos Modernos: la iniciativa puede ser tanto local (Cuba) como metropolitana (Lisboa); ora programada en el origen (Tomé Pires), ora con franqueza imprevisible e incontrolable (Hernán Cortés). Siempre está lastrada por cálculos sombríos e inspira, tanto a los europeos como, a sus anfitriones, comportamientos ambivalentes que resultan acentuados por la novedad absoluta de las situaciones en las que todos se ven embarcados. Por ahora, observado de cerca, el esperado choque de las civilizaciones (en sus variantes Europa/China o Europa/México) se parece más a un juego del gato y el ratón, sin que se pueda saber todavía quién es el gato y quién el ratón.



MAPA VI.1. La ruta de Tomé Pires: Malaca-Pekín, junio de 1517-verano de 1520.

LA MARCHA SOBRE PEKÍN (DE ENERO AL VERANO DE 1520)

En agosto de 1519 una segunda flota portuguesa, dirigida por Simão de Andrade, acuesta en Cantón; establece la comunicación con la embajada, pero zarpa de China en el verano de 1520. En esa fecha, hace ya seis meses que Tomé Pires izó velas rumbo a Pekín. En Cantón las autoridades chinas habían comenzado por oponerse a recibir las exigencias portuguesas; la embajada, retenida en Cantón, tuvo que aguardar más de un año antes de obtener la autorización para ir a la capital. La situación se desatasca: según el *Mingshi*, los portugueses habrían logrado corromper a uno de los eunucos encargados del comisariado para los asuntos marítimos de Guangdong y de la guardia de los puestos fronterizos.⁴³ La embajada se pone en movimiento el 23 de enero de 1520 y se detiene en Nanking, donde, según parece, se encontró con el emperador.⁴⁴ Zhengde volvía de unos viajes que había hecho al norte y el noroeste de China en 1518 y 1519, a iniciativa de su favorito, el eunuco Jiang Bin. Otro embajador, Tuan Muhammad, le pisa los talones a Tomé Pires: enviado por el rey de Bintan (que también lo era de Malaca) a quejarse de los portugueses, zarpó de Cantón en el primer semestre de 1520 y se encuentra también en Nanking.

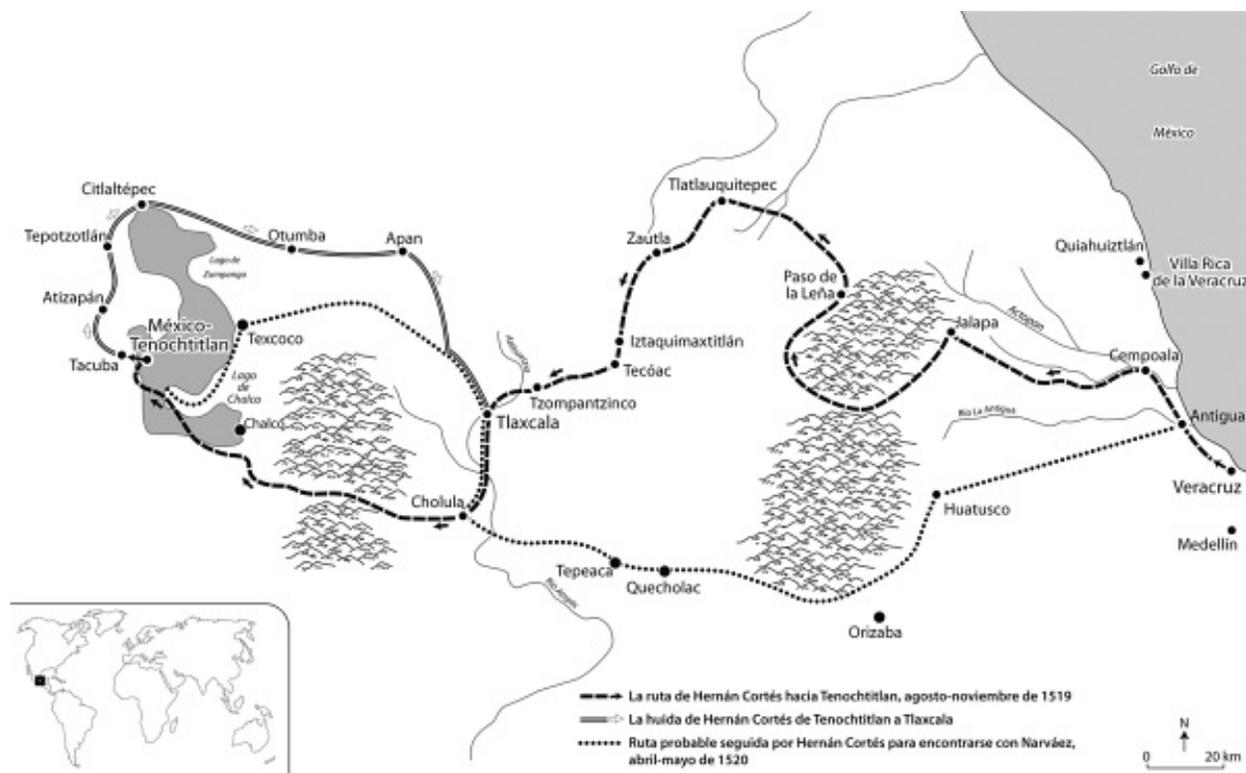
Pires llega a Pekín durante el verano de 1520, quizá después del séquito imperial; pero todavía tiene que aguardar hasta enero de 1521 para entrever la posibilidad de ser recibido en audiencia oficial. Con el propósito de facilitar sus gestiones, la embajada portuguesa había logrado la ayuda de un eunuco muy influyente en la corte, Ning Cheng, y del favorito del emperador, Jiang Bin.⁴⁵ Este último parece haber sido quien le permitió a Pires encontrarse personalmente con el emperador en Nanking. Si las cosas tardan tanto es porque el emperador, quien entre el 5 de diciembre de 1519 y el 18 de enero de 1521 se encuentra cerca de Pekín, en T'ong-tcheou, ha recibido advertencias contra la misión de Tomé Pires y difiere su respuesta debido a las acusaciones lanzadas desde Cantón, Nanking y Pekín. En la capital las autoridades no dejan de recibir por ello con consideraciones a los enviados portugueses. Éstos han tenido todo el tiempo para adquirir el conocimiento necesario del ceremonial, al que el

embajador de Manuel está dispuesto a someterse,⁴⁶ pero ¿terminará Pires por ser recibido oficialmente?

LA MARCHA SOBRE MÉXICO (DE AGOSTO A NOVIEMBRE DE 1519)

Durante ese tiempo, en México, mientras Tomé Pires va y viene en Cantón, el conquistador avanza a tientas, se pregunta sobre las relaciones de fuerza, se informa sobre lo que parece haberse convertido en su blanco a partir de la Pascua de 1519 —México-Tenochtitlan— y, sobre todo, busca negociar alianzas y hacer aceptar su presencia localmente. Concluye un acuerdo con más de una treintena de pueblos de la sierra, principalmente con los totonacas, que no quieren mucho a los mexicas.⁴⁷ En ese contexto se funda la Villa Rica de la Vera Cruz.

Hernán Cortés desea ver con sus propios ojos la capital azteca y encontrarse con Moctezuma. La inmovilización de sus carabelas impide toda vuelta atrás, a la manera de Grijalva, y prelude la partida, el 16 de agosto de 1519, de una expedición de 300 soldados o peones, 15 caballeros, 400 guerreros totonacas y 200 tamemes, o portadores, para transportar la artillería.⁴⁸ Aparentemente, todo marcha sin obstáculos; los señores indios parecen encantados de pasar a quedar bajo el dominio español: “Están muy contentos de ser vasallos de Vuestra Majestad y mis amigos”. La acogida es calurosa tanto en Zempoala como en Sienchimaltem (Xicochimalco) y en Iztacamaxtitlán, donde los españoles permanecen una semana. Cortés tranquiliza a sus interlocutores afirmándoles que sólo está de paso: “Yo no iba más de verle”. Habría sido un verdadero paseo si la frialdad de las montañas no hubiese diezclado a los indios de la Fernandina (Cuba), que no tenían nada para cubrirse (“iban mal arropados”).⁴⁹



MAPA VI.2. *Las rutas de Hernán Cortés hacia México.*

En esas condiciones es difícil hablar de un proceso de conquista que estuviera desarrollándose conforme a un programa determinado desde hacía mucho tiempo, con la bendición de las autoridades coloniales e imperiales y el apoyo de todas las fuerzas españolas establecidas en las islas. Diego Velázquez está lejos de declararse vencido: el gobernador de Cuba se da prisa para reunir una tropa y una flota a fin de someter la rebelión. Esa fuerza, dos veces más numerosa que la de Hernán Cortés, zarpa en marzo de 1520. En principio, debía eliminar al agitador sin la menor dificultad y entonces hubiese sido necesario recomenzar desde cero. Visto desde la metrópolis, el destino de Cortés no parece mucho mejor; en efecto, la noticia de su rebelión llega a Castilla poco tiempo antes del levantamiento de los Comuneros de Castilla: a partir de junio de 1520 el país se enciende, y el incendio sólo se apagará con la victoria de Villalar, en la provincia de Valladolid, casi un año más tarde (23 de abril de 1521). Sobra decir que, en ese contexto, las iniciativas de Cortés causan desorden. El partido del gobernador de Cuba, muy activo e influyente en la corte, cuenta con obtener del rey Carlos la cabeza del rebelde desconocido por el soberano y por sus

consejeros.⁵⁰ La maniobra fracasará, al igual que la flota lanzada en persecución de Cortés.

No habiendo podido intervenir en persona ni en Cuba ni en la corte, Cortés se esfuerza por marcar puntos en el lugar, lanzándose inexorablemente hacia México. La conquista propiamente dicha todavía no se ha desencadenado, pero el capitán ha resuelto que nada, mucho menos la hostilidad de los indios o los temores de los suyos, debe detenerlo. Ante las puertas de Tlaxcala, el paseo se complica: forzados a librar sus primeros combates, los españoles pierden una buena cincuentena de hombres. A los que se quejan de ello Cortés les replica: “Valía más morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonorados”.⁵¹ Sin más éxito, un aliado indígena hace oír razones al capitán, con un argumento que, mucho más tarde, los chinos opondrán a los portugueses dispuestos a invadirlos: “Allende esta provincia, hay tanta gente que cien mil hombres se batirán ahora contra ti y, una vez muertos o vencidos, vendrán otros tantos, y durante mucho tiempo podrán así reemplazarse y morir de cien mil en cien mil, y tú y los tuyos, puesto que pretendéis ser invencibles, moriréis de fatiga a fuerza de combatir”.⁵² Las variaciones del destino y la precariedad de la situación no escapan a Pietro Martire d’Anghiera, quien comenta las nuevas desde la lejana Castilla: “No siempre, sin embargo, vencieron los nuestros; muchas veces fueles adversa la fortuna, y en ocasiones los bárbaros, rehusándose a tener huéspedes, destruyeron ejércitos enteros de los nuestros”.

Las fuentes ofrecen imágenes contradictorias de la expedición. Desde la distancia y *a posteriori*, Pietro Martire le otorga sus cartas de nobleza, comparándola con la guerra que Julio César hizo contra los helvecios y los germanos, o la lucha que opuso Temístocles a las hordas de Xerxes. ¡La conquista de las Galias! ¿Podría imaginarse un modelo más ilustre, más clásico y más razonado de una conquista? Los efectivos avanzados, según las cifras dadas por Cortés, se suman a la grandiosidad de la empresa: ¡no menos de 100 000 tlaxcaltecas parecen haberse propuesto para acompañar a los españoles en su marcha sobre Cholula y México!⁵³ En el lugar, no obstante, se trata de otra historia. Aterrorizados, los miembros de la expedición tienen en mente un ejemplo menos glorioso: comparan la aventura de Hernán Cortés con la del jefe de una banda medieval, tan popular como legendario, Pedro Carbonero, “el cordobés valeroso”,⁵⁴ que había arrastrado a sus hombres a una lucha imposible

contra los moros.⁵⁵ La empresa resultó un desastre, pues los moros no dejaron cristiano con vida. “[Cortés] los había metido donde nunca podrán salir.”⁵⁶

EL PARTIDO DE LA DESMESURA

Nada todavía, entonces, de una fría conquista imperialista dirigida desde lo alto, sino, antes bien, la loca audacia de un hombre y de su entorno; de un capitán de legalidad mellada, que sólo puede contar con Dios y consigo mismo, y cuya empresa puede fracasar en todo momento. Hernán Cortés no duda en referir las palabras de sus compañeros, que lo tratan literalmente de loco; pero ese loco tiene su lógica. Para conjurar las acusaciones de rebelión y salir victorioso del duelo que lo opone al gobernador de Cuba, Cortés no tiene otro camino que apoderarse de los dominios de Moctezuma, dando a su iniciativa una fachada legal, irreprochable, imperial y cristiana.⁵⁷ En esas circunstancias la conquista de México no parece ni una decisión maduramente sopesada ni la expresión de un proyecto político: es una cuestión de vida o muerte para el interesado. En el lugar, frente a sus hombres inquietos y agotados que desean volver a la costa, Cortés se ve reducido a agitar el anzuelo de las riquezas y la gloria de los futuros combates.

La situación, aparentemente sin salida, lleva a la desmesura. Cortés promete cualquier cosa: “Estábamos en disposición de ganar para vuestra majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo”. Batiéndose, los españoles obtendrían “el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó”.⁵⁸ Cortés se planta en el escenario del mundo ofreciéndose como depredador planetario y se yergue solo frente a la posteridad, en un frenesí de conquistador que se asigna la tarea de atacar a las más grandes potencias de la tierra y reducirlas a la obediencia. Si la modernidad es claramente el salto a lo monstruoso que describe Peter Sloterdijk⁵⁹ y la capacidad de asumir toda la responsabilidad por los crímenes cometidos o por cometer, Cortés es el portador de esa modernidad. Su programa es literalmente demencial, pero ¿lo es más que los proyectos de los portugueses de Cantón o que las proposiciones de un Tomé Pires, quien, aunque todavía no sabe que dirigirá una embajada a China,

vaticina: “Con diez navíos, el gobernador de las Indias que tomó Malaca sometería a toda la costa de China”?⁶⁰

La desmesura del programa de Hernán Cortés tiene todo para inquietar al primer destinatario de sus cartas, el emperador Carlos, que no tiene nada de conquistador insaciable; pero terminará por coincidir con los ideales de la monarquía universal y de *dominium mundi* que el canciller Mercurino Arborio Gattinara comienza a inculcar en el joven príncipe.⁶¹ Resta decir que todavía es muy pronto para que el proyecto de “fundar [un] imperio universal cristiano con el propósito de luchar contra el islam” pueda apoyarse en la conquista del Nuevo Mundo.

Cortés debe ingeniárselas para no desagradar al emperador y, al mismo tiempo, encontrar las palabras que puedan forzarle la mano y arrancarle su perdón. En ello su pluma hace maravillas: en la versión que proporciona en su segunda carta de relación (de octubre de 1520), redactada una vez que ha alcanzado el objetivo (México-Tenochtitlan) y que ya tiene una idea mucho más precisa de lo que México representa, maquilla todos los acontecimientos. La visión es heroica y, al mismo tiempo, “políticamente correcta”; también es visualmente espectacular, por no decir anticipadamente *hollywoodense*. Es la que, ávida de sensacionalismo, la posteridad recordará. La empresa se alza al rango de “conquista y pacificación”. El país es “maravilloso”, término que se repite obstinadamente; es:

[...] una grandísima provincia muy rica, llamada Culúa, en la cual hay muy grandes ciudades y de maravillosos edificios y de grandes tratos y riquezas, entre las cuales hay una más maravillosa y rica que todas, llamada Tenustitlan, que está, por maravilloso arte, edificada sobre una grande laguna; de la cual ciudad y provincia es rey un grandísimo señor llamado Mutezuma; donde le acaecieron al capitán y a los españoles espantosas cosas de oír.⁶²

Pone el acento en las ciudades indígenas del altiplano, descritas con un crescendo que culmina en apoteosis con la presentación de la metrópolis de la Triple Alianza, México-Tenochtitlan.⁶³

El énfasis de Cortés repercutirá inmediatamente y superará las esperanzas del conquistador: fascinará a la cristiandad latina, lanzando al mercado del imaginario europeo, hasta el fondo de Bohemia y Polonia, lugares comunes y escenas cuyo ruido contrasta con el silencio que rodea a China. Los europeos

“verán” México mucho antes que Pekín: el famoso grabado de la capital azteca, tomado de una carta enviada por Cortés, será reproducido y comentado una y otra vez; no obstante, la descripción que Vieira hace de China⁶⁴ después de su relato sobre la embajada de Pires cuenta con los mismos elementos para causar estupefacción: es la primera que se debe a un testigo ocular que ha viajado al interior del territorio; pero pasa casi inadvertida.⁶⁵

Cortés no cesa de atribuirse el mejor papel. Su carta lo muestra como visitante,⁶⁶ como brazo caritativo que reclaman de todas partes o como enviado del emperador Carlos V, dispuesto a regresar a Castilla una vez cumplida su visita; y con esa imagen se presenta a los príncipes indios: “Vuestra Majestad tenía noticia [de Montezuma] y [...] yo no iba más de verle”. ¡Tanto peor que los indígenas no manejen la escritura alfabética! Está establecido que todo se arreglará con ellos mediante escritos —“las escrituras y autos que con los naturales de estas tierras yo he hecho”—, papeles que, por supuesto, desaparecieron en los azares de la conquista. Todo debe abogar en favor del conquistador, pese a sí mismo: tanto el empleo pretendidamente escrupuloso del requerimiento, hecho “en forma, con las lenguas que conmigo llevaba”,⁶⁷ como la legítima defensa que imponen los enfrentamientos monstruosamente desiguales: 100 000 tlaxcaltecas contra 40 ballesteros, 13 caballeros, cinco o seis arcabuceros y una media docena de cañones.⁶⁸ ¿Tenían que dejarse masacrar?

LOS BLOQUEOS

¿A qué se comprometían los indios de México respecto al señor lejano y desconocido del que Hernán Cortés pretendía ser el emisario? ¿Eran para ellos los españoles algo más que una banda de mercenarios, cruelmente eficaces, de quienes más valía ganarse la buena voluntad o los servicios?

Las etapas del viaje están puntuadas por intercambios de presentes y señales de bienvenida a los que el español hace decir lo que quiere; no obstante, y eso es lo fundamental, la expedición se enfrenta a la oposición, cortés pero firme, de Moctezuma. La primera embajada “oficial” del señor de México es recibida en los momentos de las escaramuzas en las que los visitantes se enfrentan con las tropas de Tlaxcala:

Vinieron a mí seis señores muy principales vasallos de Mutezuma, con hasta doscientos hombres para su servicio, y me dijeron que venían de parte del dicho Mutezuma a me decir cómo él quería ser vasallo de Vuestra Alteza y mi amigo, y que viese yo qué era lo que quería que él diese por Vuestra Alteza en cada un año de tributo [...], y que todo lo daría con tanto que yo no fuese a su tierra, y que lo hacía porque [su tierra] era muy estéril y falta de todos mantenimientos, y que le pesaría de que yo padeciese necesidades.⁶⁹

La embajada portuguesa, inmovilizada en Cantón, padece también un cerco que refleja el mismo rechazo: imposible dejar que los europeos se acerquen a la capital. Ni Pekín ni México-Tenochtitlan desean que los extraños lleguen a hollar el corazón de su territorio: la reacción de los mexicas es tan categórica como la de las autoridades del Imperio celeste. El cerco chino durará meses; únicamente será levantado gracias al empecinamiento de la misión portuguesa y a su capacidad para negociar localmente y, después, en la corte, unas alianzas que le abrirán la ruta de Pekín. Es el mismo empecinamiento que se observa en Hernán Cortés, que se esfuerza por convencer a los mexicas de sus buenas intenciones al mismo tiempo que consolida sus posiciones en el centro del altiplano: en su carta, el español habla de su “voluntad resuelta”. Conquista o embajada, el primer asalto de la penetración ibérica genera inevitablemente la hostilidad de las potencias locales; pero, contra todo lo que se esperaba, los intrusos logran, en los dos casos, superar la oposición de que son objeto y, de hecho, forzar la mano del adversario.

Todo en esa primera fase es cuestión de reuniones y transacciones. En Tlaxcala los “señores mensajeros de Moctezuma” no cesan de visitar a Cortés; y le anuncian que otros enviados lo aguardan en Cholula. Los enviados circulan entre la ciudad tlaxcalteca y México-Tenochtitlan. Cortés, que se encuentra sometido a presiones contradictorias de los tlaxcaltecas y los mexicas, decide explotar a fondo la cizaña entre los dos campos enemigos: “Vista la discordia y desconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito, y que podría tener manera de más aún sojuzgarlos [...] y con los unos y con los otros maneaba y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba, y le daba crédito de más amistad que al otro”.⁷⁰ En el momento de su llegada a Cholula, “ciudad de mezquitas”, sigue preguntándose sobre las intenciones de los mexicas: ¿les estarían tendiendo una trampa? Su tono se vuelve amenazante: “Y que pues así era [Moctezuma], que él

no me guardaba su palabra ni me decía verdad, que yo quería mudar mi propósito; que así como iba hasta entonces a su tierra con voluntad de le ver y hablar y tener por amigo y tener con él mucha conversación y paz, que ahora quería entrar por su tierra de guerra, haciéndole todo el daño que pudiese como a enemigo”.⁷¹ Moctezuma habría entonces tranquilizado a Cortés haciendo que le entregaran un presente suntuoso —“diez platos de oro y mil y quinientas piezas de ropa”—. El tlatoani se pretende ajeno a las intrigas de los cholultecas y se instala en el papel del señor afligido al que se le escapa el dominio de la situación. Por su parte, Cortés se aprovecha de ello para forjar la imagen de un príncipe bribón al que es buena ley de guerra hacer salir del juego.

Al término de lo que todavía no es una conquista, sino una sucesión de ofensivas diplomáticas, Moctezuma termina por aceptar que Cortés acuda a México, “desde que ya vió que mi determinada voluntad era de verle”. “Me envió a decir [...] que él me hospedaría en aquella gran ciudad donde estaba.” No obstante, a su llegada a la provincia de Chalco, Cortés sufre nuevas presiones: “[Moctezuma] me rogaba que me volviese y no curase de ir a su ciudad”. Cortés alega el carácter imperioso de su misión, al tiempo que sigue siendo lo más cortés posible: “A su embajador le respondí que si en mi mano fuera volverme que yo lo hiciese por hacer placer a Mutezuma”; de todas maneras, “después que yo le viese, si fuese su voluntad todavía de no me tener en su compañía, [le dije que] yo me volvería”. En Amaquemecan (hoy Amecameca), cada vez más cerca de México por lo tanto, recibe una nueva embajada; una vez más, escapa a un ataque sorpresa gracias a las precauciones de que se rodea. Llega entonces una enésima embajada, acompañada de amenazas, que le pide a Cortés una última vez que renuncie a su avance, “que todavía me rogaba que si fuese posible no fuese allá, porque padecería mucho trabajo y necesidad [...], y en esto ahincaron y porfiaron mucho aquellos señores”.⁷² El español hace caso omiso. Moctezuma, cansado de la guerra, decide permitir que vaya a él la tropa española, que es recibida en Iztapalapa con presentes de bienvenida, esclavos, prendas de vestir y oro. México-Tenochtitlan está dispuesta a recibir a Hernán Cortés.

¿Cómo comprender el radical cambio de Moctezuma cuando se piensa en el destino que le está reservado? La comparación con los acontecimientos de China sugiere algunas pistas. Un puñado de portugueses logra hacerse recibir en el

corazón del Imperio, superando los obstáculos puestos en su camino. ¿Qué interés pueden tener la corte de Pekín y la Triple Alianza en permitir que lleguen a ellas esos extraños visitantes? Una primera respuesta nos incitaría a considerar los bloqueos de que se ha hablado como obstáculos erigidos para poner a prueba las intenciones de los visitantes y su capacidad para adaptarse a un terreno desconocido. En los dos casos, tanto la identidad de los intrusos como sus móviles plantean problemas: generan una imagen de incertidumbre que exige de sus huéspedes un esfuerzo de imaginación y cierta flexibilidad. Ni Tomé Pires ni Hernán Cortés se presentan como invasores clásicos: no son ni mongoles ni tlaxcaltecas, por lo que a los chinos y a los mexicas les corresponde dar un sentido a su presencia. Las reacciones locales evolucionan en función de las interpretaciones propuestas. El interés acordado a esa nueva presencia, ya sea comercial o militar, puede suscitar rápidamente comparaciones: se piensa en los comerciantes cantoneses atraídos por las propuestas hechas por los portugueses o en los combatientes tlaxcaltecas a los que no contraría añadir a sus tropas la fuerza de choque de los recién llegados. Tanto en China como en México, las rivalidades que oponían la periferia al centro —Cantón a Pekín, la costa del golfo de México o Tlaxcala a México-Tenochtitlan—, así como aquellas que dividían el poder central, podían crear las condiciones favorables a la recepción de un cuerpo extranjero que introducía un nuevo elemento en la escena política. Las fuentes chinas no disimulaban tampoco las malas relaciones que Zhengde mantenía con la administración central.

Se sabe poco de las reacciones del entorno de Moctezuma y de las tiranteces que, en el seno de la Triple Alianza, incitaban al tlatoani a recibir y ofrecer hospitalidad a su futuro conquistador. Ante todo, Cortés debe quedar bien en España; por ello, sin duda, su versión de los hechos nos pone frente a una hipótesis demasiado bella para ser verdad. El hombre está muy interesado en presentar el caluroso recibimiento y las ofertas de alianza como otras tantas pruebas de sumisión voluntaria a una autoridad indiscutible. En Tlaxcala, según parece, los enviados de Moctezuma habrían propuesto espontáneamente pagar tributo al emperador.⁷³ Cuando Cortés habla de la “amistad de Moctezuma” por él, lo hace tanto para explicar las razones de su éxito en un medio tan hostil como para dar a sus pasos un tinte pacífico y legítimo.

EL ENCUENTRO DE LOS EMPERADORES

Tanto en China como en México, las dos expediciones pasan por una etapa que debe ser la pieza clave de su viaje: el encuentro con el emperador. En el caso chino el acontecimiento se desarrolla en Nanking, en la primavera de 1520. Escuchemos a Christovão Vieira: “En el año 1520, el 23 de enero, partimos para encontrarnos con el rey de China; en mayo, nos encontramos con el rey en Nanking; y, de allí, nos ordenó seguir adelante a Pekín para despachar allá nuestro asunto; el 2 de agosto, escribimos a Cantón lo que había ocurrido con el rey”.⁷⁴

La descripción del encuentro con Zhengde es de una discreción frustrante, pero es cierto que hace alusión a los detallados correos expedidos a Cantón y hoy perdidos. Otras fuentes portuguesas compensan apenas nuestra curiosidad.⁷⁵ Por ellas se sabe que los portugueses han vivido una situación absolutamente excepcional: “En Nanking vimos al rey en persona, que se lo estaba pasando muy bien contra el uso y la costumbre del país, porque normalmente el rey no sale nunca de sus habitaciones y, desde que la tierra de China es la tierra de China, el rey se permite poco infringir la costumbre, y pocos extranjeros ven al rey como he dicho que nosotros lo hemos visto”. Algunos detalles sugieren la intimidad que lograron nuestros enviados:

Nos hizo muchos honores y le complació vernos; jugó a las damas con Tomé Pires, a veces en nuestra presencia; asimismo, nos ordenó festejar con todos los grandes y, hasta ahora, lo hemos hecho tres veces. Entró en las barcas en que viajábamos. Hizo sacar todos los cofres; tomó los vestidos que le gustaron y le permitió a Tomé Pires que fuésemos a Pekín, donde vería nuestro asunto.

La singular familiaridad de las relaciones no se inventa. La recepción en Nanking contrasta por su simplicidad con el fasto y la grandilocuencia que rodean el recibimiento de Cortés en México. Es posible que la intervención del favorito del emperador, Jiang Bin, sobornado quizá por los portugueses, haya facilitado las cosas y que a Zhengde no lo haya contrariado pillar de improviso a sus ministros.⁷⁶

Probablemente nunca se sabrá si el emperador jugó con Pires a las damas chinas —*xiangqi*— o si el portugués le enseñó uno de los “juegos de tablas”, los antepasados de nuestros juegos de damas y otros parecidos, entonces en boga en

la península ibérica.⁷⁷ No obstante, el empleo del término portugués *tavolas* y la curiosidad que se puede atribuir a Zhengde en semejante ocasión hacen pensar en un “juego de tablas que se desarrolló sobre un tablero provisto de cierto número de casillas y tejos a manera de peones que se llamaban “tablas”, hechos de madera, hueso o marfil (nuestras futuras damas), y dados de seis caras.⁷⁸ Las circunstancias llevan a pensar que el soberano pudo tener ganas de conocer un juego nuevo y extranjero, antes bien que medirse con un adversario demasiado novato sobre un tablero chino. Por lo demás, no tiene nada de asombroso el que Pires haya viajado con un material de juego, muy adecuado para llenar los tiempos muertos y aportar alguna distracción en unas expediciones bastante arriesgadas. En el presente se sabe que los juegos circularon de un extremo al otro de Eurasia y que el ajedrez europeo y el ajedrez chino tuvieron probablemente un origen común, que se sitúa en el noroeste de la India hacia el año 500 antes de nuestra era. Lo que cambia con la irrupción de los portugueses es que bruscamente se evitan los antiguos itinerarios recorridos por las caravanas y los juegos, merced a innumerables adaptaciones y transformaciones; entran en contacto unos mundos que hasta entonces habían mantenido relaciones lejanas, indirectas y episódicas, y el contacto puede pasar también por el juego.

Tal es también el caso en México. Las relaciones cotidianas del entorno de Cortés con Moctezuma se basan en los intercambios de presentes y prendas de vestir y, al mismo tiempo, en la pasión por el juego, que parece ser compartida universalmente. Díaz del Castillo, que estaba montando guardia, recuerda haber visto a Cortés jugar al *totoloque* con el tlatoani:

Aun algunas veces jugaba Montezuma con Cortés al *totoloque*, que es un juego que ellos así le llaman, con unos bodoquillos chicos muy lisos que tenían hechos de oro para aquel juego, y tiraban con los bodoquillos algo lejos, y unos tejuelos que también eran de oro, y a cinco rayas ganaban o perdían ciertas piezas y joyas ricas que ponían.⁷⁹

Todo el mundo se divierte, Moctezuma en primer lugar, al ver que uno de los futuros conquistadores, Pedro de Alvarado, se las ingenia para hacer trampa: “Hacía mucho *ixoxol* en lo que tanteaba”.⁸⁰

En la pluma del cronista, Moctezuma adquiere el aspecto de un gran señor liberal; pero ¿sería el tlatoani mexicana sólo el rey de una novela de caballería?

Tras el t3pico, tras la cortes3a prodigada, se perfilan otras preocupaciones que derivan de la manera misma como las sociedades ind3genas conciben el juego. Para el caso de Moctezuma, sean cuales fueren la inteligencia y la fuerza presentes, 3nicamente la suerte decidir3 el desenlace. El tlatoani se comporta como un escrutador atento de los destinos, ansioso por saber de qu3 lado se inclina la balanza cuando no la ayuda la mano humana, absorto en el juego de predecir y revelar la soluci3n, una soluci3n que llevar3 al perdedor al desastre absoluto y al vencedor al triunfo no compartido.⁸¹ Nada de medias tintas entre los mexicas: los vencidos en el juego de pelota son sacrificados, uno por uno hasta el 3ltimo. Moctezuma pertenece a un mundo en el que el guerrero vencedor de ayer puede expirar ma3ana bajo el cuchillo de obsidiana del sacerdote sacrificador. 3Se dir3a que los mexicas “juegan” con el destino y el tiempo, mientras que sus visitantes, m3s prosaicamente, se divierten y se llenan los bolsillos? Ser3a olvidar que la expedici3n castellana cuenta tambi3n con un astr3logo, Botello, que no se violenta para interrogar al destino mientras se echan suertes, pero de all3 a imaginar que, para Cort3s, tambi3n los resultados del juego pueden prefigurar la suerte que le aguarda, a 3l y a sus compa3eros...⁸² En Nanking parece tenerse m3s bien tendencia a pensar que el juego se basa en la acumulaci3n de los buenos golpes y, por lo tanto, en la experiencia y la astucia, y que el azar tiene una parte m3s bien reducida; pero guard3monos de tratar a Tom3 Pires o a Zhengde como unos individuos que se nos parecer3an excesivamente.

En este a3o de 1520, en Nanking o en M3xico, unos oscuros europeos que nunca se han acercado a su propio soberano se encuentran code3ndose con los “se3ores del mundo”, en principio inaccesibles al com3n de los mortales. Aqu3 se juega a las damas, all3 se manejan los tejos: una manera u otra de complacerse, pero tambi3n la ocasi3n de relajarse en situaciones particularmente tensas, tanto para los europeos como para Moctezuma, entonces reh3n —al menos es lo que Hern3n Cort3s pretende— de sus visitantes. Los mundos no se conectan en un d3a y el juego ayuda a vencer lo imprevisto o a matar el tiempo, que no siempre se dedica exclusivamente a espiar al otro o a tratar de hacerlo caer en la trampa. La curiosidad de uno y otro entra en el juego tanto como el deseo de conquistar y poseer; y no s3lo el de los reci3n llegados. Se olvida pronto que, para personajes de la envergadura de Moctezuma y Zhengde,

depositarios de tradiciones seculares y conocimientos esotéricos, la frecuentación de esas raras criaturas venidas de allende, totalmente ignorantes de los usos y los códigos más elementales de China y México, pero portadores de otros conocimientos, es motivo para plantearse interrogantes e incluso para fascinarse. En todo caso, la monotonía de lo cotidiano, que se extiende a través de las sociedades y las culturas, se rompe por un instante aun cuando la ignorancia crasa de los usos —como ese coloso español que no encuentra nada mejor en que ocupar sus noches que masturbarse durante su turno de guardia— disguste al señor de México-Tenochtitlan, que se queja de ello de inmediato.⁸³

En México, a la inversa de Nanking, los episodios de ese tipo no preceden al encuentro oficial; se sitúan semanas después de un acontecimiento al que las dos partes han acordado una importancia excepcional, tanto los mexicas, por la movilización de recursos y hombres que ha supuesto, como los españoles, por el brillo que sus relatos le darán. El encuentro de Hernán Cortés y Moctezuma es también un momento importante porque, en la pluma de Cortés, se convierte en el meollo de la argumentación de su segunda carta de relación. Al revelar a su lector los esplendores de la Venecia americana y poner en escena para el emperador la rendición de Moctezuma, tiene los únicos medios para hacerse perdonar su rebelión. Difícil, entonces, si no imposible, distinguir lo que Cortés ha visto y comprendido en México de lo que transmitirá a Europa algunos meses más tarde.

En todo caso, el descubrimiento y la descripción de la “gran ciudad” constituyen un hito en la historia de la expansión española en América. Se ha franqueado un umbral, lo que proporciona a Cortés la mejor de las justificaciones: después de la conquista de los salvajes de las islas —pero ¿fue eso en cierto sentido algo diferente de un *refrito* tropical de la conquista de las islas Canarias?—, después de las falsas esperanzas colombinas de alcanzar el imperio del Gran Khan, los españoles llegan al fin a un mundo que bien vale la pena —y que nosotros llamaríamos “civilizado”—, y todos, Hernán Cortés a la cabeza, son de inmediato conscientes de ello:

No quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente de ella hay la manera casi de vivir que en España; y con tanto concierto y orden como allá; y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas.

Porque el señorío de Moctezuma no es solamente grande, “tanto casi como España”,⁸⁴ también encarna el surgimiento, entre Europa y el Asia oriental, de un continente portador de numerosas sociedades que han permanecido sin contacto con el resto del planeta y con el Dios revelado. Se ha hecho mucho más que descubrir tierras nuevas: se ha topado cara a cara con otra humanidad surgida de la nada. Cortés sabe magnificar la relevancia mundial e histórica de la expedición al anunciar la conquista de los “mayores reinos y señoríos que había en el mundo” y la empresa más gloriosa que nunca haya existido.⁸⁵ Algo para poder intercambiar sus trapos de perturbador de las islas por el penacho inmortal del conquistador.

Para justificar sus acciones ante la Corona, los juristas y los teólogos, se impone la sumisión espontánea de Moctezuma: sólo ella puede alejar las interrogantes sobre la legitimidad de la conquista. Le asegura al conquistador un recorrido sin falta, indiscutible, sin la menor nota en falso, y da todo su valor a su iniciativa al añadir un nuevo imperio al que ya posee su señor Carlos, quien “se puede intitular de nuevo, emperador de ella, y con título y no menos mérito que el de Alemaña, que por la gracia de Dios vuestra sacra majestad posee”.

¿Cómo lo hace Cortés? Exagerando; poniendo en boca de Moctezuma un razonamiento que explica la sumisión del tlatoani mediante un acto voluntario de restitución. Al igual que los españoles, ¿no son los mexicas extranjeros en ese suelo?: “No somos naturales de [esta comarca], sino extranjeros, y venidos a ella de partes muy extrañas”;⁸⁶ pero no llegaron solos. Un señor, desde entonces de vuelta en su tierra —“el cual se volvió a su naturaleza”—, los habría conducido hasta México; por lo tanto, estaba en el orden de las cosas el que, un día, sus descendientes —los castellanos— viniesen a reclamar lo que les es debido. Repentinamente, Moctezuma abdica de su poder y —al igual que el japonés Hirohito en enero de 1946—, con el mismo ímpetu, renuncia a su naturaleza divina: “A mí véisme aquí que soy de carne y hueso como vos y como cada uno, y que soy mortal y palpable”. Mediante un prodigio de aceleración de la historia, Moctezuma abraza una visión secularizada del mundo, con mucha mayor rapidez que con la que los suyos van a pasar de la edad del cobre a la edad del acero.

Se supone que el resultado inmediato debe confirmar los buenos sentimientos del príncipe hacia los invasores. Todo ocurre como si Moctezuma

hubiese saltado sobre la ocasión de someterse a César: se sentía “tanta voluntad y contentamiento del dicho Mutezuma y de todos los naturales de las dichas tierras, como si de *ab initio* hubieran conocido a Vuestra Sacra Majestad por su rey y señor natural”.⁸⁷ A mil leguas del bricolaje, las transacciones, los pasos en falso y los patinazos de todo tipo que no dejaron de plagar el avance de los españoles en tierra mexicana y su establecimiento en México,⁸⁸ la escena que presenta Cortés parece arreglada como sobre papel pautado. La pluma del futuro conquistador produce entonces uno de los mitos fundadores de la expansión occidental al poner a su emperador por delante del hecho consumado.

Al leerlo, la penetración se impone de manera tan natural, la intrusión es tan “esperada”, está tan envuelta en la buena conciencia, tan imbuida de la seguridad de tener el derecho y estar tan en la línea de la historia, que se terminaría por creer que las cosas no podían haber ocurrido de otra manera. Estaba escrito, tanto entre los indios como entre los españoles: “Muchos días ha que [los indios tenían] noticias [de la venida de los españoles]”; en cuanto al emperador, “él ha muchos días que tenía noticia...”, hacía mucho tiempo que conocía la existencia de esos lejanos vasallos, ¡como si Carlos V hubiese sabido siempre de la existencia de los aztecas! Por lo tanto, no restaba más a los indios, sin que hubiese guerra ni derrota, que entregarse, atados de pies y manos, a sus visitantes, que ni siquiera fueron sus vencedores: “Todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisiéredes disponer”.⁸⁹

Es también la ilustración clásica de un uso introducido en las islas caribeñas, el del “requerimiento”, el llamamiento a la sumisión voluntaria de las poblaciones encontradas; salvo que, esta vez, ya no se practica a la escala de una tribu insular, sino a la de una potencia continental, para no decir de toda una civilización. Si bien ello no ocurre sin algunas manipulaciones que Cortés confiesa sin subterfugio: “Yo le respondí a todo lo que me dijo, satisfaciendo a aquello que me pareció que convenía, en especial en hacerle creer que Vuestra Majestad era a quien ellos esperaban”; ¡qué más da si el emperador no es realmente el “mesías” esperado por los indios! México, que ofrece su decorado inolvidable a ese episodio que Hernán Cortés ha sabido reconstruir tan genialmente para su señor, ¡bien vale una que otra mentira! ¿Cómo no sucumbir “a la grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temixtitan [Tenochtitlan]”?⁹⁰

VII. EL CHOQUE DE LAS CIVILIZACIONES

No se debe recibir a su embajador, y es necesario hacerles saber claramente si, en nuestra opinión, obedecen o son recalcitrantes. Se debe ordenarles que entreguen el territorio [que ocupan] en Malaca; y solamente después se consentirá en que paguen el tributo. Si permanecen obstinadamente aferrados a su ilusión, se deben enviar manifiestos a todos los pueblos extranjeros para publicar sus crímenes y lanzar expediciones punitivas contra ellos.

Informe del censor imperial K'ieou
Tao-Long (segundo semestre de 1520)*

TANTO en México como en Nanking, las cosas evolucionan pacíficamente primero. Nada de choque de civilizaciones por el momento. La intrusión de los ibéricos va acompañada de algunos errores: establecimiento ilegal de los portugueses en Tunmen y de los españoles en Veracruz, rechazo a obtemperar las órdenes de las autoridades locales que quisieran mantenerlos a distancia e, incluso, arranques de violencia, cuyo blanco son los mercaderes de Siam, los *calpixques* o los mandarines del fisco. Los españoles y los portugueses se encuentran en una situación que se les escapa totalmente; cada cual tiene experiencias en su haber —las islas del mar Caribe, el litoral de la India, Malaca—, pero las reacciones del adversario, tanto de las sociedades indias como del Imperio chino, siguen siendo imprevisibles.

LAS SITUACIONES INCÓMODAS

Tomé Pires entra en Pekín alrededor del 1º de agosto de 1520. Según Vieira, lo alojan en unos edificios reservados a los extranjeros; ahora necesita ser recibido oficialmente. Para cumplir con el protocolo chino, comunica el correo del rey Manuel al ministerio de Ritos; y son varias las cartas que son entregadas a las autoridades chinas. Una de ellas, sellada, sólo puede ser abierta en Pekín; otra,

redactada en chino, es la traducción que los intermediarios contratados en Malaca han hecho de un mensaje de Peres de Andrade.¹ Ahora bien, los intérpretes no se contentaron con traducir el portugués al chino, también redactaron la misiva de tal manera que fuese aceptable para la corte de Pekín. De este modo, los portugueses se encontraron jurando lealtad al Hijo del Cielo. Cuando Tomé Pires se da cuenta de la iniciativa tomada por los traductores, eleva una protesta que hace que su posición sea rápidamente incómoda, porque, si bien los enviados de Manuel no han venido a hacer acto de sumisión, en opinión de los chinos la carta de los intermediarios sólo es una falsificación, los enviados unos mentirosos y la embajada una farsa. Por consiguiente, las cartas credenciales no son aceptadas. Pires debe aguardar a que el emperador vuelva a Pekín para que se decida sobre su suerte.

Si los portugueses se encuentran en una situación difícil, ello se debe también a que algunos altos funcionarios los ven con malos ojos. Todo indica que alguien ha puesto trabas en las ruedas de la delegación europea en el transcurso de los interminables 2 000 kilómetros que separan a Cantón de Pekín. Los grandes secretarios Yang T'ing-houo y Mao Ki debieron de haber hecho presión sobre el emperador mientras se encontraba en T'ong-tcheou, antes incluso de que volviese a Pekín.² Los censores imperiales quieren aguardar la llegada del embajador Tuan Muhammad que les envía el soberano venido a menos de Malaca y que no llegará a la corte hasta después de enero de 1521. Los enviados malayos habían prevenido a Pekín: los portugueses venían a hacer espionaje en tierras de China; eran unos ladrones que tenían la costumbre de colocar una piedra y construir una casa sobre las tierras de las que querían apoderarse; así habían procedido en Malaca. A pesar de ello, el emperador Zhengde parece dispuesto a tolerar a esos extranjeros, que, visiblemente —pero ¿era culpa de ellos?—, no estaban muy al corriente de las costumbres locales.

En consecuencia, Pires debe armarse de paciencia. Por otros enviados extranjeros, se entera de los detalles del ceremonial en el que se apresta a participar en Pekín, porque, en Nanking, sólo vio al emperador en una audiencia privada. Ni Barros ni Vieira dejan transparentar la menor incomodidad ante la idea de rendir homenaje al emperador; pero Pires no recibirá nunca la autorización de presentarse en el palacio imperial para prosternarse tres veces ante el muro tras el que se supone que ha de encontrarse el emperador:³ la

muerte de Zhengde, el 20 de abril de 1521, reduce a la nada los contactos hechos en Nanking. Todos los embajadores que permanecen en Pekín son despedidos; Pires debe emprender la ruta de regreso a Cantón.

En México la situación no es más agradable. Hernán Cortés se da cuenta de la trampa que puede constituir la capital lacustre. Los visitantes, muy poco numerosos, apenas algunas centenas, cuando mucho medio millar, están a merced de los 200 000 o 300 000 mexicas que habitan la ciudad, aun cuando sólo sea para alojarse y comer: ya no cuentan con aprovisionamiento y tanto los huéspedes como sus caballos morirían de hambre y de sed. Imposible echar mano a Moctezuma, a menos que se esté dispuesto a desencadenar un caos del que los intrusos serían las primeras víctimas. Con todo, Cortés va a pretender lo contrario en su segunda carta de relación. Para que se considere que los mexicas son un pueblo en revuelta contra Carlos y, por lo tanto, el blanco de un contraataque presentado como un acto de legítima defensa, es necesario inventar el relato de la sumisión y, para que la sumisión sea más completa, el señor del lugar debe ser rehén de sus visitantes.⁴ Ahora bien, extrañamente, de noviembre a mayo Cortés no ha creído adecuado informarle al emperador sobre la presa que se supone ya ha hecho. Las contradicciones de las fuentes que, por turnos, hacen de Moctezuma un prisionero estrechamente vigilado y un soberano bajo un control muy poco estricto quitan mucha credibilidad a la versión de Cortés.⁵

Por su parte, el tlatoani ha evitado durante mucho tiempo las escaramuzas con los intrusos: unos combates en México, incluso desfavorables para los europeos, podrían provocar el debilitamiento de la influencia de los mexicas sobre sus aliados de la Triple Alianza. Exponerse a una batalla en campo abierto significaría proporcionar a los españoles la ocasión para que pusiesen de manifiesto su temible eficacia. Es necesario evitar por todos los medios perder prestigio ante las otras ciudades del valle; y unos incidentes en la ciudad, debidos a la furia combinada de los españoles y sus aliados tlaxcaltecas, podrían desencadenar disturbios y desestabilizar su poder. El tlatoani tiene asimismo otras razones más para contemporar y quizás ha preferido aguardar la recepción de los tributos o el final de la temporada de lluvias. Todo está dado entonces para no oponerse abiertamente a sus inoportunos visitantes.

En esa situación, los dirigentes de México no permanecen aguardando a ver qué pasa. Siempre alerta, Moctezuma no ha dejado de enviar espías sobre el

camino de los intrusos; hace que le pinten imágenes de los castellanos, tanto para saber a qué se parecen y qué armas portan como para actuar a distancia sobre sus representantes. Se puede imaginarlo rodeado de un verdadero “gabinete de crisis”, informado día tras día del avance de los recién llegados por medio de los informes que se suceden.⁶ De creer en el cronista Diego Durán, quien da al asunto un giro muy europeo, el tlatoani habría ordenado la consulta de los archivos con el propósito de buscar precedentes e identificar a los recién llegados. No forzosamente en vano, puesto que la hipótesis del “regreso al país”, bajo la forma o no de un regreso de Quetzalcóatl, terminará por imponerse en el espíritu de los indios. En México las observaciones y las pruebas prosiguen una vez que el ejército de Cortés se ha instalado en la ciudad; por consiguiente, todo lleva a pensar que Moctezuma no ignora nunca nada de lo que pasa: está al corriente de los argumentos y las intenciones de los españoles antes incluso de su llegada y su encuentro en México.

Los españoles necesitan tiempo: para poner a punto sus relaciones con sus aliados indígenas, para reflexionar sobre el uso del caballo, eficaz pero muy expuesto a los golpes de los indios, para imaginar el socorro y el arma de una fuerza naval sobre el lago de México, para establecer un enlace que proporcione permanentemente refuerzos venidos por el mar y para hacer sentir la eficacia paralizante de sus “violentas” intervenciones.⁷ Otras tantas ventajas acumuladas que, a la larga, podrían hacer inclinar a una parte de las poblaciones indias en su favor. Por el momento, los intrusos se dedican todavía a hacer el análisis de la situación; y, lisa y llanamente, a reflexionar sobre las posibilidades de la conquista...

LA MUERTE DE LOS EMPERADORES

Al enterarse, a comienzos de mayo de 1520, de que una flota española que zarpó de Cuba viene a apoderarse de su persona, Hernán Cortés sale de México, donde deja al grueso de sus hombres. El riesgo es doble: caer en manos del enviado de Diego Velázquez y abandonar a los suyos a merced de los mexicas.

La amenaza venida de Cuba es conjurada velozmente, pero, en ausencia de Cortés, México se rebela. Cortés no acaba de regresar cuando la trampa se

cierra; está aterrado: “Se perdía la mejor y más noble y mejor ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdía todo lo que estaba ganado”.⁸ Parece ser que, en esas circunstancias, Moctezuma se convierte en rehén y prisionero de los castellanos. Los españoles se parapetan entonces en su palacio, transformado en fortaleza, con 3 000 aliados tlaxcaltecas; y los mexicas se esfuerzan por hacerlos padecer hambre. Los proyectiles llueven sobre los europeos; el ataque causa 24 heridos el primer día de combate, entre ellos, el capitán. Así pues, las hostilidades se han desencadenado en el corazón de la ciudad, antes incluso de que comience la Conquista. Cortés tiene todas las intenciones de servirse de Moctezuma para persuadir a los indios de que depongan sus armas, pero pronto pierde su principal ventaja: si se cree a las fuentes europeas, el tlatoani fue gravemente herido por una piedra y murió tres días más tarde; según el otro campo, son los españoles quienes lo habrían ejecutado.

Los jefes de la ofensiva mexicana le ordenan entonces a Cortés que abandone inmediatamente el país. La superioridad numérica de los mexicas es aplastante y la situación aparentemente sin salida. Una retirada a la luz del día sería una catástrofe, pero un contraataque sería suicida: “Y [ellos] tenían hecha cuenta que, al morir veinte y cinco mil de ellos y uno de los nuestros, nos acabaríamos nosotros primero, porque éramos pocos y ellos muchos”.⁹ La única salida para los intrusos es emprender la fuga en las tinieblas de una noche de tormenta y tempestad, durante la cual sufren enormes pérdidas: centenas de españoles, 45 monturas y 2 000 indios “amigos” pierden la vida. Es el desastroso episodio al que la posteridad dará el nombre de la Noche Triste.

Atizada por la desaparición del tlatoani, la revuelta de México-Tenochtitlan marca un hito decisivo: el partido belicoso resulta triunfante, muy resuelto esta vez a acabar, costare lo que costare, con los extranjeros. Ése es precisamente el momento en que, viéndose acorralados, los visitantes emprenden una guerra sin piedad.¹⁰ Todavía no es una guerra de conquista, sino, antes bien, una huida enloquecida que da pruebas del estado de falta de preparación y de la inferioridad militar de los españoles. Los sobrevivientes, que escapan por poco a la aniquilación, están lejos de haberse puesto ya la piel de conquistadores. El choque de las armas comienza por resolverse en una ventaja para los indios.

En China, igualmente, la muerte del soberano trastorna la situación de los visitantes, pero por razones muy diferentes. Zhengde se extingue el 20 de abril de 1521, como consecuencia de una neumonía. La administración china no tarda en reaccionar: Jiang Bin, el favorito del difunto, cae en desgracia, es arrestado y rápidamente ejecutado junto con sus cuatro hijos. Todos los enviados extranjeros son despedidos. En los *Shilu* [Anales] se lee: “Ese día [...] se acordó entregar recompensas a los bárbaros portadores de tributos de Kumul, Turfán, Fo-lang-ki [país de los portugueses] y otros lugares, y se les ordenó regresar a sus países”.¹¹ Cuando el 27 de mayo el nuevo emperador, Jiajing, entra en la capital, Tomé Pires ya no se encuentra en Pekín, que ha debido abandonar entre el 2 de abril y el 21 de mayo. ¿Qué ocurre? El cambio de reino pone en marcha un cambio político y la hostilidad acumulada contra el ahora difunto emperador se desencadena. Los clanes que se afanan en torno al joven heredero —sólo tiene 13 años de edad— se dedican a purgar el entorno imperial y a borrar las huellas del reino precedente; por ejemplo: cerrando la “casa de los leopardos”, donde a Zhengde le encantaba pasar temporadas, al mismo tiempo que se desembarazan de unos embajadores a quienes, consideran, la corte trataba excesivamente bien; a diferencia de los otros enviados, Tomé Pires es el único que parte sin presente ni título honorífico.

El embajador portugués no sabe lo que le aguarda en Cantón. En la primavera de 1521, en el momento en que Pires reemprende la ruta hacia el sur, una flotilla de galeones portugueses, cargados de pólvora y madera de abeto y capitaneados por Diogo Calvo, penetra en la rada de Tunmen (Tamão), donde parece haber liquidado sus mercaderías sin dificultades. Las represalias tomadas en febrero por el Ministerio de Ritos, entre ellas la prohibición a todo navío extranjero de acostar en las costas chinas, todavía no han llegado a Cantón. A comienzos del verano, los navíos portugueses siguen frecuentando Tunmen. La flota china monta un cerco; unos portugueses que se encuentran en Cantón, entre ellos Vasco Calvo, son arrestados. En junio, Duarte Coelho burla el cerco de Tunmen con un junco fuertemente armado y otra nave fletada por los comerciantes de Malaca. El *haidao* (almirante) de la provincia de Wang Hung decide pasar al ataque, pero la artillería portuguesa rechaza sus fuerzas.

Los combates se han alargado ya durante 40 días cuando se presentan otros dos navíos portugueses, que logran escapar a los chinos y arribar a Tunmen. Allí,

el 7 de septiembre de 1521 se toma la decisión de abandonar el lugar: aprovechando la oscuridad, la flota portuguesa abandona su fondeadero. Temprano por la mañana es alcanzada por los chinos, que emprenden el combate. Los portugueses se salvan de un desastre gracias a una formidable tormenta. Ésa sería su primera Noche Triste. Finalmente, logran llegar a alta mar y huyen de China, como los castellanos huyeron de México el año anterior. A finales de octubre están de regreso en Malaca. Poco después de esa fecha, la embajada de Tomé Pires llega a Cantón; inmediatamente es puesta bajo vigilancia.

Desde el mes de agosto de 1521, los chinos de Cantón temían que los recién llegados fuesen a echar una mano a Pires y a su grupo:

En ese momento, [las autoridades de Guangdong] hicieron un nuevo informe en el que afirmaban que, entre los navíos de alta mar, había unos de los que [los ocupantes] decían ser [habitantes] del reino de los fo-lang-ki que venían a socorrer al embajador [Tomé Pires] con vestimenta y víveres, y [las autoridades] exigieron que aumentásemos los derechos conformemente a los reglamentos sobre las mercaderías extranjeras que esas gentes transportaban.

El asunto fue sometido al ministerio de Ritos, que respondió:

Los fo-lang-ki no son de un reino al que [se permita] venir a la corte y ofrecer tributo. Además, invadieron [... un país] vecino que tenía el reconocimiento [de China]; se mostraron violentos y han infringido las leyes; traen mercaderías para hacer comercio y dan el falso pretexto de que vienen en ayuda [de su embajador]. Además, los sentimientos de los bárbaros son insondables; si permanecen mucho tiempo, se puede sospechar que espían. Es conveniente ordenar a los mandarines encargados de la vigilancia que los expulsen a todos, sin permitirles que penetren en el territorio. En lo sucesivo, cuando se trate de bárbaros de más allá de los mares que vinieren en las fechas previstas a ofrecer el tributo, se aumentarán los derechos conformemente a los reglamentos. En cuanto a los que no se prestaren a las verificaciones o que vinieren con mercaderías fuera de las fechas previstas, se deberá romper con todos ellos.¹²

Pekín recomienda responder al llamado de ayuda del embajador malasio, pero sin enviar flota china alguna: Malaca deberá ser restituida a su soberano, con el concurso de Siam y de los países vecinos.

De regreso en Cantón a finales de septiembre o ya desde finales de agosto de 1521, Tomé Pires descubre, por consiguiente, un clima extremadamente tenso. Por ello, algunas mujeres, cuya huella han seguido las fuentes, alegran el tiempo

muerto que se instala de nuevo. Pires ya no es sino un rehén en manos de los cantoneses; las autoridades chinas han decidido someterlo a un chantaje diplomático: le exigen que negocie la devolución de Malaca a su legítimo soberano; porque los malasios, que habían ido en embajada a Pekín, también habían sido expulsados a Cantón, adonde habían llegado portadores de una carta oficial que debían entregar a Pires, destinada al rey de Portugal, con copia para el gobernador de Malaca. La carta es presentada a Pires en octubre de 1522 y en ella se estipula la restitución de Malaca a su señor legítimo. Las amenazas, el tono y las consideraciones del ministro de Ritos reflejan el desprecio que en lo sucesivo se tiene por los intrusos: “La tierra de los franges [los portugueses] debía de ser una cosa muy pequeña cercana al mar y, desde que el mundo es mundo, jamás había llegado a la tierra de China embajador alguno de ese país”.¹³ Las autoridades chinas no se contentan con dar un portazo: reclaman la destrucción del fortín de la *Ilha de Mercadoria* (Tunmen) y la partida de los portugueses de Malaca; exigen saber exactamente cuántos portugueses se encuentran en Malaca, Cochín y Ceilán; y, para mejor evaluar la capacidad del adversario y arrebatarle toda superioridad técnica y militar, incluso se ordena a los portugueses que construyan “galeras” y fabriquen pólvora y bombardas.¹⁴ Pires rechaza participar en unas negociaciones para las que no recibió órdenes.

EL SEGUNDO DESASTRE PORTUGUÉS

Entretanto, una nueva flota portuguesa —cinco navíos y un junco de Malaca bajo el mando de Alfonso de Melo Coutinho— ha llegado a Tunmen en agosto de 1522; pero se le ha prohibido comerciar y comunicarse con Tomé Pires. En ese mes de agosto, Melo Coutinho intenta tomar por asalto el cuartel general de las fuerzas chinas en Nantou (Nan-t’euou); se libra una batalla decisiva. Los portugueses resisten por un tiempo a las decenas de juncos de combate, pero son aplastados por el número; terminan por retirarse después de 14 días de combate, no sin haber sufrido pesadas pérdidas en hombres y navíos:¹⁵

[El primer año de Jiajing] devastaron finalmente la bahía de Si-ts’ao. El “comandante de las medidas de defensa contra los japoneses” y el *po-hou* [centurión] Wang Ying-ngen dirigieron la ofensiva. Un hombre de Hiang-houa [una guarnición], P’an Ting-keou, fue el primero [al abordaje]; todos lo

siguieron; cogieron vivas a cuarenta y dos personas, entre ellas a Pie-tou-lou y Chou-che-li, [además] cortaron treinta y cinco cabezas, y se apoderaron de dos navíos [de los fo-lang-ki]. Los que quedaban de los bandidos [los portugueses] llevaban aún tres navíos que reemprendieron el combate. [Wang] Ying-ngeu pereció combatiendo. Esos bandidos también fueron derrotados y emprendieron la huida. Las tropas imperiales se apoderaron de sus cañones, a los que dieron el nombre de *fo-lang-ki*. El *fou-che* [comandante de la flota de Guangdong] Wang Hong los hizo enviar a la corte...¹⁶

Según otra fuente china,¹⁷

[...] el *haidao* Wang Hong [quiso] perseguir [a los portugueses] con unas tropas; pero éstos no consintieron en irse y, muy por el contrario, sirviéndose de sus cañones, atacaron y destrozaron a nuestras tropas. Desde ese momento, nuestra gente los miraba de lejos con temor y no osaban acercarse. Alguien sugirió un medio, que fue enviar unos buenos nadadores, los que, entrando al agua, perforaron y hundieron los navíos [portugueses] y los capturaron a todos ellos. Por esa razón, Wang Hong fue recomendado para empleos [más altos].¹⁸

Al parecer, entonces, la flota china habría sufrido uno o varios reveses antes de recurrir a la estratagema mencionada.¹⁹

Del lado portugués, Vieira hace el balance de ese segundo desastre: uno de los cuatro navíos saltó por los aires, otro fue abordado; dos más, los de Diogo de Melo y Pedro Homem, parecen haber sido capturados y una cuarentena de portugueses habría caído en manos del adversario.²⁰ Los heridos fueron ejecutados sumariamente a su llegada a los juncos de los chinos: “Porque sus heridas y sus cadenas los hacían gritar, les cortaron la cabeza en los juncos mismos”.²¹ Las fuentes chinas insisten también en la captura de un extranjero, “fo-lang-ki llamado Pie-tou-lou”, es decir, Pedro Homem, quien en realidad se les escapó, porque encontró la muerte en la batalla naval. Según parece, los vencedores se valieron de una superchería, haciendo desempeñar el papel de embajador a uno de los portugueses para mejor inflar su victoria.²²

Para Vieira y sus compañeros de infortunio, el 14 de agosto de 1522, con la llegada de Melo, la expedición se convierte en una pesadilla. Los miembros de la embajada portuguesa retenidos en Cantón son arrojados en prisión. Los vencidos, expuestos a la venganza de la administración China, los mandarines, los militares y los eunucos, padecen toda clase de pruebas mentales y físicas: “Teníamos los brazos hinchados y las piernas desolladas por lo apretado de las cadenas”. Vieira relata su calvario y hace la cuenta de los desaparecidos; muchos

prisioneros perecen de hambre y frío.²³ Las mujeres que acompañan la expedición son vendidas como esclavas.

En diciembre de 1522, los jueces de Cantón emiten una sentencia inapelable: “Los ladroncillos de mar enviados por el gran ladrón vienen traidoramente a espiar a nuestra tierra”. Los intrusos no son sino ladrones y sus mercaderías nada más que producto del encubrimiento, “botines de bandidos”. En la primavera siguiente, un decreto fija la fecha de ejecución de los prisioneros; el 23 de septiembre se procede a darles muerte. Antes de ser ejecutados a tiros de ballesta, los portugueses desfilan por las calles principales de la ciudad y los barrios de Cantón: “Esas veintitrés personas fueron descuartizadas, a cada una le cortaron la cabeza, los brazos y las piernas, les metieron el sexo en la boca y les cortaron el tronco en dos a la altura del vientre”. La carta de Vieira enumera una a una las víctimas portuguesas, africanas e indias de los chinos, detalla la naturaleza de los castigos administrados, registra el número de los muertos y las crueldades sufridas con tal indignación que casi hace sonreír, si se piensa en la brutalidad con que los ibéricos tenían por costumbre comportarse en terreno conquistado o visitado. La represión se abate también sobre los colaboradores asiáticos y chinos; golpea a la tripulación de los juncos que llevaron a los portugueses a Cantón: “Muchos murieron ahogados o por los golpes y el hambre sufridos en prisión”. A algunos siameses les cortaron la cabeza y empalaron su cuerpo por haber introducido prisioneros portugueses en China.²⁴

Las autoridades chinas contaban con el carácter espectacular de las ejecuciones para impresionar a las multitudes y apartarlas de toda colaboración con los extranjeros:

Para que todos los vean, tanto los de Cantón como los de la comarca, para hacerles comprender que no deben ocuparse de los portugueses y para que el pueblo no hable de los portugueses. [...] Sus cabezas y sus sexos fueron llevados, portados por los portugueses, ante los mandarines de Cantón, mostrados en medio de danzas y festejos, suspendidos en las calles y arrojados después a la basura, y después se convino en que ya no se aceptaría más a los portugueses en esta tierra ni a ningún extranjero.

¿Cómo meter mejor en la cabeza de la población de Cantón y los alrededores que los portugueses son una gentuza sucia, venida de una comarca insignificante? Nada mejor para excitar la xenofobia de la muchedumbre, puesto que, desde el punto de vista de los chinos letrados, todo extranjero es un salvaje

y un “bárbaro” (*fan-ren*).²⁵ Por consiguiente, los portugueses que se arriesgan en la costa son vapuleados y ejecutados por decenas. En 1523 o, quizás, en mayo de 1524, Tomé Pires es probablemente ejecutado también: las fuentes chinas hablan de la ejecución del “archicriminal”²⁶ Huo-chê Ya-san. Todavía hoy en día, la suerte del embajador Tomé Pires sigue rodeada de misterio, ya que, según una tradición, escapó a la ejecución para ser exiliado y morir en una ciudad del interior del Imperio.

En su desgracia, no obstante, los portugueses de Cantón tienen cuidado de hacer la distinción entre los autores de su derrota, los mandarines de Cantón, y las autoridades imperiales: “Gracias a esos bienes y a los de los cinco juncos, los mandarines se enriquecieron mucho; esos ladrones ya no están en Cantón desde hace mucho tiempo, los enviaron a otros gobiernos como es la costumbre, ahora han sido promovidos a grandes del reino”.²⁷ Las víctimas insisten en el carácter local de la maquinación cuando denuncian la escandalosa negación de justicia: “Eso no es justicia, es la justicia de tres mandarines ladrones”;²⁸ es una manera diplomática de reducir al mínimo la afrenta hecha a la Corona de Portugal, de tratar con deferencia a Pekín y, finalmente, de no tomar conciencia de la amplitud y la radicalidad de la reacción china.

En todo caso, el Portugal de Juan III, que ascendió al poder en 1521, pasa la esponja. El nuevo rey abandona las ambiciones universales de su padre y no busca replicar al adversario; prefiere concentrar sus esfuerzos en el este de Malaca y reforzar la presencia de los suyos en las islas Molucas. En 1524 ordena la construcción de una fortaleza en la Sonda para hacer frente a un nuevo peligro: “que los castellanos viniesen a apoderarse de esta tierra, sabiendo que allí había muchísima pimienta”.²⁹

LA REVANCHA DE LOS CASTELLANOS

La aventura cortesiana no concluye con la Noche Triste: a diferencia de los chinos, los mexicas no tienen la satisfacción de desembarazarse de todos sus adversarios. Es cierto que, si bien Cortés escapa al escenario cantonés, lo hace por muy poco, al precio de grandes pérdidas humanas, en la humillación de una Noche Triste en cuyo transcurso los conquistadores se transforman en fugitivos

enloquecidos, helados por la lluvia, cubiertos de lodo y sangre. Así, no todo es tan contrastante entre los acontecimientos de China y los de México. Sería un error oponer la lucidez o la inventiva chinas a la inconciencia o la candidez mexicanas, la firmeza sin falla de los mandarines a las dilaciones de los dirigentes mexicas. Las reacciones chinas y mexicanas son menos divergentes de lo que se podría imaginar; ambas son igualmente complejas y brutales. Frente a la violencia indiana, los cuerpos masacrados, sacrificados y devorados ante la mirada de sus colegas, hacen pareja los cuerpos descuartizados de las prisiones cantonesas. Los españoles estuvieron a dos dedos de desaparecer del escenario de la historia, como la gente de Pires y los soldados de las dos flotas portuguesas, y de hacerse masacrar por los mexicas. Con todo, mexicana o china, la eficacia de la réplica no es la misma, y lo que terminará por recordar la posteridad serán las crueldades de los españoles.

Una vez fuera de México, Cortés, herido, emprende la retirada con unos hombres y unos caballos al borde del agotamiento. Los indios asaltan a esa banda de hombres maltrechos que se imaginan que les “[era] aquél el último de nuestros días”.³⁰ De milagro, los aliados tlaxcaltecas no se vuelven contra los restos de la tropa española para “recuperar la libertad que antes tenían”; por el contrario, esas poblaciones indígenas siguen siendo fieles a su nuevo aliado. Ése es el momento que Cortés elige para lanzarse a la conquista de México —lo que él llama “la pacificación del país”— en lugar de parapetarse en la costa a la espera de un eventual socorro; y así presenta su empresa como “la toma de la muy grande y muy maravillosa ciudad de Temixtitan y de las otras provincias sujetas a ella”.

Si no desea pasar por un traidor que abandona el terreno, Cortés debe castigar una revuelta india que ha estallado “sin razón alguna”. Desde su punto de vista, entonces, la guerra está triplemente justificada: la legítima defensa —“la seguridad de nuestras vidas”—, la recuperación de lo que acaban de perder y el combate contra la barbarie y la idolatría. La introducción de los temas de la propagación de la fe y de la lucha contra la barbarie completa una argumentación que reúne todas las piezas del imperialismo colonial; y, si ello no basta, Cortés añade el tema de la justa venganza y el ajuste de cuentas: los adversarios no son pueblos inocentes que uno invade, sino vasallos rebelados que han traicionado la palabra empeñada. Se comprende ahora la razón de ser y el “maquiavelismo” de

la puesta en escena de la llegada a México: era necesario que Moctezuma hubiese entregado su reino a los extranjeros para que el rompimiento de los lazos pudiese pasar por una “traición”.³¹

La desmesura de Hernán Cortés está siempre presente: ante las decenas de miles de indios en pie de guerra, en Tlaxcala, sólo cuenta con “cuarenta de caballo y quinientos y cincuenta peones”, entre ellos “ochenta ballesteros y escopeteros, y ocho o nueve tiros de campo, con bien poca pólvora”.³² Más que sus armas, sus hombres y sus caballos, es el apoyo de numerosos señoríos indígenas lo que dará a Cortés la ventaja sobre sus adversarios; la “pacificación” de los pueblos del altiplano acostumbra a sus tropas a la guerra indiana y atrae nuevos grupos, incluso algunos que pertenecen al campo enemigo. Así, gracias tanto a la negociación como al éxito de sus armas, Cortés debe volver a poner sitio a la Ciudad de México.

La operación se prepara y madura a lo largo de mucho tiempo; se beneficia de un aliado imprevisto: la epidemia de viruela que estalla después de la expulsión de los españoles de México-Tenochtitlan (en junio de 1520). Sin duda alguna, no es el arma que decidirá la victoria de los extranjeros, porque la enfermedad también golpea a los “amigos” indígenas del conquistador, pero sí contribuirá marcadamente a desconcertar a los mexicas.³³ La construcción de una flota de bergantines se revela como un golpe maestro: proporciona una enorme movilidad a la artillería española; es una baza decisiva, incluso contra los chinos, como lo comprendieron los portugueses del delta del Río de las Perlas.

México-Tenochtitlan cae en agosto de 1521, mientras Tomé Pires, despedido, reemprende la ruta de Cantón. Lo que decide la suerte de esa región del mundo es, antes bien que la superioridad muy relativa de los españoles, la fragmentación política del mundo mesoamericano; a lo que se añade su extraordinaria fragilidad inmunológica frente a las patologías originarias de la parte euroasiática del mundo. Sin imperio acorazado ni armadura bacteriológica, los habitantes de México ya no lograrán desembarazarse nunca de sus visitantes.

La caída de México y el hundimiento de las sociedades indias parecen hoy en día algo completamente obvio, y se olvida que los primeros encuentros habían sido adversos a los españoles. El cronista Díaz del Castillo guarda un recuerdo espantoso de la expedición de 1517: “¡Oh qué cosa tan trabajosa es ir a descubrir tierras nuevas y de la manera que nosotros nos aventuramos! No se puede ponderar sino los que han pasado por estos excesivos trabajos”.³⁴ Hernán Cortés, con su medio millar de hombres y su pequeña veintena de caballos, sin contar un centenar de marineros,³⁵ tiene ante sí las poblaciones indias de México, que comprenden cerca de 20 millones de habitantes. Son menos que los 150 millones de la China de los Ming, pero sigue siendo una cifra gigantesca. En uno de esos cálculos globales cuyo secreto le era conocido, Pierre Chaunu recuerda que la América media valía una China del norte, y la América de las altiplanicies en su totalidad y sus “imperios” andino y mesoamericano, una China entera.³⁶ La desmesura sobre la que ya se insistió en varias ocasiones se ha instalado ya en esa diferencia abisal: caracteriza al conjunto de esta historia, que ofrece uno de los ejemplos más espectaculares y más dramáticos de la colisión de los mundos; y de una colisión que desemboca en una victoria inapelable de los europeos.

De ese choque de civilizaciones, la memoria occidental ha mantenido sobre todo el recuerdo de la brutalidad: muy inferiores en número, los españoles se lanzaron desahogados contra unos indios que no tardarían mucho tiempo para acostumbrarse a combatir a los soldados de a caballo, a respirar el olor de la pólvora y a escuchar el estruendo de los cañones. La leyenda negra recordará las crueldades de los castellanos, al grado de dejar en la sombra el encarnizamiento con el que numerosas sociedades indígenas resistieron a los conquistadores. Exagerará la rapidez de la conquista y eliminará su lento arranque, su bricolaje y sus fracasos. La caída de la Ciudad de México, en agosto de 1521, no anuncia ruidosamente la muerte repentina del mundo prehispánico y el advenimiento del México español. Pasarán generaciones antes de que el país se hispanice y se occidentalice. Los colonizadores no sólo tendrán que hacer frente a toda clase de resistencia y lentitud, sino que la proliferación del mestizaje tendrá resultados imprevistos e imprevisibles que impedirán que las sociedades locales se reduzcan a nada o se conviertan en puras copias de los pueblos de Castilla.

Con todo, no es menos cierto que la toma de la capital mexicana marca el comienzo de un largo proceso de captura del continente americano que anclará

durante siglos esa parte del mundo en el campo ibérico, europeo y, después, occidental. Por esa razón, es un acontecimiento continental; pero hay más. La conquista de México se presenta como una etapa crucial de la mundialización ibérica, porque da comienzo a la integración de las sociedades continentales de América en el seno de un imperio español disperso por los cuatro rincones del mundo. Además prepara la carrera hacia el Asia de la China y de las especias; por esa razón es, asimismo, un acontecimiento de alcance mundial.

Mucho se ha glosado sobre las razones del hundimiento de las sociedades indias: la diplomacia de Hernán Cortés, hábil para sacar ventajas de las divisiones entre el adversario y los suyos, el pragmatismo del conquistador, la superioridad del armamento ibérico y, sobre todo, los primeros estragos de las enfermedades llegadas de Europa. El hierro habría vencido al cobre, antes de que el cristianismo misionero y desestabilizador se dedicara a romper la rutina de las antiguas idolatrías para instalar unas nuevas. Otras tantas razones excelentes que se encontrarán en obra en otras partes del continente americano en los decenios que siguen.

Ante el brillo de la conquista de México, la embajada de Tomé Pires tiene más bien el aspecto de una triste figura o incluso representa un suceso no acontecido; es tan sólo un incidente olvidado de la historiografía mundial, conocido cuando mucho por el estrecho círculo de los historiadores del Asia portuguesa. No sólo la embajada es un fiasco sino que aparece como un episodio sin mañana: no hay una penetración efectiva en China ni conquista ni colonización ni, mucho menos, cristianización; ni nada, sobre todo, que se asemeje a una amarradura al gran navío de la mundialización ibérica. ¿Retendrá Occidente en la memoria únicamente los choques exitosos, como los de las Américas?

¿Cómo explicar destinos tan contrarios, fuera de los contextos que se acaban de mencionar? Las diferencias de hombres e imágenes nacionales vienen inmediatamente a la mente. El factor del rey, Tomé Pires, mercader y gran observador del mundo de los negocios, no es Hernán Cortés, a la vez pendenciero, condotiero afortunado y político fino. Por su parte, los castellanos pasan tradicionalmente por conquistadores natos, mientras que los portugueses se ven como viajeros de comercio. No obstante, muchos rasgos acercan a las dos naciones: el gusto por el descubrimiento y la sed de riquezas, el dominio

indiscutible del mar, la capacidad para superar una inferioridad numérica considerable, la eficacia de su armamento, el apoyo sobre bases de retaguardia (Cuba bien vale Malaca) e incluso la presencia de hombres de guerra excepcionales: Albuquerque, el conquistador de Goa, Malaca y Ormuz, a quien se compara con los grandes capitanes de la Antigüedad, tiene toda la envergadura de un Hernán Cortés.³⁷ Introduzcamos otro punto en común que es aún más sorprendente: el examen de las cartas de Vieira y de Calvo revela que los portugueses también tenían la intención de conquistar y colonizar una parte de China, aquella precisamente donde fueron emboscados.

Los intentos portugueses de acercarse a China fueron pulverizados por las reacciones de los chinos. Para explicar esos destinos tan opuestos, es necesario buscar la diferencia antes bien del lado del adversario y del terreno. Los portugueses quedaron paralizados antes de ser reducidos al silencio y, después, a la nada; nunca lograron dominar la situación que su desembarco provocó, mientras que se tiene la impresión de que las propias contradicciones del mundo mesoamericano fueron lo que catapultó a los conquistadores al frente de la historia americana.

VIII. EL NOMBRE DE LOS OTROS

¿DE DÓNDE provienen los visitantes de China? Su armamento les sugiere a algunos letrados chinos la hipótesis de un origen asiático. Según el *Yue-chan ts'ong-t'an*:

[...] el reino de los fo-lang-ki está al sur del reino de Java. Esos dos reinos emplean armas de fuego cuya forma es parecida, pero las armas de fuego de los fo-lang-ki son grandes, las de Java son pequeñas. Los habitantes del país las emplean con una gran habilidad y con las pequeñas pueden matar un gorrión. Cuando los chinos las emplean, por poco que no desconfíen, se vuelan varios dedos o se cortan una mano o un brazo. Las armas de fuego deben ser largas; si son cortas, no tiran lejos. El alma debe ser redonda y lisa; si está desviada o rugosa, el proyectil no sale derecho. Sólo las gentes de Tongkouan las fabrican del mismo modelo que los extranjeros (*fan-ren*); las que son fabricadas en otros lugares son a menudo [demasiado] cortas e inutilizables.¹

UN OLVIDO MUY EXTRAÑO

Ahora bien, buscar a los fo-lang-ki un origen javanés, ¿no es dar prueba de una amnesia muy singular? Algunos europeos, no solamente Marco Polo, habían visitado China desde el siglo XIII hasta los comienzos del siglo XV. En el siglo XIV una embajada encabezada por el franciscano Giovanni de Marignolli había incluso sido despachada de Avignon por el papa a la corte del Gran Khan de Catay, a donde llegó en mayo o junio de 1342. Los anales chinos conservaban el recuerdo de los grandes caballos llevados como presente del Fou-lang. Cuando el *Yuan che* menciona la embajada de Marignolli, llama “Fou-lang” al país de donde procedían los enviados del papa. A principios del siglo siguiente todavía se hace alusión, en los anales Ming sobre Calicut,² a unos sables de doble filo, llamados *fou-lang*. A pesar de esas pocas huellas escritas, parece que el recuerdo de esos contactos, directos o indirectos, se borró en los albores del siglo XVI. El

Gran Código Ming no dice nada sobre el país de los extranjeros ni sobre una visita anterior; nada aparece tampoco en los informes de las expediciones del almirante Zheng He (1371-1433), que habían alcanzado las costas del África oriental. Las autoridades chinas tenían razones para mostrarse perplejas.

Al proyectar el nombre de su cañón sobre los extranjeros, las autoridades chinas los bautizan como fo-lang-ki, dándoles un nombre cuyo origen árabe y persa ya han olvidado y que los portugueses, familiarizados con el término, transcriben como *franges* o *frangues*.³ La proyección no quiere decir indiferencia. Las fuentes chinas se pierden en conjeturas sobre la localización del misterioso país: el reino de los fo-lang-ki, ¿está situado al suroeste del océano, no lejos de Malaca? ¿Se encuentra, como ya se ha visto, al sur de Java? ¿Será un nuevo nombre del país de Lambri, al noroeste de Sumatra, o del país de P'o-li?⁴ ¿Vendrán los fo-lang-ki de unas islas pobladas por antropófagos? Así, en China, en lugar de reactivar el término *fou-lang*, conforme a la tradición, para traducir *farangi* o *frangi*, se impone *fo-lang*; indudablemente, una transcripción fonética ha hecho que *fou-lang* se deslice a *fo-lang*; lo cual no carece de consecuencias, porque *fo* designa a Buda y *fo-lang* puede entonces comprenderse como “hijos de Buda”. Dado que Buda era originario de la India, esa interpretación convenía a la gente que llegaba del oeste. Los diferentes sentidos dados a *fo-lang* oscurecían o enriquecían aún más las cosas: era posible leer “hijos de Buda”, pero también se podía entender “lobos de Buda”, lo que le quedaba como un guante a un pueblo reputado por su ferocidad en el combate.

Ahora bien, Pekín no ignoraba nada de la presencia portuguesa en el Asia del sudeste ni, sobre todo, de su reciente y brutal establecimiento en Malaca; a lo que se añadía la mirada, presente en todas partes, de la diáspora china, uno de cuyos miembros se había embarcado muy temprano a Lisboa. Los juncos que frecuentaban los puertos de Asia del sudeste y que llegaban hasta los puertos de la India no transportaban únicamente mercaderías: transmitían la información y los rumores que los marinos musulmanes difundían del océano Índico al Asia del sudeste; y los fieles del islam que surcaban esos mares tenían todas las razones del mundo para propagar una imagen negra de sus rivales cristianos y poner en guardia a sus socios chinos, a menudo también islamizados desde hacía muchos siglos.

Para encontrar indicios más sustanciales sobre los fo-lang-ki es necesario recurrir al *Kouang-tong t'ong-tche* de 1535, y al *Hai-yu* de 1537, en la noticia que dedica a Malaca. Más tarde aún, la historia de los Ming se contenta con un resumen histórico:

Los fo-lang-ki están cerca de *Man-la-kia* [Malaca]. Bajo Zhengde, se establecieron en el territorio de Malaca y expulsaron a su rey. En el año decimotercero, enviaron a un embajador *kia-pi-tan-mo*, con otros, a ofrecer como tributo unos productos de su país y pedir un sello de nombramiento. Entonces se conoció su nombre por primera vez [...] Esas gentes se entretuvieron mucho tiempo sin querer irse, saqueando a los viajeros y llegando incluso a apoderarse de niños pequeños para comérselos.⁵

El físico y el garbo de los extranjeros no pasan inadvertidos. Las fuentes chinas describen a los portugueses como gentes “de siete pies de estatura, larga nariz, tez blanca y pico de oropéndola”⁶ o, también, “pico de águila y ojos de gato, barba rizada y cabellos tirando a pelirrojo”. Algunas fuentes coreanas aventuran una comparación con sus vecinos nipones: “Esa gente, cuya fisonomía recuerda la de los japoneses, portan vestidos y comen cosas que no son muy civilizadas”.⁷ Tan vago como puede ser: los portugueses hacen todo por tratar de imponer los términos “Portugal” y “portugués”, ya desde 1534 quizás y, sin duda alguna, en 1565, cuando pretenden llamarse “P’ou-tou-li-kia”; pero de nada sirve:⁸ siguen siendo los fo-lang-ki, cuyo origen no parece apasionar casi a los letrados chinos.

¡CASTILAN! ¡CASTILAN!

La red comercial y diplomática que rodea a China no puede parangonarse con los raros medios de información de que disponen las sociedades de la América media; no obstante, a partir de 1517, es decir, desde el primer choque, a los ibéricos se los llama por su nombre: los mayas de Yucatán reciben a los europeos con gritos de “¡Castilan! ¡Castilan!”, preguntándoles si vienen del lugar por donde se levanta el sol.⁹

De entrada en el juego, los invasores reciben un origen y un nombre; y esta vez se trata del nombre que llevaban: “castellanos”. Dado que los conquistadores se ven llevados a pronunciar esa palabra frecuentemente frente a los indios, se

trata sin lugar a dudas de una de las primeras del español que estos últimos tienen la oportunidad de grabar en su memoria. La atención que prestan a todo impresionará más tarde al cronista franciscano Motolinía: “Esta gente mira y nota mucho las cosas”.¹⁰ *Castellano*, que en náhuatl dará *caxtillan*, servirá sistemáticamente para indicar el origen extranjero de los animales y las cosas introducidos por los españoles: al caballo lo llaman *caxtillan mazatl*, “venado de Castilla”; a la carabela europea, *caxtillan acalli*, “canoa de Castilla”; y lo mismo en el caso del papel, al que llaman *iztac caxtillan amatl*, “papel blanco de Castilla”.¹¹ Lo cual no quiere decir que los indios tengan la menor idea del país del que les hablan: para ellos, “castellano” es tan vago como “franco” para los chinos y los malasio. En el mundo mesoamericano no se pertenece ni a un país ni a un continente, sino a ciudades-Estado, los *altepeme*, como Tlaxcala o México-Tenochtitlan,¹² por lo que “castellano” remite a un lugar hipotético que lleva ese nombre. Ahora bien, esa idea no tiene nada de extraño para los ibéricos, que se incorporan de buena gana a su lugar de origen: así, Cortés es primero un hombre de Medellín; no obstante, el nombre “castellano” también es asociado al este, al oriente, y al levante del sol, lo que podría sugerir un origen sobrehumano. El hecho de que los portugueses pasen, en China, por gente del oeste (= de Buda) y los españoles, en México, por hijos del este expresa, en una síntesis sobrecogedora, la tenaza con que los ibéricos se esfuerzan entonces por tomar el globo.

En la época del descubrimiento de México los europeos circulaban por el mar Caribe desde hacía ya 20 años, por lo que los contactos episódicos entre las costas mexicanas y las de América Central y las Antillas no deben excluirse, como lo prueba la odisea de esa india de Jamaica que los españoles encontrarían en la costa mexicana y que les serviría como intérprete. Sin duda alguna, corrían rumores sobre la presencia de unos visitantes desconocidos en las islas del mar Caribe, sobre sus gigantescas embarcaciones y, probablemente, sobre sus hábitos depredadores. En 1502 Cristóbal Colón había encontrado, frente a las costas de Honduras, una nave tan larga como una galera, cargada de mercaderías y de indios que se cubrían el cuerpo y el rostro “a la manera de los moros de Granada”.¹³ El encuentro asombró al navegante, pero impresionó mucho más a los pasajeros de la barca maya; de ahí la intuición del piloto Alaminos confiada a Hernández de Córdoba, un amigo de De las Casas: “por aquella mar del

poniente, abajo de la dicha isla de Cuba, le daba el corazón que había de haber tierra muy rica”,¹⁴ más aún, unos náufragos españoles que llegaron a las playas de Yucatán, donde habían sido reducidos a la esclavitud, habían tenido muchas ocasiones de informar a sus anfitriones sobre sus compatriotas. En cuanto a los mayas que los habían acogido, tuvieron todo el tiempo para observar con tranquilidad las fuerzas y flaquezas de aquellos a los que no habían sacrificado. Los europeos que habían sobrevivido se habían indianizado en modo más o menos acusado, al grado de que uno de los náufragos españoles prefirió permanecer al lado de los indígenas y poner sus conocimientos al servicio de la lucha en contra de los invasores.¹⁵

Sin embargo, la información no circula únicamente a lo largo de las costas del golfo de México y en la península de Yucatán: es probable que los habitantes de México-Tenochtitlan hayan recibido desde comienzos del siglo XVI noticias del mar del este. Las relaciones políticas y comerciales introducían regularmente al centro del país bienes, seres y noticias provenientes de los señoríos tributarios o de las tierras calientes que dan sobre el golfo de México y el mar Caribe. Los poderosos mercaderes nahuas, los pochtecas, animaban un tráfico de larga distancia que los mantenía en contacto con los pueblos mayas y las costas tropicales; y se sabe que lo aprovechaban para espiar por cuenta de la Triple Alianza y que eran cercanos de los círculos de poder. La celeridad con que Moctezuma es informado de lo que se trama en la costa del Golfo cuando surge la flota de Pánfilo de Narváez dice mucho sobre la eficacia de los servicios de información de la Triple Alianza.

Es la pérdida de las fuentes indígenas y la reescritura india y colonial de la historia lo que mantiene la impresión de que la invasión española cogió totalmente desprevenidas a las sociedades locales: éstas se habrían derrumbado bajo el golpe doble de lo imprevisto y lo imprevisible, lo cual, por supuesto, explica más claramente la inexplicable derrota y quita importancia a los yerros frente a los conquistadores.

En fin, incluso aunque no hubiese habido naufragios cerca de las playas mexicanas, la expedición de Hernán Cortés no estalla como un cañonazo en un bello cielo de verano; tuvo lugar después de dos primeros intentos (1517 y 1518) que dieron a los indios el tiempo y los medios para tomar conciencia de la amenaza que pesaba sobre ellos y, por lo tanto, para prepararse. Cuando los

soldados de Cortés huellan el suelo de México, no surgen ya de la nada; y, por lo general, son recibidos como lo merecen.

¿BÁRBAROS O PIRATAS?

Fo-lang-ki, castilan. Tanto en China como en México, el otro que viene de otra parte, el *extraño o forastero*, es decir, el ibérico, recibe entonces un nombre; pero, además de que siguen siendo extremadamente opacos, estos nombres que definen a un pueblo y a una región son solamente un elemento y una etapa de un proceso de identificación mucho más complejo. Se trata de una identificación que no se desarrolla con la misma urgencia: para los chinos, después de todo, los fo-lang-ki son únicamente unos visitantes mal esbozados entre otros, mientras que los indios de México experimentan la necesidad vital de comprender al agresor que los invade y que muy pronto los aplastará y transformará. Vayamos más lejos: parece ser que las sociedades mesoamericanas siempre han conservado un lugar para el otro, lo que explicaría que les sea mucho más difícil cerrarse y protegerse que al Imperio celeste.

Los portugueses y los españoles encarnan lo desconocido y el misterio, tanto para los chinos como para los mexicanos. Suscitán interrogantes sobre su naturaleza y sobre el sentido de su irrupción; e interpretaciones que dan la impresión de coincidir cada vez que buscan hacer de la irrupción de los extranjeros un suceso anunciado mucho tiempo antes y preñado de todos los peligros. Del lado mexicano, los españoles podrían ser los descendientes de un príncipe exiliado que regresa para recuperar su propiedad. Del lado de los chinos, unas tradiciones cuyo origen se ignora ponen en guardia en contra de una invasión anunciada que podría destruir su país.¹⁶

Otras reacciones recurren al arsenal de creencias y de experiencias de que cada cual dispone. Nadie sabe en China de dónde vienen precisamente los portugueses y nadie se acuerda de los europeos que siglos atrás frecuentaban el imperio de los Yuan, los predecesores de los Ming; y pasarán decenas de años antes de que se levante el velo sobre el misterioso origen de los fo-lang-ki; pero hay otra forma de conocimiento que se adquiere directamente mediante la experiencia y la frecuentación de los intrusos. A los ojos de los chinos, como lo

explican Vieira y Calvo, los portugueses entran en la categoría de extranjeros; por lo tanto, son salvajes (*fan-ren*). Son salvajes, según lo que han comprendido los portugueses, aquellos que no pertenecen a la “tierra de Dios” y, por ende, los “que no conocen ni Dios ni tierra”.¹⁷ Ahora bien, *fan-ren* se aplica también al criminal, al delincuente, al culpable, que viola, infringe, transgrede. Los portugueses son hombres como los chinos, pero de una especie inferior poco recomendable, un poco como podían ser los *barbaroi* con respecto a los griegos, que los acusaban de prácticas bestiales, en especial la de devorar fetos humanos:¹⁸ crueles, feroces, intelectualmente inferiores; toda una serie de calificativos denigrantes rebajan al extranjero y confortan la convicción de la superioridad innata del observador.

Paradójicamente, ante esas maneras de ver, los portugueses tienen la impresión de estar en terreno conocido: tanto los chinos como ellos concuerdan en alimentar la desconfianza más grande respecto a la gente que vive fuera del mundo conocido, ya sea cristiano o chino. Salvo que, en esta ocasión, son los ibéricos los bárbaros, y los otros los que hacen de ellos unos seres de segunda categoría. Esa desagradable situación no es nueva para los portugueses de Asia, que enfrentan sin cesar sociedades comparables a la suya, cuando estas últimas no son, en muchos aspectos, superiores en fuerzas y medios. Los marineros de Lisboa comparten la suerte precaria de los nómadas: en todas partes son unos desconocidos de paso, a los que a menudo se pone en dificultades o en una posición de inferioridad, sobre todo por parte de sus rivales musulmanes.

Por consiguiente, los portugueses son bárbaros, pero bárbaros provistos de algunos dones. Por poco civilizados que sean a los ojos de los chinos, se presentan también como seres que circulan en naves veloces, dotados de una gran potencia de fuego y que, por lo tanto, pueden desplegar una tecnología compleja en materia militar. ¿No tienen remedio? En Cantón se ha instruido a los visitantes sobre las costumbres chinas y el emperador ha juzgado sus desviaciones con indulgencia; pero su imagen se ha degradado a medida que los chinos los han conocido mejor.

Los marineros de Lisboa desembarcan precedidos por una reputación detestable. Las autoridades de Cantón, y después las de Pekín, saben que se apoderaron de Malaca en 1511 y que se comportan como tiranuelos en la costa china; en Pekín, incluso, los portugueses, maleducados y arrogantes, parecen

haberse revelado como insoportables: “Se disputaron por la preeminencia”.¹⁹ El embajador malayo ante la corte de Pekín, Tuan Muhammad, no es tierno en sus acusaciones: “Los ladrones *franges* vinieron a Malaca plenos de energía y con mucha gente, tomaron la tierra, destruyeron y mataron a muchos habitantes, robaron a unos, capturaron a otros y los sobrevivientes se encontraron bajo la férula de los *franges*”.²⁰ Los mandarines exigirán que Malaca sea devuelta a su legítimo señor, recordando que ese reino estaba bajo la protección de China.

Los malasios no fueron los únicos que expresaron sus quejas; los censores de la región de Cantón se quejaron al ministerio de Ritos; y se elevó un concierto de recriminaciones contra los intrusos.²¹ Los extranjeros no pagaban los derechos sobre las mercaderías que desembarcaban en la isla de Tunmen, frente a Cantón; impedían que los habitantes de Siam los pagasen y les cerraban el acceso al comercio; capturaban y secuestraban los juncos de los otros mercaderes; mantenían a mucha gente armada y muchas bombardas. Incluso habían llevado a cabo una ejecución capital acompañada de mucha publicidad. La presencia portuguesa se exhibía escandalosamente: “Tenían una fortaleza de piedra cubierta de tejas, rodeada de artillería y repleta de muchísimas armas”. Percibidos como extranjeros amenazantes, los recién llegados no engañan a nadie. Son espías que vienen a establecerse en las tierras de otros, como lo demuestran los famosos *padrões*, esas piedras verticales que los navegantes de Lisboa erigían a su paso en todas partes. El juicio de las autoridades chinas es inapelable: “Éramos unos ladrones” y unos asesinos. En consecuencia, los *fo-lang-ki* no son únicamente bárbaros sino también piratas y espías,²² a juzgar por las sentencias pronunciadas en su contra en diciembre de 1522. Las ejecuciones y la suerte destinada a Tomé Pires no habrían podido rebajar más a los portugueses; no obstante, la venganza de los chinos iría todavía más lejos.

Con todo, a pesar de las acusaciones, ya fuesen justificadas o no, para los chinos, que buscaban llenarse los bolsillos con nuevos socios comerciales, los “bárbaros extranjeros” eran interlocutores valiosos e inevitables con los que podían entenderse: por un lado, el discurso oficial, los razonamientos de los letrados atascados en su certidumbre, la propaganda xenófoba destinada a hacer efectivo el cierre del país; y por el otro, los intereses muy comprensibles de un gran número de grupos de presión comerciales o de unos habitantes pobres que extraían su medio de vida del comercio con los extranjeros.

UNOS SERES DIVINAMENTE MONSTRUOSOS

Lo mismo ocurre en el caso de México. Los grupos que pensaban tirar de los hilos de la intervención española no debieron de ver con los mismos ojos a los castellanos que los mexicas, que querían deshacerse a todo precio de aquéllos. Es difícil establecer con exactitud cuáles fueron las primeras reacciones indígenas. ¿Quiénes eran los españoles que se habían presentado sobre la costa? ¿Hombres, personas como los indios, *tlacatl*? ¿Personas comunes y corrientes, *macehualli*? ¿Gente de alto linaje, señores, nuevamente *tlacatl*? ¿Fuerzas todopoderosas como podían ser Huitzilopochtli o Ehécatl, y entonces se habría empleado nuevamente el término *tlacatl*?²³ Se prefirió otra palabra, que ponía a los recién llegados a distancia de la humanidad india. Así como los indígenas de las Antillas habían tomado a los navegantes por seres venidos del cielo y antes de que los peruanos los asimilasen a los *viracochas*, los antiguos mexicanos hicieron de sus estorbosos visitantes unas criaturas divinas.

Según las fuentes europeas e indias, los españoles fueron tomados por “dioses”, *teteo*, traducido como *teules* al castellano. Los indios los asimilaron a seres sobrenaturales o procedentes de un lugar sobrenatural y, por lo tanto, a visitantes potencialmente peligrosos y surgidos de un mundo sobre el que los indígenas, en cuanto “habitantes de la superficie de la tierra”, no tenían en principio influencia alguna. Incluso las armas de la magia a que recurren los mexicas se revelan ineficaces. En una sociedad muy atenta a las formas de reverencia, el registro de lo divino regulaba una cuestión que la novedad de la situación dejaba pendiente. *Teotl* —*teteo* en plural— ofrecía una manera elegante de dirigirse a unos seres que no ocupaban lugar alguno en la jerarquía local, puesto que no formaban parte de la sociedad indígena. ¿Cómo hablar a esos seres a los que no se podía tratar como señores “naturales”, si no era considerándolos como *teules*? Lógicamente, los divinos españoles fueron alojados en los santuarios que los indios llamaban *teocalli*, “casa del dios”, o *teopan*, “donde está el dios”.²⁴

Teotl remite a una concepción amerindia de lo divino de la que nuestras palabras “dios” o “divinidad” sólo nos dan una versión muy aproximada. Muy pronto, los españoles se dieron cuenta de que *teotl* podía significar tanto “dios” como “demonio”; esa palabra también servía para designar a las potencias

inquietantes, de un comportamiento imprevisible e incontrolable, y parece haberse aplicado incluso a los seres humanos que supuestamente los encarnaban en la tierra en los ritos y celebraciones. El cronista Bernal Díaz del Castillo relata una anécdota que muestra el grado en que los conquistadores habían aprendido a jugar con ese doble sentido: para impresionar a los indios, Hernán Cortés decide enviar al horrible Heredia, un vasco tuerto y cojo, de rostro repugnante, cubierto de cicatrices y una larga barba, ordenándole hacer unos disparos en los bosques con su mosquete; y el conquistador explica: “Que esto hago porque crean que somos dioses, o de aquel nombre y reputación que nos tienen puesto, y como vos sois mal agestado creerán que sois ídolo”.²⁵ Un *teotl* es también un candidato al sacrificio humano, una víctima “divinizada”, dispuesta y apta para ser consumida. Sin duda alguna, los indios que tenían la fortuna de capturar españoles debían tenerlo presente.

Del lado mexicano, la invasión extranjera se concreta, mientras que, para los chinos, sigue siendo del orden de la fantasía o de la tentativa abortada. Los visitantes se instalan permanentemente; no son gente a la que se expulse o a la que se pueda lograr eliminar físicamente. Así pues, habrá que definir lo que vinieron a buscar esos “dioses” en suelo indio; e incluso llegar a hacer de su irrupción un acontecimiento previsto e inevitable para explicar el encadenamiento de los pasos en falso, los errores de cálculo y las dilaciones que llevaron a la derrota. La actitud y las palabras que Cortés atribuye a Moctezuma en noviembre de 1519 expresan la resignación y la abdicación ante el cumplimiento del destino; una resignación y una abdicación demasiado inmediatas para ser creíbles, pero que ya prefiguran los razonamientos que presentarán como inevitable la caída de México y la ocupación de la Nueva España cuando resulte indispensable conferir un sentido a la invasión y una justificación a la derrota.²⁶

Una vez vencedores y amos del país, los invasores pasan progresivamente de la categoría de *teules* a la de *tecuhtli*, es decir, “señores”, en ocasiones, contra su voluntad, como lo recuerdan los misioneros: “algunos españoles necios se agraviaron, y quejaron, y indignados contra nosotros decían que les quitábamos su nombre [...] y no miraban los pobres de entendimiento que ellos usurpaban el nombre que a sólo Dios pertenece”.²⁷ Hasta entonces se habían sentido encantados con el nombre que les habían dado, que habían hecho suyo y que

habían hispanizado como *teules*. El uso de *teules* se mantuvo durante varios años antes de que la colonización estableciese definitivamente en tierra a los invasores de México.

EL INFIERNO SON LOS OTROS

Los indios del Nuevo Mundo son bárbaros. A ese respecto, los europeos son tan tajantes como los chinos a propósito de los portugueses. Mientras que no se ve a los habitantes de Lisboa usar el término *salvaje* o *bárbaro* para hablar de los chinos, a sus primos españoles no les molesta atribuir esos calificativos a los pueblos indios de América, justificando mediante esas palabras el régimen al que tienen la intención de someterlos.

Desde la Antigüedad, nosotros, es decir, los griegos, los romanos, los cristianos, los europeos y, después, los occidentales, hemos tenido el hábito de llamar “bárbaros” a los otros. La separación de las lenguas y los modos de vida para los griegos, la diferencia religiosa para los cristianos, la inferioridad técnica, militar y cultural para los europeos del Renacimiento y de las Luces y, después, la raza en el siglo XIX han reavivado incansablemente esa distinción. El término *bárbaro* se convierte en un comodín, al grado de que se aplica incluso a los europeos cuando se trata, siguiendo a Maquiavelo, de denunciar la intrusión de extranjeros en el suelo de la patria.

En el transcurso del siglo XVI, siguiendo la estela de la mundialización ibérica, los europeos se encontraron frente a la mayoría de las grandes civilizaciones del planeta y a miríadas de poblaciones que durante mucho tiempo se han calificado como primitivas. En el Nuevo Mundo, españoles y portugueses habían usado y abusado del término *bárbaro* (mientras que ellos mismos se presentaban por lo general como *cristianos*),²⁸ introduciendo distinciones que no eran nada más que ejercicios de estilo, puesto que orientarían las relaciones que los colonizadores mantendrían con los colonizados.

Del lado español, el debate se desarrolló durante toda la primera mitad del siglo XVI e intervinieron en él juristas como Juan López de Palacios Rubios, teólogos como Francisco de Vitoria, humanistas como Ginés de Sepúlveda y la inmensa figura del dominico Bartolomé de las Casas. Los indios de las islas del

mar Caribe, ¿eran esclavos por naturaleza, dado que eran bárbaros? ¿Dónde situar a los indios de México y a los del Perú, cuyas ciudades, comercio, artesanía y cultos mostraban tantos aspectos distintivos de la civilización, pero cuyas prácticas censurables —el sacrificio humano, la antropofagia, incluso la sodomía— los sumían en la barbarie? ¿Eran los indios de América hombres todavía en la infancia cuya educación era necesario perfeccionar?, ¿o eran infrahumanos, homúnculos destinados a trabajar al servicio de la gente civilizada? Además de las situaciones que era necesario solucionar con urgencia, el descubrimiento de América ofrecía amplios materiales para la reflexión, ya se tratase de criticar la noción de bárbaro —considerada injusta o demasiado imprecisa— o de ajustarla y afinarla a partir de las experiencias al otro lado del océano Atlántico. El debate tuvo momentos intensos, como la Junta de Burgos, en 1512, donde se comenzaron a definir los derechos y las obligaciones de los indios, el descubrimiento de las civilizaciones de México en 1517, las enseñanzas del dominico Vitoria en Salamanca entre 1526 y 1539, la controversia entre Las Casas y Sepúlveda en 1550, etcétera.

De todo ello, los chinos están ausentes. Si aparecen en los escritos de Las Casas, lo hacen bajo el nombre con el que se los conocía en la Antigüedad —los Seres— y con base en unos informes que se remontan a ese lejano periodo.

CÓMO DAR NOMBRE A LOS INDÍGENAS

Chinos y mexicanos se esfuerzan por dar un nombre a sus visitantes; y éstos tienen que hacer frente al mismo desafío. Aun cuando el término *bárbaro* no logra la unanimidad, la palabra *indio* se mantiene desde el principio y de una vez por todas. Los españoles tenían necesidad de nombrar a los nativos del Nuevo Mundo y lo hicieron con la convicción de que Asia estaba muy cerca y mucho antes de que tuvieran conciencia de que se encontraban ante un nuevo continente. Por consiguiente, se impuso “indio”, como si las poblaciones descubiertas por Cristóbal Colón hubiesen pertenecido a una de las Indias de los antiguos, si bien los griegos no habían, tampoco, inventado nada. La apelación indio derivaba de un término del persa antiguo, *sindhi*, que designaba al Indus, el río Indo. Del griego, el término pasó al latín.

Mientras que los españoles reciclan un término clásico que bien puede aplicarse también a los ribereños del océano Índico, se enteran por los portugueses de la existencia de los *chinos*. Tanto los portugueses como los ibéricos hablan en general de los *chinos*, antes incluso de haber desembarcado en las costas del Imperio celeste. La obra en español publicada en Salamanca en 1512, *La conquista de las Indias de Persia*, menciona a “los *chinos*, que son habitantes cercanos a Malaca, que calzan botas de cuero y que son blancos como los cristianos. Solamente que no comen con las manos, sino con palillos de madera muy perfumada”.²⁹ Con todo, *chinos* es un nombre que los marineros de Lisboa únicamente transmiten: el término viene también del persa, que parece haberlo tomado prestado al sánscrito; en otras palabras, se sigue designando a los habitantes del Imperio celeste y a los pueblos autóctonos del Nuevo Mundo mediante términos de origen persa, sin darnos cuenta todavía de la función de productor y transmisor que desempeñó esa gran civilización. Por lo demás, ya se ha visto que también transitó por el persa la palabra *francs*, de la que proviene el término *frangi* y, después, la palabra *fo-lang*, que los chinos asociaron a los portugueses.

En consecuencia, el encuentro de los ibéricos, de los indios y de los chinos obligó a todos los interlocutores a darse nombres, a darlos y a recibirlos; pero la operación no se limitó a endilgar estereotipos al adversario, porque era necesario hablar de los otros utilizando términos que fuesen comprensibles localmente y, por lo tanto, familiares para las poblaciones indígenas. Así, los españoles se esforzaron por asimilar una vasta terminología india destinada a tomar en consideración la diversidad de las sociedades locales; una diversidad lingüística, étnica y cultural: los habitantes de México aparecieron inmediatamente con el nombre de colhuas, “indios de Culúa [Colhuacan]”,³⁰ que les daban los pueblos tributarios del altiplano. Cortés se entera rápidamente de que los “naturales de Taxcaltecatl” —los tlaxcaltecas— son los adversarios tradicionales de los mexicas, y así sucesivamente, lo que no impide que los conquistadores cambien el nombre del Anáhuac para hacer de él la “Nueva España”, como lo explica Cortés en su segunda carta de relación, de octubre de 1520.³¹

Dicho de otra manera, el acto de nombrar a los otros se conjuga de varios modos: se puede tomar prestado de un bagaje antiguo fundado en un dualismo reductor —bárbaros/cristianos o bárbaros/han—, recurrir a términos tomados de

la lengua de los interesados —*culúa, castilan*— o incluso inventar una categoría —*teules*, hijos de Buda— y aplicarla a la realidad observada. Se humilla con el lugar común, o bien, se juega a la precisión etnográfica y el respeto del uso del otro. Las tradiciones tienen una vida resistente, ya que seguimos hablando de los “indios” cuando se menciona a las poblaciones indígenas de América, o de los “aztecas” —lo que prácticamente no es mejor— para designar a los mexicas de México-Tenochtitlan. Únicamente la palabra *bárbaro*, corrección política y relativismo cultural obligan, ha sido desterrada de nuestra jerga científica.

Asimismo, el uso validó las palabras *China* y *chinos*, de origen persa, mientras que, ya en el lugar, los portugueses aprendieron rápidamente que la China se llama “reino de Dō”, es decir, de *Than* (“lo ilimitado”), nombre que los japoneses le daban.³² A lo largo de todo el siglo XVI, portugueses y españoles discutirán la manera como convendría llamar a los habitantes del Imperio celeste. Así como ocurre con “indios”, se impondrá “chinos”; únicamente la expresión “Indias Occidentales” —las de los españoles— caerá en desuso, salvo para designar, en inglés, las islas del mar Caribe: *West Indies*.

CÓMO DAR NOMBRE A LOS INTRUSOS

Identificar no consiste únicamente en asignar un origen geográfico y una naturaleza a los recién llegados, también consiste en designar a unos individuos. Consiste en dar nombres y títulos a los rostros, utilizando escalas que varían con las civilizaciones y los países. Las diversas fuentes chinas —el *Shilu* de los Ming,³³ entre ellas— hablan del *kia-pi-tan-mo* que se encuentra a la cabeza de la misión portuguesa; le otorgan a Tomé Pires el título que tenía Peres de Andrade (*capitão mor*)³⁴ y hacen de él el nombre del personaje, una práctica común en el Asia del sudeste. El término *capitán*, en su versión italiana, castellana o portuguesa, ha pasado por varias lenguas de la India y de Insulindia, antes de pasar por el chino y llegar al japonés. ¿Hay que asombrarse de que los nahuas se comporten de la misma manera? Cuando mencionan a Hernán Cortés lo llaman también *capitán*; y el término se encuentra tanto en la boca de los informantes de Sahagún como en la de los autores de los *Cantares*, los cantos indígenas de la época colonial.³⁵

Los nombres no siempre son estables. Las fuentes chinas revelan cambios que demuestran que las intenciones y la identidad de los portugueses planteaban un problema. Así, Tomé Pires, bautizado como *kia-pi-tan-mo*, pudo convertirse en *Huo-chê Ya-san* —según parece, con ese nombre fue presentado al emperador en Nanking—,³⁶ sin que se comprendan bien las razones de esa transformación. ¿Quiso el portugués por iniciativa propia tomar un nombre con consonancias musulmanas —como Khôjja Hassan— que sonara más familiar a los oídos chinos? Por su parte, los indios no dudan en indianizar los nombres de los españoles: uno de los hombres de Hernán Cortés, Rodrigo de Castañeda, se convierte en *Xicoténcatl*;³⁷ Pedro de Alvarado, en *Tonatiuh*, el sol, debido a su abundante cabellera rubia; pero, proeza obliga, los combatientes castellanos reciben títulos prestigiosos.

En Cantón, arrojados en prisión, los portugueses pierden desde sus nombres hasta sus títulos: Tomé Pires, tratado primero como “gran capitán embajador”, es rebajado a la condición de *kia-pi-tan-mo*,³⁸ *capitão mor*, cuando la embajada deja de ser considerada como tal y los enviados pierden el rango que les había sido concedido. Por razones de inercia burocrática, Christovão Vieira recibe el nombre del notario al que reemplaza, Tristão da Pinha: “Como eso es lo que ya está escrito en los libros de los mandarines, así me llaman”. No es fácil transcribir al chino los nombres portugueses. Vasco Calvo se convierte en *Cellamen*: “Todos tenían nombres que no les correspondían porque no se podía escribirlos y los chinos no tienen letras que se escriban, pues sus letras son letras del diablo”.³⁹ Los españoles no salen mejor librados con los nombres indígenas; lo que cambia es que, en Cantón, los que tienen la pluma del vencedor son los chinos, mientras que, en el Nuevo Mundo, son los castellanos.

INDIOS CANÍBALES Y PORTUGUESES ANTROPÓFAGOS

Desde el punto de vista de los chinos, los portugueses sólo son unos “salteadores de la mar”. Los rumores los acusan de canibalismo perpetrado contra niños pequeños; esos rumores difunden imágenes aterradoras que parecen desproporcionadas con respecto a la conmoción que provoca la irrupción de unos seres “incivilizados” y, por lo tanto, extraños a las costumbres chinas.⁴⁰

Obsérvese que aunque esas denuncias no provienen explícitamente de las autoridades chinas, parecen ser utilizadas por éstas para mantener a la población alejada de esos inquietantes visitantes. Así, los portugueses se robarían niños para devorarlos tostados: “Se los comían asados”.⁴¹

Las fuentes portuguesas registran la terrible acusación, pero la atenúan maquillándola, porque el copista ha tenido la idea de sustituir la palabra *niño* por la palabra *perro*. Los textos chinos son más prolijos: los intrusos parecen tener la costumbre de cocer a los niños al vapor en recipientes metálicos antes de desollarlos vivos y hervirlos a fuego lento.⁴² En sus *Décadas da Asia*, João de Barros se hace eco de ese rumor e incluso busca explicarlo: “Para las gentes que nunca habían oído hablar de que nosotros éramos el terror y el temor de todo el Oriente, era fácil creer esas cosas y nosotros, nosotros creemos lo mismo de ellos y de otras naciones lejanas de las que no sabemos casi nada”.⁴³

Cuando se menciona el canibalismo del siglo XVI, lo que viene a la mente es invariablemente el Nuevo Mundo, transmitido por Montaigne y por muchos otros textos que han descrito o se han preguntado sobre las prácticas de antropofagia.⁴⁴ La acusación de canibalismo ocupa un lugar de capital importancia en la imagen exótica que los europeos se hacen de las nuevas poblaciones, en las justificaciones de la conquista y, de rebote, en la crítica en espejo de la sociedad europea. Atacados, despreciados o defendidos —escúchese a Montaigne: “Creo que es más bárbaro comerse un hombre vivo que comérselo muerto”—,⁴⁵ los indios siguen siendo el objeto eterno de las especulaciones europeas, figuras lejanas de un discurso a las que se hará decir lo que se quiera. Por cualquier extremo que se los tome, esos indios no ponen ni un instante en tela de juicio la posición de los que los miran.

Con China, todo se invierte. En su caso, no son ya unas comunidades aisladas en el espacio o el tiempo las que son el blanco de la acusación, sino los propios europeos.⁴⁶ Así como pasan por ser bárbaros, los portugueses aparecen como aficionados a la carne fresca. ¿Se dan los chinos el maligno placer de tornar contra el enviado los prejuicios con que desembarca?⁴⁷ En ese caso, no obstante, no existe ninguna circunstancia atenuante: ni la religión ni los rituales ni la ética guerrera pueden justificar el comportamiento de los europeos; y, que se sepa, tampoco hay una voz del lado chino que rechace esas necesidades.

INVISIBILIDAD PORTUGUESA Y EXHIBICIONISMO CASTELLANO

Esos prejuicios y esos rumores confirman que el origen de los fo-lang-ki seguirá siendo durante mucho tiempo un tema nebuloso para los chinos. Nadie sabe dónde se encuentra la tierra de la que partieron, ningún autor antiguo habla de ella; la historia de su llegada no es más clara.

Un texto asombroso, cuyos hilos ha desenmarañado pacientemente Paul Pelliot, mezcla varios relatos de embajadas enviadas a Pekín que, todas, parecen haber terminado mal. Ese escrito hace del enviado Houo-Tchö Ya-san (Khôjja Asan) un chino al servicio de los portugueses o el embajador portugués mismo. ¡Como si la memoria china confundiese a placer los hombres y los hechos, suponiendo que haya valido la pena entretenerse seriamente con ese suceso! Apuesto a que no era fácil identificar a los recién llegados: los portugueses vivían rodeados de asiáticos de orígenes diversos, tenían mujeres asiáticas, se hacían pasar a menudo por mercaderes de esa parte del mundo, sobre todo de Siam, y eran tratados en cuanto tales, ¡cuando no se los tomaba por chinos! Esa discreción facilitaba la comunicación; parece haber convenido a todo el mundo, evitando plantear preguntas a las que era complicado responder y que finalmente casi no tenían importancia en un mundo en el que se privilegiaba el movimiento de los negocios y el dinero. La mundialización no tiene nada que ver con la precisión etnográfica.

En México, en cambio, los invasores no cesan de explicar quiénes son y quién los envía, de espetar su diferencia y, sobre todo, de imponerse a la atención de sus interlocutores. Los portugueses vencidos aprenderán muy pronto a fundirse en el paisaje de las orillas del mar —bahías discretas, costas tranquilas y boscosas, radas efímeras, etcétera—, mientras que sus primos se dedican a reconstruir México a su imagen, la imagen de lo que sueñan para la Nueva España.

IX. UNA HISTORIA DE CAÑONES

Los *fo-lang-ki*, ¿quién los hizo? [...]
Su trueno asusta a cien *li*,
y el coraje de los bandidos los abandona [...]
Los *fo-lang-ki*, ¿quién los hizo?
WANG YANGMING*

EN 1519, el mismo año en que Hernán Cortés desembarca en México, el filósofo chino Wang Yangming compone esa elegía a la atención del señor Lin Kien-Sou. En la actualidad considerado como una figura capital de la historia del confucianismo, su pensamiento domina el escenario intelectual de la China del siglo XVI, sobre todo por su *Daxue wen* [Cuestionario sobre el gran estudio]; pero sus reflexiones sobre la “conciencia moral innata” o sus proposiciones sobre la unidad del principio y el espíritu no le han impedido seguir una carrera política ni servir al Imperio, luchando contra las bandas armadas. Ese pensador ha podido escribir: “El gran hombre es el que considera al mundo como una sola familia y al país como una sola persona [...] todos los hombres del mundo son sus hermanos. [...] Ser un cuerpo con los diez mil seres [...]”.¹ Es también un hombre de acción que lleva a cabo campañas de represión en nombre del emperador y, con ocasión de una de ellas, rinde un breve homenaje a los misteriosos *fo-lang-ki*, singularmente eficaces contra los bandidos y los amotinados, en una elegía privada intitulada *Écrit en souvenir des fo-lang-ki* [Nota en recuerdo de los *fólangji*].² El sabio, que había sido encargado de aplastar el levantamiento del príncipe Tchou Tch'en-hao, había solicitado la ayuda del señor Lin Kien-Sou: “Era la sexta luna y el calor era maligno; mucha gente moría de insolación sobre el camino. El señor envió a dos servidores portadores de provisiones que, por atajos, desafiando el calor, caminaron día y noche durante más de tres mil *li* para entregármelas”. Después de su éxito, agradeció al señor Lin el haber tenido la idea de hacer fabricar unos cañones del

tipo *fo-lang-ki* y de enviarle con los víveres provisiones de pólvora para cañón a fin de ayudarlo en esa difícil campaña.

LA ARTILLERÍA DE LOS INVASORES

Mal se puede imaginar a los vencidos de Tenochtitlan entonando semejante estribillo. El aplastamiento de los mexicas y sus aliados se asocia por lo común con la potencia de fuego de los castellanos. En las dos orillas del océano Pacífico, en condiciones muy diferentes, el arma fatal de los ibéricos, el cañón, se impuso por su energía devastadora. Los chinos lo llamaron el “cañón de los francos” (*fo-lang-ki*) y los indios nahuas la “trompeta de fuego” (*tlequiquiztli*), mientras que a nuestro arcabuz lo llamaron *xiuhalcapoz*, el “*alcapoz* de fuego”, transcripción fonética del término castellano arcabuz. En náhuatl, *tlequiquiço* se usó para designar todo lo que podía servir para arrojar proyectiles: arcabuces, bombardas y cañones.³ Aun cuando el difícil manejo de esas armas, sumado a la falta de pólvora y municiones, limitaba singularmente su eficacia en el campo de batalla, es evidente que contribuyeron a incrementar la fuerza de choque de los europeos.

Es más sorprendente observar que los chinos temen tanto como los indios los cañones ibéricos, a pesar de que ellos son los inventores de la pólvora y la artillería. Es necesario recordar las batallas navales entre chinos y portugueses y el poder de asalto de los navíos ibéricos armados de cañones ligeros. Los portugueses “no saben batirse en tierra; son como unos peces: en cuanto los sacan del agua o del mar, mueren inmediatamente”;⁴ pero, montados en sus navíos, se muestran temibles. Según afirma un censor imperial

[...] los *fo-lang-ki* son gente muy cruel y astuta. Tienen armas superiores a las de los otros extranjeros. Hace algunos años, hicieron irrupción en la ciudad de Cantón y el ruido de su cañón hizo estremecer la tierra. [...] Si ahora les permitimos ir y venir y hacer su comercio, es inevitable que todo termine en combates y derramamiento de sangre. Las desdichas de nuestro Sur ya no tendrán fin entonces.⁵

En realidad, la facilidad de manejo y la movilidad añadidas a su potencia de fuego se revelaron tan devastadoras en el delta del Río de las Perlas como en la laguna de México.

LA PIRATERÍA CHINA

¿Qué hacer frente a los cañones de los ibéricos? Nuestro informante portugués, Christovão Vieira,⁶ explica que, conscientes de la superioridad de las armas portuguesas, los chinos se las arreglaron para obtener su secreto. ¿Aprovecharon las defecciones del campo del adversario? Eso es lo que sugiere la anécdota que relata. En 1521, viendo que las cosas comienzan a ir mal, Pedro, un cristiano chino que viajaba con su mujer en el navío de Diogo Calvo, se hizo a la mar y regresó al lugar “del que era originario”. Allí se ocultó hasta el momento en que obtuvo un salvoconducto de los mandarines a cambio de información sobre las fuerzas portuguesas en Cochín y Malaca y de la promesa de fabricar pólvora, bombardas y galeras. Las dos galeras que hizo construir no lograron satisfacer a los mandarines, a quienes les parecía que utilizaban demasiada madera; prefirieron entonces enviar a Pedro a Pekín, para que ejerciera allí su talento de pirotécnico y, en recompensa, recibió una pensión alimenticia. Según parece, le habrían contado a Vieira que fabricaba cañones en la lejana capital del norte.

Las fuentes chinas dicen más al respecto, pero se alejan de la versión portuguesa.⁷ Hablan también de un chino, Ho Jou, que habría sido distinguido por el emperador, pero Ho Jou tiene un papel diferente y es enviado a Nanking, no a Pekín, como Pedro de Vieira:

Tuvo allí un asistente de la estación [de vigilancia] (*siun-kien*) de Paicha, de la subprefectura de Tongkouan, Ho Jou, que se había embarcado en los navíos de los fo-lang-ki con la misión de cobrar los derechos. Allí había visto a unos chinos, Yang San, Tal Ming y otros, que habían habitado largo tiempo en ese país y conocían a fondo los métodos para construir navíos, fundir cañones y fabricar pólvora. [Wang] Hong le encargó a Ho Jou que enviara en secreto a esos [navíos], con el pretexto de vender vino y arroz, a unos hombres que negociaran en secreto con Yang San y otros y les recomendaran que volvieran a la civilización,⁸ con la promesa de una cuantiosa recompensa. Estos últimos aceptaron finalmente con gusto y se decidió que, esa misma noche, Ho Jou enviaría secretamente una embarcación que los recogería y los llevaría a tierra, y que él vería cuidadosamente [que se dijese] la verdad de las cosas [en cuanto al talento técnico de Yang San y de los otros]; finalmente, les ordenó fabricarlos [los cañones] de conformidad con los modelos.

Por la continuación, se sabe que en 1522, gracias a esos cañones, Wang Hong acabó con los portugueses; y que, en esa ocasión, “se apoderó de más de veinte cañones [portugueses], grandes y pequeños”. Wang Hong estaba

convencido de la eficacia de la artillería ibérica, que fue lo que explicó más tarde, cuando fue nombrado primer ministro:

Si los fo-lang-ki son de una violencia extremadamente peligrosa, ello se debe únicamente tanto a sus cañones como a sus navíos. En lo que respecta a la potencia destructiva de los cañones, ningún arma ha sido superior a ellos desde la antigüedad. Si se los emplea para repeler a los bárbaros [del norte, es decir, los mongoles], la protección de las murallas será extremadamente fácil. Solicito que se envíe un modelo a cada frontera para que [allá] los fabriquen a fin de repeler a los bárbaros. El emperador aprobó este [informe]; y, hasta ahora, se sirven mucho de éstos [cañones] en las fronteras.

Aun cuando no hay duda de que los chinos aprovecharon los enfrentamientos con los intrusos para piratear los procedimientos portugueses, la llegada de los cañones *fo-lang-ki* al Imperio debió de ser probablemente anterior a la presencia de los portugueses. Ya en 1519, como se ha visto, se encuentra la huella de la máquina destructora de los *fo-lang* en la pluma de Wang Yangming; así pues, si en esa fecha ya se conocían en Fujian los cañones *fo-lang-ki* y si ya se sabía fabricarlos, ello quiere decir que los habitantes de la región habían tenido el tiempo de familiarizarse con la nueva arma. Eso lo confirma una información que se remonta a 1510: al parecer, en ese año se habrían utilizado más de un centenar de cañones *fo-lang-ki* contra los bandidos de la provincia, lo cual quiere decir que los cañones extranjeros no esperaron a que los portugueses desembarcaran en China. Así, los chinos habrían comenzado por conocer las máquinas (*ki*), las habrían llamado “máquinas de los fo-lang” (*fo-lang-ki*) y, algunos años más tarde, les habrían dado ese mismo nombre de *fo-lang-ki* a los intrusos, conservando la partícula final, *ki*, y, por lo tanto, identificando a los habitantes lisboetas con el arma de la que eran portadores.

¿Cómo explicar entonces que los cañones portugueses hayan llegado solos a China? La circulación de las palabras puede ofrecer algunas pistas. Se sabe que, hacia 1500, Babur, el fundador de la dinastía de los Grandes Mogoles, llamaba *farangi* a las armas portuguesas. Esa palabra de origen turco debió de pasar posteriormente al télugu y, después, al malayo. De ahí la hipótesis de que unos intermediarios malasios hayan introducido los primeros cañones en China, incluso antes de la toma de Malaca (en 1511).

UN CAÑÓN PARA EL INFRAMUNDO

¿Cómo reaccionaron los mexicanos a los disparos de los cañones y los arcabuces? El ruido ensordecedor, el olor de la pólvora y la destrucción generalizada dejaron una huella tan duradera que los indios de la Nueva España ya no podían evocar los acontecimientos de la conquista sin hacer alusión a las armas de los invasores. El relato ilustrado que dejaron los informantes del franciscano Bernardino de Sahagún a mediados del siglo XVI contiene una gran cantidad de imágenes en las que se reconocen los cañones y los arcabuces, descansando o en acción.⁹ Otros códices de la época colonial insisten en su presencia. También se encontraba su recuerdo en las plazas, con ocasión de las grandes fiestas, cuando los indios bailaban y cantaban las proezas de los combatientes durante la invasión española. Sus cantos, o cantares, describían el sitio de México¹⁰ mediante una especie de conjuro alucinatorio; y el recuerdo de las armas de fuego tenía su lugar en esa efímera resurrección del pasado: “El trueno, siempre el trueno, estalla al surgir del arcabuz de turquesa y el humo forma volutas”.¹¹

Los *Cantares mexicanos* conservan también el recuerdo de unos episodios en los que los mexicas de 1521 ya no aparecen como carne de cañón, sino como valientes capaces de dar vuelta a la situación. Eso es lo que pone en escena uno de los cantares, intitulado *Pieza tlaxcalteca*, en el que se reproducen los combates que tuvieron lugar durante el sitio de México: al son de los tambores que precipitan su cadencia, los guerreros mexicas se ponen a danzar para enfrentar a sus enemigos tradicionales venidos de Tlaxcala y Huejotzingo, entonces aliados de los españoles. Ante los rostros boquiabiertos de la muchedumbre colonial, india, española y mestiza, reaparecen los grandes señores; entonces surge el gran capitán mexica Motelchiuh, “el Águila que es nuestra muralla, el ocelote que es nuestra muralla”, y su aparición anuncia la reanudación de la ofensiva y el retroceso (temporal) de los españoles: “Y, cuando capturaron la artillería de los conquistadores, Conejo grita: ‘¡Que comience la danza! ¡Eh, eh, habitantes de Tlaxcala! ¡Eh, eh, habitantes de Huejotzingo!’ ”¹² Para Motelchiuh y los suyos, que lograron desarmar e incluso destruir a los “conquistadores” (*tepehuanime*), ha llegado la hora de los señores y el tiempo de

las danzas de acción de gracias, en la furia de los combates que encarna Conejo, el dios de todas las embriagueces.

Un breve respiro, porque pronto la continuación del cantar describe la llegada de los castellanos en sus bergantines, que rodean a los tenochcas y los tlatelolcas, y, después, la captura de Cuauhtémoc y la huida enloquecida de los príncipes sobre el lago bajo el estruendo de las armas de fuego. A mediados del siglo XVI, a miles de leguas de China, en el corazón de la Ciudad de México, joven capital colonial de la Nueva España, unos nobles indígenas danzan, vestidos con sus más bellas plumas, y unas voces corean acompasadamente al ritmo de los tambores:

El trueno, siempre el trueno,
estalla al surgir del arcabuz de turquesa
y el humo forma volutas [...].
Y los príncipes huyen sobre las aguas.
Los tenochcas están rodeados
lo mismo que los tlatelolcas.¹³

La alusión de ese cantar a la toma de los cañones se aclara con la lectura del libro XII del *Códice Florentino*.¹⁴ Redactado en náhuatl más de 30 años después de los acontecimientos, ese relato constituye uno de los testimonios indígenas más ricos de que se dispone sobre la conquista y la toma de México-Tenochtitlan, porque fue recolectado entre algunos de los sobrevivientes que se batieron contra los españoles.

La crónica sobre los daños causados por la artillería española es inagotable;¹⁵ describe la devastación de los cañones españoles instalados en los bergantines que recorren la laguna: aprovechando su extraordinaria movilidad, los artilleros se esfuerzan por elegir sus blancos y demolerlos, provocando incendios que terminan por aniquilar barrios enteros. Con todo, los sitiados no se dejan desalentar: rápidamente aprenden a escapar a las balas de los arcabuces y los cañones; muy pronto, se las ingenian para inventar contraataques: “Visto esto los mexicanos comenzaron a apartarse y a guardarse de la artillería, yendo culebreando y también cuando veían algún tiro que soltaban agazapábanse en las canoas”. El texto en náhuatl es más rico en imágenes que la traducción al español del franciscano Sahagún: “Y cuando veían que iba a dispararse un

cañón, se echaban por tierra, se tendían, se apretaban a la tierra”.¹⁶ Otra táctica consiste en obligar a los prisioneros españoles a disparar contra los suyos, pero la maniobra no siempre surte efectos: cuando un balletero se rehúsa a prestarse al juego y dispara al aire, los indios reaccionan descuartizándolo “con una gran crueldad”.¹⁷ El episodio dice menos sobre la cólera de los indígenas que sobre su incapacidad para manejar las armas de los castellanos.

En ello reside precisamente la inferioridad de los indios. Los informantes de Sahagún relatan con detalle una de las arremetidas de los castellanos:

Llevaban consigo los cañones grandes. Los colocaron en la Puerta del Águila [...] Cuando hubieron disparado los cañones, se oscureció mucho como de noche, se difundió el humo. Y los que estaban recatados tras de las columnas huyeron: hubo desbandada general. Y los que estaban en la azotea se echaron abajo: todos huyeron lejos. Luego llevaron los españoles el cañón hacia el patio del templo de Uitzilopochtli, donde había una gran piedra redonda como la muela de un molino.

Entonces, los españoles tuvieron que retroceder ante la llegada de refuerzos mexicas transportados en acales: “vinieron los indios diestros que andaban en las canoas, y saltaron en tierra y comenzaron a llamar a otra gente para impedir la entrada a los españoles”. En ese momento preciso, unos nativos se apoderaron de un cañón español: “Y, de allí, se lo llevaron y lo arrojaron a un agua profunda llamada Tetamaçulco, cerca del cerro de Tepetzinco, donde están los baños”. La versión en náhuatl insiste en el furor de los indios que arrastraron el cañón desde la piedra de los sacrificios.¹⁸

¿Cómo interpretar el gesto de los indios? *Tamazolin* (*tamasolin*) significa “sapo” en náhuatl y *Tetamazolco* puede interpretarse entonces como el “Sapo de piedra”. Ese toponímico parece designar una orilla del lago de Tetzaco, donde amarraban las barcas que los sacerdotes llevaban hacia el remolino de Pantitlán. Con ocasión de la fiesta de Etzalqualiztli, en honor de los dioses de la lluvia o *tlaloque*, los sacerdotes visitaban los parajes de Pantitlán, donde arrojaban ofrendas de corazones humanos: “Entonces, el agua se agitaba, hacía olas y espuma”. De regreso en Tetamazolco, los sacerdotes tomaban un baño ritual. Con todo, se sabe más sobre ese lugar sagrado:¹⁹ durante la celebración de la diosa Xilonen (Chicomecóatl), se tenía la costumbre de sacrificar a una mujer que portaba los ornamentos de la diosa: “decían que era su imagen”. Antes de sacrificarla, la llevaban a ofrecer incienso a las “Cuatro Direcciones”. Ahora

bien, Tetamazolco era precisamente uno de esos cuatro puntos, “estos cuatro lugares donde ofrendaban, era en reverencia de los cuatro caracteres de la cuenta de los años”: ácatl, caña; técpatl, sílex; calli, casa, y tochtli, conejo. Tetamazolco correspondía a la dirección del este, a ácatl, al color rojo y al masculino; y ¿cómo no asociar el origen oriental del cañón a la dirección marcada por Tetamazolco, el este rojo?

¿Qué tenían de extraordinario esos lugares? Materializaban los cuatro puntos de pasaje entre el mundo humano y el divino. Por ellos pasaban los cuatro pilares del cielo o los cuatro árboles sagrados, o también los cuatro *tlaloque* que enviaban las lluvias “desde los confines de la tierra”. Eran los caminos que emprendían los dioses y sus fuerzas para llegar a la superficie de la tierra: las influencias divinas irradiaban a partir de esos árboles, así como el fuego del destino y el tiempo: “Comunicaban así estas vías el lugar de la turquesa (cielo) con el de la obsidiana (el inframundo) para producir el centro, en el lugar de la piedra verde preciosa (la superficie de la Tierra), el tiempo, el cambio, la guerra de las dos corrientes”.²⁰ De este modo, los sacerdotes mexicas se apresuraron a enviar el cañón español al otro mundo. Lejos de intentar copiarlo o, si se prefiere, “piratearlo”, los indios se desembarazan de él, orientándolo hacia otras moradas donde puede ser una ofrenda de calidad y dejará definitivamente de perjudicar a los defensores de México-Tenochtitlan.

UNA TECNOLOGÍA DEL PASADO

¿Es necesario entonar el estribillo de la invencible superioridad técnica de los europeos sobre unos amerindios todavía en la edad neolítica? Los testimonios indígenas no dejan de recordar otro episodio del sitio de México-Tenochtitlan: la historia del tropiezo:

En este tiempo colocaron los españoles en el templete una catapulta hecha de madera, para arrojar piedras a los indios. Como ya la habían acabado, cuando estaba para tirar, se rodearon muchos de ella, la señalaban con el dedo, la admiraban unos con otros los indios que estaban reunidos en *Amáxac*. Todos los del pueblo bajo estaban allí mirando. Los españoles manejan para tirar contra de ellos. Van a lanzarles un tiro como si fuera una honda. En seguida le dan vueltas, dan vueltas en espiral [...] Pero no cayó sobre de los naturales, sino que pasó a caer tras ellos en un rincón del mercado. Por esto se

pelearon unos con otros, según pareció, los españoles. Señalaban con las manos hacia los indios y hacían gran alboroto.

El testimonio nahua restituye lo que los indios veían:

Pero el artificio aquel de madera (*quauhmatlatl*) daba vueltas y vueltas, sin tener dirección fija, sólo con gran lentitud iba enderezando su tiro. Luego se dejó ver qué era: en su punta había una honda; la cuerda era muy gruesa (*tomauac inmecatl*). Y por tener esa cuerda se le dio el nombre de “honda de palo” (*quauhmatlatl*).²¹

El fracaso del trabuco —la catapulta— montado por los españoles contra los tlatelolcas corrige la impresión de impotencia y pánico que daban los indios frente a las armas de los españoles. Los informantes de Sahagún muestran igualmente que el temor no era un privilegio de los indios, que también sabían atemorizar al adversario. Si el *cihuacóatl* (consejero) Tlacotzin exhorta a los suyos a emplear la insignia de Huitzilopochtli, una lanza larga con una punta de obsidiana, es porque en ella se encuentra la “voluntad de Huitzilopochtli” para aterrorizar a los españoles: es la “Serpiente de fuego”, el “Perforador de fuego”, etc.²² Y he aquí que se lanza al ataque el “Búho de quetzal”: “Las plumas de quetzal parecían irse abriendo. Pues cuando lo vieron nuestros enemigos, fue como si se derrumbara un cerro. Mucho se espantaron todos los españoles: los llenó de pavor: como si sobre la insignia vieran alguna otra cosa”. Con todo, ello no impediría que la ciudad cayera en manos de los españoles y sus aliados.

Con la conquista, los indios saltan bruscamente de la edad de la obsidiana y el cobre a la del hierro y el acero. La distancia es patente, pero pronto la recorrerán: con una rapidez notable, superan la desventaja que fue causa en parte de la derrota. Los españoles introducen las artes de la forja en las ciudades y el campo, el hierro destrona al cobre local y los artesanos indígenas se inician en el manejo del yunque, el martillo y el fuelle. Al hierro lo llaman *tliltic tepoztli*, “cobre negro”, mientras que el acero recibe el nombre de *tlaquahuac tliltic tepoztli*, “cobre negro y duro”;²³ una retahíla de palabras para nombrar las nuevas herramientas y objetos que invaden la cotidianidad: hachas, sierras, clavos, tijeras, alambres, cadenas, yunques, martillos y muchos otros; todos contruidos a partir de la raíz *tepoztl*, el cobre, durante mucho tiempo el metal por excelencia para los indios.

LAS PALABRAS PARA EXPRESARLO

Se podría esperar que los indios hubiesen procedido de la misma manera para dar nombre a las armas de los vencedores, puesto que éstas debían en parte su aterradora eficacia a los nuevos metales. No fue así. Los indios inventaron un gran número de palabras para describir las armas de los ibéricos y su manejo, pero lo hicieron de una manera distinta. El término que se retuvo para expresar la noción de arma de fuego fue *tlequiquiztli*, “trompeta de fuego”, palabra que incluso parece haber sido forjada en el momento de la conquista. En *tlequiquiztli*, *tletl* connota el fuego, mientras que *quiquiztli* es una caracola marina o una trompa hecha con un caracol marino que los sacerdotes hacían resonar en lo alto de los templos. Como puede apreciarse, los indios nahuas dieron preferencia a las referencias visuales y sonoras que asociaban el objeto extranjero con los contextos rituales, debido a que la caracola y el fuego formaban parte de numerosas celebraciones religiosas. La palabra *tlequiquiztli* iba a servir rápidamente de núcleo para toda una gama de neologismos relativos a las armas de fuego y que iban desde la pólvora, llamada “tierra para la trompeta de fuego”, hasta el arcabuz, llamado “trompeta de fuego manual”.²⁴ Así pues, todos los verbos y sustantivos dan la espalda a la materia metálica nueva, el hierro, como para conservar mejor la huella indeleble de la primera impresión causada por la explosión surgida de un tubo.

Los chinos, que conocían la pólvora desde hacía mucho tiempo, poseían ya la palabra y la cosa: “cañón” se dice *tch’ong*; por lo tanto, no tenían razón alguna para asombrarse de la extrañeza o del funcionamiento del arma de los portugueses, a no ser por su devastadora eficacia. No era el artefacto lo que era necesario identificar, sino su procedencia; por lo tanto, lo llamaron *fo-lang-ki*, “máquina de los *fo-lang*”. La partícula *ki* (o *chi*)²⁵ remite al concepto de máquina en cuanto fuerza motriz, agente o mecanismo; pero *ki* connota también el medio ingenioso, la estratagema, el artificio. *Fo-lang* designa el origen extranjero: el cañón portugués es la “máquina de los *fo-lang*”. Esa designación sirve para distinguir al objeto de los cañones tradicionales, pero, igualmente, para recordar que su presencia es el resultado de un préstamo, de una apropiación rápida y lograda. En los albores del siglo XVI, como antes se recordó, los cañones portugueses hicieron su aparición en la India antes de

propagarse por el Asia del sudeste y de ser adoptados por los chinos. La referencia a los *francos* que los acompañaban (*frangi*) circulaba de lengua en lengua; pero, en China, como ya se ha visto, en lugar de *fou-lang*, para traducir *farangi* o *frangi*,²⁶ se impuso *fo-lang*. Dado que *fo* designa a Buda y éste era originario de la India, esa interpretación confirmaba que las máquinas para matar llegaron del oeste. Restaba establecer el vínculo entre los cañones y los recién llegados; algo que fue ratificado después de la derrota naval de los portugueses en 1522: “Las tropas reales obtuvieron unos cañones que fueron llamados *fo-lang-ki*”.²⁷ En otras palabras, los cañones europeos fueron los primeros en desembarcar y recibieron un nombre antes que los portugueses; éstos se verían condenados a portar el nombre de sus cañones, *fo-lang-ki*. Pero un nombre no basta para aclarar el origen geográfico ni la identidad de los extranjeros. Se volverá a ese tema en el capítulo siguiente.

Aun cuando concordaron en vincular la irrupción de los ibéricos a su poderosa artillería, indios y chinos reaccionaron de maneras diferentes. En México los indios piensan en la caracola marina, en la trompa, mientras que en China los expertos hablan de una máquina. Sería fácil oponer el arcaísmo de los indios, estancados en una esfera ritual y visual, a la modernidad de los chinos, apasionados de los artefactos y de la innovación técnica; sin embargo, no es tan simple, porque las dos interpretaciones, la mexicana y la china, reposan sobre la idea de un instrumento destinado a producir un sonido poderoso. Pero la máquina estaba del lado español y del chino. Los amerindios no tenían cañones, como tampoco ruedas, carretas ni embarcaciones de vela. Falta añadir que, no obstante, todas esas máquinas y todos esos dispositivos inspiran la invención de un gran número de palabras indígenas adaptadas al nuevo orden de las cosas;²⁸ porque conectar los mundos consiste, en primer lugar, en encontrar las palabras para expresarlos; y nombrarlos significa domesticarlos, cuando no es posible apropiárselos.

X. ¿OPACIDAD O TRANSPARENCIA?

Vuestro vasallo y otros tuvieron la ocasión de entretenerse con ellos [los portugueses] y encontraron que eran gente muy abierta.

LICHAO SHILU, *fuentes coreana*

Nuestra intención [es] estimar a los que vienen de lejos.

Emperador ZHENGDE, en Yu Ruji,
Libu Zhigao, 1620

CHINOS y portugueses, españoles y mexicanos, ¿fueron inmediatamente capaces de comunicarse entre sí o los mundos frente a frente eran tan infranqueables que los ibéricos tuvieron todas las dificultades del mundo para establecer lazos con las poblaciones de las regiones donde desembarcaban? Es en el momento preciso en que las sociedades entran en contacto cuando uno se puede preguntar sobre la opacidad que las separa o sobre la cercanía que se establece; y esas interrogantes son tan aplicables al campo de los ibéricos como al de los chinos y el de los antiguos mexicanos.¹

LA EXPERIENCIA IBÉRICA

Los invasores europeos no parecen haber tenido dificultad alguna para comunicarse con sus anfitriones asiáticos o amerindios. En lo que tiene de empírico, de improvisado, de perpetua obra de bricolaje, de fracaso y de aproximación, la comunicación, tal como se entiende aquí, tiene poco que ver con una confrontación intelectual que invariablemente desembocaría en la confirmación de la inconmensurabilidad de las sociedades que se hallan cara a cara. Los ibéricos y sus socios no son exploradores del pensamiento, sino que tienen que solucionar sin cesar los problemas de adaptación y supervivencia que dictan los constantes intercambios con las poblaciones de su entorno.

El esfuerzo es, por supuesto, una cuestión que atañe con prioridad a los que llegan, que no conocen nada de China ni de México. La facilidad con que los ibéricos desembarcan, se instalan, negocian, se informan y toman el pulso del país es bastante desconcertante. Tanto los portugueses de Tomé Pires como los castellanos de Hernán Cortés dan con mucha frecuencia la impresión de que se mueven como peces en el agua. Saben asombrarse cuando es necesario, y si bien tanto los países que visitan como las situaciones que viven tienen con qué provocar su sorpresa, raramente puede uno encontrar indicios de desasosiego o de desorientación. La estupefacción ante lo imprevisto entraña una brusca toma de conciencia que se lleva a cabo mediante un retorno a sí; es decir, a lo ya visto o a lo ya conocido. La grandeza de México-Tenochtitlan y de Cantón suscita comparaciones con ciudades familiares, como Lisboa, Venecia y Granada. Los ibéricos no cesan de amaestrar la realidad de los otros.

Se tiene la sensación de que la opacidad de los mundos enfrentados, aun cuando sea innegable hoy en día a nuestros ojos, no es un obstáculo insuperable en esa época; en todo caso, no se encuentra entre sus preocupaciones inmediatas. Por lo demás, la comprensión exhaustiva no ha sido nunca una condición previa para la comunicación: basta con saber lo suficiente para alcanzar los fines que uno se ha propuesto. Nadie tiene el deseo ni la idea de entregarse a hacer la etnografía del otro, lo que sería completamente anacrónico; de ahí la incertidumbre de los chinos respecto a los portugueses, los juicios mordaces de los castellanos acerca de los indios, los estereotipos de toda clase (“divinidades”, bárbaros, bandidos, etc.) que bosquejan puntos de referencia groseros y elementales para fijar los papeles respectivos y enmarcar los encuentros.

Es verdad que los actores de esos dramas no son cualquiera. Sin duda, según João de Barros, Tomé Pires “no era un hombre de tanto abolengo, porque sólo era boticario [...], pero, para ese oficio, era el más hábil y el más apto que se pudiese encontrar [...] tan ávido era de investigar y conocer las cosas, y para todo tenía una mente aguda”.² Ahora bien, el caso de Tomé Pires no es aislado. En Malaca los portugueses dan la impresión de haberse sentido inmediatamente en el mismo plano que los mercaderes chinos. El gobernador Alfonso de Albuquerque tuvo la ocasión de apreciar a los que frecuentaban el gran puerto; y no ahorra sus elogios respecto a ellos. Según el cronista João de Barros, “en los intercambios que tuvo con ellos vio que eran gente noble, civilizada, versada en

todas las ciencias, y que no tenían nada del bárbaro comportamiento de las otras naciones de la India”.³ Por consiguiente, la calidad de las relaciones establecidas con los chinos se siente como excepcional; y ése es el recuerdo que se conserva, cerca de 40 años más tarde, en la época en que Barros publica su crónica.

Los manejos de Hernán Cortés en tierra india no parecen encontrar ya obstáculos mayores, al grado de que se llega a pensar que quienes le ponían muchas piedras en el camino eran sobre todo sus compatriotas, los esbirros del gobernador de Cuba o incluso algunos de sus compañeros, antes bien que los potentados indígenas. Nada, entonces, en las fuentes consultadas invita a filosofar sobre la incomunicabilidad de los mundos que se encuentran. Lo cual no quiere decir que tanto entre los hombres como entre las sociedades no existan diferencias, sino que, antes bien, ordinariamente uno se esfuerza por tender puentes, más o menos sólidos, más o menos pacíficos, para favorecer un embrión de coexistencia y de intercambio. En tal o cual situación, los ibéricos creían comprender lo que tenían ante ellos, cuando, en realidad, estaban interpretando en exceso o deformando lo que se les explicaba; pero incluso ese tipo de equívoco, de malentendido, de atajo o de mera aproximación es con mucha frecuencia el fundamento y, en ocasiones, el impulso de los lazos que los hombres anudan entre sí.

Tanto para los castellanos como para los portugueses, México y China son universos comprensibles, que uno puede comenzar a abordar indirectamente (lo que intentó Tomé Pires en su *Suma oriental*) o que desbroza en el terreno, aun cuando, en un primer momento, se recurra a lo conocido —el islam de Granada— para hacer menos desconcertante lo que lo es demasiado (que es lo que hace Hernán Cortés cuando observa y describe un México cubierto de mezquitas). En los dos casos, los ibéricos están seguros de comprender lo esencial y, por ello, evidentemente, elaboran proyectos de conquista y colonización. ¿Cómo olvidar la manera en que Cortés recoge y explota sistemáticamente toda la información que le llega antes de extraer su quintaesencia (con frecuencia, lo que corresponde a lo *políticamente correcto*), destinada a la península? La Malinche no es su única fuente de información. Cortés sabe hacer de sus aliados o de sus presas —como es el caso de Moctezuma y de los príncipes indígenas— informantes de primer plano. Cuando los mexicas intentan atraer a los castellanos a la trampa de Cholula, son los tlaxcaltecas quienes “decodifican” la

situación por cuenta de Cortés: “Los señores de aquella ciudad me dijeron que en ninguna manera fuese porque me tenían ordenada cierta traición”.⁴ Tomé Pires también hace malabarismos con sus fuentes y, en la *Suma oriental*, demuestra que es tan capaz como Hernán Cortés de hacer su síntesis, una síntesis que interesará a muchos expertos europeos, una vez traducida al italiano y difundida por el veneciano Giovanni Battista Ramusio.

En las dos intervenciones se ha sabido jugar la carta de la diplomacia, oficialmente y de cabo a rabo en el caso de Tomé Pires, de manera táctica y oportunista en el de Hernán Cortés. Consecuentemente, es en el transcurso del siglo xv, justo antes del periodo de que aquí se trata, cuando los europeos ponen a punto sus prácticas diplomáticas, afinan los instrumentos formales y toman conciencia más clara de las divergencias de concepción y de estilo en uso entre ellos y su entorno.⁵ El establecimiento de la relación entre las partes del mundo es facilitado por ese nuevo instrumento, la diplomacia, que las cortes de la cristiandad latina han desarrollado tanto entre sí como con los mundos musulmanes. Se comprende que los portugueses presentes en África y Asia hayan adquirido la costumbre de tratar con las potencias que no eran europeas. Los castellanos también: la guerra de Granada no sólo los enfrenta con los señores del Magreb y los mamelucos de Egipto sino que, en los albores del siglo xv, la corte de Castilla no duda en despachar una embajada ante Tamerlán. Más que un éxito diplomático, los enviados del rey Enrique III habían logrado volver de su viaje con una extraordinaria relación que revela unos dones de observación ante los que palidecerían los mejores embajadores italianos del Renacimiento.⁶

Los ejemplos de Pires y Cortés demuestran que ya existen reglas que se deben seguir y que no se ajustan forzosamente a las del país visitado. En opinión de los portugueses, el respeto a las formas parece obsesionar de forma constante a los chinos: “En esas materias, eran muy susceptibles”;⁷ de ahí los esfuerzos de aprendizaje y adaptación, de ahí también los implacables pasos en falso. Lo cual es previsible, pues ni Tomé Pires ni Hernán Cortés son diplomáticos de carrera, únicamente el portugués ha tenido la ocasión de tratar con potencias extranjeras, pero con la intención de establecer negociaciones comerciales.

La diplomacia explica el sentido de los presentes recibidos por Cortés, descritos con lujo de detalles en su primera carta de relación y enviados al emperador. Los jaguares mexicanos que cruzaron el océano Atlántico pudieron

haberse reunido con los leones y los leopardos ofrecidos por los príncipes del Magreb si el largo viaje no los hubiese dejado en tan mal estado. De la misma manera, el conquistador señala los obsequios dados a Moctezuma: una copa de cristal de Venecia, un collar de perlas y “diamantes de vidrio”,⁸ vestidos de terciopelo, aun cuando no provengan del emperador, sino de los propios bienes del capitán. Hay que saber ofrecer y no ahorrar larguezas, aun cuando se deba improvisar para después recibir dignamente.

La diplomacia es, asimismo, lo que explica la importancia conferida a las audiencias y al ceremonial de recepción: Cortés tendrá derecho a ser acogido por la puerta de México-Tenochtitlan, pero Pires, en cuarentena en Pekín, debe contentarse con una audiencia privada en Nanking. Es en el siglo xv cuando los embajadores aprenden a adaptarse a los usos y las costumbres locales. Así ocurre con Tomé Pires, que no parece haber rechazado la idea de prosternarse ante el emperador, y con Hernán Cortés, al que los tlacuilos que pintaron el *Códice Florentino* mostraron adornado con las plumas enviadas por Moctezuma:

Sacaron los ornamentos que llevaban, y se los pusieron al capitán D. Hernando Cortés ataviándole con ellos: pusiéronle primeramente la corona y máscara que arriba se dijo, y todo lo demás: echáronle al cuello los collares de piedras que llevaban con los joyeles de oro, y pusiéronle en el brazo izquierdo la rodela que se dijo arriba.⁹

La comunicación escrita desempeña una función cada vez más importante en el siglo xv; y no sólo en el seno de la cristiandad, con Bizancio o los mundos musulmanes, y ni se diga entre Portugal y China. Ya antes se mencionaron las cartas que Pires porta. Se podría imaginar que esa dimensión está ausente en México, a falta de escritura alfabética o ideográfica; no es completamente cierto. Cortés no la ha dejado de lado y le asegura al emperador que todos los acuerdos a que ha llegado con los señores indígenas han sido objeto de su formalización por escrito.

La diplomacia es un medio de hacer la paz, o bien, la guerra. El requerimiento castellano, que ordena a las poblaciones indígenas aceptar la soberanía feudal del emperador, se puede interpretar como un instrumento diplomático destinado a evitar la efusión de sangre, pero que únicamente deja una puerta de salida. De cierta manera, la obstinada voluntad de las autoridades chinas de tratar solamente con los Estados tributarios que reconocen la

supremacía del señor de Pekín desemboca en el mismo resultado: únicamente el juramento de lealtad absoluta al demandante es posible. Esta actitud casi no deja lugar a una situación de igualdad y reciprocidad; no obstante, los representantes de los soberanos deben evitar a toda costa que su señor pierda prestigio. Con sus pretensiones en la mira, Hernán Cortés insiste de continuo en la grandeza de Carlos V, un absoluto desconocido en el escenario mexicano; Tomé Pires puede aceptarlo todo, a excepción de que su rey se incline ante el emperador de China. Si bien existe cierto margen de maniobra, ese margen no podría exceder las instrucciones de que el emisario es portador: para Pires, es imposible que se negocie la restitución de Malaca.

¿Eran entonces más fáciles las relaciones entre los musulmanes y los cristianos en el Mediterráneo? Para que los intercambios tengan lugar, de cada lado se está reducido a explotar las “fallas jurídicas”¹⁰ de los sistemas que se hallan frente a frente. Hernán Cortés, quien, por lo demás, no tenía mandato oficial alguno, maquilló tan bien sus hechos y gestos que es difícil saber hasta qué punto les explicó realmente a sus anfitriones lo que implicaba el juramento de lealtad a Carlos V; por lo tanto, la insistencia de Cortés en imitar las formas y los efectos del juramento es una indicación de la importancia que la diplomacia había adquirido en el siglo XVI. Cortés se presenta ante Moctezuma como embajador de su emperador; y jugará esa carta hasta el grado de asegurar por ese medio, durante algunos meses al menos, una especie de inmunidad temporal para los suyos y para sus aliados.

LOS INTERMEDIARIOS

La barrera lingüística, que pudo haber obstaculizado todo avance, es evitada rápidamente mediante la intervención de los intermediarios encargados de transmitir las intenciones de los europeos y las reacciones de los indígenas. En la primera expedición, en 1517, los españoles no pueden contar con nadie. Durante la segunda, se hacen acompañar por dos indios mayas, Melchorejo y Juliano, de cabo Catoche, y se encuentran con una india que habla la lengua de Jamaica — una lengua cercana a la de Cuba y que los conquistadores comprenden—. En el transcurso de esa expedición se procuran otra indígena que, a su vez, llegará a

ser una intérprete, verosíblemente del náhuatl; pero la comunicación pasa todavía mucho “por las señas”.¹¹ Durante la tercera expedición, los futuros conquistadores disponen finalmente de intermediarios eficaces que los ayudan a franquear la distancia que separa a los dos mundos: otra indígena, la Malinche, y un español, Gerónimo de Aguilar. La primera se ocupa de traducir el náhuatl de los mexicas al maya, el segundo traduce el maya al castellano, hasta que la bella india se las arregla lo suficientemente bien en la lengua de Hernán Cortés para acelerar la comunicación y sortear el pasaje por el maya.

En el caso de China, Tomé Pires dispone de contactos y de una experiencia adquirida en toda Asia. La embajada portuguesa ha partido de Malaca acompañada por un grupo de traductores, chinos o *jurabaças*, seguramente. En Cantón tiene todo el tiempo para adquirir algunas claves indispensables, antes de ganar la lejana Pekín. Los meses de espera en el gran puerto son aprovechados para aprender los rudimentos de chino, y la lentitud de las transacciones con la capital se revela propicia para el estudio del medio como una primera impregnación de los usos y costumbres locales.

En Asia o América, los ibéricos consiguen a sus traductores de entre los indígenas o los europeos que se han pasado al otro lado. En México no parece que haya intérpretes profesionales, aun cuando se pueda imaginar que los mercaderes pochtecas recurrían en cada lugar a interlocutores que les ayudasen en sus transacciones. En todo caso, ante los europeos están reducidos a recuperar de entre sus filas a los intérpretes indígenas formados por los españoles o, en Yucatán, a aprovecharse de los servicios de Gerónimo de Aguilar, un náufrago español que se encontró en cautiverio entre los mayas; pero nada que se parezca a los grupos de traductores que explican la antigüedad e intensidad de las relaciones entre China y el Asia del sudeste. Tanto el andaluz Aguilar como la india Malinche se formaron sobre la marcha.

En Asia, al igual que en América, los intérpretes son intermediarios por excelencia y en ellos reposa en primer lugar la mayor parte de la comunicación; no sin equívocos ni fallos. Volvamos al asunto de las misivas de que es portador Tomé Pires. El portugués, recuérdese, se introduce en Pekín provisto de tres cartas: una, sellada, proviene del rey Manuel; la segunda es de la mano de Fernão Peres de Andrade, el jefe militar de la expedición, y ha sido vertida al chino por los intérpretes; la tercera, en fin, emana de los “gobernadores de

Cantón”. Ahora bien, la primera carta es exactamente lo opuesto de la segunda. En ésta los traductores habían expresado, conforme a la tradición china, las palabras del capitán de la expedición: el rey de Portugal aparece en ella como un vasallo deferente hacia el “Hijo de Dios, Señor del mundo”; ni una palabra de ese género en la misiva de Manuel, la que, aunque impregnada de una cortesía muy diplomática, no tiene nada de un acto de sumisión. El Ministerio chino reclama inmediatamente explicaciones. La cólera portuguesa contra los intérpretes agrava aún más la situación, y la confusión así creada desemboca en el rechazo de la embajada por Pekín. En ese caso, se podría señalar un error de traducción y, por lo tanto, volver a plantear la cuestión de la incomunicabilidad. Una fuente china, *La Chronique véridique de l’empereur Wuzong* [Crónica verdadera del emperador Wuzong], parece incluso ir en ese sentido: “Los asuntos de los bárbaros son contradictorios, lo que no puede dejar de preocuparnos”.¹² Nosotros interpretaríamos el asunto, antes bien, como la percepción china de las ambigüedades muy reales que rodean a la embajada portuguesa. Las autoridades imperiales comprenden que se encuentran ante unos manejos equívocos y sospechosos; saben interpretar lo bastante bien el comportamiento de los portugueses como para desconfiar de ellos cada vez más.

Al examinar las cosas con más atención, se ve que el escándalo provocado por los traductores no proviene de una dificultad o un error de traducción de un mundo al otro; tiene que ver, por el contrario, con un esfuerzo de inteligibilidad que hay que atribuir a la intermediación, aun cuando fuese “políticamente incorrecto” a los ojos de los portugueses. Los traductores se explicaron al respecto: ¿cómo ser fieles a la carta de Manuel, dado que no tuvieron acceso a ella (“estaba cerrada y sellada, no se podía leerla ni siquiera abrirla”)? ¿Cómo habrían podido tener la menor idea de su contenido? ¿Por qué, en esas condiciones, no verter las palabras de los portugueses en la única forma posible con respecto a los usos diplomáticos de la corte imperial, “según la costumbre de la China [...], según el uso del país”?¹³ No había otra solución posible. El comportamiento de los traductores no es producto de un error sobre el sentido de un mensaje que no conocían, sino, por el contrario, de la voluntad de adaptación a la visión china de las cosas, aunque ésta se opusiera al espíritu de los negociantes, despistados por la iniciativa de los traductores. Éstos no tenían

razón ni, mucho menos, el derecho para hacer del rey de Portugal un vasallo servil del emperador de China.

Al contratiempo de la muerte del emperador viene a añadirse un espantoso paso en falso diplomático. Las autoridades chinas, ya desconfiadas, ven con muy malos ojos a esos extranjeros que no sólo se rehúsan a satisfacer los usos antiguos, sino que presentan una carta en chino cuyo contenido se apresuran a desaprobado. A partir de ese momento, la embajada de Tomé Pires ya no es tal, es “falsa” por la misma razón que la carta, y los extranjeros se convierten inmediatamente en sospechosos de impostura y engaño: “A todos les pareció que habíamos entrado a China de manera fraudulenta para ver el país y que la diferencia entre las cartas era un caso de engaño”.¹⁴ La carta de don Manuel será quemada, la nueva administración despedirá a los extranjeros y los portugueses permanecerán bloqueados en Cantón, despojados de su condición de embajadores y, por añadidura, acusados de espionaje.

La lógica portuguesa compromete la embajada de Pires, quien, no obstante, mucho antes de poner los pies en China, había sido informado del carácter quisquilloso de la etiqueta china y de los límites que la diplomacia pekinesa imponía a las relaciones con el extranjero. Sin duda, el portugués había subestimado la fuerza y el arraigo de las pretensiones imperiales; a lo que se añade que, en China, los traductores pasan por estar en connivencia con los extranjeros, y la represión que se abate sobre el equipo de Tomé Pires no es una excepción. A esos intermediarios de origen dudoso —el Imperio tiene en poca estima a los chinos de la diáspora—, a menudo se les reprocha hacer espionaje por cuenta de sus empleadores y de infringir las leyes que cierran el país. En México los intermediarios siempre improvisados provocan reacciones contradictorias, sometidas a unas relaciones de fuerza cambiantes; hartos de ser manipulados por los castellanos, algunos huyen y vuelven al mundo indígena; otros, seguros de estar del lado del más fuerte, se convierten en los cómplices inevitables de sus señores, a semejanza de la Malinche, servidora concienzuda de los intereses de Hernán Cortés. Tanto en México como en Asia, las mujeres desempeñan la función de intermediarias y compañeras —tanto sexuales como políticas y comerciales— a las que no se puede descuidar, aun cuando las fuentes, sean las que fueren, siguen siendo discretas en la materia.

EL TRATAMIENTO DE LAS DIFERENCIAS

En México los castellanos y los indios no comparten la misma visión de las diferencias que los separan. La dicotomía europeos / amerindios sólo tiene sentido para nosotros. Acostumbrados a situarse frente a los musulmanes de Granada o a los indígenas de las islas del mar Caribe, los intrusos tienen la costumbre de presentarse como castellanos o como cristianos.

Para los habitantes de Mesoamérica, las cosas son muy diferentes. Los castellanos son forzosamente originarios de una ciudad-Estado, de un *altépetl*; no los perciben como habitantes de un país o un continente, ni siquiera como devotos de una religión distinta. Ante los invasores, por lo demás, es muy raro que los indígenas se definan globalmente como *nican titlaca*, “nosotros, las gentes de aquí”;¹⁵ a falta de contexto e información, reducen a menudo a las normas locales y, por lo tanto, de-singularizan la mayoría de las cosas nuevas que observan. Una catapulta es un *quauhquemamatl*, una honda de madera; un caballo, un *maçatl*, un “venado”; un arcabuz, una “trompeta de fuego”, etcétera. Toda novedad es atenuada y absorbida, contrariamente a lo que da a entender la historiografía de la Conquista. Lo cual nos lleva a precisar lo que ya antes se había adelantado: aun cuando, del lado europeo, la empresa cortesiana pueda parecer como un choque de civilizaciones, ése no es inmediatamente el caso para los habitantes de Mesoamérica. Hará falta la distancia del tiempo, el arraigamiento de la sociedad colonial, los estragos de la explotación y las epidemias, las campañas de cristianización, en resumen, una situación sin retorno, para que las sociedades vencidas se den cuenta de que se ha dado vuelta irremediablemente a una página a sus expensas.

Del lado castellano se identifica sin problema, e incluso con alivio —después de la “barbarie” de las islas—, la presencia de ciudades, fortalezas, mercaderías y edificios de culto, calificados enseguida como “mezquitas”. Lo que choca a la mirada es menos la diferencia de la religión en sí misma que un conjunto de comportamientos manifiestos considerados como incompatibles con los usos y las creencias de los cristianos: la idolatría, la antropofagia y el sacrificio humano. Son esas diferencias espectaculares, todas de carácter religioso, las que provocan las reacciones más fuertes de repulsión en los invasores. Oficialmente, es decir, en la versión enviada a la corte española, la conducta del grupo se

atiene a una ortodoxia impecable. Cortés no duda en correr riesgos: rompe los ídolos y exige que sean reemplazados por imágenes cristianas; asimismo, se rehúsa a tocar la carne de los sacrificados y combate esa práctica.

Lejos de las autoridades de la metrópoli, la realidad es sensiblemente diferente. Sobre todo, Cortés simula combatir la antropofagia; dado que la tolera entre sus aliados indígenas, como se ve forzado a hacer la vista gorda respecto a sus prácticas idolátricas. Por lo tanto, se ve obligado a gestionar, se diría en la actualidad, ciertas diferencias que no está en condiciones de eliminar; dicho de otra manera, las acepta para no poner en peligro su política de alianzas con los grupos indígenas. Los umbrales de tolerancia en vigor en los reinos cristianos de la península ibérica se desplazan a tierra mexicana a merced de la relación de fuerzas. Es cierto que, en esa época, las prácticas musulmanas todavía son aceptadas en el reino de Granada y en otras regiones de España, y que todavía se está lejos del endurecimiento que caracterizará a la segunda mitad del siglo XVI.

Ya se ha visto que, por su parte, los amerindios se esfuerzan igualmente por definir y dominar la diferencia que observan en sus visitantes y por hacer de ellos *teules*, con toda la ambivalencia de que está cargado ese término. Es difícil saber más al respecto, porque los testimonios indígenas recolectados después de la derrota, la colonización y la cristianización están extraordinariamente sesgados; a partir de las raras huellas de que se dispone sobre el periodo inicial, se tiene la impresión de que los mexicas meten en el mismo saco a los castellanos y a los aliados indígenas de estos últimos, a los que perciben en conjunto como los adversarios irreductibles de la Triple Alianza. Será necesario que pase el tiempo para que los habitantes de Mesoamérica se habitúen a la categoría de *indios* que les endilgan los vencedores y para que se imaginen la extensión del lejano mundo que implica el nombre de *castellanos*.

En China los portugueses también son sensibles a las diferencias que observan entre sus anfitriones. Desde que partieron de su reino, ya sea en las costas de África, en las riberas del océano Índico o en la más lejana Asia del sudeste, no han cesado de verse expuestos a toda clase de diferencias, como las que Tomé Pires pudo inventariar en su *Suma oriental*. Por ello, su sensibilidad y su atención parecen haberse agudizado más que las de los castellanos del Nuevo Mundo, en gran medida gracias a que están mucho mejor informados por sus intérpretes y a que circulan por unas regiones del mundo que están en contacto

desde hace milenios. Las cosas, los habitantes, las situaciones y los contextos son más fácilmente comprensibles que en México; y, si se puede hablar de una mayor flexibilidad de los portugueses, se debe la mayor parte del tiempo a su posición de debilidad ante los reinos y las sociedades con las que se codean. Tal es notablemente el caso en China, donde se encuentran en una situación precaria. En su caso, la cuestión de la diferencia del otro la plantean menos los europeos que sus interlocutores.

Para los chinos, a diferencia de los indios de México, el mundo se divide entre chinos y bárbaros; y los portugueses son bárbaros de la peor especie, por lo que ellos son los que tienen que sentarse en el banquillo de los interrogados. Su diferencia es lo que provoca dudas y a ella los remiten incansablemente los chinos, quienes los obligan a pensar en su singularidad como en una desventaja constante, una limitación que no es únicamente producto del desconocimiento de sus usos y costumbres sino también la señal reveladora de un estado de barbarie y de una condición inferior. Un ejemplo: cuando los navíos portugueses que portan a Tomé Pires arriban a la vista de Cantón, la tripulación cree hacer bien al tirar salvas de artillería y desplegar sus banderas con el pretexto de que ése es el uso portugués y la creencia de que los chinos harían lo mismo en Malaca.¹⁶ De nada les sirve actuar con tan buena fe: los cantoneses, atemorizados, se sobresaltan y las autoridades de la ciudad deben recordarles que esos malos modales no están en uso en China. En lo sucesivo, los portugueses se ven obligados a familiarizarse con el “estilo chino”, unos hábitos y unas maneras de hacer que ellos ignoran y que sus anfitriones se las ingenian para inculcarles. Durante largos meses los preparan para adoptarlos en Cantón, sin que se sepa muy bien si para hacerlo los han instalado en la gran mezquita o en un templo budista. Las autoridades chinas no han cesado de hacer comprender a sus visitantes que son superiores a ellos; y cuentan con el fausto y la riqueza locales para impresionarlos; pero los visitantes no se dejan engañar: tienen una conciencia clara de que la lentitud calculada con que las autoridades chinas tratan a la embajada en Cantón no es otra cosa que una estratagema concebida para deslumbrar a los extranjeros con “la majestad y la pompa de sus personas”.¹⁷

No todos los chinos son tan puntillosos. Aun cuando la ignorancia y la desenvoltura de los portugueses disgustan a la administración provincial,

parecen haber divertido al emperador, quien supuestamente habría tomado la defensa de sus visitantes. Es cierto que Zhengde experimenta un placer maligno en contrariar a su burocracia y que da pruebas de una apertura mental bastante excepcional: el emperador, que hizo erigir la “Casa de los Leopardos” para escapar al yugo de la Ciudad Prohibida, se rodea de monjes budistas tibetanos, de juglares originarios del Asia central, de guardaespaldas mongoles y yurchen (los ahora manchúes) y de clérigos musulmanes. Gracias a que conoce los rudimentos de las lenguas mongola y tibetana, le encanta conversar con los embajadores mongoles o musulmanes y se complace en portar su vestimenta y probar su cocina.¹⁸ Su interés llega incluso durante algún tiempo a seguir las prescripciones del Corán sobre la alimentación; se da la orden de “estimar a los que vienen de lejos”.¹⁹

Los portugueses sabrán aprovecharse de esa curiosidad por los mundos extranjeros y se comprende aún más que la desaparición del emperador no les haya causado mucha pena. En Pekín unos observadores coreanos se muestran tan interesados como Zhengde: encuentran a los visitantes especialmente “abiertos”, se asombran de su vestimenta “hecha de plumas de oca” —de terciopelo, en realidad—, toman nota del uso del torno y notan la belleza de sus libros, escritos de otra manera: “Parecían contener verdaderas frases de tipo proverbial [...], eran de una calidad muy fina que no se parecía a ninguna otra”.²⁰

EL DESCIFRAMIENTO DE LAS SOCIEDADES

En lo esencial, los ibéricos tienen la impresión de haber comprendido lo suficiente la especificidad de las sociedades que acaban de descubrir como para hacer un diagnóstico de ellas y observar sus debilidades. Guardémonos de juzgar la profundidad de la comprensión adquirida para el éxito o el fracaso de la empresa de conquista y colonización, aun cuando se sienta uno inmediatamente tentado a vincular la victoria de Hernán Cortés a la agudeza de su análisis o de cargar el fiasco portugués a la cuenta de una miopía política y social. ¿Habrán comprendido mejor los castellanos el mundo mexicano que los portugueses el mundo chino?

El criterio del éxito parece muy discutible. Seguramente, tanto los españoles como los portugueses pasaron por alto aspectos esenciales, pero nada indica que estemos mejor armados frente a la China o el México del siglo XXI. Los ibéricos supieron captar ciertas dimensiones de la sociedad que invadían, observar dinámicas y contradicciones, reunir datos que les parecieron suficientes para elaborar un proyecto de conquista y colonización y —en el caso español— emprenderlo con éxito. Lo hicieron mediante la explotación de la colaboración local que supieron suscitar, como lo haría hoy en día cualquier investigador de campo. No es por nada que las autoridades chinas acusaron a los portugueses de hacer espionaje.

Tras todo ello se presenta el surgimiento de una “esfera global”; es decir, de un espacio planetario en el que llegan a ser posibles todos los tipos de circulación y todos los encuentros y en el que se echan las bases mínimas para unos intercambios regulares. Una gran cantidad de *middle grounds*,²¹ “terrenos neutrales”, se perfilan en los rincones más diversos del planeta, en la encrucijada de las religiones y las civilizaciones. La China de los portugueses y el México de los castellanos no hacen sino añadir espacios suplementarios al ecúmene que los europeos conocen. Cada una de su lado, pero simultáneamente, esas zonas son testigos de los primeros balbuceos de una sincronía planetaria que hace que se compenetren, unas con las otras, las diferentes partes del globo.

XI. LAS CIUDADES MÁS GRANDES DEL MUNDO

A Terra da China hé de muitas cidades e fortalezas, todas de pedra e quall. A cidade omde o rei estaa chama se Cambara. Hé de grande povo e de muitos fidallgos, de infimdos cavallos.

TOMÉ PIRES, *O manuscrito de Lisboa da "Suma oriental"*

Esta gran ciudad de Temixtitan está fundada en esta laguna salada [...]. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jineta.

HERNÁN CORTÉS, *Segunda carta de relación*

UNA DE las maneras más insidiosas como los ibéricos y, después, el resto de Europa occidental se apoderaron del globo consistió en poner en palabras, mapas e imágenes los territorios que exploraban o que colonizaban. Victoria o fiasco, las dos empresas ibéricas se dirigieron contra dos regiones del mundo destinadas a ocupar un espacio gigantesco en el horizonte de los europeos; también nos dejaron los primeros retratos de China, de México y de sus ciudades. Esa doble entrada en escena, no concertada, pero simultánea, tan estrepitosa en el caso de México como discreta en el caso de China, marca una etapa crucial en el surgimiento de la conciencia-mundo y el imaginario planetario.

LA GEOGRAFÍA O EL ARTE DE ESPIAR

Gracias a la *Suma oriental* de Tomé Pires y a algunos otros textos de menor importancia, China se distancia por una corta cabeza del Nuevo Mundo mexicano en la pluma de los europeos. En efecto, es nuestro malhadado embajador el primero en esbozar un retrato de la China de los Ming digno de ese nombre, en el momento mismo en que los portugueses y los italianos comienzan

a frecuentar sus costas; pero Pires escribió antes de haber puesto los pies en China.

El cautiverio en Cantón les permite a Vasco Calvo y Christovão Vieira reunir una gran cantidad de información, pero su curiosidad no complace a sus anfitriones, que ya no quieren liberarlos. Como Tomé Pires, nuestros dos portugueses disponen de elementos para bosquejar un cuadro de conjunto de China. Un poco de geografía administrativa y económica: 15 gobiernos y dos capitales, Nanking y Pekín, cuyas latitudes respectivas se nos dan indicando que la segunda es más importante que la primera; un litoral cubierto de ciudades; una circulación que tiene lugar sobre todo por la vía fluvial, porque los caminos de tierra parecen ser menos seguros de ordinario; y ninguna navegación marítima entre el norte y el sur, “para evitar que el país sea conocido”.¹ Nanking está enlazada por agua a Pekín, que recibe del sur del país casi todo su abastecimiento. Ponen el acento en las tres provincias meridionales, Guanxi, Guangdong y Fujian, que son las que interesan, en primer lugar, por supuesto, a los portugueses y las que conocen menos mal: separadas de las otras 12 por montañas, parece que sólo las enlazan dos “caminos muy escarpados y difíciles”. La descripción de la región de Cantón, de la propia ciudad y de la costa, desde la isla de Hainan hasta el delta del Río de las Perlas, tiene como propósito la preparación de la invasión portuguesa. Si, de acuerdo con nuestros portugueses, se considera que todos los arsenales se concentran en los alrededores de Cantón y que el mar constituye el cordón umbilical de la provincia, se comprenderá que nada, en su opinión, podría resistir un ataque marítimo de dichos ibéricos, puesto que tendrían la superioridad naval. Esas observaciones, entre otras, dan razón a los chinos que acusan de espionaje a sus visitantes extranjeros; y así es precisamente como se deben interpretar las cartas de Vieira y las de Calvo.

La riqueza agrícola y comercial de la provincia de Cantón hace de ella una de las más prósperas de China. Los impuestos que se pagan por las importaciones llenan las cajas del soberano y las de los mandarines. La provincia produce “cordaje, lino, seda y telas de algodón”; en ella se pescan perlas, en ella se cultivan palmas de areca —“lo mejor que se encuentra en la tierra de China”—;² sería incluso la única región del país que abriga yacimientos de hierro, un metal que sirve para fabricar “palanganas, clavos, armas y cualquier otra cosa de hierro”. La mano de obra calificada, lo sabemos, abunda y se podría

exportar como cualquier otra mercadería, porque “de aquí se pueden sacar cuatro o cinco mil hombres por año sin que la tierra se resienta por ello”.

El sistema judicial y administrativo no parece tener ya secretos para Vieira y su acólito. Los meses pasados de las prisiones a los tribunales y a los procesos los han familiarizado con los arcanos de la burocracia china. Detallan la jerarquía de los mandarines, la repartición del poder, la distribución y la circulación de los funcionarios; nos explican las constantes e imprevistas mutaciones e incluso los avances en la carrera. Por el momento, Vieira extrae conclusiones muy negativas que contrastan con los elogios que ya no cesarán de tejer los observadores europeos: la corrupción está en todas partes, los jueces solamente piensan en llenarse los bolsillos, descuidan el bien público y explotan al pueblo tanto como pueden: “El pueblo es más maltratado por esos mandarines que por el diablo en el infierno”. Una mala administración refleja un mal gobierno y una dominación fragilizada. La población cae irresistiblemente en la delincuencia y el bandolerismo, al grado de que las revueltas parecen contarse por millares en las comarcas situadas lejos de los ríos, donde se concentran las fuerzas del orden. La represión sería de una brutalidad extrema, si se cree en la descripción de los castigos y los suplicios, del más cruel al más mutilador, que hacen nuestros portugueses, para los que, en comparación, la práctica de la proscripción —el equivalente del *degredo* portugués— parece ser de una mansedumbre excepcional.

Ahora, el ejército y la defensa. Todo en ese campo parece sobreestimado a los portugueses. ¿Los jefes? Al margen de la burocracia, existen responsables militares, “mandarines caballeros” que no tienen poder de justicia, salvo sobre los hombres bajo su mando: los reprenden por fruslerías y los tratan como a cualquier villano. ¿Los soldados? Por lo general, se trata de condenados del derecho común, cuya pena es conmutada por el destierro a una provincia lejana. Una palabra sobre las armas, sobre todo sobre los cañones: “Antes de la llegada de los portugueses, no tenían bombardas, sino [cañones] de una sola clase [...] que no valen gran cosa”.³ La población está desarmada y los militares deben entregarles a los mandarines las armas en su posesión cuando no tienen que usarlas. En el caso de la defensa, las fortificaciones, la resistencia de los muros y la vigilancia de las murallas y las puertas, todo es objeto de observaciones minuciosas y críticas.

¿De qué está constituida la flota china? En gran parte, de juncos de piratas conversos al servicio de la Corona después de un acuerdo hecho con los mandarines de Cantón. Las tripulaciones se componen de “gente mediocre y vil”, todos obligados a servir, la mayoría de ellos muy jóvenes y sin experiencia. Después de la tempestad que destruyó la mayoría de los juncos en 1523, se puede estimar que la ciudad ya sólo tiene sus murallas para defenderse. Por consiguiente, no hay nada que temer tampoco de ese lado.

¿Las condiciones del campesinado? Se encuentra agobiado por los impuestos, obligado a vender sus tierras y sus hijos. Cuando los campesinos no son conminados a prestar servicios personales a los mandarines, se los explota en las postas que utilizan los viajeros y los altos funcionarios. Se comprende que no les quede nada para vivir después de que el fisco ha pasado. En caso de rechazarse a prestar sus servicios, les confiscan sus bienes y el afectado es arrojado en prisión. En esas condiciones, todos prefieren obtemperar, aun cuando tengan que sufrir toda clase de humillaciones: “Con el rostro pegado a la tierra, escucha y ve al mandarín como alguien que arroja relámpagos”. En resumen, el pueblo está hundido en una negra miseria; lo arrojan en prisión por un “quítame allá estas pajas”: “Todos los días, arrestan a muchas personas y liberan a muchas menos; mueren de hambre como bestias en las prisiones”. Siglos antes del régimen de Mao Zedong, la circulación de los chinos es objeto de un control puntilloso; imposible alejarse más de 20 leguas de su casa sin el permiso de los mandarines. Ese permiso, que se compra, lleva el nombre y la edad del individuo; si se hace aprehender sin ese documento —lo cual es fácil, porque todos los caminos hormigean de espías—, los infractores son arrestados inmediatamente, acusados de bandolerismo y castigados con severidad.

Es poco y, al mismo tiempo, es mucho para un primer contacto. Muy evidentemente, el análisis está guiado de cabo a rabo por la idea de que la conquista es factible e incluso necesaria; pero nuestros portugueses también dan pruebas de una curiosidad incesante y de un agudo sentido del ingenio. El cuadro que traza Calvo se apoya en un documento chino que ha logrado procurarse: “Poseo un libro de los quince gobiernos con el número de ciudades, aldeas y otros lugares con que cuenta cada gobierno, todo redactado sustancialmente, así como el modo de administración que existe en todas partes y para todo, con las villas y sus disposiciones”. De pasada, Calvo dice unas palabras sobre su

método: en prisión y enfermo, el portugués parece haber aprendido a leer y escribir en chino y habría aprovechado la ayuda de un traductor —por prudencia, no da su nombre— para explotar la obra que acaba de mencionar. Según parece, el libro contendría también un mapa del gobierno de Cantón: “Muestra los ríos, las ciudades, en número de diez, cada una con su nombre al pie de la hoja”. Calvo cuenta al menos diez villas, “cada una diez veces más grande que la villa de Évora”, y calcula una distancia de 50 a 60 leguas entre las islas del delta y Cantón.

Ese primer retrato, bastante logrado para ser un bosquejo, combina unos datos escritos y cartográficos de origen chino que proporcionan una vista de conjunto del país, una información más detallada sobre la región y cosas vistas que completan comparaciones con algunas villas: Cantón “es del estilo de la villa de Lisboa”.⁴

LAS CIUDADES MÁS GRANDES DEL MUNDO

A poco más de un año de distancia, los ibéricos descubren México-Tenochtitlan (en noviembre de 1519) y Pekín (en diciembre de 1520). Recorriendo las campiñas de China y del altiplano mexicano, visitan otras ciudades que, en ocasiones, son otras capitales: Nanking en el caso del Imperio celeste, Tlaxcala en el de Mesoamérica. De Pekín a México, los europeos enfrentan la singularidad de los mundos en los que penetran y en los que saben que corren el riesgo de que se los traguen en todo momento. Los testimonios ibéricos son excepcionales, porque los visitantes se ven llevados a confrontar, a su manera (que no es la de los teóricos de la ciudad, como Alberti o Durero) varios de los grandes modelos urbanos que jalonan el planeta en esa época: la ciudad china, la ciudad-Estado mesoamericana, la metrópoli ibérica con, siempre en filigrana, la ciudad árabe andaluza. En cambio, nada de mirada asiática o amerindia sobre la ciudad europea: los habitantes de Mesoamérica y los de China se ven reducidos a imaginar la villa portuguesa o española como el doble de un altépetl o de una villa china; en el mejor de los casos, algunos mercaderes de Cantón o de Fujian conocen las instalaciones portuguesas de Malaca... lo que no sirve de mucho,

porque la gente de Lisboa apenas ha tenido el tiempo de instalarse en su reciente conquista (en 1511).

El doble encuentro que los ibéricos tienen la ocasión de hacer no es banal. México-Tenochtitlan todavía no es la capital de México, pero sí es la ciudad dominante de la Triple Alianza, una confederación que controla la mayor parte del altiplano sobre un territorio que va de las riberas del océano Atlántico a las del océano Pacífico. Se estima que, a la llegada de los españoles, México-Tenochtitlan cuenta con 250 000 habitantes o más; sin discusión, es la metrópoli de América; como sigue siéndolo en la actualidad.⁵ Edificada de acuerdo con un plano ortogonal en el que se ve la influencia de Teotihuacan, organizada conforme a unos principios cosmológicos y orientada siguiendo los puntos cardinales, la ciudad se ha desarrollado de manera original en torno a un enorme centro ceremonial que ha reemplazado la gran plaza habitual de las ciudades nahuas. El Templo Mayor se yergue en el corazón del recinto sagrado, al que domina con toda su altura y del que parten unas avenidas que dividen la ciudad en cuatro barrios.

Mientras que México-Tenochtitlan fue fundada a principios del siglo XIV, los orígenes de Pekín se pierden en el primer milenio antes de nuestra era. El Pekín de los Ming se encuentra a la cabeza de un inmenso imperio que se extiende desde las fronteras mongolas hasta la península de Indochina, desde el Asia central hasta las riberas del mar de China.⁶ Después de más de medio siglo de eclipse, Pekín recuperó el lugar que ocupaba Dadu [Zhongdu], la “Gran Capital”, corazón del poder mongol desde la segunda mitad del siglo XIII. Dadu era la Khanbalikh descrita por Marco Polo y que, en la época del veneciano, habría albergado al menos medio millón de habitantes. En 1420, con la idea de someter a Asia a un orden sinocéntrico, el emperador Yongle decide restituir su rango a la antigua capital mongola,⁷ a la que da el nombre que tiene en la actualidad, Beijing, “Capital del Norte”. Por consiguiente, Pekín aparece entonces como la materialización de un proyecto ideológico de exaltación de los valores confucianos; encarna un proyecto político de centralización del poder y la voluntad estratégica de hacer frente a las amenazas venidas del norte. A mediados del siglo XVI, la ciudad tiene ya el tamaño que conservará hasta principios del siglo XX; hoy en día es la segunda ciudad de China después de Shangai.

Mientras que el centro de México-Tenochtitlan —y, por lo tanto, el centro del universo— está indicado por el Templo Mayor, el de Pekín está constituido por la “Ciudad Púrpura Prohibida”.⁸ El nombre de la Ciudad Prohibida, *zi jin cheng*, remite a la estrella Ziwei, la estrella polar donde reside la deidad suprema, en la cima de la bóveda celeste. La ciudad es la síntesis de la cosmología del *yin* y el *yang*; porta la huella del neoconfucianismo, que hace del príncipe el sabio por excelencia que reina bajo los cielos. Tal centralidad cósmica, china o mexicana, está, por supuesto, totalmente ausente de Valladolid, villa de corte, o incluso de Granada, antigua capital nazarí; es necesario volverse hacia Roma o Jerusalén y, por lo tanto, lejos de España, para encontrar equivalentes lejanos en la Europa cristiana.

¿Qué han comprendido los ibéricos de la ciudad china o la ciudad mexicana? Esencialmente, lo que percibían desde el exterior, las masas humanas que reunían, lo que anunciaban en materia de riquezas y bienes, lo que exhibían de fuerza militar y amenaza potencial. Castellanos y portugueses están lejos todos de ser hombres ilustrados, pero los que poseen un barniz de letras clásicas no ignoran que la ciudad es la piedra angular de una sociedad civilizada. El hecho de habitar en ciudades significa demostrar que se pertenece a “naciones bien intelectivas y racionales”.⁹ La *ciudad* es la *res publica*, es el núcleo por excelencia de toda vida en sociedad, como lo explica Aristóteles y como lo repite Bartolomé de las Casas en todos los debates sobre los indios de América.

El dominico usará el argumento urbano hasta el cansancio para defender la racionalidad de los habitantes del Nuevo Mundo. Será el primero en trazar un cuadro panorámico de las ciudades prehispánicas de América, desde las ciudades de Cíbola, en América del Norte, hasta el Cuzco de los incas y las ruinas de Tiahuanaco.¹⁰ En el siglo XVI la reflexión sobre el hombre americano pasará por la cuestión de la ciudad. En las antípodas del Buen Salvaje, a contracorriente de los lugares comunes silvestres asociados a nuestra visión de europeos, el dominico defenderá la imagen de un indio urbano, de un indio de las ciudades:

Aquestas gentes vivían socialmente como hombres racionales en ayuntamientos grandes que llamamos villas y ciudades [...] y estas no cualesquiera sino grandes y admirables con grandes edificios, adornadas en muchas y diversas partes, unas más y mejores que otras como hombres racionales según tan a la larga queda probado.¹¹

Esa visión de la ciudad no servirá únicamente para elevar a la sociedad mexicana a la altura de las del Viejo Mundo, también propulsará a la sociedad china a las primeras filas de la humanidad.

COMO LISBOA O COMO SALAMANCA...

La llegada de los españoles a las costas de Yucatán marca inmediatamente una ruptura de talla con el mundo insular que hasta entonces habían frecuentado: “Desde los navíos vimos un gran pueblo que, al parecer, estaría de la costa dos leguas, y viendo que era gran poblazón y no habíamos visto en la isla de Cuba ni en la Española pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cairo”.¹² Es la capital de los mamelucos la que ofrece una primera referencia, una ciudad de la que, un poco más de un siglo más tarde, el escocés William Lithgow escribiría “que es la ciudad más admirable del mundo”.¹³ En ese toque de islamismo africano —El Cairo no es ni Granada ni Salamanca ni Venecia, de las que también se servirán como comparación—, se detecta el cruce de un umbral ya desde la expedición de 1517.

La existencia de ciudades trastorna el curso de los descubrimientos castellanos. A los ojos de los visitantes, se perfila al fin un mundo que les recuerda aquel del que vienen. En las poblaciones de la costa viven mercaderes y sacerdotes; la vitrina urbana pone de manifiesto de manera irrefutable la civilización de sus habitantes: “Entre ellos hay toda la manera de un orden y policía, y es gente de toda razón y concierto, y así que lo mejor de toda África no se le iguala”.¹⁴ Las primeras poblaciones avistadas son las ciudades mayas de la península de Yucatán: primero, en el cabo Catoche, en la punta noreste de la península yucateca. Al cabo de 15 días, en Campeche, los castellanos avistan desde sus embarcaciones otro pueblo, “al parecer algo grande”, donde encuentran “unas casas muy grandes, que eran adoratorios de sus ídolos y bien labradas de cal y canto”;¹⁵ pero solamente será en el transcurso de su tercera expedición (en 1519), al término de una marcha de varios meses por el interior de esas tierras, cuando los conquistadores se acerquen a las ciudades del altiplano y lleguen a México-Tenochtitlan.

En la primera carta de relación (de julio de 1519) que envía Hernán Cortés, sólo habla de pueblos y, en el caso de algunos, se trata de “pueblos grandes y bien organizados”; es en su segunda misiva en la que introduce las categorías de ciudades y villas, tanto para designar las poblaciones que se suponía que debía haber mencionado en la carta dizque perdida como, sobre todo, para describir las que ha atravesado en el camino que lo lleva a México-Tenochtitlan: Cempoala, Nautecatl, Tlaxcala, Cholula y, por supuesto, la principal atracción de la expedición, México-Tenochtitlan, sistemáticamente calificada como “gran ciudad”.¹⁶ Aparece igualmente una gran cantidad de villas y fortalezas, sin que parezca que el conquistador haga una distinción clara entre unas y otras.¹⁷ Ese cambio de terminología no responde únicamente a la importancia de las nuevas poblaciones descubiertas, también da la impresión de que Cortés está ya dispuesto a todo para dar a su descubrimiento el aspecto de un acontecimiento excepcional. Incluso un lugar tan secundario como Iztaquimaxtitlán es llevado al pináculo con sus “tres o cuatro leguas de población [continua] sin salir casa de casa [...] con la mejor fortaleza que hay en la mitad de España”.¹⁸

Cortés avista, en fin, aldeas y alquerías de tamaño más bien modesto.¹⁹ La herencia árabe pesa sobre la mirada tanto como la tradición latina: mientras que, en lo alto de la escala, *ciudad* y *villa* remiten al latín y a la ocupación romana, *aldea* y *alquería* son términos de origen árabe, vestigios de los largos siglos de dominación musulmana. Por lo general, las poblaciones urbanas son objeto de una estimación numérica: se atribuyen 30 000 vecinos a la ciudad de Texcoco, una de las capitales de la Triple Alianza, mientras que se atribuyen entre 3 000 y 4 000 vecinos a las ciudades de menor importancia.²⁰ Según se necesite, se realzan con cuidado las particularidades de la topografía urbana; así, en Iztaquimaxtitlán, Cortés opone un “bajo” y un “alto”, con lo que los habitantes de Iztaquimaxtitlán “el bajo”, cerca del río, parecen más modestos que los de Iztaquimaxtitlán “el alto”, “de muy buenas casas y gente algo más rica que no la del valle abajo”.²¹

El balance es más que positivo. En su opinión, México no tiene nada que envidiar a España: “En el camino pasaron tres provincias [...] de muy hermosa tierra y de muchas villas y otras poblaciones en mucha cantidad, y de tales y tan buenos edificios, que dicen que en España no podían ser mejores”. Por lo general, las comparaciones, forzosamente subjetivas, que los invasores

multiplican —con Burgos, Granada, Sevilla, Córdoba, Salamanca, etc.—, dan la ventaja a México.²² Los conquistadores se atienen a las villas de Castilla y Andalucía, que les son más o menos familiares; y, más excepcionalmente, hacen referencia a las ciudades de Italia que algunos han frecuentado, incluso a capitales más lejanas de las que han oído hablar, como las del Imperio otomano y el Egipto de los mamelucos. Así puede uno hacerse una idea de la manera como los castellanos se imaginaban y concebían la ciudad en el siglo XVI, en un contexto que los obligaba a verbalizar sus impresiones, a calibrar e interpretar sin cesar lo que se presentaba a su mirada. De esa manera, la ciudad de Tlaxcala les parece más grande y mucho más poblada que la de Granada: reabastecida de manera continua, abriga un mercado que reúne cotidianamente a unas 30 000 personas y en el que se encuentra de todo; y que está “tan bien concertado como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo”.

¿Esbozo de una conciencia-mundo? Sin duda es un efecto retórico, pero también es evidente que, a fuerza de comparar las ciudades mexicanas con las ciudades de Europa, Asia y África, el pensamiento sustituye los horizontes ibéricos o mediterráneos con unos horizontes planetarios. Esa mutación explica que América, captada en su forma mexicana y, después, continental, pueda ejercer un impulso fundamental en el surgimiento de una conciencia-mundo, a diferencia de China, que acaba de ser integrada en un Asia que se conoce o que se cree conocer desde hace mucho tiempo. La China de los Ming sólo introduce un elemento más; México impone lo que faltaba para hacerse una idea de la totalidad del mundo y lo que da al Occidente toda su riqueza humana y civilizadora, precisamente por medio de la ciudad.

Otro modo de abordar las ciudades indias es destacando la singularidad de las formas políticas que poseen. Tlaxcala atrae fuertemente la mirada de Cortés, porque la ciudad es la sede de un poder oligárquico que la emparenta con los “señoríos de Venecia, Génova y Pisa”, mientras que México o Texcoco se encuentran en manos de un monarca. Por todas esas razones, la ciudad es un instrumento de identificación fundamental: los indios, como ya se ha visto, se identifican a partir de la ciudad a la que pertenecen —lo que no tiene nada de desconcertante para un Cortés que, como ya se dijo, es, ante todo, a los ojos de los suyos, un hombre de Medellín (Extremadura)—; y nombrar a los tlaxcaltecas o los colhuas significa distinguirlos de la masa indistinta, anónima y sin historia

que transmite el término *indio*. La ciudad-Estado es el corazón de la geopolítica mesoamericana; Cortés lo ha comprendido rápidamente.

México-Tenochtitlan, objetivo de la larga marcha a través del país, hace franquear un último umbral cuantitativo y cualitativo. La ciudad fascina antes aun de llegar a ella. ¿Cómo no asombrarse ante el emplazamiento de la ciudad, plantada en medio de un lago, en el corazón de un valle dominado por dos grandes volcanes? Las autoridades mexicas hacen todo para que los fastos de la capital de Moctezuma impresionen inmediatamente a sus visitantes. El primer contacto con la ciudad tiene lugar, por consiguiente, desde el ángulo de lo espectacular y lo político: calzadas de acceso, puentes móviles, calles rectas y largas —a menudo duplicadas por canales—, palacios y “mezquitas” hacen girar la cabeza de los recién llegados. La manera de poner en escena el recibimiento de Cortés proporciona una prueba más de lo que puede provocar el espectáculo del poder en el mundo mesoamericano.

En un segundo momento, los invasores miden la importancia económica de México-Tenochtitlan: los mercados no podían dejar de atraer a unos invasores tan ávidos de oro y riquezas. En el más frecuentado, que les parece tener el tamaño de la ciudad de Salamanca, están activas no menos de 60 000 personas en un marco estrictamente reglamentado; cada pasillo está dedicado a ciertos productos en particular, aquí las plantas medicinales, allá los frutos y las legumbres, acullá la caza y, más allá aún, las vajillas de barro cocido.²³

Los escritos portugueses contemporáneos de la llegada a China están lejos de tener el poder de sugestión de las cartas de relación de Cortés por razones conocidas. Las misivas en las que Pires, a la manera de Cortés, debió de extenderse sobre su estancia en Cantón, su recepción en Nanking y, más tarde, su arribo a Pekín se perdieron, al igual que los dibujos de planos;²⁴ restan los correos enviados desde prisión por Vieira y Calvo, en los que éstos explotan las entrevistas personales y utilizan mapas e incluso una documentación escrita de origen chino, como el “Libro de los quince gobiernos”, que hacen descifrar por un traductor competente.²⁵ En todo ello se encuentra la abundancia de cosas vistas de Cantón y sus alrededores; pero “cosas vistas” desde la prisión. Es decir, la mirada portuguesa sobre las ciudades tiene posibilidades de estar mucho mejor informada que la de Cortés, aunque con mucha frecuencia sea controlada estrechamente por las autoridades chinas. Pires hace un diagnóstico que surge

del trasfondo de la ciudad china, mientras que la visión que Hernán Cortés tiene de México sería, ante todo, una visión desde lo alto, panorámica, ya sea desde los contrafuertes de los volcanes en el momento de desembocar en el valle o desde la cima del Templo Mayor que domina la ciudad.

Cantón es la primera ciudad china que huellan los portugueses y, por lo tanto, la que mejor conocen. El tiempo y el ocio obligado han facilitado las cosas: han sido necesarios muchos meses para que la embajada reciba la autorización de ponerse en marcha y llegue, primero, a Nanking y, después, a Pekín; esto ha permitido que los portugueses pasen horas de ocio en la observación de los diversos lugares donde se detienen y de los paisajes que atraviesan en el transcurso de los interminables desplazamientos a lo largo de miles de kilómetros. Como en México, el hecho urbano constituye un elemento de evaluación fundamental de las nuevas realidades. La densidad urbana fascina a los visitantes: cuantas más poblaciones se apiñan a lo largo del recorrido, tanto más el camino les parece bello. El tamaño y la belleza de las ciudades chinas asombran en todas partes a nuestros observadores.²⁶ En su caso, las comparaciones que hacen con lo que sus ojos descubren son portuguesas (Lisboa, Évora) y, más excepcionalmente, de la India (Calcuta); pero la comparación no deja de hacer aparecer de forma constante una diferencia de escala considerable: Cantón, una ciudad más que mediana, tendría el tamaño de Lisboa, en tanto que las aldeas que atraviesan tienen una población diez veces más numerosa que la de Évora.²⁷

“Pekín es la capital donde la ley ordena que el rey permanezca.”²⁸ La mirada portuguesa, siempre ávida de coordenadas geográficas, calcula la posición de la ciudad en el grado 38 o 39 de latitud norte; hace notar la importancia estratégica de la capital china frente a los mongoles: “Se encuentra en el extremo del país, porque hacen la guerra a unas gentes llamadas Tazas (los tártaros)”, así como su origen mongol y su dependencia con respecto a Nanking y al resto del país, de donde proviene toda su subsistencia: “La comarca no tiene arroz, porque es fría y poco productiva [...]; [la región no tiene] madera ni piedra ni ladrillos”; en consecuencia, Pekín es percibida correctamente como la capital política y la base estratégica frente a la frontera septentrional, donde se alza la mayor amenaza para China.

Es el cronista João de Barros quien sintetiza la información reunida por los primeros visitantes de Cantón:

Lo que hace más bella la ciudad es la disposición de las casas, porque la ciudad tiene dos calles que se cruzan y desembocan en cuatro puertas de las siete que le dan servicio; son rectas y trazadas a cordel, de tal suerte que, entrando por una de esas puertas, se puede ver la que se encuentra enfrente. Las otras calles están dispuestas en función de esas dos arterias; frente a la puerta de cada casa hay plantado un árbol, que conserva sus hojas todo el año y da sombra y frescura. Los árboles están dispuestos de una manera tan ordenada que, poniéndose al pie de uno de ellos, se pueden ver alinearse los troncos de todos los otros.²⁹

Barros, que pretende saber más al respecto, promete el resto para los libros de su *Geografía*, ahora perdida desgraciadamente.

Como en México, las ciudades chinas se encuentran clasificadas en ciudades y villas, pero los primeros observadores portugueses también sienten la necesidad de introducir categorías locales, por ejemplo, *chenos* (de *xian*, prefectura), para distinguir las poblaciones más importantes, las que los chinos colocan por encima de las ciudades.³⁰ A lo largo de todo el siglo XVI, los portugueses continuarán recurriendo a las categorías usadas en cada región, siguiendo las explicaciones que les dan en el lugar sus informantes y, asimismo, recurriendo a la literatura china.³¹ Los portugueses cuentan las ciudades: según ellos, tan sólo el gobierno de Cantón tiene 13 poblados, siete prefecturas y un centenar de villas; se preguntan sobre el rango que, se supone, ocupa cada una; y perciben entonces que la jerarquía de las ciudades pequeñas y de las aldeas no se basa en su importancia demográfica, sino en la existencia o inexistencia de fortificaciones y funciones administrativas.³²

La distinción entre las élites chinas y las masas explotadas es uno de los temas recurrentes en los análisis portugueses: se encuentra impresa en la fisonomía de la ciudad y, en especial, en la de Cantón. Ésta alberga, por una parte, un barrio popular, hecho de casas de madera, “con muros de barro y arcilla, donde se amontona la parentela (*parenteira*)”,³³ y, por otra, templos, palacios de la administración, residencias de los mandarines y varias cárceles que constituyen verdaderas sociedades miniatura. Tal parece que la mirada portuguesa se ve atraída sobre todo por los extremos o, más simplemente, que

los visitantes, venidos a hacer comercio y espionaje, no están especialmente armados para la sociología urbana.

LA MIRADA DEL CONQUISTADOR

Las ciudades chinas son abordadas sobre todo desde un punto de vista económico y militar. Tal es el caso de las ciudades de Guangdong y, sobre todo, de Cantón, que parece tener el monopolio de las relaciones con el extranjero y el comercio con el exterior. La razón de que la situación geográfica y la topográfica de ese emporio sean tan cuidadosamente estudiadas es que los visitantes consideran urgente su ocupación.

En consecuencia, la mirada portuguesa es como la de Hernán Cortés: los ojos de un espía y conquistador, atentos a todas las cuestiones militares. Así, las ciudades chinas aparecen como ciudadelas rodeadas de murallas, protegidas por puertas monumentales, pero carentes de fortalezas. Los portugueses que logran pasearse por las murallas de Cantón toman buena nota de su anchura y extensión; cuentan las torres y llegan a 90, “que hacen las veces de bastiones”. Estiman el número de soldados de la guarnición: “Había permanentemente tres mil hombres que guardaban las puertas de la villa, bajo el mando de capitanes”.³⁴ ¿Cómo mantener la ciudad una vez tomada? Los europeos reparan rápidamente en “una pequeña altura llana pegada al muro en la parte norte”, en la que se hará una aldea fortificada. De allí se podrá controlar sin dificultad toda la ciudad.³⁵ En el corazón de Cantón se utilizará el embarcadero de los mandarines para construir una segunda estructura fortificada y así coger a toda la población como con tenazas. Se puede imaginar que Cortés y los suyos abrigaban ideas similares en la cabeza cada vez que se paseaban por México-Tenochtitlan.

Del otro lado del océano Pacífico, los conquistadores derraman la misma mirada sobre las ciudades mexicanas, ya sea que las visiten o que las ataquen: las líneas de defensa, la altura y longitud de las murallas,³⁶ la resistencia de los materiales de construcción y de los terraplenes, así como los puntos estratégicos, se estudian minuciosamente y son evaluados por la misma razón que se analizan las fuerzas del adversario y su capacidad defensiva. Nada debe escapar de lo que

podría obstaculizar el avance o facilitar la penetración de los europeos. Desvisten la ciudad que tienen ante sí con tanta prisa porque se juegan la vida y la suerte de la expedición. Lo mismo ocurre entre nuestros portugueses, que envían todo tipo de información estratégica a sus compatriotas de Malaca con la esperanza de que pronto vendrán a sacarlos de las prisiones cantonesas.

EL TRIUNFO PÓSTUMO DE LA CAPITAL AZTECA

La desaparición del embajador portugués Tomé Pires, la restringida difusión de sus misivas enviadas desde Cantón, la pérdida de muchas de ellas y la discreción que rodea irremediabilmente los descubrimientos portugueses explican que esa primera imagen de China no se haya impuesto nunca a los lectores del Viejo Mundo. De nada sirvió a Tomé Pires haberse alojado en Pekín: son la ciudad que la precedió, Khanbalikh, la capital de los mongoles, y Catay, que los europeos habían visitado en los siglos XIII y XIV y de la que Marco Polo había hecho un abundante relato en su *El libro del millón*, las que siguen dominando el pensamiento de los europeos.³⁷

La China de los Ming no logró hacer su entrada en el horizonte intelectual del Renacimiento. Como si el fiasco diplomático y militar se hubiese convertido en un fiasco mediático; un fiasco que servirá a la imagen futura de China. Las descripciones horripilantes, los juicios negativos, la deconstrucción poco halagadora a la que se dedican Vieira y Calvo no tendrán prácticamente ningún porvenir inmediato y dejarán el campo libre a una valorización continua de la grandeza de China, comercial y política, intelectual y artística. Habrá que aguardar todavía a la segunda mitad del siglo XVI para que algunos jesuitas o un agustino, como Gaspar da Cruz, injerten ese objeto de admiración y fascinación perpetuas en el imaginario europeo. ¿Quiere ello decir que la primera impresión no se borrará nunca? No completamente. Decenas de años más tarde reaparecerá la imagen negativa de Calvo y Vieira, como si existiese otra cara de China, una cara negra e inquietante, adecuada para justificar una intervención fulminante.

La ensordecedora resonancia de la expedición cortesiana contrasta con el silencio relativo que envuelve la visita portuguesa a Pekín. La difusión de las cartas de relación de Cortés en Europa y el relevo de los humanistas y los

pintores —Alberto Durero se extasía ante los tesoros de México expuestos en Bruselas— han familiarizado a toda la cristiandad con los esplendores del México indio y de la ciudad de México-Tenochtitlan. Cortés ha hecho todo, incluso enviar un croquis, para instalar la gran ciudad en la mente de los españoles de la corte y, después, en la de los letrados del Viejo Mundo. En el plano de Tenochtitlan publicado en Núremberg en 1524 se añade la ilustración a los textos; probablemente inspira las especulaciones de Durero sobre la ciudad ideal en el tratado de las fortificaciones que publica tres años más tarde en esa misma ciudad. Así, la representación de México, mezcla de elementos indígenas y de reinterpretaciones europeas, participa en la gestación de la ciudad moderna, de una modernidad nacida en la encrucijada de los mundos y el choque de las civilizaciones.

Mucho esplendor, una buena cantidad de sensacionalismo y una valorización de la conquista en todos los sentidos terminan por crear una imagen inolvidable que se grabará durante siglos en la memoria europea. Imposible retomar aquí, en una sola página, todos los elementos que Hernán Cortés nos proporciona, y que son todos fundadores de nuestra visión sobre América y sobre México: la delimitación arbitraria de un espacio territorial, la Nueva España o México; una metrópoli emblemática, México-Tenochtitlan; el énfasis puesto en los mexicas a expensas de sus vecinos, de sus aliados y de sus adversarios, que se prolonga en nuestra fijación con los “aztecas”; la idea de que habría una “religión india”, con sus lugares de culto o pirámides, sus grandes festividades, sus sacrificios humanos; los tesoros enviados al emperador; en fin, la ambigüedad de la mirada posada sobre una civilización suntuosa cuyo exotismo fascina, pero que no se dudará en aniquilar.

A partir de Hernán Cortés, los ibéricos y, después, los europeos harán de México una sociedad detenida en el tiempo, dividida entre un prestigioso pasado prehispánico y una dominación colonial obsesionada con destruir lo que ha sobrevivido desde los tiempos antiguos. Es en ese marco en el que se continúa imaginando México; y es a la conquista cortesiana adonde se remonta la genealogía de nuestra mirada actual. Hoy en día, el altépetl mesoamericano, crisol de todos los mestizajes, reorganizado de cabo a rabo por los colonizadores, sometido a todas las oleadas de la occidentalización y la modernidad, se ha convertido en uno de los monstruos urbanos de América Latina. Así, México se

une a Pekín y Cantón en el club de las megalópolis de un mundo globalizado; no obstante, nunca nos imaginamos México como nos imaginamos las grandes ciudades chinas que escaparon a las colonizaciones. Ese primer siglo XVI del que se ha esbozado aquí otra historia tiene mucho que ver con ello.

El atractivo de la América mexicana sólo retrocede, pues, ante el interés que suscita el Imperio otomano. El éxito de la India hinduista, que tanto hizo soñar a los antiguos y sus herederos de la Edad Media, no fue mayor que el de la China de Tomé Pires. Una vez más las fechas coinciden, si se considera que un país tan extraordinario como el México antiguo, el reino de Vijayanagara, acoge en 1520 a un mercader de caballos portugués que dejará de él una rica descripción; pero será necesario aguardar a que los cronistas João de Barros y Jerónimo Osório se apoderen de él para que el lugar ingrese en el repertorio patentado del orientalismo europeo, sin que jamás, a decir verdad, logre fomentar la fascinación y el interés que alimentaron el Imperio otomano, el Imperio mogol, China o el Japón.³⁸ El Nuevo Mundo mexicano es percibido como algo completamente distinto a una página suplementaria que se añade al atlas del mundo conocido: es la pieza faltante que permite, al fin, pensar al globo en su totalidad; una parte que los europeos se guardarán de dejar escapar.

XII. LA HORA DEL CRIMEN

Es al adquirir Estados en un territorio diverso por su lengua, sus costumbres y sus instituciones, cuando surgen las contrariedades, y cuando se requiere de gran fortuna y gran habilidad para conservarlos [...] Es mejor ser impetuoso que cauto, porque la fortuna es mujer y, es necesario, si se la quiere poseer, forzarla y golpearla.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe**

¿QUÉ MEJOR que “establecer colonias en uno o dos lugares, que hagan como de grilletes de cada Estado”?¹ En 1513, mientras se encuentra exiliado de Florencia, Maquiavelo se interroga sobre la mejor manera de conquistar tierras y conservarlas. Sus reflexiones son principalmente sobre los Estados europeos, pero no excluyen tierras más lejanas, africanas o asiáticas, “de lengua, costumbres y gobiernos diferentes”, ya que se interesa también en la monarquía turca y en el antiguo Oriente. Ahora bien, apenas unos cuantos años después de la redacción de *El príncipe*, la cuestión de la conquista y la diferencia se les plantea bajo la forma más cruda y pragmática a los ibéricos: en Asia y América se han encontrado ante el triple desafío de comprender a unas sociedades nuevas, “ganarlas” y “conservarlas”. Comprender, conquistar y conservar o, más bien, comprender para conquistar y conservar, porque equivocarse significa correr inmediatamente el riesgo de perder la vida. Lejos de las riberas de España y Portugal, lejos del marco familiar del Mediterráneo latino y del mundo antiguo, Hernán Cortés, Tomé Pires, Christovão Vieira y Vasco Calvo han llegado a ser probablemente los primeros europeos que piensan la política fuera del mundo cristiano-musulmán. Por esa razón, debieron de haber tenido un lugar al lado del autor de *El príncipe*, siglos de eurocentrismo no hubiesen purgado a la modernidad de sus periferias “exóticas”.

¿Cómo abordar unas poblaciones de las que no se sabía absolutamente nada, diferentes desde muchos puntos de vista, manifiestamente civilizadas, de la talla de las de China y México? ¿Cómo superar el obstáculo del número, de la distancia y de lo imprevisible? Tanto los españoles como los portugueses tuvieron que responder al mismo tiempo a las mismas interrogantes y a los mismos desafíos; para comenzar, sin saberlo, poniendo en práctica el consejo de Maquiavelo: “poblar en un lugar o dos que sean las claves de tal conquista”.² Llegados por el mar, se apresuraron a procurarse una base en el litoral para mantener lazos directos con el exterior, ya fuese Cuba en el caso de los españoles, o Malaca en el de los portugueses. La fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz, en julio de 1519, o la edificación de la fortaleza y el patíbulo de Tunmen, en 1518, concretan ese objetivo: en ellas es donde Pires y Cortés almacenan material y alojan hombres para protegerse las espaldas antes de emprender la larga marcha que los llevará al corazón de los dos “imperios”.

Queda por lograr que la sabiduría política —la *virtù* maquiavélica— se imponga sobre los azares de la fortuna y lo imprevisible de la situación, aunque ello signifique el uso de la fuerza bruta. En lo concerniente a la *virtù*, portugueses y castellanos se parecen: las similitudes de orden táctico y estratégico, la convergencia de los objetivos y la ambigüedad inherente a las dos empresas —¿misión diplomática, operación de reconocimiento o preconquista?— los revelan como hábiles para la maniobra; por su movilidad, adaptabilidad y capacidad de reacción ante lo desconocido y lo imprevisible, nuestros europeos disponen de ventajas indiscutibles. En lo que respecta a la fortuna —así es como Maquiavelo habla de las circunstancias, de la suerte, del azar—, la realidad china se mostrará más correosa que la mexicana.

Los ibéricos están convencidos, como Maquiavelo, de que deben explotar las disensiones del adversario para lograr lo que buscan y de que es necesario recurrir a la fuerza para alcanzar sus fines; cargan con la responsabilidad de descubrir las discrepancias y los conflictos que fracturan a las sociedades que descubren y en las que penetran poco a poco. Cortés comprende muy rápidamente el partido que puede sacar de los rencores que suscita la dominación de la Triple Alianza: cuenta con la fragmentación del país, aunque menos con las diferencias “étnicas” o “culturales” —que, por supuesto, nunca son abordadas en esos términos— que con la fragilidad de una hegemonía reciente que reposa, si

se le cree, en la amenaza, el chantaje y la brutalidad de las armas; pero explicar el ascendiente de los mexicas sobre sus vasallos indígenas con base en el “temor”³ que infunden también significa privarlos de toda legitimidad y justificar un futuro recurso a la fuerza, es decir, la conquista. A Cortés le corresponde neutralizar el temor que suscita México-Tenochtitlan y hacer de los vasallos de Moctezuma súbditos del emperador, favoreciendo en todas partes, mediante la espada o la negociación, la transferencia de la obediencia. Impresionadas por la fuerza de ataque de los intrusos, un gran número de ciudades indias van a pasarse entonces al partido de los adversarios de la Triple Alianza —un partido que no se percibe, en ese momento, como el campo español y menos aún como el campo de los vencedores—. Lo único que tiene que hacer Cortés es poner hombres, cañones y caballos al servicio de sus nuevos aliados contra “los indios de Culúa, sus enemigos y nuestros”.⁴

Queda también hacer frente a lo imprevisible, aprovechar la fortuna, imponerle determinación y lucidez, es decir, la *virtù* maquiavélica. De cabo a rabo y en todo momento, Cortés da la impresión de que domina las circunstancias, da un vuelco a las situaciones y supera las crisis una tras otra. Su recorrido, que nos presenta casi exento de faltas, parece haber hecho de él un discípulo notable de Maquiavelo, si nuestro hombre no se hubiese construido por sí mismo, a miles de kilómetros de Europa, superando las pruebas que le imponía su descubrimiento.

En cuanto a China, las cosas son distintas, a pesar de que los portugueses no han ahorrado sus esfuerzos por adaptarse a las circunstancias. Vieira y Calvo buscaron diseccionar a la sociedad china; su visión es dualista: el “pueblo” (*povo*) hace frente a los mandarines, como, según Maquiavelo, el *popolo* se opone a los grandes (*grandi/nobili*). El pueblo chino es explotado: “La gente es muy pobre y maltratada por los mandarines que la gobiernan”. Vive amordazada y atenazada por el temor: “El pueblo está tan sometido y temeroso que no osa abrir la boca”. Tal régimen lo impulsa a la revuelta contra el poder establecido: “Todo el mundo desea sublevarse y que lleguen los portugueses”.⁵ En Maquiavelo el odio popular es también lo que desestabiliza al príncipe; éste no debe nunca “hacerse odiar por el pueblo”, porque “la mejor fortaleza que existe es no ser odiado por el pueblo”. “Ser odiado por el pueblo” significa perder su “amistad” y su “buena voluntad”⁶ y, por lo tanto, correr el riesgo de ser

expulsado del poder. Los portugueses de Asia ignoraban que Maquiavelo hacía de esa oposición, recurrente en el meollo de *El príncipe* y los *Discursos*, el engranaje principal de la mecánica política que analizaba.⁷ En la Edad Media,⁸ por lo demás, dicha polaridad era un lugar común, y los cronistas portugueses, como Fernão Lopes, no dudaban en describir la función que desempeñaba el pueblo contra los señores ni en mencionar “los conflictos de los pequeños contra los grandes”.

El pueblo portugués se manifiesta como un actor por derecho propio en el ascenso al poder (en 1385) del maestre de Avis, el futuro Juan I, como si el origen popular de la nueva dinastía y, por lo tanto, del poder real, fuese algo natural.⁹ No es sorprendente que esas ideas hubiesen acompañado a los portugueses en sus peregrinaciones asiáticas y que se las encuentre en Cantón. Como el florentino, los prisioneros de Cantón están convencidos de que apoyando al “pueblo” contra los grandes será fácil apoderarse de las riendas del país. Salvo que los “grandes” a los que se enfrentan Vieira y Calvo no son nobles, sino un cuerpo y una institución de una extensión monstruosa que no podían imaginar ni Maquiavelo ni los nostálgicos del Imperio romano: la burocracia celeste. Ésa es una de las razones por las que el análisis de la situación china que proponen nuestros portugueses se encuentra en las antípodas del de Cortés; y por las que falla: en China, el enemigo por vencer es la emanación de una maquinaria burocrática sin equivalente en Europa occidental, los mandarines; en México, más clásicamente, es una coalición de Estados, dominada desde hace poco tiempo por los mexicas. La cuestión es que, tanto en China como en México, los ibéricos tienen toda la intención de aprovecharse del miedo que el poder provoca.

Los portugueses no cesan de señalar la fragilidad de la dominación de los mandarines y la explotación desenfrenada de las masas, que estarían dispuestas a sublevarse a la menor debilidad de las autoridades: “Se mantienen tranquilos, al mismo tiempo que están ávidos de un cambio, porque son explotados hasta ya no poder, y más aún de lo que yo digo”. La irrupción de las fuerzas portuguesas provocaría sin duda alguna un estado de conmoción que se convertiría en caos: “Esas ciudades se sublevarán pronto y la mayoría de los habitantes se dedicarán a robarse y matarse entre sí, porque no habrá nadie que los gobierne ni nadie a quién obedecer, porque matarán a los mandarines o los pondrán en fuga”. Los

visitantes de Malaca no tendrán nada más que hacer que sacar las castañas del fuego; entonces serán recibidos como libertadores por un pueblo llevado al extremo. En una palabra, y Vieira lo repite en todos los tonos, el pueblo “no quiere a su rey”, rebosa de odio contra los mandarines y aspira a las transformaciones que le procuren la libertad.¹⁰

En toda ocasión, he aquí a los portugueses prestos a jugar a los desfacedores de entuertos. En México, Cortés cuenta con explotar la fragmentación política apoyándose en los señoríos enemigos de la Triple Alianza y, por lo tanto, en las ciudades-Estado, mucho más raramente en las divergencias internas entre los señores y el pueblo común.¹¹ En China es el conflicto social, para no decir la “lucha de clases”, lo que deberá entrañar la caída de los pudientes y dar la victoria a los invasores. Es revelador el hecho de que los portugueses sólo tengan en la boca la palabra *pueblo* y que lo vean sometido a unas condiciones de vida que consideran insoportables.¹² Exagerando un poco, se establecerá una oposición entre los españoles, sumergidos en México en una guerra feudal, de señorío a señorío, donde sólo se trata del vasallaje y de la transferencia de la soberanía, y unos portugueses que se imaginan que fomentan una guerra popular de liberación.

Con esa visión en mente, Vieira concibe incluso la redacción de una proclama, “para publicar la libertad para todos en el país”.¹³ No es la primera vez que emplea el término *libertad*; pero ¿de qué libertad se trata? Se tendrían ganas de compararla con esa “independencia respecto de la tiranía” de la que hablan Maquiavelo y los humanistas florentinos, si el pensamiento político portugués de la época nos fuese más conocido. Libre es el pueblo que se desembaraza de un gobierno tiránico.¹⁴ En todo caso, ¿qué hay de más fácil en China que movilizar a unas poblaciones dispuestas a entregarse al recién llegado?: “No tienen ninguna lealtad [...] ni por su rey ni por su padre o su madre, se contentan con seguir al más fuerte”.¹⁵ La evaluación puede parecer sorprendente si se piensa en la imagen de potencia de que está nimbada la dominación de los Ming; se la comprende mejor si se recuerda que, desde Malaca, los portugueses están cotidianamente en comunicación con los chinos que están marginados de la sociedad, o con las poblaciones de las costas acostumbradas a infringir las leyes para tratar con los piratas y los contrabandistas.

¿Qué hacer del señor de China o del tlatoani? La cuestión se plantea tanto en Cantón como en México. Durante meses, Cortés negocia con Moctezuma, antes de reducirlo a su merced y de tratar de servirse de él para calmar la revuelta de México. En el caso de los portugueses, la figura del emperador chino no se pone directamente en tela de juicio: la corte de Pekín, demasiado lejana, casi inaccesible, sólo aparece sutilmente tras las autoridades cantonesas, la burocracia provincial; no obstante, se considera hacer del emperador Ming un tributario de Lisboa... lo que, no se olvide, es la primera opción ofrecida a Moctezuma.

¿Cómo se llegó a subestimar tanto la capacidad de reacción de unas sociedades infinitamente superiores por su número? En la mente de los ibéricos, la fragilidad del adversario, chino y mexicano, no es únicamente fruto de las circunstancias. La instalación del poder chino o mexica se percibe como demasiado reciente o demasiado impugnada como para que sus cimientos sean suficientemente sólidos. Por consiguiente, esa fragilidad es también un dato estructural: se supone que los interesados la viven como tal. Por la declaración de Moctezuma, los habitantes de México se consideran a sí mismos como extranjeros venidos de otro lugar: “No somos naturales destas tierras”.¹⁶ En cuanto a los chinos, parecen tener “un miedo inmenso de perder el país”, porque, según los portugueses, sus títulos de posesión son marcadamente dudosos.¹⁷ Los visitantes no se andan con rodeos para atribuir a su adversario la inquietud y la mala conciencia de quien se sabe políticamente frágil. En la misma medida en que la percepción del poder mexica es bastante justa —se trata sin duda de un grupo recientemente instalado en el altiplano cuya legitimidad es puesta en tela de juicio—, la interpretación del pasado chino causa perplejidad, a menos que se atenga uno a lo reciente de la dinastía Ming —sólo un siglo y medio de existencia— y a sus sinsabores en la frontera septentrional.

LA VENTAJA DE LAS ARMAS

La fragilidad de la sociedad china se atribuye también a la debilidad de sus fuerzas armadas, al grado de que los portugueses se complacen en considerar la conquista como una guerra relámpago. Con un puñado de navíos y unos cuantos

centenares de hombres, provocarán el desplome del castillo de naipes. Lo mismo se piensa en el caso de México, a condición de ir más velozmente que los mexicas: cueste lo que cueste, Cortés debe hacer que el equilibrio de fuerzas se incline en su favor, neutralizando las adhesiones a la Triple Alianza¹⁸ y controlando o atrayendo las fidelidades vacilantes. Golpear antes de que México-Tenochtitlan recupere la superioridad y de que los aliados indígenas se den cuenta del peligro que representan los españoles.

La debilidad de los ejércitos locales, a pesar de su número y de la renovación constante de sus efectivos, ha asombrado a los ibéricos, si bien esta percepción se expresa de una manera diferente en México y en China. En conjunto, los chinos no son hombres que sepan combatir: “Del nacimiento a la muerte, sólo toman en la mano un cuchillo sin filo para cortar sus alimentos”. La gente del pueblo no tiene armas, ni espada ni flechas: todo lo que saben hacer, si se sienten agredidos, es enterrar los pocos bienes que poseen.¹⁹ En caso de guerra, se encierran en su casa y terminan por rendirse al vencedor, sea quien fuere. Los observadores portugueses han aprendido a distinguir claramente al ejército del pueblo chino. En México, en cambio, todos los indígenas pueden ponerse en pie de guerra, y, por lo demás, se revelarán como unos adversarios temibles en la lucha cuerpo a cuerpo, pero, desventaja importante, no cuentan con armas de hierro ni caballos ni artillería.

La potencia de fuego de la artillería europea ejerce los mismos efectos, en México como en China, sobre las poblaciones locales. Las reacciones de pánico que provoca entre el adversario fortalecen a los ibéricos en la idea de su superioridad, aun cuando, muy a menudo, fue más el susto que el daño. Ya no se pueden contar en las crónicas españolas las escenas de terror desencadenadas por los disparos de los conquistadores; es menos común imaginar que los chinos se sienten igual de estremecidos por los cañones portugueses: “esta cosa les espanta tanto que se llevan un dedo a la boca, porque son gente que no tiene temple”. El pueblo chino carece de coraje, de eso no tienen duda alguna los portugueses.

¿De qué sirve entonces el ejército chino, dado que sí existe un cuerpo armado profesional? Esencialmente, para perseguir a los bandoleros y para reprimir las sublevaciones populares. Su potencia de tiro deja que desear: “Arrojan flechas, y ni siquiera muy bien”.²⁰ El reclutamiento de las tropas tiene lugar entre los delincuentes del derecho común que han sido expulsados de su

provincia y que son unos hombres de armas mediocres. Vieira y Calvo ven en ellos el equivalente de los *degredados* portugueses, esos criminales a los que se expulsa lejos de la metrópoli. Cuentan de 13 000 a 14 000 soldados, 3 000 de ellos en Cantón; pero ¿no serían necesarios al menos 40 000 para enfrentar a un solo soldado malabar de los que apoyan a los portugueses? Los soldados chinos parecen mujeres con sus aires afeminados: “No tienen nada en el vientre, lo único que saben hacer es chillar”.

Las cosas son muy diferentes en lo que respecta a los combatientes mexicanos. Es cierto que, en su caso, Cortés y sus compañeros tienen interés en exagerar la valentía del adversario para acrecentar su propia gloria, mientras que, por el contrario, los portugueses se dedican a menospreciar su valor con el propósito de convencer a Lisboa y Goa de que China se podría invadir sin dificultad. Tanto los españoles como los portugueses saben bien que los ejércitos que encuentran son temibles por sus efectivos, pero están persuadidos de que su propia capacidad de maniobra y técnica, así como su coraje, les permitirán mantener a raya o poner en desbandada a las masas que tienen ante sí.

LOS PLANES DE CONQUISTA

Las mismas causas, los mismos efectos, o casi. La revuelta de México contra los conquistadores y la represión que se abate sobre los portugueses de Cantón empujan a los ibéricos a considerar la conquista militar de unos territorios que se les escapan. En adelante, todos consideran que disponen de las mejores razones del mundo para resolver mediante las armas una situación que ya se ha vuelto insostenible. La “crueldad” y la “falsedad” de los mandarines, que sólo se complacen en saquear los navíos portugueses, la supuesta felonía y la furia incontrolable de los mexicas —la muerte de Moctezuma hace saltar el último freno— pero, asimismo, la inseguridad cotidiana que viven los ibéricos imponen de urgencia, en su opinión, una solución militar. Una solución tanto más natural cuanto que, en la mente de Cortés o, más bien, en su pluma, la guerra sólo es el efecto de un justo intento de volver a poner las cosas en su lugar, una manera de hacerse cargo de la situación, acompañada de un acto de legítima defensa: “En muy breve [la tierra] tornará al estado en que antes yo la tenía”. ¿Qué mejor

manera, en efecto, para presentar a Carlos V bajo el aspecto más favorable el inicio de la conquista?

Los portugueses de Cantón también podían presentar ese argumento, dado que durante algunos años habían disfrutado de una tranquilidad y una libertad de acción muy relativas en la isla de Tunmen. En sus labios, la conquista debe ser una revancha por los sinsabores de la embajada, por las promesas recibidas y no cumplidas; también es una manera de castigar a los despreciables mandarines y, sobre todo, de tener la esperanza de salir de los calabozos cantoneses. Los portugueses tienen la impresión de que todavía pueden hacerse con una fortuna que se les escapa. En lo sucesivo, frente a un adversario irreductible y “monstruosamente” inicuo, ya sea en México o en Cantón, es imposible retroceder, aun cuando se deba procurar evitar todo paso en falso que, según Cortés, amenazaría “encarnar más a aquellos perros de lo que están encarnados, y darles más ánimo y osadía para acometer a los que adelante fueren”.²¹

¿Cómo pasar al ataque? La segunda carta de relación de Cortés, al igual que las de Vieira y Calvo, exponen los planes germinados en el cerebro de nuestros aprendices de conquistadores. En el caso español, Cortés tendrá la oportunidad —siempre la fortuna— y los medios para poner en práctica su programa. En el caso portugués, los proyectos no pasarán de ser letra muerta. Tanto en México como en Cantón, esos testimonios revelan el estado de ánimo de los ibéricos, sus objetivos y sus intenciones a corto y mediano plazo; es como si se pudiese pillar *in fraganti* a los granujas en el momento de preparar una mala pasada. Cuando el objeto del delito se llama China o México, el golpe adquiere las dimensiones monstruosas, las proporciones desmesuradas e inauditas que Peter Sloterdijk ha asociado a la modernidad europea: “Comenzamos a ver los tiempos modernos, en conjunto, como una época en la que unas cosas monstruosas fueron provocadas por unos actores humanos, empresarios, técnicos, artistas y consumidores. [...] Los tiempos modernos son la era de lo monstruoso creado por el hombre”.²²

La “hora del crimen” va a sonar pronto, pero, en lo sucesivo, el crimen o la tentativa adquirirían resonancias planetarias. Nada que ver con las guerras de Italia, ni siquiera con los enfrentamientos debidos a las incursiones berberiscas o a la ofensiva otomana. El actor es ibérico e interviene en el mismo momento a miles de kilómetros de distancia.

Expulsado de México en octubre de 1520, Cortés sueña en primer lugar con rehacer sus fuerzas. Es necesario obtener lo más pronto posible refuerzos de los españoles establecidos en las islas del Caribe. En La Española (hoy Santo Domingo), despacha cuatro navíos “cuatro navíos para que luego vuelvan cargados de caballos y gente para nuestro socorro”; y tiene la idea de adquirir otros cuatro para transportar monturas, armas, ballestas, pólvora y todo lo necesario para la conquista. Sin duda alguna el enemigo es temible, porque tiene en su favor el número, posee ciudades fortificadas y fortalezas y parece resuelto a exterminar a los “cristianos” o a expulsarlos del país. Con los refuerzos expedidos de Cuba y La Española, el conquistador acaricia el proyecto de volver a México, sitiar la ciudad y apoderarse de ella, convencido de lograrlo “en muy poco tiempo”. Ya tomó la iniciativa de construir 12 bergantines para atacar por el lago; los fabrican en piezas desarmadas para después enviarlas por tierra a lomo de hombre, antes de montarlas allá en menos tiempo del que se tarda en decirlo. Mientras tanto, la construcción de una fortaleza y la fundación de una “villa de españoles” en Tepeaca garantizarán la seguridad de las comunicaciones entre el golfo de México y el campamento de Cortés.²³

Los portugueses de Cantón se contentan con proyectar su conquista desde los “calabozos infernales”; conquista que seguirá siendo un sueño de esos cautivos sedientos de venganza y atormentados por su impotencia. Inspirará unas cartas redactadas en condiciones insoportables, al abrigo de la mirada de los chinos e incluso a espaldas de los criados que sirven a los prisioneros: “No puedo escribir más tiempo, porque tengo la mano cubierta de llagas que se abrieron repentinamente”, anota Vasco Calvo al final de su primera misiva, enviada desde la “prisión del juez provincial [...]. Mi cuerpo está lleno de dolor y sufrimiento —añade—; y no tengo la posibilidad de escribir con una pluma nuestra, solamente con un pincel chino que me impide trazar mejor mis letras”.²⁴

Con todo, Vieira y Calvo imaginan la conquista desarrollando un guion tan implacable como el que seguirá Hernán Cortés en México; el proyecto debe de haber dado mil vueltas en sus respectivas cabezas. Nuestros portugueses conjuran el presente hundiéndose en un futuro al que aspiran con todas sus fuerzas. Saben también que, en caso de un ataque portugués y un fracaso, arriesgan la piel. ¿Es muy diferente el Cortés expulsado, vencido y perseguido que se preocupa después del desastre de la Noche Triste? Su segunda carta de

relación a Carlos V (de octubre de 1520) todavía no suena a literatura triunfal y triunfante, escrita después de los hechos, en la excitación del éxito. El conquistador y los suyos se han visto a dos dedos de desaparecer en la revuelta de México, y, si las poblaciones indias saben aprovechar su derrota, habrán acabado, nadie lo duda, tanto con sus sueños como con sus vidas. Los planes de conquista, de Hernán Cortés o de los portugueses, son también llamamientos de ayuda dirigidos a unos soberanos demasiado lejanos.

La conquista portuguesa tendría que limitarse a la provincia de Cantón y a las costas de la China meridional. La invasión de esta última se planea rápidamente, pero más para convencer a Lisboa de la factibilidad de una intervención más restringida que como un objetivo real. Se empezará por tomar el control del delta del Río de las Perlas y por aniquilar al mayor número posible de vasallos enemigos. Como no se llegó a nada con 300 hombres —una alusión al fracaso de Alfonso de Mello en 1522—, serán necesarios 200 o 300 más para apoderarse de las aldeas situadas en las islas del delta —Nantong u otra mejor aún—, navegar y remontar los ríos, destruir todas las embarcaciones y acorrallar en todas partes a los chinos. Se incendiarán las riberas del río “para limpiar todo a fin de que pueda operar nuestra artillería y que los chinos no se instalen en ellas para arrojar flechas, protegiéndose detrás de las casas”, e insisten: “Hay que prender fuego para despejar todo sin que quede una sola casa”.

Todo está meticulosamente detallado: el uso de la artillería, la elección de un sitio para el desembarco cerca de la puerta principal de Cantón y el empleo de tres piezas de artillería para destruir dos puertas reforzadas con planchas de cobre.²⁵ En un medio día y con buen viento, se debería poder llegar a Cantón por la tarde del mismo día. Al sur de la ciudad, se encontrará con qué aprovisionar a 20 000 hombres: con pescado, arroz y carne. Entre Nantong y Cantón, Anung-hoi, que dispone de una rada protegida de los vientos, tiene suficientes piedras de talla para construir una fortaleza del tamaño de la de Goa. La flota que lleven los portugueses emprenderá la limpieza de los ríos del delta. Los mandarines no tendrán más opción que rendirse, a menos que prefieran evacuar la ciudad y emprender la huida; y Cantón caerá en manos de los portugueses.

Que no se imagine que la empresa exige medios inmensos; no más que la conquista de México, que se hará sin ningún refuerzo de España. Para Calvo, apenas un millar de hombres será suficiente; con una sola galera portuguesa, se

pondrá a la ciudad de rodillas. Vieira, más ávido de brazos o más realista, estima las fuerzas necesarias en dos o tres millares de hombres. Una vez en la ciudad, no se tendrá nada más que hacer que saquear los palacios de los mandarines, que rebosan de oro, plata y mercaderías: se tomará el del gran tesorero *pochenci*, donde se encuentra el tesoro real (*fazenda do rei*), y, después, la prisión del gobernador de la provincia de Cantón (*conchefaa* o *chanchefu*), sin olvidar otras dos “factorías”. La cacería de los tesoros que prevén nuestros portugueses recuerda un episodio famoso del saqueo de México, cuando los españoles tratan desesperadamente de echar mano a las joyas de los indígenas arrojadas a las aguas del lago. También se apoderarán de los graneros de arroz, que se venderá a los habitantes hambrientos, porque la ciudad ya no será abastecida desde el comienzo de las hostilidades. Se distribuirá una parte en salarios a los obreros de las fortalezas que los ocupantes cuentan con edificar, teniendo cuidado de pagarles mejor que como lo hacían los mandarines y sin que ello le cueste un real a Lisboa.²⁶

No por ello se dejarán de respetar las formas. Antes de desencadenar las hostilidades, se expedirá un mensaje, un “recado” a las autoridades de Cantón por medio de un “negrito cafre”, cuya suerte funesta no osa uno imaginar. Es el equivalente del “requerimiento” que los españoles practican en América: hará recordar la suerte injusta acaecida al embajador Tomé Pires, denunciará las agresiones cometidas contra los bienes, los bajeles y los soldados portugueses. Si el embajador no es entregado a los suyos o si la respuesta tarda demasiado, las represalias serán despiadadas.²⁷ Tanto en México como en China, el tono es conminatorio.

LA HORA DEL CRIMEN O LA GUERRA A SANGRE Y FUEGO

Tanto los portugueses como los españoles saben que el mejor medio de imponerse por la fuerza es aterrorizar a las poblaciones. Los hombres de Cortés no se cansan de dar muestras de su experiencia práctica, comenzando por las acciones cometidas en los primeros enfrentamientos que los oponen a los indios de Tlaxcala. En Izúcar, algún tiempo después, “las cien casas de mezquitas y oratorios muy fuertes con sus torres [...] todas se quemaron”.²⁸

Los portugueses están también completamente resueltos a practicar una guerra a sangre y fuego, a la manera de Cortés, para “dar miedo a los chinos”: “Para empezar, Señor, que se los pase a todos por la espada y el fuego, porque eso es claramente lo que merecen los enemigos desde el principio”.²⁹ A propósito de la plaza de Nantong,³⁰ en la desembocadura del Río de las Perlas, “se debe destruir el lugar [...] se debe tomarlo y quemarlo por completo, todo debe ser devorado por las llamas, eso es lo que deben esperarse los habitantes que allí se encuentren”. Se cometerán “grandes destrucciones sin dejar absolutamente nada, para espantar a la gente”; se aplicará la táctica de la tierra quemada: “Que ninguna cosa china escape al fuego”. Se incendiarán todos los juncos que no se puedan transformar en bajeles de guerra; y se seguirá una consigna de la que los hombres de Cortés no habrían renegado: “Que la guerra se haga sin miramientos por doquiera que fuere posible”.

La intervención de las armas portuguesas será tan disuasiva que el pueblo ya no tendrá miedo de los crueles mandarines. Para mantener a las fuerzas chinas a raya, ¿no basta con saber “mostrar los dientes”? Por lo demás, los portugueses manifiestan una confianza absoluta en su potencia de fuego: “Esa gente no tiene ningún medio de defensa, les basta oír el bramido de una bombardas para que huyan a nuestras colinas y escuchen lo que quieren hacer los portugueses”.³¹ Con todo, es necesario que las operaciones sean llevadas a cabo lo más rápidamente posible, para no dar tiempo a las autoridades provinciales de regresarse o recibir refuerzos.

LA POSGUERRA EN CANTÓN

Las fuerzas de ocupación pondrán Cantón bajo su dominio mediante la construcción de dos fortalezas. Para mantener a la ciudad bajo la artillería portuguesa, comenzarán por edificar una aldea fortificada al norte de la población; las pagodas de los alrededores proporcionarán un excelente material de construcción. Como en México, el desmantelamiento de los santuarios paganos está en el orden del día. Una segunda fortaleza completará la disposición: se elevará al borde del agua, donde se encuentra el embarcadero de los mandarines. Todo está especificado y contabilizado: el número de soldados

instalados en la guarnición, su relevo cada tres o cuatro meses; las tropas de ocupación vigilarán el cierre de las puertas de la ciudad. Se reclutará en el lugar, en los barrios, a los “serenos” encargados de vigilar a los habitantes, “porque es el uso y la costumbre, y se les dotará con tambores tomados de las casas de los mandarines”.³²

Las fortalezas serán construidas en unos cuantos días gracias a las piedras de talla, a la madera y a la cal que se encuentran en todas partes y, sobre todo, a la mano de obra, que abunda. Esa cuestión ocupa mucho a los portugueses: las masas chinas son aptas para proporcionar trabajadores dóciles, capacitados y baratos que será necesario saber explotar. Todo ese pequeño mundo que ya se imaginan apresurarse en masa a ponerse al servicio de los europeos —“vendrán cien mil”— construirá galeras, veleros, juncos y, por qué no, como en México, bergantines. La vigilancia de las puertas, su cierre por la noche, la distribución de las guarniciones portuguesas, la puesta de la ciudad bajo su tutela, todo, por consiguiente, ha sido pensado, pesado y sopesado, todo es discutido entre Vieira, Calvo, Tomé Pires y otros en el transcurso de sus interminables jornadas de cautividad. Un programa que deberá llevarse a cabo rápidamente: “Se necesitará menos tiempo para hacerlo que para escribirlo”.

¿Cómo mantener a la región bajo su dominio? Los portugueses de Cantón prevén construir fortines en todas las ciudades que ocuparán. Para defender el litoral y las islas cercanas se erigirá una fortaleza en cada población principal, mientras que medio millar de portugueses patrullarán el “brazo de mar”. Otros fortines vigilarán las ciudades que se levantan al margen de los ríos. Todos esos fuertes recibirán guarniciones de una cincuentena de hombres llevados de la India y encargados de recaudar los impuestos de los indígenas: “Todos tendrán empleo y todos serán ricos, y todo se hará a la manera del país”; porque se innovará lo menos posible: se observarán tanto como pudiere hacerse los usos y las costumbres locales, el “estilo de la tierra”. Las masas deberán seguir arrodillándose ante las autoridades, para no perder los buenos hábitos, y el látigo seguirá siendo administrado a los delincuentes por un sí o por un no, “porque las gentes son malvadas”.³³

No se tocará al rey de China, a condición de que sepa mostrarse razonable y acepte entregar cada año un junco cargado de plata para evitar que los trastornos ganen sus otras provincias; condición que consistía en imponerle la soberanía de

aquel al que los chinos trataban de “rey de los ladrones”, Manuel de Portugal. Por lo demás, como ya se ha visto, es lo que, en México, los castellanos habían comenzado por ofrecer a Moctezuma, proponiéndole que reconociera a Carlos V. Esas pretensiones, alucinantes de parte de los europeos, confirman que la hora del crimen ha sonado claramente en los dos extremos del globo.

EL PROYECTO COLONIAL

La conquista debe ser rentable, tanto en el corto como en el largo plazo. La región de Cantón se perfila como una gallina de los huevos de oro: “Tal es la importancia de la comarca y tales son los beneficios que ofrece”. A ojo de buen cubero, la ciudad podrá pagar 50 000 taeles de plata, y las aldeas entre 20 000 y 30 000. Por sí solas, las ciudades del delta aportarán ingresos considerables. El jengibre, que se encuentra en ellas en gran cantidad, y la canela, “muy fina”, llenarán las calas de los navíos portugueses. Cantón, “una ciudad tan bella y tan populosa”, habrá costado finalmente mucho menos cara que Goa a la Corona: “En ninguna parte del mundo se encontrará una tierra tan rica para someterla, y cuanto más fuerte sea nuestra presencia, tantas más riquezas se sacarán de ella”.

La guerra y la interrupción del comercio exterior deberán propagar el desbarajuste en China. Reaccionando al marasmo que la invasión entrañe, la provincia de Cantón se sublevará y el interior la seguirá.³⁴ Vieira es consciente de la tensión que ha provocado la decisión imperial de cerrar la región a los extranjeros y ve en la intervención portuguesa la mezcla explosiva que destrozará al Imperio celeste. Las fábricas de porcelana y las sederías del interior no tardarán en comprender las utilidades que tendrían tratando con los portugueses y trabajando para ellos.

Porque el objetivo de los portugueses supera la pura y simple depredación. Calvo prevé la explotación sistemática de los recursos de la región en el marco del Asia portuguesa: estableciendo en el lugar “otra *casa da India*”, mandando oro y plata a la India, si los necesitan allá, y enviando materias primas, “cobre, salitre, plomo, alumbre, estopa, cables, todo el hierro [posible], quincallería y brea”. Si la India portuguesa tiene necesidad de navíos, se fabricarán en el lugar “galeras, galeones y naves”, aprovechando la madera, los carpinteros chinos, que

“pululan como parásitos”, y la ayuda de todo tipo de artesanos. Sin que se tenga nada, claro, que exigir a los portugueses establecidos en el lugar. Se abrirá una “*grande factoreria*” para la pimienta de Pazem, Pedir (Sumatra), Patane y Banda, cuyo monopolio se reservará a la Corona, y se llenará instantáneamente con mercaderías chinas que deberán ser muy rentables.³⁵

Una vez completamente dominada la región, se extenderá el radio de acción de la “presencia” portuguesa. Desde la provincia de Cantón, se atacará la de Fujian con una flota de unos 40 navíos y con una fuerza de 600 a 700 hombres. Esa provincia, a su vez, se hará tributaria de Lisboa, adonde enviará cada año al menos un cargamento de plata, siendo que lo ideal será dividir en dos los recursos de la provincia, la mitad para el rey de Portugal y la mitad para los conquistadores. La operación será puro beneficio: “Se obtendrá otra India, igualmente rentable y durante mucho tiempo; cuanto más numerosos sean los habitantes, tanto más aumentarán las ganancias y mejor se someterá la provincia, y es así como todos los portugueses se harán muy ricos, pues la tierra se presta mucho para ello”. Una vez sometido el “gobierno de Fujian”, se proseguirá hasta las islas Ryûkyû. Ese archipiélago, que desde hace mucho tiempo comercia clandestinamente con la costa china y constituye una de las grandes plataformas comerciales de toda la zona, posee riquezas en oro, cobre y hierro, además de ser un gran comprador de pimienta.

Lo que los portugueses no saben todavía es que las islas Ryûkyû son la puerta a otra potencia de la región, el Cipango de Marco Polo y de Cristóbal Colón, el Japón. Ocupando progresivamente todo el litoral de la China del sur, los portugueses restablecerán las relaciones con los grupos de mercaderes, que tenían el hábito de ir a Malaca antes de la llegada de aquéllos y que desde entonces se conformaron con Patane.³⁶ Dicho de otra manera, los prisioneros de Cantón prevén y planifican un dominio completo sobre el comercio del mar de China. Eso es probablemente lo que Manuel de Portugal tenía en mente y que los portugueses habían querido empezar a establecer, imponiendo su ley a los siameses que trataban de relacionarse con Cantón.

Lo último, aunque no por ello menos importante: la exportación de mano de obra capacitada a la India portuguesa —o la deslocalización de la mano de obra, si se acepta el anacronismo— ofrecerá otras perspectivas atrayentes al integrar aún más la región cantonesa al Asia portuguesa; y ya se imaginan los navíos

portugueses transportando artesanos chinos a los puertos del océano Índico: “carpinteros, albañiles, herreros, tejeros, serradores y todos los oficios, con sus mujeres”.³⁷ En México, en cambio, los españoles, menos afortunados, son quienes deberán formar la mano de obra indígena para hacer de ella herreros, tejedores o panaderos, ¡antes de poder explotarlos a su antojo!

EL RUDO APRENDIZAJE DE LA COLONIZACIÓN

Se supone que la ciudad, china o mexicana, una vez conquistada y en parte destruida, debe recibir la huella de sus vencedores. Se la conmina a adaptarse a las exigencias militares, comerciales y políticas de los europeos. Aprovechando la destrucción causada por los combates, los ibéricos prevén reorganizar en todas partes el tejido urbano. Tanto en China como en México, españoles y portugueses están resueltos a dismantelar los templos y los palacios de los indígenas: de ellos se extraerá el material para construir las fortalezas en México y Cantón. En México, donde los conquistadores alimentan preocupaciones evangelizadoras que están totalmente ausentes en el caso de los portugueses de China, se cuenta también con servirse de las piedras de las “mezquitas” para edificar las iglesias cristianas.

Llevadas a buen término con un gran acompañamiento de mano de obra explotable a su merced por haber sido vencida, las obras no implican la transformación radical de la ciudad indígena en una ciudad europea. En el caso de Cantón, la intención es tomar de la India explícitamente el modelo para una de las dos fortalezas que se ha previsto erigir allá: deberá inspirarse en la de Calicut, que había sido construida en 1513 con el acuerdo del soberano local.³⁸ En el caso de México-Tenochtitlan, la decisión de Cortés de hacer de ella la capital de la Nueva España impide toda política de tabla rasa, aun cuando la metrópoli india ha sufrido enormemente por el sitio y aun cuando los vencedores estén muy resueltos a dejar su huella en ella.

Ese momento debería figurar en el meollo de toda historia urbana, porque no solamente se confrontan y enfrentan unas tradiciones milenarias —la europea, la asiática y la amerindia—, sino que la situación engendró, en América al menos, un objeto sin precedentes: la ciudad colonial de imposición europea. Los

proyectos urbanos de los portugueses sólo serán virtuales. Cantón se mantiene intacta e inconsciente del destino que se le quería reservar; Pekín se desembaraza de sus visitantes, mientras que los españoles se apoderan de México, penetran en un montón de ruinas y se preocupan por la reconstrucción. Los estragos causados por la guerra son incalculables. Las semanas de sitio expusieron al fuego y al cañón españoles las estructuras de la ciudad, las calzadas, los barrios populares, los palacios y las pirámides. La agonía de la ciudad mexicana pasa por la exterminación de sus defensores y el éxodo de los sobrevivientes. La conmoción provocada en el espíritu de los indios por la caída de México-Tenochtitlan es inconmensurable.

A pesar de todo, el altépetl mexicana tendrá una segunda vida, inspirando un nuevo modelo: la ciudad colonial, la que, bajo diversas formas, se copiará de un extremo a otro del continente. Ahora bien, los españoles no se contentarán con fortificarse en las plazas conquistadas, como los portugueses descontaban hacerlo en China, o con reorganizarlas a su gusto, como lo harán en México: construirán ciudades nuevas siguiendo un programa sistemático de ocupación del suelo que consiste, según los propios términos de Hernán Cortés, en localizar qué región hará “una provincia aparejada para poblar”, en “[identificar] los asentamientos que había en [ella] para hacer el pueblo”, en “trazar y formar el pueblo y hacer una fortaleza”.³⁹

Al erigir ciudades nuevas, los conquistadores introducirán una toponimia de origen europeo que coexistirá hasta nuestros días con la toponimia indígena: la Puebla de los Ángeles, la Valladolid de Michoacán, la Antequera de Oaxaca, etc. Pero esas creaciones coloniales sólo serán la parte emergida de una gigantesca apropiación del suelo, de los hombres y de la naturaleza: apropiación que engendrará a América Latina.

No se vaya a creer que los ibéricos únicamente tenían a la mano el mapa de la conquista o la carta de la diplomacia. Nuestra confrontación da preferencia a dos casos antitéticos, tanto por las tierras de que se trata como por los resultados obtenidos; y obliga a situar los éxitos occidentales en la perspectiva de los fracasos orientales, y viceversa. Por lo demás, no hay otra manera de obtener una visión global de esa etapa de la mundialización ibérica. Los últimos años del siglo xv y los primeros del xvi son tiempos de un andar a tientas y de una afinación, casi tan variados como las tierras que visitan entonces castellanos y

portugueses. Se sabe de la desastrosa experiencia que los españoles causaron en la región del mar Caribe; África reserva otros ejemplos.

Ya a partir de 1489, los portugueses habían establecido contactos relativamente pacíficos con el reino del Congo, y pusieron a ese país bajo la soberanía de Lisboa. No hubo invasión ni guerra ni siquiera tributo, sino una serie de lazos que marcaban la superioridad de Lisboa sobre la “provincia bárbara”.⁴⁰ A la alianza con el rey europeo y a la prédica del cristianismo se añadió una especie de “colonialismo didáctico”,⁴¹ de aculturación sin lágrimas, con la formación de las élites en la metrópoli y la puesta al nivel material, técnico, militar, judicial y administrativo del reino africano. La difusión de la escritura debía desempeñar una función crucial en ese contexto. En cuanto a lo ocurrido efectivamente, los excesos de los portugueses de África, más interesados en hacer esclavos que en “civilizar” el Congo, más inclinados al contrabando de armas que a dar ejemplo a los nativos, terminaron por sabotear ese proyecto de colonización; sin que, no obstante, el rey del Congo llegase a renegar del catolicismo, puesto que en 1539 se dirigió a Pablo III para someterse en todo al papado.

La vía congoleza difiere tanto del episodio chino como del episodio mexicano: ni fiasco ni conquista, sino los tortuosos caminos de la corrupción y los negocios con un fondo de élites catolizadas. Una vez más, los comienzos del siglo XVI imprimieron su huella durable en las relaciones entre los europeos y el resto del mundo. Es cierto que el África portuguesa no se limita al Congo, pero ese ejemplo basta para recordar que, entre el Occidente amerindio y el Oriente asiático, África también pesó con todo su peso, y no solamente la de los puertos exportadores de marfil y esclavos. Se deja al historiador, y a los lectores que le queden, el ejercicio de pensar la diversidad de las situaciones, la singularidad de las trayectorias y la complejidad de los lazos que ya las hacen indisociables.

XIII. EL LUGAR DE LOS BLANCOS

El lugar de los blancos estaba marcado en cruz en los sistemas de pensamiento fundados en un principio dicotómico que, etapa tras etapa, obliga a desdoblar los términos. De esta manera, la creación de los indios por el demiurgo hacía por ello necesario que éste hubiera creado a su vez también no-indios.

CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *Historia de lince*

CHINA y México se integran al imaginario europeo desde la primera mitad del siglo XVI. ¿Ocurrió también lo opuesto? ¿O nos encontramos ante un rasgo específico de la cristiandad latina y una de las condiciones de la modernidad europea: la expresión en palabras, imágenes y mapas del resto del mundo? En efecto, es mucho más difícil evocar las imágenes que los chinos y los mexicanos se formaron de las tierras ibéricas, suponiendo que esas imágenes hayan existido algún día. Tanto los asiáticos como los amerindios se hacían preguntas sobre la naturaleza de sus visitantes y su país de origen, pero unos y otros se encontraban ampliamente en desventaja en comparación con unos europeos que habían recorrido la mitad del mundo con la firme intención de descubrir nuevas tierras, nuevas poblaciones y, más aún, nuevas riquezas.

LA VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Los indios que serán enviados a la península ibérica en el transcurso del siglo XVI se formarán una idea concreta de la cristiandad latina, y los que permanecerán en México, una vez evangelizados e hispanizados, aprenderán a imaginar la tierra de sus vencedores. El acceso a los libros y mapas y las conversaciones con los españoles les ofrecerán toda clase de conocimientos e ideas sobre la otra ribera de la mar Océano; pero no se ha conservado huella alguna de lo que se asemejaría de su parte a un esfuerzo deliberado y sistemático

de información y descripción de las tierras lejanas. En el siglo xvii los escritos del historiador indio Chimalpahin, cada vez que se refiere a Europa, son pura y simplemente calcos de obras que pasaron por sus manos. Retiene notablemente la información que el impresor y cosmógrafo alemán Heinrich Martin había puesto a disposición de sus lectores en la Nueva España;¹ dicho de otra manera, ningún indio nos transmitió su visión personal de la España o del Viejo Mundo, y las que sin duda alguna desarrollaron permanecieron sin posteridad escrita, condenando a la mirada europea a permanecer sin su contrapartida india.

Existe una manera, quizá, de encontrar algunos fragmentos de ese imaginario. Los *Cantares mexicanos* son unos poemas en náhuatl que retoman en una versión colonial el trabajo de creación de los bardos prehispánicos: hormigean de visiones sobrecogedoras, algunas de las cuales, excepcionalmente, mencionan la Roma pontificia, una Roma indianizada en cuyos palacios están pintadas unas mariposas de oro.² En México algunas fiestas españolas también representaban, bajo una forma teatral o alegórica, las tierras mediterráneas y orientales, como la isla de Rodas o Jerusalén. Las honras fúnebres solemnes de Carlos V dieron lugar a una puesta en escena de varios episodios de la historia europea. A partir de esos fragmentos y chispazos, se puede imaginar un poco de qué podía estar compuesta la visión india del país de los invasores; pero hay una gran distancia entre la idea de que existe otro mundo en el Levante y el conocimiento directo, empírico y físico del corazón de la cristiandad. No se trata de insinuar que los europeos pudieron haber tenido unas cualidades de videncia de las que los otros estaban desprovistos. No resulta menos cierto que los indios del Renacimiento perdieron la batalla de la mirada; no sólo no contaron con los medios para construir y transmitir la imagen de su propio mundo a los europeos —con algunas excepciones, pues los misioneros y los cronistas castellanos fueron quienes monopolizaron esa tarea—, sino que nosotros seguimos teniendo la facultad de crear lugares comunes y de imponerlos al resto del mundo. Poco importa que un México balneario y gastronómico haya suplantado hoy en día la imaginería elaborada en el siglo xvi, reduciendo aún más el campo de nuestra visión. Todavía es el Occidente —pero ¿por cuánto tiempo más?— el que fija la imagen del otro, frecuentemente con el concurso apresurado del interesado.

¿Tuvieron los chinos una voluntad particular de interesarse por sus visitantes? En ese caso, el contexto es diametralmente opuesto. Los indios atacados, invadidos y después colonizados, tenían todo el interés por conocer a sus agresores; los chinos, no. El incidente portugués dejó huellas que no tienen nada de comparable con la conmoción desencadenada por la conquista española. Las fuentes oficiales del Imperio celeste conservan el recuerdo de una curiosidad, pero ésta no llega nunca a ser un deseo obsesivo de saber, escribir y explicar para poseer. Como ya se ha visto, ven, describen físicamente a los intrusos e insisten en su estatura, en el color de su piel, en la forma de su nariz y sus ojos, en su cabellera y en su sistema piloso;³ especulan sobre su origen geográfico y les atribuyen una serie de hábitos bárbaros, llegando incluso a mencionar la antropofagia.

Es poco, se pensará, tratándose de un primer contacto con los ibéricos, pero es suficiente, si los intrusos pasan por no ser más que vulgares piratas; no obstante, uno imagina que los chinos de Cantón y los de Pekín o el emperador Zhengde en Nanking tuvieron muchas veces la ocasión de pedir a sus visitantes que les describieran Portugal y el mundo del que provenían. Si existen testimonios escritos de ello no llegaron a Occidente, nada, al menos, que haya contribuido a echar las bases de un saber acumulativo sobre Europa y Portugal. Los otros chinos, los habitantes humildes de las costas, los chinos de la diáspora, los funcionarios atentos a sacar provecho del pasaje del menor visitante, sólo debían saber de él lo suficiente para hacer negocios y contar con algunas nociones básicas que hacían superfluo y casi una desventaja el hecho de profundizar. La mayoría de los indios de México compartían probablemente ese enfoque, después de todo banal, sobre las cosas y la gente. No todos los europeos eran espías o etnólogos en ciernes.

LA PRESIÓN DE LOS BÁRBAROS

La estrechez de la curiosidad oficial se relaciona probablemente con la manera como la corte china trata a los extranjeros y con la condición que les atribuye. Los portugueses venían de un país desconocido para los chinos y no inventariado en la nomenclatura de los Estados tributarios. Ahora bien, las relaciones de

China con el mundo exterior estaban extremadamente codificadas, al grado de que la *Suma oriental* de Tomé Pires, escrita antes incluso de que éste hubiese pisado el suelo chino, aborda esa particularidad.

Para despachar una embajada a Pekín, era necesario mostrar las cartas credenciales; es decir, formar parte de los reinos reconocidos como vasallos del Hijo del Cielo. La regla prescribía entonces que se pagara tributo, y ese mismo tributo era lo que ofrecía la posibilidad de los intercambios comerciales. Aun así, todavía faltaba que Pekín aceptase la embajada y el tributo. La particularidad china de vincular la diplomacia y el comercio no dejaba alternativa en caso de rechazo; a menos que se tratara —para los que tenían los medios para hacerlo— de emprender la guerra y apoderarse de los bienes a los que la corte de China les prohibía el acceso.

Esas prevenciones no se manifestaban únicamente con respecto a los extraños visitantes del sur. En realidad, las relaciones con los vecinos del norte, mongoles y otros nómadas, eran un tema eterno de preocupación; debido a su natural turbulento, sin duda, aunque también porque el gobierno imperial se revelaba incapaz de adoptar una línea clara y atenerse a ella. Durante una buena parte del siglo xv, la política china frente a los mongoles y a los nómadas del norte dio lugar a múltiples tergiversaciones en las que se expresaba más el juego de las facciones en Pekín que la búsqueda de una forma adecuada de contrarrestar las amenazas que pesaban sobre la frontera. Ahora bien, recuérdese que los problemas de los portugueses se relacionaban tanto con las peripecias de la vida de la corte como con lo que representaban los recién llegados.

A mediados del siglo xv, la derrota de Tumu, al noroeste de Pekín, no lejos de la Gran Muralla, se convirtió en desastre para la dinastía Ming. La captura del emperador Zhengtong asestó un golpe que pudo haber sido mortal para la dinastía. Así pues, los Ming deben renunciar definitivamente a hacerse con el control del mundo de las estepas; su prestigio militar no se repondría nunca de ese hecho: en lo sucesivo, el ejército chino sería el talón de Aquiles de China, algo de lo que los portugueses primero y después los españoles tendrían más de una ocasión para darse cuenta.

Después de la derrota de Tumu y por primera vez desde el ascenso de los Ming al poder, la estepa del desierto de Ordos —en el meandro del río Amarillo, hoy en la Mongolia interior— cae en manos de los mongoles y se encuentra en

el meollo del “debate militar” que desembocaría en la construcción de inmensas líneas defensivas, entre las que descuella la Gran Muralla Ming. Comenzada en 1474, la realización de esa obra movilizó a 40 000 trabajadores y costó un millón de taeles de plata. En la segunda mitad del siglo xv, los esfuerzos por la unificación de las tribus mongolas y el auge del reino de Turfán, al oeste, representaron nuevas amenazas al norte del país, mientras que la corte seguía estando dividida en lo concerniente a las medidas que debían tomar. En 1488, Batu Möngke, un descendiente de Gengis Khan, se proclamó Khan de los Yuan, Dayan Khan, y se dedicó a reunir en torno a sí a todos los pueblos de la estepa. Más de 20 años más tarde, eliminó a su rival Ibrahim y, después, entre 1508 y 1510, metió la mano sobre el desierto de Ordos y le confió el mando de la región a uno de sus hijos.⁴ En 1520, un nieto de Batu, Bodi Alagh, recibió el título de Khan, mientras que otros dos de sus descendientes se establecieron sólidamente en el meandro del río Amarillo. Todos la tomaron en contra del Imperio, que se rehusaba a participar con ellos en un sistema de intercambios. Es en esa época cuando nuestros portugueses acarician el proyecto de conquistar la China del sur.

En Pekín la defensa de las fronteras ha terminado por ser tanto un reto como un pretexto para las luchas políticas, al grado de que se remite a un segundo plano toda estrategia de largo plazo. La construcción de las líneas de defensa sigue siendo, en principio, el único punto de acuerdo posible entre las facciones; sin embargo, la proposición de Yu Tzu-Chun, el ministro de Guerra (muerto en 1485), que iba en ese sentido, tropieza con la oposición de los eunucos, que harán bloquear las obras. Durante aproximadamente 50 años, los grandes trabajos son, por así decirlo, abandonados en favor de intervenciones esporádicas.

De nada le sirve al emperador Zhengde declararse favorable a la reconquista del Ordos: el proyecto dura poco en beneficio de la edificación de nuevas murallas, pero las obras prácticamente no avanzan. Cuando el emperador decide volver a tomar la ofensiva, sus tropas se alzan con una victoria sobre los mongoles en 1517 al sur del río Dantong;⁵ no obstante, el triunfo carece de mañana. Las cosas no mejoran prácticamente bajo su sucesor, Jiajing (1522-1567). En 1540 el poder sigue dudando: ¿ofensiva de reconquista o contemporización y transigencia?

LA ALERGIA AL EXTRANJERO

Para compensar la debilidad o indecisión del poder imperial, faltaba la firmeza de un primer ministro o de un jefe del ejército capaz de imponer soluciones enérgicas y de aplicarlas de manera perdurable. Los obstáculos eran numerosos: ¿cómo reunir y alimentar a los 150 000 hombres que en 1472 se consideraban necesarios para limpiar la frontera y vencer al enemigo? Para ello, habría sido necesario desguarnecer la capital y traer tropas de otras regiones del Imperio. ¿Cómo, igualmente, superar el temor que suscitaban los jinetes nómadas capaces de poner en fuga a miles de chinos poco aguerridos? La explotación de la población local, reclutada para las grandes obras y alejada de las actividades agrícolas, planteaba muchas otras dificultades; y, más aún, las acarreaaba la obtención de los fondos indispensables para el mantenimiento de las interminables líneas de fortificación, atacadas sin cesar por la erosión y la intemperie.

A esos obstáculos, se añadía la percepción que la alta administración tenía de los extranjeros del norte. Los medios letrados se mostraban tradicionalmente hostiles a todo acercamiento con los bárbaros. Muy lejos de las fronteras, en el sur de China en especial, la distancia que separaba a los chinos de los mongoles parecía inconmensurable. La búsqueda de un rigor confuciano en las academias del sur iba de par con una alergia radical a los bárbaros: se hacía de ello una cuestión de ética, y la ética era el fundamento del Estado. Esa actitud, que correspondía a una visión idealista e idealizada del mundo y, por lo tanto, indiferente a toda forma de *Realpolitik*, parece haber tenido su apogeo en la era de la dinastía Song. En épocas de debilidad dinástica, el repliegue sobre China, calificado a veces de “culturalismo chino”,⁶ tenía la tendencia a aumentar y concretarse; y servía para apoyar las críticas de la burocracia letrada contra el poder establecido cada vez que parecía indeciso y poco seguro de sí.

Asimismo, era necesario contar, de una manera más prosaica, con la xenofobia que suscitaban los nómadas. La ignorancia y el desprecio por el mundo de la estepa predominaban incluso cuando, paradójicamente, el desastre de Tumu (1449) había asestado la prueba incuestionable de la superioridad militar de los bárbaros. Otros, no obstante, más familiarizados con los nómadas del norte, temían que los proyectos de conquista fuesen vanos y creían que

solamente la apertura comercial sería capaz de estabilizar las relaciones entre las dos partes. No dudaban en reclamar una política que había sido el éxito de la dinastía Tang, de los Yuan e incluso de los primeros Ming; pero los partidarios del acuerdo y de la contemporalización no eran nunca lo suficientemente influyentes como para imponer sus puntos de vista: en ocasiones, se los consideraba como traidores cuyas artimañas desembocarían en una paz humillante para China. El sucesor de Zhengde, el emperador Jiajing, detestaba a los mongoles; incluso le parecía tan humillante e insoportable mantener relaciones con los bárbaros que exigió que se redujera el carácter *Yi* (bárbaro) a un tamaño insignificante.⁷ Cuando ascendió al poder, todavía era demasiado joven como para manifestar la misma repulsión contra los portugueses; y el responsable de su ascenso al trono, el primer ministro Yang Tinghe, fue quien se encargó de liquidar la embajada portuguesa. Pero la anécdota refleja un clima del que, con mucha frecuencia, con razón o sin ella, los extranjeros pagaron los platos rotos.

Por consiguiente, todo intento de los mongoles por establecer relaciones diplomáticas y comerciales con el Imperio iba al fracaso. La diplomacia china estaba atrapada en un círculo vicioso. La desestimación de la demanda por parte de las autoridades chinas ofendía a los nómadas, que estaban reducidos a servir a su causa multiplicando las incursiones. La transformación de una embajada rechazada en *casus belli* —como lo descubrieron los portugueses a sus expensas— era también algo acostumbrado;⁸ al igual que la ejecución de los enviados extranjeros.⁹ Por lo demás, esa manera de reaccionar podía costar muy caro al Imperio. En 1448 fue el fracaso de la embajada de Esen Taishi, el jefe mongol, lo que desencadenó las hostilidades y precipitó al ejército Ming a la derrota de Tumu.

No era fácil ser recibido en Pekín. En 1462 Bolai, el jefe de los tártaros, despachó una misión de 300 personas que la corte rechazó con el pretexto de que era demasiado numerosa; al año siguiente, una embajada de más de un millar de personas corrió con la misma suerte. Así pues, los enviados portugueses estaban lejos de ser los únicos que sufrían los efectos de la desconfianza imperial. Aun cuando, al norte, algunas misiones fueron aceptadas por Pekín hasta 1506, su suspensión en los años que siguieron desencadenó automáticamente las incursiones que les suministraban a Batu y a los mongoles las mercaderías que

no podían procurarse de otra manera. Según un alto funcionario imperial, “los mongoles eran una calamidad para China, porque tenían una necesidad incesante de alimentos y prendas de vestir”. Mucho más tarde, en 1550, el Khan de los mongoles, Altan Khan, solicitaría a su vez el favor de aportar el tributo conforme al protocolo de los Ming, pero, al igual que sus predecesores, tendría que soportar la desestimación de su demanda: la corte puso como pretexto que su carta credencial no había sido escrita en mongol y que, por lo tanto, era imposible establecer su autenticidad. Algo que nos hace recordar los sinsabores de nuestros portugueses. Después de muchas dilaciones, se prohibió toda relación con los mongoles. Cuando, en 1553, Altan Khan envió seis embajadores, todos fueron arrojados en prisión y cuatro perdieron la vida. Una vez más, o casi, el mismo guion con que se había rechazado a los portugueses.¹⁰

Así pues, si hubo “choque de civilizaciones”, esa fórmula únicamente puede tener sentido desde la perspectiva de una historia global. Los portugueses no fueron rechazados por ser europeos, cristianos o caníbales, sino, antes bien, porque la administración china de la época era alérgica al extranjero y al bárbaro. Es indiscutible que la gente de Malaca y Lisboa era portadora de valores, conocimientos e intereses que surgen de la cristiandad latina; ahora bien, lo que provoca el enfrentamiento no es, manifiestamente, aquello de lo que son portadores, conscientes o inconscientes, sino, antes bien, una coyuntura política que reaviva en el seno de la burocracia una tradición de rechazo del extranjero; y ese rechazo se debe menos a la xenofobia militante que a la incapacidad de contravenir las directrices de la administración y a una imagen idealizada de la relación con el exterior.

Los nómadas del norte que se habían refugiado en torno al lago Kokonor (hoy Qinghai) eran considerados como piratas por los chinos; pero los verdaderos piratas recorrían el Mar del Sur. Desde tiempos inmemoriales, las regiones costeras eran objeto de incursiones o de campañas incluso más destructivas:¹¹ japoneses, coreanos y chinos organizaban bandas que se dedicaban a toda clase de negocios tan fructíferos como ilegales, y a menudo no dudaban en penetrar tierra adentro para saquear las poblaciones. En el siglo xv el auge del comercio marítimo en los mares de Asia oriental llegó acompañado de una explosión de la piratería y de muchas otras actividades clandestinas. La organización de una flota de guerra, el reforzamiento de los ejércitos en las

provincias marítimas, la persecución de los piratas y las restricciones que buscó imponer la administración imperial a la circulación de las personas y las embarcaciones se revelaron en vano. En consecuencia, los resultados no eran apenas mejores que en las fronteras septentrionales. La prohibición oficial del comercio marítimo, impuesta en 1525, no hizo sino provocar el recrudecimiento de la piratería y el contrabando.¹²

Se pudo haber creído entonces que esos fracasos pondrían en tela de juicio la prohibición, pero predominó la idea de que también era necesario en esos lugares evitar toda transigencia con los bárbaros. Una vez más, todo debate serio sobre la política extranjera se reducía continuamente a un conflicto interno entre los “traidores corrompidos” y los “servidores irreprochables”. Llegado el caso, las lecciones sacadas del sur podían ser aplicadas en el norte, dado que fueron utilizados cañones portugueses, o copias de ejemplares portugueses, para reforzar las defensas en la frontera mongola. En realidad, la longitud de las costas, lo extendido de la complicidad en todas las capas de la población y lo atractivo de las ganancias hacían que la situación fuese incontrolable. Como tantos otros, los portugueses se aprovecharon de ello para introducirse en China, pero, irremediamente, terminaron —no sin razón— por ser asimilados a los millares de piratas que inquietaban a los responsables del Imperio.

Con todo, cuando los portugueses estaban a punto de pasar a través de las mallas de la red, despertaron la desconfianza y las precauciones que la administración china cultivaba en las situaciones de ese tipo. Para que todo corriera en dirección opuesta, bastó la muerte de Zhengde, puesto que el nuevo equipo se apresuró a aprovechar el vacío dejado por la desaparición del emperador para eliminar al favorito Jiang Bin y a su camarilla, los apoyos de los portugueses. Las alarmistas noticias provenientes de Malaca y Cantón hicieron el resto.

El rechazo de que los intrusos fueron objeto no tuvo, pues, nada de excepcional y su fiasco diplomático era completamente previsible, incapaces como eran de influir en las facciones de la corte o en la concepción del mundo a que se aferraban los letrados. Si se recuerda que, en la misma época, en 1520, las relaciones con el Japón —un reino conocido desde la noche de los tiempos— se deterioraron y que, al año siguiente, una embajada japonesa saqueó la ciudad de Ningbó,¹³ donde había desembarcado, el episodio portugués pierde aún más su

singularidad. Lo que, desde Europa, parecía un primer contacto oficial, y que el rey Manuel concebía como tal, tuvo para los chinos, por lo tanto, las proporciones de una simple cuestión de piratas. En este estadio de la investigación, la aparente miopía china nos acerca mucho a la distancia que el Imperio celeste tiene la intención de guardar con respecto a sus visitantes y a la curiosidad variable que siente por ellos.

¿QUÉ LUGAR DAR AL ALIEN?

Ante los *aliens* que son los ibéricos, ¿se plantean preguntas simplemente desde la perspectiva del cierre o desde la de la apertura? ¿Bastaría oponer el repliegue sobre sí mismo y la lucidez de los chinos a la apertura y el candor de los mexicanos? A primera vista, los indios de México no tienen razón alguna para ser más “abiertos” que los chinos y sus reacciones no tienen nada de monolítico ni de fatalista, pero no cuentan con los medios para mensurar la extensión del peligro que los amenaza. Si bien han logrado evaluar rápidamente la capacidad de destrucción de los invasores, están lejos de poder imaginar las fuerzas que éstos tienen tras sí, las intenciones que los animan y, menos aún, la bomba bacteriológica que están a punto de depositar sobre su suelo.

La facilidad y rapidez con que México y América Central y, después, América del Sur caerán en manos de los españoles confirman la amplitud de ese error de evaluación. Los españoles, *castilan* o *teules* en México, *viracochas* en los Andes, no han sido tomados nunca por lo que son en realidad y, cuando lo han sido, ha sido demasiado tarde. El error fue general: los aliados indígenas de los españoles, que fueron obreros indispensables de la conquista de México, se equivocaron tanto sobre los castellanos como los mexicas. Todos fueron cogidos desprevenidos por una situación sobre la que no tenían ningún dominio, ninguna información, y sobre la que no existía ningún precedente.

El *extraño* tiene otro efecto sobre las más altas autoridades chinas: emperador, mandarines, ministros y eunucos no se cierran espontáneamente a los recién llegados —el recibimiento reservado primero a Tomé Pires da fe de ello—, pero tienen una práctica y una idea de los bárbaros que enmarcan y limitan considerablemente los efectos del contacto y los riesgos de los perjuicios. Un

extranjero es un bárbaro, y un bárbaro es una amenaza; nada más lógico. Un arsenal de reglas, principios, prevenciones y experiencias desafortunadas y de inercia diplomática protege entonces de los mundos exteriores al Imperio; a lo que se añade, en los medios del poder, el peso de los valores neoconfucianos. Las sociedades amerindias, en cambio, no gozan del beneficio de ninguna retrospección posible para evaluar la letal amenaza que representan sus visitantes o para restarles importancia juzgándolos banales. Igualmente, carecen de un aparato burocrático que pudiese frenar, obstaculizar o neutralizar a los intrusos: Tomé Pires debe permanecer meses en Cantón, mientras que Hernán Cortés arremete literalmente contra México.

En fin, lejos de descalificar sistemáticamente al *extraño*, las sociedades mexicanas se esfuerzan por recurrir a interpretaciones que puedan hacerlo entrar en el marco de la historia local. En resumen, la idea de que el extraño parecía estar de retorno en su casa es suficiente para enturbiar las cartas y desactivar toda resistencia. La razón es que las sociedades mesoamericanas y, sin duda, las sociedades amerindias en general atribuyen siempre un lugar al otro.¹⁴ Para Claude Lévi-Strauss “[el dualismo amerindio] saca su inspiración [...] de una apertura hacia el otro que se manifiesta de manera demostrativa ya desde los primeros contactos con los blancos, por más animados que éstos estuviesen de disposiciones bien contrarias”.¹⁵ Si se examina con más detalle, ¿el canibalismo no sería sino una manera física de integrar al otro, el intruso, el enemigo, en uno mismo? Y esa facultad no parece ser ajena a la proliferación del mestizaje de todos tipos que la colonización desencadenará de norte a sur del continente americano.

Las reacciones chinas de trivialización, rechazo y extirpación no carecen de efectos en las formas de la expansión europea: obligarán a los portugueses a afinar una manera más indirecta de abordar China, estableciendo otro tipo de contacto, de concierto con numerosos socios asiáticos, que los ayudarán a esquivar las barreras y las prohibiciones que se les oponían. Los portugueses llegarán a ser tanto más fácilmente lo que querían los chinos, unos piratas en aguas turbulentas, cuanto que ya tenían el hábito de asumir esa identidad. Durante ese tiempo, vencidos, colonizados y cristianizados, los indios de México aprenderán a ser los sobrevivientes de una civilización desaparecida.

XIV. A CADA CUAL SU POSGUERRA

Digamos que esta tierra, como otro Egipto, en ella el agua fue convertida en sangre de aquella cruel enfermedad.

TORIBIO DE BENAVENTE, llamado Motolinía,
Memoriales

[Antonio de Faria] se embarcou sem contradição nenhuma & todos muyto ricos e muyto contentes & con muytas moças muyto fermosas que era lastima velas yr atadas cos murrões dos arcabuzes de quatro em quatro de cinco em cinco e todas chorando e nossos rindo e cantando.

FERNÃO MENDES PINTO, *Peregrinação*

EL FRACASO portugués en Cantón esboza la línea divisoria de las aguas entre Asia y América. De un lado, un Nuevo Mundo que dará su razón de ser a Occidente y cuyas riquezas, hombres y espacios serán despiadadamente explotados; del otro, una China imperial que absorberá una buena parte de la plata extraída de las entrañas de América por los indios vencidos y los esclavos africanos.¹

Los destinos de las dos riberas del océano Pacífico se verán enlazados en lo sucesivo, porque los ibéricos han establecido los marcos económicos y políticos de un gigantesco transvase de metales preciosos. La historia de la colonización del Nuevo Mundo debe tener la China de la época como telón de fondo, y la historia de la China moderna a América frente a frente. Lo que, con la distancia del tiempo, parece evidente ahora no lo era para los contemporáneos de esa época. En el decenio de 1520-1529 las minas americanas todavía no han sido descubiertas; los ibéricos intentan rodear el globo con sus brazos, pero sin saber mucho todavía sobre lo que encontrarán en él ni sobre lo que harán con ello; los amerindios, vencidos o aliados de los españoles, entran en una posguerra caótica y las autoridades chinas ya están olvidando a los fo-lang-ki.

El fracaso en China obliga a la Corona portuguesa a considerar otra estrategia. Al sueño de Manuel sucede el pragmatismo de João III:² el sucesor de El Afortunado toma su distancia con respecto a su predecesor. Ya no es cuestión de una embajada oficial ni de un proyecto de conquista ni, mucho menos, de una guerra relámpago. Parece mucho más eficaz —pero ¿tiene realmente otra opción?— dejar que los mercaderes portugueses multipliquen las iniciativas personales y establecer relaciones con sus colegas asiáticos de tal suerte que se asienten, una vez más y progresivamente, en las costas de China. Se prohíbe toda idea de ocupación y de desangrar sistemáticamente las provincias meridionales para contar con las redes personales, la discreción, incluso la clandestinidad, los sobornos y los golpes de suerte. Se busca mejorar las relaciones con las comunidades de mercaderes en toda la región; Patane, en Malasia, parece ofrecer una excelente base para lanzarse a esa “reconquista” pacífica, porque allí hay mercaderes de Siam, de Malasia y de Asia familiarizados con el litoral de Fujian, porque allí se cruzan con unos chinos con los que pueden compincharse para montar negocios fructíferos.

Toca a los portugueses tomar en consideración varios factores a los que, mal que bien, tienen que adaptarse: la presencia de los piratas *wokou*, tráfugas del Imperio, japoneses o de otros orígenes, que cuentan con apoyos en los pueblos costeros y que a menudo están confabulados con los mercaderes chinos de la diáspora y del litoral;³ la existencia de una flota imperial irremediabilmente superior a las fuerzas portuguesas; y las restricciones que impone el cierre del país —una política oficialmente no negociable, pero evitable—. Con esas condiciones, las relaciones se restablecerán lentamente en el transcurso del decenio de 1520-1529, para intensificarse en los dos decenios siguientes. Se abandona la provincia de Guangdong por la de Fujian, mucho más al noreste, con base en la demanda de los chinos de las costas con los que tiene lugar el restablecimiento de los contactos.⁴ Se constituye una sociedad sospechosa, luso-asiática —caracterizada por la ayuda que se prestan unos a otros, por las apariciones efímeras, toda ella movilidad, desplegándose a lo largo de las costas —, sobre centenas de kilómetros, aprovechando las islas acogedoras, las radas aisladas, a los campesinos complacientes, a los guardacostas que hacen la vista gorda y a los mandarines corruptos.

Ahora bien, los portugueses se benefician de un tejido ya existente; no crean nada. Soldados, marineros o negociantes, se contentan con ser los primeros europeos que se infiltran en esa economía-mundo creada desde hace mucho tiempo por los mercaderes chinos y musulmanes.⁵ A la perspectiva de una conquista que diera lugar a la colonización —la insensata esperanza de unos prisioneros presas del pánico— sucede entonces la gestión pragmática de lo cotidiano, en la que todo es riesgo, precariedad y sueños de beneficios fabulosos. A los portugueses les toca saber pactar tanto con los mandarines de las costas como con los “ladrones de los mares” y, por qué no, confundirse con estos últimos; después de todo, ¿qué otra cosa eran a los ojos de los jueces chinos que los calificaban de “ladronzuelos”?

La obra maestra de Fernão Mendes Pinto, *Peregrinación*, es la mejor guía para penetrar en ese medio con la mirada del europeo. La desenvoltura con que uno de los héroes del libro, Antonio de Faria, cambia de socio y reemplaza al corsario Quiay Panjão, muerto inoportunamente, por otro chino, Similau, de la misma calaña, dice mucho sobre unas prácticas que Mendes Pinto justifica con una frasecita bien acuñada: “Antonio de Faria era de un natural muy curioso, pero no estaba desprovisto de codicia”.⁶ Tres provincias marítimas de la China del sur estaban consideradas: Guangdong, Fujian y Zhejiang:⁷ Fujian y Zhejiang dominan hasta el decenio de 1530-1539, pero Guangdong se impone en el decenio siguiente, antes de que Macao concentre la presencia portuguesa a partir de mediados del siglo XVI.

En principio, la administración imperial prohíbe todo comercio con los extranjeros; en la práctica, la situación es extremadamente variable. La presencia de extranjeros depende de una serie de actores, facciones, grupos de presión y grupos de intereses creados cuyas preocupaciones son variables y a menudo contradictorias. ¿Cómo conciliar la enormidad del Imperio, la integridad de las fronteras, la susceptibilidad de los mandarines, la avidez de los mercaderes, el auge de las ciudades de la costa y la prosperidad del comercio marítimo? Ante los grandes mercaderes de las tres regiones afectadas, ante las administraciones provinciales y las agencias de Pekín, los portugueses tienen que hacer rodeos sin cesar para salir de apuros en un juego cuyo dominio no está en sus manos.

Los clanes de la corte imperial son siempre imprevisibles: hicieron zozobrar, recuérdese, la embajada de Tomé Pires. En Cantón y en las provincias marítimas,

los comandantes militares tienen más bien la tendencia a recurrir al cierre de las fronteras, mientras que los hombres de la flota detentan interés en cerrar los ojos y los jueces provinciales prefieren seguir el viento dominante, oscilando entre la “comprensión”, el dejar hacer y la hostilidad. Por tradición y por convicción, los letrados confucianos poseen mucho más la inclinación a desconfiar de los bárbaros que los negociantes que desde hace siglos tratan con los habitantes de Siam, Malaca y el Asia del sudeste; en la propia China, la rivalidad económica entre las ciudades y las regiones costeras complica aún más el cuadro: es poco decir que los grandes mercaderes de Cantón no comparten siempre los puntos de vista de sus colegas de Fujian y Zhejiang y que todos libran una competencia desenfrenada, de la que los extranjeros deben aprender a sacar partido.

En las costas de Zhejiang y Fujian, los mercaderes chinos infringen las leyes y establecen a voluntad sus relaciones con los extranjeros. Las fuentes chinas proporcionan información sobre esos maestros del contrabando que son Zhou Lan, Wang Zhi y Lin Xiyuan. Pirata y mercader originario de Zhejiang, siempre en relación estrecha con el Japón, Wang Zhi opera en el litoral de las tres provincias hasta su ejecución, en 1559. La figura de Lin Xiyuan es más intrigante: letrado, antiguo mandarín, a la cabeza de una flota considerable, nuestro hombre ha conservado sus contactos con la administración de las provincias, en las que sus relaciones lo ayudan a controlar el aprovisionamiento de víveres a los navíos portugueses que acuestan ilegalmente en sus costas.⁸ Para las autoridades chinas todos son unos “palurdos”, como esos otros dos contrabandistas, Li Guangtou, de Fujian, y Xu Dong, de Anhui, con que uno se topa en Shuangyu, cerca de Ningbó.⁹ Esos chinos no tienen miedo de nada, se evaden de las cárceles provinciales cuando es necesario, mantienen a raya las expediciones que les pisan los talones, se enfrentan a las patrullas de la flota y llegan incluso a capturar jefes militares, que intercambian por rescates sustanciales. Los secuestros de personalidades y gente de fortuna han llegado a ser una actividad tan floreciente que la administración debe poner precio a la cabeza de los jefes de las bandas para desembarazarse de ellas. Esto da cuenta de la violencia y la brutalidad que predominan en esas sociedades de “hermanos de la costa” o esas mafias adelantadas a su tiempo.

DEPREDACIÓN Y “ASIATIZACIÓN”

A esos chinos se mezclan mercaderes extranjeros, todos asiáticos, con excepción de los portugueses, en parte musulmanes, que se ponen de acuerdo para hacer fructificar sus ganancias. Quien trabaje las mejores relaciones con la administración china concluirá sociedades privilegiadas con los mercaderes influyentes o se asociará, como se ha visto, con los piratas sólidamente armados, chinos, malasios o japoneses; los portugueses de los que se acompaña y a los que describe Mendes Pinto pertenecen a ese número. Muy sensato será quien sepa trazar una línea entre el comercio, el contrabando y la piratería.

Las incursiones en las que participan los portugueses dejan en la memoria de Mendes Pinto unos vívidos recuerdos que ninguna censura edificante —su obra fue publicada mucho después de la muerte de su autor— ha logrado borrar: “[Antonio de Faria] se embarcó sin encontrar oposición y todos se hicieron muy ricos y estaban muy contentos, acompañados de muchas mozas muy bonitas que daban lástima cuando las veíamos caminar atadas de cuatro en cuatro con las mechas de los arcabuces; ellas se deshacían en lágrimas, mientras nosotros estábamos riéndonos y cantando”.¹⁰ El saqueo de una ciudad china, decidido en frío, es cronometrado rigurosamente: media hora, no más, por razones de seguridad, pero, como las operaciones llegan a superar la hora y media, el jefe se ve obligado a hacer incendiar la ciudad para llevar a sus hombres a la embarcación: “Todo se quemó tan espantosamente en menos de un cuarto de hora que parecíamos estar en el infierno”.¹¹

Estamos muy mal informados sobre esa sociedad clandestina (por fuerza) y secreta (por naturaleza), a menos que tomemos *La peregrinación* de Mendes Pinto por lo que es: menos una crónica fiel de los manejos de los portugueses en el mar de China que una inmersión apasionada en el universo fraudulento de las costas, abundante en enseñanzas sobre la mentalidad y el comportamiento. Partidos tras las huellas de un Indiana Jones del siglo XVI, se descubre a lo largo de los capítulos, siempre cortos para facilitar la lectura y mantener en vilo, un modo de vida asombroso. Se puede mentir sobre las fechas y las cifras —y Mendes Pinto no se priva de ello— y se puede adornar con pensamientos piadosos el relato de las tripulaciones portuguesas, pero hay otras situaciones y

prácticas que la pluma y la sensibilidad del autor son las únicas que pueden revelarnos.

De la oleada de aventuras a las que *La peregrinación* arrastra a su lector se desprende inmediatamente una dinámica: sin renunciar a ser ellos mismos, los portugueses deben confundirse en el paisaje. Desde su llegada al océano Índico, la influencia del medio asiático es irresistible. En el mar de China la adaptación a lo asiático franquea un nuevo límite. Cómo salir indemnes cuando se codean cotidianamente con los indios, los malasios y los chinos; cuando aprenden las lenguas locales; cuando se familiarizan con los topónimos y los fenómenos climáticos (los tifones); cuando frecuentan a mujeres de todos los orígenes; cuando se inmiscuyen en todos los arcanos de la política regional y, sobre todo, cuando aceptan no ser los amos del juego, sino simples socios en el seno de unos medios mercantiles que no han aguardado la llegada de los portugueses para prosperar y que no necesitan recibir lecciones de nadie.

La acogida que se les reserva facilita esa conversión en todo momento. En el Asia del sudeste muchos los toman por asiáticos, comenzando por los chinos. En los anales de la monarquía de Malaca y de Johor, los portugueses son mencionados como “gente blanca de Bengala”;¹² en China se los cree originarios de Malaca o de Siam;¹³ y, en otros lugares, el rey de Portugal pasa por ser uno de los sultanes del Asia del sudeste. En cuanto a los propios interesados, en lugar de perderse en largas explicaciones —¿quiénes son?, ¿de dónde vienen?, ¿qué buscan?—, muchos de ellos deciden hacerse pasar por mercaderes de Siam; o aceptan que se los confunda con los chinos.¹⁴ Era más fácil hacer negocios sin ruido —el dinero no tiene olor ni origen— que lanzarse a dar lecciones de geografía, etnografía o historia que no habrían hecho sino complicar las cosas e infundir sospechas. Es un juego en el que los portugueses destacan; al grado de que los reyes Nguyên (Ngô Quyên) de Cochinchina harán siempre la distinción entre los habitantes de Macao y los otros europeos, otorgándoles privilegios que únicamente concedían a los mercaderes asiáticos.¹⁵ En la versión que Mendes Pinto nos ofrece, Tomé Pires no es ejecutado en Cantón y pasa sus días de vejez en el interior de China, con mujer e hijos. Probablemente falsa, la anécdota es, no obstante, reveladora de un estado de ánimo y de las presiones que se ejercían sobre los europeos... Confundirse en el paisaje asiático ¡también es un destino!

La asiaticización también se beneficiaba de la reducida presencia institucional de los portugueses en la región. Éstos se concentraban en la zona de Goa y en el océano Índico. Pasado Ceilán, abandonados prácticamente a sí mismos, los portugueses no estaban en condiciones de adaptar a sus anfitriones a lo lusitano, tanto así que la idea no les pasó jamás por la cabeza. En esa parte del mundo la adaptación a todo galope a lo asiático, concebida como la adaptación absoluta a los medios receptores, dará origen a un nuevo modelo “colonial”: el establecimiento de Macao.

UNA ISLA MESTIZA

El decorado: una isla llamada isla de Liampó (Nimpó, hoy Ningbó), en la primavera de 1542, o, más exactamente, un canal entre dos islotes, no lejos de la ciudad china de Ningbó, en el sudeste de la región de Shanghai.¹⁶ Allí es donde los mercaderes de todos los orígenes hacen escala para desembarcar sus mercaderías y cargar sus embarcaciones con productos chinos. Se cree que se trata de la rada de Shuangyu, adonde los portugueses comienzan a afluir a comienzos del decenio de 1540-1549, después de que el lugar fuese transformado en base del contrabando por un chino de Fujian, Deng Liao. Nuestros portugueses no han llegado solos: al parecer, los hermanos Xu Yi habrían llevado a Liampó gente de Patane, Malaca y, por supuesto, portugueses, los bárbaros fo-lang-ki. Algunos años más tarde, en 1545, siempre según las fuentes chinas, Wang Zhi, un socio de los hermanos Xu Yi, atrajo a unos japoneses a esa sociedad de contrabandistas;¹⁷ sin duda, no eran los primeros.

Los portugueses, que estaban lejos de dominar esas comunidades, debían transigir en compartir un mismo destino con todos los grupos que se encontraban. Había mestizaje, claro, pero un mestizaje subordinado a los modos de vida, las creencias y las tradiciones del Asia del sudeste, de una Asia del contrabando y la piratería. En todo caso, la lectura de Mendes Pinto hace despuntar una extraordinaria proximidad entre los seres; revela unos intercambios y una circulación que hacen de las islas de la costa, no simples zonas de transición, sino lugares de encuentro entre los mundos. Fuera del control de Lisboa y Goa, pero en los linderos del Imperio chino, la colonia

portuguesa se inserta en unos circuitos económicos antiguos en los que se infiltra, antes de lograr imponerse como el intermediario por excelencia del comercio sino-japonés. La idealización y el orgullo que se abren camino a lo largo de las páginas de *La peregrinación* dicen mucho sobre el atractivo que ha ejercido ese modo de vida y la nostalgia que de él conserva Mendes Pinto. Nunca se atenúan las tensiones y las explosiones de violencia, como si fuesen inherentes a la existencia de esos aventureros. Se puede igualmente ir a saquear las aldeas chinas que alquilarles grupos de bailarinas y cantantes para celebrar una buena presa o una victoria sangrienta sobre los competidores.

¿Se termina esa experiencia con el establecimiento en Macao en 1554?¹⁸ Es evidente que la sedentarización de los portugueses y el auge de una comunidad que dominan, esta vez sin compartirla, modifican las reglas del juego; ello ocurre aun cuando Macao no ceje en afirmar su independencia. Es una iniciativa local, al margen del *Estado da India* y de la capitanía de Malaca —Leonel de Souza en 1554—, la que echa los cimientos de ese establecimiento, negociado directamente con los mandarines de Cantón. Macao, objeto de transacciones permanentes con las autoridades chinas, practicará una diplomacia de frontera y supervivencia,¹⁹ que se desarrollará de manera autónoma, al acecho sin cesar de los cambios de política imperial o la caída de las dinastías, siempre atenta a las transformaciones regionales, abierta a la conclusión de acuerdos especiales con el Japón de los Tokugawa, Siam y la Cochinchina. En muchos sentidos, la “fórmula Macao” se revela como heredera de los años de contrabando y clandestinidad que siguen a la derrota de Cantón.

Por consiguiente, la exterminación de la embajada portuguesa en Cantón no ha puesto fin a la presencia europea en la región. Los portugueses han ayudado marcadamente a la China de los Ming a insertarse en una economía-mundo que, en el siglo XVI, se extenderá desde Lisboa hasta el océano Pacífico; pero el retroceso europeo ha abierto caminos que no pasan ni por la conquista ni por la colonización y que, en última instancia, harán de los chinos los amos del juego. Esgrimiendo la prohibición oficial de todo comercio, Pekín dispone de una formidable baza para pesar tanto en la oferta como en la demanda, mientras que, en las costas, un gran número de súbditos del Imperio celeste se dedican a todo tipo de tráfico.

EL CAOS MEXICANO

El escenario que nos revela el México cortesiano es completamente diferente. Allá, los 10 primeros años de la Conquista son años de caos y de andar a tientas. La victoria castellana ha engendrado problemas sin precedentes: ¿por qué medios lograr que unos cuantos miles de españoles sometan a millones de indios y usufructúen los cientos de miles de kilómetros cuadrados caídos en sus manos? ¿Cómo integrar a esas miríadas de paganos en un imperio católico? Nadie entonces podía imaginar qué sociedad surgiría de las ruinas de la conquista y del hundimiento de la dominación mexicana. Los españoles salían de la reconquista de España sobre los moros, y habían establecido la colonización de las islas del mar Caribe, con consecuencias desastrosas para las poblaciones indígenas; pero los desafíos que les aguardaban en México no tenían comparación alguna con las experiencias anteriores, pues todo planteaba interrogantes: el número de indígenas, el espacio continental —ya no el insular—, la naturaleza de las sociedades y la función que se podía dejar a las élites indígenas.

Con todo, lo primero que los vencedores tuvieron que enfrentar fue el caos causado por la guerra y la caída de México. En el decenio de 1520-1529 nada se había jugado todavía. En otro libro abordamos los testimonios que relatan el caos político, social y humano y, asimismo, el económico y el religioso que devoran a México.²⁰ Todos los poderes se encuentran desestabilizados, la guerra ha arruinado el campo, las epidemias siegan a las poblaciones. No se está en una posguerra clásica. Es imposible volver a la situación anterior, restaurar pura y simplemente el orden antiguo. No es posible, tampoco, contar con un proyecto de reconstrucción lanzado desde la metrópoli o las islas del mar Caribe. No existe receta alguna para transformar a las sociedades mesoamericanas en sociedades coloniales, y toda la modernidad de Maquiavelo no bastaría para ello.

Los invasores tendrán que establecer unas formas de explotación y dominación adaptadas a las condiciones locales, concebir una política de evangelización, hacer funcionar las instituciones de origen hispánico a una escala que no tenían, recuperando todo lo que pueda servir localmente para edificar un nuevo orden y eliminando lo que se supone que pueda oponerse a él. Muy pronto, antes incluso de conquistar el país, Hernán Cortés propone a la Corona dar a México el nombre de Nueva España. Como el reino de Granada,

caído en 1492, el país indio debe ser convertido en un Estado vasallo y cristianizado. No hay otro modo de imponer esos cambios si no es estableciendo instituciones, poderes, creencias y valores, formas de vida urbanas y un paisaje agrario de origen castellano y europeo. La necesidad de seleccionar y exportar a México todo un arsenal de prácticas, costumbres y tradiciones desarrolladas al otro lado del océano Atlántico obliga a mensurar constantemente lo que es fundamental para la salvación de un cristiano y tanto para la rentabilidad como para la eficacia de la dominación castellana. Todo error —local o metropolitano— puede aniquilar la valiosa mano de obra india, como ha ocurrido en las islas, exasperar a los colonizadores indispensables para toda implantación perdurable, poner en tela de juicio el poder real y las relaciones con las islas del mar Caribe. Corresponde a los colonizadores inventar lo que aquí se llamará la occidentalización. El programa es gigantesco: imponer el derecho castellano, heredero del derecho romano, aplicar las prohibiciones del derecho canónico, enseñar la lectura y la escritura alfabéticas, difundir la misa en latín, el matrimonio por la iglesia y la confesión auricular, así como tantas otras actividades más prosaicas —como el trabajo del hierro, el hábito de beber vino o el de vestir calzones—: todo ello es “occidentalizar”.

En principio, imposible que los españoles transijan: las creencias cristianas no son negociables, de ahí la imposición sistemática del cristianismo y la cacería de los idólatras; imposible, para los vencidos, rechazar la organización política, que establece una situación de dependencia absoluta de los indios respecto a sus vencedores, y mucho menos aún la predación económica, que implica la sangría sistemática del país, tanto como se pueda. ¿Quiere decir lo anterior que los españoles se contentan con imponer lo que son y que se mantienen a salvo de toda influencia de las sociedades que invaden? Obviamente, los intrusos se ven obligados a adaptarse a los alimentos, las lenguas, el clima tropical y la alternancia de la temporada de estío y la de lluvias. Para que la colonia sea viable, es necesario saber transigir sin cesar y hacer ajustes entre los elementos europeos introducidos y las realidades indias.

Asimismo, es necesario contar con la resistencia y los hábitos de las poblaciones locales. Los indios no son nunca receptores pasivos: todo lo que se reciba o imponga será progresivamente reinterpretado, acondicionado y, en ocasiones, transformado marcadamente. En los hechos, la frontera entre lo que

se negocia y lo que no se negocia aparece mucho menos clara que lo que parecía a primera vista. Ineluctablemente, los europeos van a mestizarse, al mismo tiempo que lo harán una buena parte de las instituciones, los valores y los hábitos que introducen o que imponen. Por lo tanto, el “choque entre las civilizaciones” no se reflejó únicamente en la aniquilación y las sustituciones; el enfrentamiento entre los seres y las sociedades desencadenó una multitud de mezclas en las esferas más inesperadas. Y las repercusiones de la colonización de México no podrían pasar inadvertidas hoy en día: esos mestizajes implicaron por primera vez a seres originarios de tres continentes; y, por consiguiente, jalonan, tanto como la occidentalización, una etapa determinante de la historia del mundo y de los diferentes tipos de mundialización.²¹ Colonización, occidentalización y mestizaje: todo aquello a lo que la China escapó duraderamente en 1522.

AMERICANIZARSE O “ASIATIZARSE”

Aun cuando ha sido anticipada en parte ya en las islas, esa gigantesca operación de transferencia del antiguo régimen medieval a las nuevas tierras es la primera empresa de colonización de gran envergadura lanzada por un país europeo. Hasta entonces, ningún reino de Europa había tenido que administrar tierras lejanas tan extensas. La ocupación de las islas del mar Caribe enfrentó a los españoles a unas conquistas de magnitud razonable que los dejaban siempre al alcance de sus barcos y ante poblaciones que se diezmaron rápidamente. En el caso del Asia portuguesa, el *Estado da India* y Goa, su capital (desde 1510), no son más que un pañuelo de bolsillo en comparación con Mesoamérica. La diferencia se hará inconmensurable cuando los españoles añadan América del Sur, de Colombia a la Patagonia, a México y a América Central.

Ahora bien, ¿no se podría observar, más allá del engranaje de la occidentalización y del mestizaje o, más bien, como el resultado de esas dos dinámicas, unos procesos que podrían corresponder al orden de la americanización y que constituirían la pareja de la “asiatización” de los portugueses?; a condición, por supuesto, de que no se tome el término *americanización* en su acepción más común, que, en la actualidad, es la de la

influencia que los Estados Unidos ejerce sobre el resto del mundo. La experiencia americana transforma a los seres, comenzando por los europeos. En primer lugar porque han roto con marcos de vida antiquísimos y porque están reconstruyendo nichos a miles de leguas de la vieja España. Una familia de la que una parte de sus miembros reside en América no tiene nada de comparable con una familia que permaneció en Europa en un espacio familiar de muchas generaciones. La distensión oceánica de las relaciones familiares, el tener que volver a definirse en una tierra desconocida que no es cristiana, los hábitos de desplazamiento y las fases de desarraigo y arraigo transforman a los individuos. El espacio americano, que no es simplemente un espacio descomunal en comparación con el espacio de vida original; el tiempo de las Indias, que ya no es el de las celebraciones antiguas del país de que se proviene; la coexistencia y la intimidad con las mujeres indígenas y muchas otras situaciones influyen en el comportamiento de los individuos, sin que lo sepan, sin duda, pero no sin transformar a la larga la experiencia y la sensibilidad de los recién llegados. A eso se añade la ventaja que poseen todos los vencedores, incluso los más humildes, con respecto a los autóctonos vencidos, ese empujón social y económico que habrían aguardado en vano en Castilla o en el País Vasco natal.

La americanización se traduce en el ascenso y el reconocimiento sociales para una buena parte de los europeos. Es la seguridad, en el mejor de los casos, de pertenecer al sector dominante de una sociedad, y, en el peor, de tener en la mano un puñado de bazas que el Viejo Mundo les rehusaba. La “asiatización” también puede llevar a algunos portugueses a la riqueza y el reconocimiento, pero éstos van acompañados de una gran precariedad y de una inserción en los márgenes, nunca de una dominación que no tuviesen que compartir.

XV. LOS SECRETOS DEL MAR DEL SUR

A lo lejos, tras las cuevas montañosas y las colinas boscosas, se extiende hasta perderse de vista un inmenso espejo de plata, el mar, el gran mar legendario, que nadie había visto nunca, del que hasta entonces sólo se había soñado, el mar buscado sin éxito, desde hace años, por Cristóbal Colón y sus sucesores, el mar cuyas mareas bañan las riberas de América, la India y la China.

STEFAN ZWEIG, *Momentos estelares de la humanidad*

La voluntad que yo de vuestra majestad conocí de saber los secretos de este Mar del Sur.

HERNÁN CORTÉS a Carlos V, 1532

¿ESTABA China fuera del alcance de los europeos en lo sucesivo? Esta historia podría detenerse ahora, si se imaginase que toda idea de conquista fue definitivamente abandonada a comienzos del decenio de 1520-1529; pero eso significaría olvidar que los portugueses no son los únicos europeos en interesarse en el Extremo Oriente, y que la colonización de América y la historia asiática están vinculadas.

LA CHINA DE LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO

Los observadores europeos concuerdan en ese punto. Para Maximilien Transylvain, el viaje de Fernando de Magallanes le permitió “acercarse a China”; para el milanés Pietro Martire d’Anghiera, había alcanzado el Gran Golfo de Ptolomeo, esa “puerta abierta hacia la China”.¹ La expedición no había tocado las costas chinas; únicamente, de isla en isla, los marineros de Magallanes habían podido observar múltiples rastros del Imperio celeste.² Después de la muerte del portugués se topan con unos juncos chinos;³ en Bacchian, encuentran paños de oro y seda; y he aquí que, del lado de Borneo, pasan entre sus manos

unas monedas perforadas que se ensartan por en medio: en ellas aparecen, “de un lado solamente, las cuatro marcas que son las letras del gran rey de la China”. La información recolectada en los puertos de la región describe un país gobernado “por el más grande rey del mundo, Santhoa Raja”, que, en realidad, es el emperador Ming Zhengde. Su inmenso poder se extendería sobre todos los señores de la India mayor y la India menor.⁴ Se lo imagina a la cabeza de una corte fastuosa, viviendo rodeado de sus esposas y sus guardias en un palacio de innumerables habitaciones. Los navegantes oyen hablar de un gran puerto, Guantau (Cantón), y de dos capitales: Namchin (Nanking) y Commihala (la Khanbalikh de Marco Polo). El país es atractivo, tranquilizador incluso, con sus habitantes “blancos y [decentemente] vestidos”, que “se sientan a la mesa a comer”, pero tener acceso a él no es forzosamente fácil, porque el sello del emperador sería indispensable para ir a China. Unos españoles vendidos como esclavos a unos mercaderes chinos después de la masacre de Cebú incluso tuvieron probablemente la ocasión de desembarcar en el Imperio del Medio.⁵ Durante todo el decenio de 1520-1529 las islas Molucas, con China en el segundo plano, están en la mira castellana.

LOS INTENTOS DESDE ESPAÑA

El fracaso de la expedición de Magallanes no desanima a la Corona española. El año de 1525 es un año fausto para Carlos V, quien el 24 de febrero logra la victoria de Pavía, sellando así su supremacía militar y política en Europa: el rey de Francia, Francisco I, es hecho prisionero en la batalla.⁶ A su brillante historial, el emperador tiene toda la intención de añadir las islas de las Especias. El 24 de agosto de ese mismo año designa a fray García Jofre de Loaísa, comendador de la Orden de San Juan, como cabeza de una flota de ocho navíos y lo envía a que tome posesión de las islas Molucas, se encargue de colonizarlas permanentemente y garantice su gobierno;⁷ no obstante, todo lleva a creer que el comendador contaba igualmente con ir al Japón. Después de haber pasado por el estrecho de Magallanes, un buque se separa de la escuadra y enfila directamente hacia el norte: alcanzará la Nueva España para informar a Hernán Cortés de los fines de la expedición; pero Loaísa perece en el camino y los capitanes que lo

sucedan desaparecen a su vez. Un solo navío aborda las islas Molucas, en donde su llegada basta para crear un desbarajuste, “porque los moros de las Molucas están muy encariñados con los castellanos”.⁸ Los portugueses de Asia no están dispuestos a perdonar a los españoles los lazos privilegiados que mantienen con sus rivales musulmanes.

Todavía en 1525, otra expedición se dirige hacia las islas Molucas con el propósito de “descubrir el Catay oriental”.⁹ Comanditada por el rico negociante Cristóbal de Haro y bajo el mando de un portugués, Estevan Gómez, zarpa de La Coruña, pero boga en dirección noroeste, en busca de un pasaje hacia el océano Pacífico del que se cree que se abre entre la Florida y la “tierra de los bacalaos”. Gómez remonta hasta la altura de la Nueva Escocia y regresa con algunos esclavos. España está tan impaciente por llegar directamente a las Molucas que se entusiasma con el anuncio del regreso de Gómez. Se propaga el rumor de que su nave está cargada de clavos —¡clavos de olor!—,¹⁰ cuando sólo transportaba algunos *esclavos*. La Coruña no llegará a ser nunca la terminal atlántica de una nueva ruta de las especias, tallada en los hielos del Gran Norte.

En abril de 1526 el piloto mayor Sebastián Caboto zarpa de La Coruña a la cabeza de una expedición compuesta de tres naves y una carabela; una vez más, rumbo hacia el suroeste. Pero, lejos de alcanzar las islas Molucas e incluso de entrar en el océano Pacífico, el veneciano se limitará a explorar el delta del río de La Plata. De regreso en España, en 1530, Caboto será perseguido y enviado a prisión por desobediencia, antes de obtener el perdón imperial. Durante ese tiempo, la idea de un paso a través del norte del continente americano sigue excitando las mentes; es el telón de fondo de la nueva exploración de la Florida, en 1527, bajo el mando de Pánfilo de Narváez. Pero esa expedición termina en un desastre.

LA SEGUNDA VIDA DE HERNÁN CORTÉS

Desde 1521, la conquista de México y el acceso a su litoral occidental han cambiado el juego. La Nueva España está bañada por un inmenso mar, el Mar del Sur, “por descubrir, conquistar y poblar”, y las riberas mexicanas ofrecen de manera natural una nueva base de partida a las islas Molucas. Así pues, ya se

puede salvar el obstáculo continental. El infatigable Hernán Cortés se convence tan pronto de ello que, ya en 1522, ocupa la región de Jalisco y Zacatula, en la vertiente del océano Pacífico;¹¹ en su tercera carta de relación, hace relucir las perspectivas abiertas por la exploración del “Mar del Sur”: “Se imaginaba que haría venir por allá las drogas de las Molucas y de Banda y las especias de Java con menos pena y riesgo”.¹² En su cuarta carta de relación (de octubre de 1524), propone la ocupación de las islas de las Especias y el viaje hasta la China; pero tendrá que tascar el freno, aguardar dos años y el fracaso de Loáisía para que, en junio de 1526, desde Granada, el emperador le deje el campo libre y le dé la orden de enviar sus naves a la búsqueda de los sobrevivientes. Esa expedición de socorro tendrá también la misión de recoger la cincuentena de sobrevivientes de la expedición de Magallanes que navegaban en el *Trinidad*; lo único que le resta por hacer a Cortés es descubrir la ruta que lleve de la Nueva España a las islas Molucas.

Mientras tanto, ha tenido todo el tiempo libre para comandar la exploración del litoral mexicano, encontrar los mejores lugares para fundar puertos, lograr que se los atribuyan y establecer en ellos arsenales, dotándolos de las herramientas y los materiales necesarios para la construcción de varias naves. Cortés no se rehúsa nada: los equipamientos venidos de España y los trabajadores capacitados son aprovechados en sus astilleros. El conquistador de México es lo bastante rico y emprendedor como para ofrecerse una flotilla en el océano Pacífico y alimentar ambiciones intercontinentales. Prevenido del paso de la expedición de Loáisía por el buque que se separó de ella, Cortés ha hecho apresurar inmediatamente la construcción de sus naves. Asimismo, está convencido de que las islas Molucas son fácilmente accesibles desde la Nueva España, como lo explica en mayo de 1527 en una carta dirigida al rey de Cebú: “Estamos tan cercano y en poca distancia de tiempo nos podemos comunicar”. Todo, por consiguiente, indicaba que enviaría naves al rescate de los españoles de las Molucas y, tanto en México como en Sevilla, a muchos no les desagradaba el que desviara su energía conquistadora hacia los abismos oceánicos.

El océano Pacífico se transforma rápidamente en una cuestión de familia: a la cabeza de la expedición, Hernán Cortés se apresura a colocar a su primo Álvaro de Saavedra y Cerón, con instrucciones precisas (en mayo de 1527) que le confían la orden de enfilarse directamente hacia las Molucas, sin detenerse en

otras islas o tierras, a no ser “a más de tomar lengua e relación de las cosas della”. Las consignas dadas por Cortés revelan la metamorfosis del conquistador en empresario marítimo, pero el hombre sigue estando animado por la misma preocupación de orden y eficacia: prohibición de blasfemar en los barcos; restricción de los juegos de azar a lo estrictamente necesario; nada de mujeres a bordo, “porque suelen ser muy dañosas en semejantes compañías”; nada de disputas con las poblaciones indígenas (“ternéis buenas maneras con los naturales porque de vuestra conversación no resciban pesadumbre ni enojo, antes dándoles en todo contentamiento”); nada de relaciones, a ningún precio, con las mujeres de los naturales. Saavedra deberá evitar todo enfrentamiento con las flotas portuguesas, reunir la mayor cantidad de información posible y, sobre todo, coleccionar plantas de especias para que se aclimaten a la tierra de España.

El capitán que llevó a cabo con mano de señor la conquista de México se muda en diplomático de altura cuando corteja a los señores de Cebú y Tidore. Al primero le solicita que perdone los excesos cometidos por Fernando de Magallanes, “en haber movido guerra y discordia con vos e vuestras gentes”; como lo explica Cortés, Dios ha castigado a Magallanes: “permitió el señor e Hacedor de todas las cosas que él recibiese el pago de su desacato, muriendo como murió en la mala demanda que hizo contra la voluntad de su príncipe”.¹³ Así, unas cuantas palabras bastan para despachar al prestigioso navegante, enviarlo al basurero de la historia, adjudicarse —un poco rápidamente— su sucesión y erigirse en interlocutor imparcial. Hernán Cortés sigue siendo un manipulador sin igual, olvidadizo de que antaño él también se había enderezado “contra la voluntad de su príncipe”. Al segundo, el rey de Tidore, le da las gracias por el recibimiento reservado a los sobrevivientes de la expedición de Magallanes y las mezcla con promesas de socorro y ayuda militar “para defensa y amparo de vuestras tierras e persona ofensa de vuestros enemigos”.¹⁴ Incluso se dice dispuesto a recibir a sus enviados “para que vean la Nueva España”. El conquistador da muestras de las mejores intenciones del mundo, de conformidad con las órdenes del emperador, muy dispuesto a tomar en mano los asuntos de la otra parte del globo.

Saavedra zarpa de Zihuatanejo el 31 de octubre de 1527, provisto de las cartas que Cortés dirige, no solamente al rey de Tidore, sino también a Sebastián Caboto, a Gómez de Espinosa y a los sobrevivientes de la expedición de

Magallanes. La expedición alcanza las islas Rongelap (actualmente las islas Marshall); y, pasado el archipiélago de las Islas de los Ladrones (las islas Marianas), los españoles desembarcan en una isla donde son recibidos con gritos de “¡Castilla! ¡Castilla!” En febrero de 1528 la flotilla llega a la isla de Mindanao, donde salva a un español de la expedición de Loaísa; y de su boca se enteran de que otros prisioneros (llegados con Magallanes) fueron vendidos por la gente de Cebú a unos mercaderes chinos. En una isla vecina, unos marineros, responsables de un motín contra Loaísa, son recuperados antes de ser castigados en Tidore.

De la isla de Gilolo (hoy isla de Halmahera) a la Nueva España, Saavedra estima la distancia en 1 500 leguas.¹⁵ El 27 de marzo de 1528 termina por acostar en Tidore, donde languidece una guarnición española de 120 hombres, al mando de Hernando de la Torre. Éste le confía una misiva para Hernán Cortés, al que le reclama ayuda. La pequeña tropa, que dispone de dos docenas de piezas de artillería, combate en una guerra sin cuartel contra los portugueses de la región. Saavedra le echa una enérgica mano, toma una galera y mata al capitán portugués. Portugal y Castilla pueden estar en paz en Europa y América, pero enfrentarse despiadadamente al otro lado del globo. En ello se verán las repercusiones exóticas y lejanas de la expansión europea, de las que las rivalidades coloniales de los siglos siguientes ofrecerán muchos ejemplos; se trata también de una manifestación política y militar particularmente precoz de los movimientos que engendra la mundialización ibérica: el deslizamiento de una escena hasta entonces local o continental a un teatro planetario.

A partir de allí, la expedición se convierte en un fiasco. El 13 de junio de 1528 Saavedra decide retornar con un cargamento de 60 quintales de clavo de olor. El regreso hacia el este fracasa una primera vez: los vientos y las corrientes lo hacen impracticable. Dando marcha atrás, después de haber pasado por las islas Manus (islas del Almirantazgo), el archipiélago de Bismarck (nombre que recibiría siglos más tarde), las islas Carolinas y las islas Marianas y después de varios meses de navegar, regresan a Tidore, donde harán ejecutar a los prisioneros portugueses: decapitados, desmembrados o ahorcados. Los castellanos no son mucho más tiernos que los chinos.

En mayo de 1529 Saavedra intenta nuevamente regresar a la Nueva España: se dirige en diagonal hacia el sur y aborda una vez más las costas de la Nueva

Guinea. En el camino, los españoles mejoran sus conocimientos del océano Pacífico al descubrir las islas Visayas (llamadas islas Pintados, en el corazón del archipiélago de las Filipinas) y probablemente llegan al archipiélago de Hawái. Saavedra ofrece una primera descripción de los indígenas de las islas Pintados: por el rostro y la estatura, parecen descender de los chinos, pero son chinos “degenerados”: “Como estaban allá desde hacía mucho tiempo, se habían vuelto tan bárbaros que ya no tenían ni religión ni secta y no criaban animales”.¹⁶ Los vientos se obstinan contra Saavedra: en octubre de 1529 su deceso en pleno mar llena de consternación a lo que subsiste de la expedición.

¿Es totalmente negativo el balance? Los españoles se han familiarizado con las aguas del océano Pacífico y están en vías de reconocer las islas y las costas: las islas Carolinas, las islas de los Papúas (cerca de Gilolo), el archipiélago del Almirantazgo y otras más; otras tantas razones para intentar nuevamente la travesía del inmenso océano. Por lo demás, Saavedra no era únicamente un esbirro de Cortés; el hombre nutría proyectos que, retrospectivamente, constituían motivos para inquietar a los portugueses de las islas Molucas: “Contaba con abrir para el emperador un pasaje de mar a mar a través de la Castilla de Oro y la Nueva España”, penetrando en “la tierra e istmo de Panamá”, donde no tendría nada más que hacer que descargar sus clavos de olor, que serían enviados en carretas hasta Nombre de Dios, “donde se encuentran las naves de Castilla”. Incluso preveía cuatro itinerarios posibles a través de la América Central.

Ese enlace entre las islas Molucas y las islas Canarias, a través del océano Pacífico y el océano Atlántico, representaría enormes ahorros de tiempo, puesto que, del lado del Pacífico, la ruta a seguir pasaría entre el Ecuador y el Trópico de Cáncer.¹⁷ Ya no habría necesidad de rodear el cabo de Buena Esperanza, atravesar el estrecho de Magallanes o seguir un hipotético canal septentrional a la altura de Terranova. Una vez más, la mundialización ibérica se revela como una mundialización marítima: inspira el trazado de las rutas oceánicas que ciñen el globo y extiende la idea de que se puede ir de un punto a otro del planeta, pasando tanto por el norte como por el sur, el este o el oeste; y, en su aprendizaje del océano Pacífico, los españoles, mucho más aún que los portugueses, se enfrentan al desafío de aprehender la esfera terrestre en su globalidad.

LAS AMBICIONES CORTESIANAS Y LA CONCIENCIA-MUNDO

Es muy fácil adivinar las razones que empujan a Hernán Cortés a interesarse en las islas Molucas. El conquistador no podía permanecer apartado de una fuente de riquezas que, en la época, era el objetivo de todas las codicias europeas y asiáticas; con sus puertos del océano Pacífico, se sabía solo en las primeras filas. Una oportunidad única que no debía dejar escapar; pero “la sed del conquistador de descubrir el Mar del Sur” dependía también de la proyección planetaria que daba a sus empresas: Cortés se vio entonces como el artesano de un imperio universal y providencial, que es lo que expresa en una carta de mayo de 1527 a los compañeros de Sebastián Caboto: “Yo he tenido mucha inclinación a estas partes y deseo de verla debajo del imperial cetro, y confío en Nuestro Señor que así será y que en nuestros tiempos habemos de ver a su Majestad monarca del universo, porque no sin causa ha permitido Dios que en los suyos se descubriese tantas y tales tierras”. Ese mismo estado de ánimo y la misma obsesión se reflejan en una carta del mismo mes y año dirigida al lejano soberano de las islas que espera alcanzar y ocupar muy pronto: “[Dios] por su bondad quiso que fuese emperador del universo e a quien todos los otros príncipes reconociesen superioridad e dominio”.¹⁸

Entre el océano Pacífico, la Nueva España y la Europa imperial, se despliega un nuevo espacio extensísimo que se impone a las mentes antes aun de que se traduzca en las instituciones: señal de una mundialización que, en lo sucesivo, incita a reflexionar, no únicamente en las circulaciones, sino también en el poder a escala del globo; es decir, en los mares que han sido surcados por los marineros de Magallanes.

La mundialización implica sincronización. ¿Es un azar el que, allende los mares, el imperialismo cortesiano concuerde entonces con una opinión europea que espera del emperador Carlos V el restablecimiento de la concordia universal? En el Viejo Mundo, en esa época, resuenan esperanzas escatológicas: nadie se contenta con aguardar al emperador de los Últimos Tiempos o con vivir las enésimas secuelas del joaquinismo medieval. Es el propio Erasmo quien le suplica a Carlos V que instaure la concordia entre los pueblos, y es el canciller Mercurio di Gattinara quien fabrica su imagen de emperador universal. Ahora bien, ¿con quién se topa uno entre los consejeros de Gattinara? Con Maximiliano

de Transilvania (Maximiliano Transilvanus), el mismo que relata la expedición de Fernando de Magallanes en su libro *Sobre las Molucas* y que probablemente fue uno de los primeros europeos que comprendieron su importancia planetaria.¹⁹ Si, ya después de la victoria de Pavía sobre el rey de Francia, Carlos V aparece como “señor del mundo”, su coronación en Bolonia, en 1530, les parece dar la razón a los que aguardan el advenimiento de una era de paz universal bajo la égida del nuevo Augusto.²⁰

Nunca, sin duda, coincidieron tanto las ambiciones del conquistador y las de su señor; y Hernán Cortés se aprovecha. En una carta enviada (en octubre de 1530) de Texcoco, una de las antiguas capitales de la Triple Alianza, adula la curiosidad del emperador por Asia en términos que aplican igualmente a su persona cuando evoca “el deseo que Vuestra Majestad tiene de saber los secretos de estas partes”. Dos años más tarde, vuelve al asalto casi con las mismas palabras: “el conocer yo tanta voluntad en vuestra majestad de saber los secretos de esta Mar del Sur”.²¹ Al mismo tiempo, la fórmula es bastante prudente: ni una palabra sobre conquistas futuras, únicamente habla del océano Pacífico y sus misterios y, por lo tanto, del simple apetito de conocer un espacio que, en principio, es de obediencia española; pero ya se sabe a lo que de ordinario lleva ese tipo de curiosidad a los soldados de Castilla.

La prudencia de Cortés no tiene nada de anodino, porque no puede ignorar que desde abril de 1529, por el tratado de Zaragoza, el emperador ha renunciado oficialmente a sus proyectos sobre las islas Molucas a cambio de una indemnización, contante y sonante, pagada por João III de Portugal. Ahora bien, es evidente que, entre sus secretos, el Mar del Sur encierra el de las rutas que llevan de la Nueva España a las islas Molucas y a China, y viceversa. En octubre de 1529 el conquistador obtiene las capitulaciones que le abren toda la extensión del Pacífico español; un consuelo para quien había descontado llegar a ser el virrey de la Nueva España, pero que debe contentarse con el título de Marqués del Valle de Oaxaca, acompañado, en principio, de aproximadamente 23 000 vasallos indígenas. A Cortés le corresponde “descubrir, conquistar y poblar todas las islas que se encuentren en el Mar del Sur de la Nueva España y todas las que descubra al oeste”. Desde la época de Cristóbal Colón y Fernando de Magallanes, el oeste sigue ejerciendo interminablemente su fascinación. A las Antillas había sucedido México, a México sucede ahora el océano Pacífico.

Por ende, las islas Molucas desaparecen, en principio, del horizonte de las tierras por conquistar, pero no el Asia oriental, de cuyas costas se supone que se unen con las de la Nueva España en el Pacífico Norte; no obstante, un obstáculo de talla se levanta en el camino de Cortés: las aguas que bañan la “gobernación de Nuño de Guzmán” en la Nueva Galicia y, por lo tanto, una parte del Pacífico mexicano, le están prohibidas; como también están excluidas de las capitulaciones las que corresponden a la gobernación de la Florida, acordada a Pánfilo de Narváez. A lo que Cortés responde mediante exigencias insaciables: osa reclamar para sí y para sus descendientes el doceavo de las riquezas que descubra en el Mar del Sur, en compensación de las considerables inversiones que requiere la realización de las exploraciones. Sobre ese punto se le rehusará satisfacción, pero consigue los derechos de jurisdicción en primera instancia sobre las tierras descubiertas.

“LOS ESTORBOS DEL DEMONIO”²²

Una situación difícil aguarda al conquistador a su retorno a la Nueva España, donde se topa con la hostilidad de las autoridades, que le prohíben entrar a la Ciudad de México. En 1530 Hernán Cortés dispone, en principio, de cinco naves listas para levar anclas, pero en su ausencia la Audiencia de México ha hecho arrestar al responsable del astillero, confiscar el material destinado al equipamiento de las naves y cerrado la fuente de mano de obra indígena. Por consiguiente, basta poco para impedir la exploración del océano Pacífico. Desde hace aproximadamente un año, los artesanos españoles están sin empleo y “los navíos están casi perdidos”: muchos han abandonado los astilleros y todos reclaman los salarios vencidos. Cortés está demudado: “A mí me destruyeron más de veinte mil castellanos [una moneda de oro] que tenía gastados en la obra y aparejo de los dichos cinco navíos”.²³ A pesar de sus pérdidas y de los “diabólicos” obstáculos puestos por la primera Audiencia, nuestro hombre persevera en sus proyectos. Sobre todo porque, en 1531, una real cédula le recuerda sus compromisos y le da dos años para hacer zarpar la flota destinada a descubrir el océano Pacífico, so pena de que las capitulaciones pierdan su validez.

Es posible que las órdenes firmadas por la emperatriz Isabel en 1530 y 1531 hayan tenido objetivos más inmediatos que la exploración del océano Pacífico y que, con ellas, se haya buscado ante todo alejar a Cortés de la capital de México en un momento en que, en el lugar, el conflicto con la Audiencia de México tenía visos de explosivo. Lo cual no impide que la Corona española se apresure, después de la firma del tratado de Zaragoza, a reafirmar sus derechos sobre el océano Pacífico y que lo haga con los medios a su disposición: la fortuna, las naves y los puertos de quien habría deseado llegar a ser el señor de la Nueva España. Lo prometido es deuda: Cortés reconstituye su flota. En 1532 dispondrá de una carabela en Tehuantepec y dos bergantines en Acapulco, mientras que otras dos naves están en construcción. Dos portadores indígenas, o tamemes, hacen el ir y venir entre Cuernavaca y la costa para llevar “la provisión y aparejos de los dichos bergantines”. Si se suman los cinco navíos abandonados en los astilleros durante su ausencia, Cortés se encuentra entonces a la cabeza de una flota de nueve o 10 navíos.

En 1532, en la Nueva España y, por lo tanto, 10 años después de la Conquista, no todos experimentan las mismas dificultades de Hernán Cortés. Las empresas de descubrimiento van a buen paso y atraen a más y más españoles que ya no encuentran cómo alimentarse en el país. Nuño de Guzmán, el antiguo presidente de la Audiencia, se activa febrilmente en su gobernación de Nueva Galicia, donde ha hecho construir un bergantín para lanzarse a su vez a la exploración del Mar del Sur. En cuanto a Pedro de Alvarado, el gobernador de Guatemala, estaría preparando “nueve velas de buen porte” que deberían de zarpar en julio; incluso se comienza a pensar que se ocupa demasiado de las cosas del mar. En la Florida, en fin, se sigue sin noticias de Pánfilo de Narváez, que partió a descubrir el famoso pasaje del noroeste.

Ahora bien, independientemente de todo ello, el blanco de la Audiencia de México es Hernán Cortés: exige que la Corona confisque la carabela y los dos bergantines del conquistador, contra el que está en pleito.²⁴ Cortés reacciona como siempre lo ha hecho, siguiendo adelante: en 1532 su primo Diego Hurtado de Mendoza zarpa de Acapulco, donde se encuentra uno de los arsenales del conquistador. Tiene dos navíos bajo su mando, el *San Miguel* y el *San Marcos*, comprados por Cortés a Juan Rodríguez de Villafuerte. Diego remonta la costa a lo largo de aproximadamente 200 leguas, teniendo cuidado de evitar las tierras

de Nuño de Guzmán; reconoce las riberas de Colima y Jalisco. Uno de sus navíos vuelve hacia el sur y su tripulación se hace masacrar en la bahía de Banderas (en Nayarit); el otro, bajo el mando de su primo, prosigue hacia el norte, pero “nunca se oyó decir más de él, ni del navío, ni jamás pareció”.²⁵ Cortés hace responsable del fracaso a la segunda Audiencia, que parece haber hecho todo para sabotear los preparativos del viaje y obstaculizar el aprovisionamiento de los navíos. Esas trabas confirman que la Corona y las autoridades coloniales se pusieron de acuerdo para agotar la energía y la fortuna de un conquistador demasiado estorboso y que nunca supo inspirar confianza. Desde ese punto de vista, el océano Pacífico parece haber sido mucho más un cebo agitado frente al conquistador que un objetivo realmente buscado. Los fracasos en el mar sólo podían deteriorar la imagen de invencibilidad de Cortés, sin poner en peligro a la Nueva España, que tenía otros motivos de inquietud.

A finales del año de 1532 Hernán Cortés prepara una nueva expedición. Ésta desembocará en el descubrimiento por Hernando de Grijalva de las islas Revillagigedo, que se sitúan a más de 300 kilómetros de la punta de la Baja California. De los dos navíos, uno volverá a buen puerto y el otro caerá en manos de Nuño de Guzmán, el rival instalado en la Nueva Galicia.

La Corona decide entonces apostar por Pedro de Alvarado y reservarle las expediciones por el océano Pacífico; pero Cortés insiste con firmeza. En abril de 1535 se pone personalmente a la cabeza de una flotilla de tres navíos que reúne a 300 españoles, así como a una treintena de mujeres. El conquistador zarpa de Chametla; desembarca en el sur de la península de la Baja California, en la bahía de Santa Cruz. La hambruna se abate sobre marineros y soldados: “los soldados que estaban con Cortés se murieron de hambre y de dolencias veintitrés, y muchos más estaban dolientes y maldecían a Cortés y a su isla y mar y descubrimiento”.²⁶ Los sobrevivientes terminaron por ser llevados de vuelta al continente.

En esa época, los españoles y los portugueses ya no están solos en la carrera rumbo a las islas de las Especies y a China. En 1534 le toca el turno al francés Jacques Cartier de buscar el pasaje septentrional “para llevar a Francia las especias y las drogas de las Indias”;²⁷ pero solamente encuentra una tierra, a la que bautiza como Nueva Francia, “provista de recursos, aldeas y bien poblada”. La conquista del Perú cambia también el juego para México: el Pacífico del Sur

se encuentra en lo sucesivo al alcance directo de los españoles. En 1536 Francisco Pizarro y los suyos, rodeados por los indios, llaman en su socorro al gobernador de Guatemala, Pedro de Alvarado. La carta cae en manos del virrey Antonio de Mendoza, que le confía la misión a Cortés, vuelto de Acapulco. Cortés salta sobre la ocasión para despachar dos navíos, uno de ellos capitaneado por su mayordomo, Hernando de Grijalva. La expedición recibe una misión doble: aportar el aprovisionamiento y presentes a Pizarro, así como explorar el Pacífico del Sur hasta... las islas Molucas. En efecto, en lugar de regresar a la Nueva España, la nave de Grijalva pone rumbo al oeste. Ayudado por su piloto portugués Martim da Costa, el mayordomo de Cortés sigue la línea del Ecuador hasta la isla de Navidad y alcanza el archipiélago de Los Pescadores (hoy de las islas Gilbert); pero los marineros de Grijalva lo matan y los amotinados terminan por abandonar la nave. En 1538 el portugués Galvão recuperará a un puñado de sobrevivientes caídos en manos de los indígenas.

¿Se debe hablar de un completo fracaso? Sin duda lo es para Hernán Cortés; pero esos años del decenio de 1530-1539 son aquellos en cuyo transcurso la Corona de Castilla se apodera de la mayor parte de las riberas americanas del océano Pacífico, con lo que, quizás, un día, se podrá hacer del gran océano un lago español. Por lo demás, la metrópoli no ha cesado nunca de interesarse en el Mar del Sur. En 1535 una pequeña expedición —dos navíos y 200 hombres— zarpa de Sevilla con destino, parece, a las islas Molucas o China, con un conocedor de la región a la cabeza, Simão de Alcaçova, un portugués que había explorado las Molucas e incluso acompañado la expedición de Fernão Pérez de Andrade a China. Carlos V parece haberle encargado que verificara los límites marcados por el Tratado de Tordesillas. El intento no tuvo más éxito que los anteriores: después de haber intentado atravesar el estrecho de Magallanes y hacer escala en la Patagonia, una nave se amotina, mientras que la otra prefiere regresar a Santo Domingo y, después, a España.

La pelota vuelve al campo cortesiano. Cuatro años más tarde, en julio de 1539, Hernán Cortés se lanza a su última expedición. Tres naves zarpan del Puerto de Acapulco con el propósito de explorar las costas de la Baja California y, todavía, de encontrar una ruta practicable hacia el Oriente. Las naves penetran en el golfo de California, descienden por el Mar de Cortés, doblan el cabo San Lucas y remontan a lo largo de la costa del océano Pacífico hasta la isla de

Cedros; pero, al regreso, en Huatulco, una de las dos naves es embargada por las autoridades de la Nueva España. Además del reconocimiento del litoral californiano, no hay nada de muy apasionante: “no trajeron nueva de ninguna tierra buena; más fue el ruido que las nueces. Pensaba Hernán Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva España”. El viejo conquistador debe desengañarse; pero, en el momento en que parte una última vez para España, Cortés dispone todavía de cinco naves con las que proyecta reemprender sus exploraciones.

El balance es globalmente negativo para el conquistador, que gasta así una buena parte de su fortuna, “doscientos mil ducados” según las estimaciones: si se cree en su cronista titular, “jamás nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas”.²⁸ Lo cual habría llevado a Cortés a enfadarse con el virrey Antonio de Mendoza y a atacar a su rey ante la justicia. Su obstinación revela que, en su pensamiento, la conquista del océano Pacífico estaba indisociablemente vinculada a la de México. Es significativo el hecho de que el mismo personaje que corrió el riesgo de tomar México-Tenochtitlan haya querido proseguir inmediatamente con la región sur del océano Pacífico: su trayectoria comunica la sensación, no solamente de una perpetua huida hacia delante —que es siempre un empuje hacia el oeste—, sino también de un gusto por la inversión allende los mares, aun cuando fuese en tierras desconocidas. Se ve esbozarse ya una modernidad europea que alía la búsqueda insaciable de beneficios y la proyección en el espacio y el porvenir.

EL RELEVO PASA AL VIRREINATO

Esa modernidad no es extraña a la Corona. Desde su llegada a la Nueva España en 1535, el representante de Carlos V, el virrey Antonio de Mendoza y Pacheco, cuenta con reemprender las expediciones por el océano Pacífico, reservándole a su príncipe el monopolio de esas empresas. El poder real pretende dictar su ley a la sociedad colonial que emerge de los años de caos provocados por la Conquista. Además, el tiempo se entremete para despejar el lugar: la partida definitiva de Hernán Cortés a España —donde ya se encontraba Nuño de Guzmán—, la muerte de Pedro de Alvarado en 1541, la desaparición de

Hernando de Soto al año siguiente, alejan a todos los que podían pretender dirigir los descubrimientos y reclamar a voz en cuello sus frutos.

Las exploraciones se reanudan, cuidadosamente controladas. En marzo de 1540 Mendoza envía a Vásquez de Coronado a reconocer el septentrión de la Nueva España. El virrey se apodera de la flota de Pedro de Alvarado; en 1542 destina una parte de ella a la exploración de la California y envía el resto, bajo el mando de su cuñado, Ruy López de Villalobos, en dirección de las islas de las Especias. Esa quinta expedición a las Molucas reúne a 370 hombres, entre ellos un sobreviviente del viaje de Fernando de Magallanes, Ginés de Mafra, y algunos monjes agustinos. López de Villalobos llega en febrero de 1543 a Mindanao, después toca la isla de Luzón y el archipiélago de las Filipinas, antes de colonizar —o de intentar colonizar— la isla de Sarangani. El intento de regresar a la Nueva España fracasa como los anteriores: agotados por el hambre, los sobrevivientes de la expedición logran llegar a Tidore, de donde nuevamente se esfuerzan por encontrar el camino de regreso. En 1545 toman posesión de la “Nueva Guinea”, así bautizada porque sus habitantes se parecían a los de la Guinea africana, pero fracasan nuevamente en su intento de regresar a la Nueva España. Así pues, son cinco los fracasos en un poco más de 20 años:²⁹ Gonzalo Gómez de Espinosa en 1522, Saavedra en 1528 y 1529, Bernardo de la Torre y Ortiz de Retes en 1543 y 1545, respectivamente. En total, 143 hombres lograrán regresar a España por la ruta del océano Índico, pero no López de Villalobos, que tiene el privilegio de expirar en la isla de Amboina (hoy de Ambon), entre las manos de San Francisco Javier. Se añadirá entre los logros del navegante la exploración de las islas Carolinas y las Palaus y, sobre todo, el reconocimiento de las Filipinas. Poco a poco, el inmenso océano Pacífico se hispaniza; pero la navegación ibérica todavía se hace únicamente de este a oeste.

Con todo, el atractivo de Asia no parece haber sido nunca tan poderoso. En 1531 Martín de Valencia, uno de los apóstoles franciscanos de México, acaricia el proyecto de abandonar la Nueva España con el propósito de ir a vivir entre los pueblos que baña el océano Pacífico. En 1549 se tiene la profunda intención de que los responsables de las órdenes religiosas se embarquen a Asia; el dinero y los ornamentos litúrgicos le deberían ser entregados al dominico Domingo de Betanzos. El viaje no tendrá lugar y los objetos serán distribuidos en los conventos de México, Puebla y Oaxaca. En marzo de 1550, después de dos

reales cédulas emitidas en Valladolid en junio y septiembre del año anterior,³⁰ el viaje a la “especiería” es anulado. En 1554 el arzobispo de México, el franciscano Juan de Zumárraga, y el dominico Domingo de Betanzos piensan nuevamente en fletar una nave que los lleve a Asia. Es el segundo virrey de la Nueva España, Luis de Velasco, quien empuja a Felipe II a reemprender las expediciones. En 1559 recibe la orden de hacer construir dos naves para atravesar el océano. Pero evitarán ingresar en la zona portuguesa y habrán de descubrir la ruta de regreso ayudándose de un agustino, fray Andrés de Urdaneta, a quien entonces se le considera como el mejor experto en las cosas del océano Pacífico. El vasco Miguel López de Legazpi, escribano mayor y alcalde mayor de la Ciudad de México, es nombrado a la cabeza de la flota.

La iniciativa del virrey, el recurso al fraile Urdaneta y la designación de López de Legazpi confieren una vez más a la Nueva España un papel de primer plano en la conquista del Pacífico y los asuntos orientales; pero el virrey muere sin que la expedición tome cuerpo verdaderamente. Cuando algunos años más tarde, en el otoño de 1564, la expedición se pone finalmente en movimiento, todo el mundo se entusiasma, como nos lo recuerda un testigo de la época: “Levantóse mucha gente, y nombráronse los capitanes necesarios [...] La grito era que iban a la China, y con ésta se animaban muchos a ir porque sabían que era muy rica, y que allí habían de enriquecer, y así se hizo buena armada, pensando que iban a la China, que no consideraban el poder de ella, y los pocos que iban, según la multitud de gente que allá hay”. Los voluntarios se desencantaron cuando, ya en pleno mar, López de Legazpi les comunicó que la expedición se dirigía simplemente ¡a las Filipinas!³¹

XVI. LA CHINA EN EL HORIZONTE

SIMPLE: —¿Qué es aqueso? ¿Hacen gente? / Digan, ¿van para la China?

AMOR DIVINO: —Sí hacemos, inocente, / para la Tierra divina.

FERNÁN GONZÁLEZ DE ESLAVA,

Coloquio Segundo, hecho a la jornada que hizo a la China el general Miguel López de Legazpi, 1565

EN LA segunda mitad del siglo XVI, aproximadamente 60 años después de los acontecimientos de que se ha tratado, la cuestión de la conquista de China vuelve al orden del día; o, más bien, un grupo de españoles, confabulados con unos portugueses, llevados a tambor batiente por un jesuita, bregan durante varios años para que una de las más grandes potencias de la época, la monarquía católica, lance sus fuerzas contra el “reino de la China”: en Manila, Macao, México y Madrid, este jesuita defenderá sus proyectos militares, atraerá partidarios y desencadenará los odios. Una vez más, la guerra de China no tendrá lugar. Los belicistas no irán más lejos que Macao y lo harán a su costa. Ese acontecimiento que no fue merecería apenas que uno se detuviese en él si no fuese la manifestación exacerbada de un interés urgente en China y si no indicase, en ciertas mentes, el pasaje de la conquista a la guerra colonial propiamente dicha. Asimismo, refleja la manera como el Nuevo Mundo comienza a considerarse y afirmarse ante Asia, antes incluso de que los envíos de plata americana a China establezcan unas relaciones de capital importancia con el Oriente.

EL CAMINO ESTÁ DESPEJADO

Si China se perfila en el horizonte del Imperio español es porque la espinosa cuestión del regreso ya ha sido resuelta en 1565: un experto de la navegación por el océano Pacífico, el agustino Andrés de Urdaneta,¹ es quien toma la iniciativa

de ir a buscar hacia el norte los vientos favorables para el retorno a América. Después de 130 días de navegación desembarca en Acapulco en octubre de 1565, llevando las Filipinas y China a las puertas de México. Urdaneta había acompañado a Saavedra en el descubrimiento de las Filipinas en 1528. El nuevo enlace es celebrado por el teatro mexicano: en 1565 Fernán González de Eslava dedica su *Segundo coloquio* a esa hazaña.² Sean cuales hubieren sido las razones que llevaron a González de Eslava a poner en escena la partida a Oriente, es evidente que el tema fascinaba a los espíritus tanto en México como en el resto de la Nueva España. La China que el poeta evoca son las Filipinas, ahora al alcance de la vela, pero también es, allende el archipiélago, el Imperio celeste. En el coloquio se juega constantemente con dos registros: el del viaje terrestre y el del viaje celeste. Cuando Simple habla de la China, Amor Divino responde: “Tierra divina”; cuando Simple menciona el descubrimiento de la famosa vía de retorno, Paz continúa: “Pues ya es cierta la jornada / de la tierra para el cielo”; cuando Simple describe las cadenas de oro y la canela traídas de Asia, Amor Divino evoca los tesoros que aguardan “al que al cielo vuela”. No es un azar el que la travesía del océano Pacífico, con sus infinitas pruebas sobre una nave completamente en manos de la Providencia, con sus promesas de riquezas temporales y espirituales, se ponga en el mismo plano que el ascenso al cielo: debido a que la mundialización se juega en el océano, transforma el viaje en una prueba que lleva tanto al otro mundo como hacia los otros mundos. En otras obras más tardías se encuentra la misma exaltación de la partida “a la China”,³ siempre teñida de una dimensión mística y siempre mezclada con las preocupaciones cotidianas: “¡Señor, llévame a China!”, exclama una mujer a la que se quiere prohibir que se vista de seda.

A partir de 1565, por lo tanto, China está en el orden del día. En julio de 1567 Legazpi le propone a Felipe II construir unas galeras para “recorrer la costa de la China y comerciar con la tierra firme”.⁴ ¿Cómo no recordar la manera como las naves de Cortés, apenas vencedor de México-Tenochtitlan, se preparaban para franquear el océano Pacífico? Porque la nueva del regreso de Urdaneta tiene repercusiones excepcionales: no se trata únicamente de que el Pacífico haya sido vencido sino de que incluso la posición del Nuevo Mundo ha sido trastornada por ese hecho. Para los colonizadores españoles de la Nueva España, la periferia que ocupan se inclina hacia el centro. En Sevilla, los

comentarios van que vuelan: “Y los de México están muy ufanos con su descubrimiento que tienen entendido que serán ellos el corazón del mundo”.⁵ Pronto se observa ese desplazamiento en los mapas que reparten el mundo en torno al eje norte-sur, haciendo resaltar el continente americano.

La recomposición del espacio planetario se hace eco de las expectativas de los medios misioneros que ponen en América las esperanzas de una cristiandad renovada. Los más intrépidos llegan incluso a profetizar, por su cuenta y riesgo, la caída de una Europa a manos de los turcos y el deslizamiento del centro de gravedad de la cristiandad romana hacia el Nuevo Mundo. Todavía se está lejos de ello en el siglo XVI, cuando, en todos los campos, la metrópoli ibérica y la Roma tridentina siguen dictando sus leyes; no obstante, la fijación de la vía de retorno incita a las élites coloniales a volver sus miradas hacia un espacio libre y, por ende, listo para apoderarse de él, rico en recursos conocidos —las especias de las islas Molucas— o potenciales, por extraer tanto de China o del Japón como quizá de un continente, una cuarta o quinta parte del mundo, todavía por descubrir.

LA LÍNEA DE DEMARCACIÓN

A decir verdad, ese espacio ya no es completamente libre. Es portugués o castellano, según que se lo mire desde Lisboa o desde Sevilla. Desde finales del siglo XV, geógrafos y cosmógrafos se disputan para fijar la línea divisoria del mundo entre las coronas de Castilla y Portugal. En 1529 el Tratado de Zaragoza arregló la cuestión temporalmente en provecho de los portugueses; no obstante, la continuación de la exploración del océano Pacífico durante los decenios siguientes revela que la Corona de Castilla no ha renunciado nunca a sus derechos sobre esa parte del mundo. En 1566, un año después de la apertura de la ruta de Manila a Acapulco, unos expertos habían sido convocados en España para debatir nuevamente la cuestión. Entre ellos había sabios y cosmógrafos de primer plano, como Alonso de Santa Cruz, Pedro de Medina, Francisco Falero, Jerónimo de Chaves, Sancho Gutiérrez y Andrés de Urdaneta. El cosmógrafo Sancho Gutiérrez es categórico: el antimeridiano pasa por Malaca;⁶ y, consecuentemente, la China pertenece a la demarcación castellana. Eso es lo que

afirma igualmente el agustino Diego de Herrera, de paso por México, en 1570; y eso es lo que repetirá seis años más tarde, en 1576, el gobernador general de las Filipinas, Francisco de Sande.

Nada es más esclarecedor sobre las ambiciones de Madrid que la *Geografía y descripción universal de las Indias* (1574) que debemos a Juan López de Velasco, cosmógrafo y cronista de las Indias.⁷ Esa suma, que permanecerá manuscrita durante el siglo XVI, demuestra que en esa época, para la Corona de Castilla, la descripción de las Indias occidentales no se limita al continente americano: engloba igualmente “Islas del Poniente, las islas del Maluco, que llamamos de la Especiería, Filipinas, Japón, de Lequios, Nueva Guinea, Islas de Salomón...” ¿A dónde pasó, entonces, la famosa línea de demarcación entre España y Portugal, objeto de tantas polémicas y codicias?

Para los españoles se sitúa, muy lisa y llanamente, en Malaca y en medio de la isla de Sumatra, “siguiendo las observaciones celestes que con diligencia se han hecho”. Sigue un pasaje tachado que, se supone, identifica al autor de esa afirmación, un “hombre docto en las matemáticas, español de nación, y residente en las Filipinas muchos años há”,⁸ muy evidentemente nuestro Urdaneta. Un mapa, el primero del océano Pacífico occidental en ser trazado, refleja esa repartición sin equívoco: las latitudes son a grandes rasgos justas, mientras que, en cambio, las longitudes benefician totalmente a las pretensiones españolas.⁹ No obstante, López de Velasco tiene la honestidad de recordar que no es ésta la opinión de los portugueses, quienes sitúan la línea mucho más al este, sobre la isla de Gilolo, “dejando en su parte las islas que llaman del Maluco, y todo lo que hay desde allí adelante hasta Malaca”. Sin duda, la enorme distancia que separa de España a esas regiones “del fin del mundo” explica la incertidumbre, pero ésta no deberá tardar en disiparse. La costa de China marca el límite occidental de las “Indias del Poniente”. Se tiene la sensación de que la *Geografía* de López de Velasco anticipa el desenlace favorable a España en el caso de que se presentase la ocasión de volver a poner los pies en Asia. El cosmógrafo no disimula sus lagunas, que quizá solamente son temporales: “De la costa de Tierra firme que va caminando para la China, y otras muchas islas que hay por estas comarcas y parage, no se hace particular relación, porque como hasta ahora han sido poseídas de portugueses hay poca relación dellas en los papeles del Consejo de Indias”.¹⁰ Como “hasta ahora” han estado en posesión de los portugueses...

Es en esa fecha cuando los españoles reanudan sus pretensiones sobre las islas Molucas. ¿Por qué observar un acuerdo que ya nadie respeta? Los portugueses no han podido impedirse construir un fortín en la isla de Ternate, contrariamente a sus compromisos, y, sobre todo, los castellanos han terminado por establecerse en la región mediante la colonización del archipiélago de las Filipinas, que parece a las claras pertenecer a lo que se cedió temporalmente a Portugal. Por lo demás, desde el decenio anterior, ya se ha visto, la junta de expertos de 1566 se dedicó a poner orden en los mapas españoles, a pesar de las protestas del rey de Portugal.

En su *Geografía*, López de Velasco se interesa también por las fuerzas ibéricas presentes en esa región del mundo. Por el momento, enumera sólo “cuatro poblaciones de españoles y portugueses”, un buen medio millar de europeos aproximadamente, y, en todas partes, indígenas, pero “no son tanto y que van faltando por las vejaciones y molestias que traen consigo las conquistas y nuevos descubrimientos”. La *Geografía* deja sobre todo la impresión de que no podría tardar el enfrentamiento entre las dos coronas. Los portugueses de las islas parecen ser aproximadamente 300 o 400, sin contar los que van a ellas a hacer comercio; poseen dos fortalezas en la región, contando la de Malaca. Por su parte, los castellanos tienen un aliado potencial, el rey de Tidore, donde parece que antaño dispusieron de una fortaleza; y también está Malaca, “por donde pasa la línea de partición”: una plaza de la más alta importancia que comercia con Java, Timor, las Molucas, Borneo, Bengala y China.

No es un azar el que esa geografía del Nuevo Mundo, redactada en 1574, nos lleve a través del océano Pacífico a miles de kilómetros de nuestra América; no sólo recupera unas pretensiones antiguas, sino que es elaborada en un momento en el que la Corona de España comienza a especular sobre el porvenir de la dinastía de Portugal y de su imperio. ¿Terminarán por caer, a falta de herederos portugueses directos, en la escarcela de Felipe II? En fin, recuerda que las Indias Occidentales están lejos de haber roto sus lazos con las Indias Orientales.

¿Qué lugar tiene China en todo ello? La descripción contiene también una asombrosa “Corografía de la costa de la China”.¹¹ La información proviene de las Filipinas debido a las relaciones comerciales que Manila mantiene con los chinos y a que algunos miembros de la Compañía de Jesús saben mucho sobre esa región del globo. López de Velasco está convencido de que China pertenece

a la “demarcación de los reyes de Castilla [...], aun cuando hasta ahora nadie la ha descubierto o no ha tomado posesión de ella en nombre de los reyes de Castilla”. Es necesario hacer notar nuevamente el “hasta ahora” que, con una pluma española, traza todo un programa, aunque López de Velasco sabe bien de lo que habla: por lo que consignan los chinos, “hasta que mayor averiguación haya, se entiende que la China es el mayor reino del mundo”. Sigue toda una serie de precisiones sobre las distancias, la división en 15 provincias, la ciudad de Pekín (*Paquia*) donde se encuentra la “corte real”, es decir, la capital, y sobre la población: los chinos son “chinos, gente de color blanca, hombres y mugeres, gente soberbia y muy cobarde y vil y afeminada”.¹² El país exporta sedería, muebles preciosos y porcelana de color y dorada; y aprecia enormemente el dinero, del que tiene necesidad. La población no está armada, los soldados son muy malos guerreros y las tropas del Imperio no saben servirse de su artillería; pero los chinos saben leer y escribir, tienen “escuelas de ciencias” y poseen incluso imprentas desde hace mucho tiempo. Para coronarlo todo, López de Velasco esboza una “Hidrografía de la China”, sumaria y poco satisfactoria, pero “que será para lo que se pueda ofrecer, [es decir,] para el descubrimiento y el ingreso en esas provincias”.¹³

La *Geografía* únicamente circula en el seno de la administración, y el lector español, que no tiene acceso a los círculos del poder, deberá aguardar hasta 1577 para saber todo sobre China. Entonces es cuando aparece la primera obra en español dedicada al Imperio del Medio, la segunda del género publicada en Europa, después del tratado de Gaspar da Cruz (Évora, 1570): *Discurso de la navegación que los portugueses hazen a los reinos y provincias de Oriente y de la noticia que se tiene de las grandezas del reino de la China*.¹⁴ Su autor, Bernardino de Escalante, es un gallego, y la lengua de Camões no representa obstáculo alguno para él. Cuando viaja de Galicia a Sevilla, pasa por Lisboa, donde reúne todo tipo de información sobre el Oriente. Allí se encuentra con chinos de pasaje y aprovecha la ocasión para plagiar el *Tratado de las cosas de la China* de Gaspar da Cruz; incluso consulta un mapa proveniente de China que se encuentra en posesión del cronista João de Barros y será el primero en hacer imprimir ideogramas en una obra europea. Bernardino de Escalante no prevé conquista alguna, pero la cristianización de China le parece una necesidad imperiosa.

LA EMPRESA ESPIRITUAL DEL SIGLO

En España no son únicamente los expertos, los administradores o el público curioso quienes se interesan en el Oriente y en la China: para muchos eclesiásticos, la cristianización de China se perfila como la empresa (espiritual) del siglo. A partir de 1565, para los candidatos a misioneros la conquista religiosa de las Filipinas y de las islas del Mar del Sur se impone como una tarea urgente; pero no forzosamente como un objetivo último: los agustinos, que son los precursores de la evangelización del archipiélago, son también los primeros en ver en él una base de partida, antes bien que un callejón sin salida perdido en el fondo del océano Pacífico. En la carta que le envía a Felipe II en 1570, Diego de Herrera mezcla horizontes gigantescos: “Tan cerca de Cebú hay tierras tan grandes y tan ricas y son de Vuestra Majestad como son China, Lequios, Javos, Japones”.¹⁵ “Son de Vuestra Majestad” en el sentido, no de conquistas potenciales, sino de espacios que le corresponde cristianizar al rey de Castilla. ¿Puede haber un programa más estimulante?

México no se queda atrás. En 1578 la capital de la Nueva España celebra suntuosamente la recepción de las reliquias que Roma les envía a los jesuitas: las calles están adornadas con estatuas y empavesadas con inscripciones, entre las que destaca, triunfalista, una consigna:

Goa a Giapone, México a la China
Osse sancta darán, é gente fina.¹⁶

Una manera, para los jesuitas de México, de tener una opción sobre la evangelización de China, reservada en principio a sus correligionarios portugueses de Macao. Pero el atractivo espiritual del Imperio del Medio supera los estrechos y bien informados círculos del clero de la capital. En una *Ensalada* se descubre que, durante la festividad de San Miguel, el vulgo alaba en México la idea de que ir a China equivale un poco a ir al cielo:

Quien se quisiere embarcar
A la gran China de arriba
desde luego se perciba que es tiempo de navegar
Mándalo notificar

El gran general Miguel
Que toda gente fiel
Al gran reino a de guiar.¹⁷

Una vez más, China provoca lo que nunca han provocado ni el Nuevo Mundo ni África: una perturbadora proximidad entre el cielo y la tierra que, siglos más tarde, inspirará a Claudel una mirada extasiada sobre: “[...] ese inmenso aleteo de sedas y palmeras y cuerpos desnudos: masas palpitantes de freza humana, más numerosas que los muertos, aguardando el bautismo”.¹⁸

Durante ese tiempo el todopoderoso Pedro Moya de Contreras, inquisidor, arzobispo y virrey de la Nueva España, se interesa también en China y los chinos. En octubre de 1583 se felicita por el establecimiento de la Audiencia de Manila, con tanta más prisa cuanto que las Filipinas se encuentran en la esfera de influencia de la Nueva España, como si fuese un balcón mexicano que diese sobre el Asia Lejana. Moya de Contreras aprovecha la ocasión para mencionar “amistad que se debe procurar con los Chinos para tener noticia de sus ampliados reynos que por diversas vías ofrece la divina magestad a la humana, aviendo ordenado questén cercados de sus súbditos y vasallos”. Una amistad muy invasora, porque la palabra *cercados* es un término militar que también se podría interpretar como ¡“asediados” o “sitiados”! Es cierto que Moya de Contreras se forma una imagen poco satisfactoria de los chinos, “gente codiciosísima que atienden a todo género de ganancias e intereses”;¹⁹ pero son socios comerciales a quienes se tiene interés en tratar bien, aunque se les deba comprar su azogue —que podría llegar al mercado mexicano a menor costo que el de España—, aunque se les deba “dar dinero en cantidad”, incluso oro, como el que se intercambia en Manila por mercaderías chinas.

UNA BASE AVANZADA

Sean cuales fueren las intenciones de los españoles de Castilla y México, nada se puede considerar sin el establecimiento de una base de avanzada en el Extremo Oriente; y de pronto las Filipinas les ofrecen lo que nunca han logrado procurarse en las islas Molucas. Recuérdese que la empresa fue lanzada primero

por Luis de Velasco y, después, proseguida y llevada a bien por la Audiencia de México. El gobernador López de Legazpi reafirma el programa en septiembre de 1567: “Que las dichas islas se conquisten y pueblen y pongan debajo del dominio de vuestra real corona”;²⁰ pero el archipiélago no es un fin en sí, porque “el intento que se lleva que es pacificar y poblar y descubrir así en la dicha isla de Luzón [así] como en las más circunvecinas de la China que son Japón, Ryukyu y la isla de Cochin”.²¹

La conquista de las Filipinas cataliza todo tipo de intereses atraídos por los horizontes asiáticos. *La Cina è vicina*, “La China está cerca”, para tomar prestado el título de un filme antaño célebre,²² muy cerca geográfica, espiritual y económicamente; lo suficiente como para que los grupos de presión —compuestos por miembros de la jerarquía eclesiástica, misioneros, funcionarios de la Corona, grandes mercaderes y aventureros— se manifiesten en México, Manila, Lima y Macao.²³ En México el clan Velasco —que contará con dos virreyes de la Nueva España y un número imponente de clientes y acólitos— se transmite de generación en generación el gusto por las cosas de Asia desde que, a mediados del siglo XVI, el virrey Luis relanzó la conquista de las Filipinas. Pero otros virreyes siguen ese ejemplo, como Martín Enríquez de Almansa, quien en 1572 proyecta el envío de una expedición de exploración de las costas de China, o incluso Moya de Contreras. Los gobernadores de las Filipinas están persuadidos de que la supervivencia del establecimiento español depende de sus relaciones con el Imperio del Medio. El fabuloso comercio previsto con China, con todo lo que supone de contrabando, de envíos clandestinos y de ganancias secretas, inflama los espíritus. Las esperanzas se concretarán en torno al galeón de Manila, que todos los años, a partir de 1565, enlazará el Asia filipina con la América novohispana.²⁴ Los españoles de Lima ya sólo tendrán que unirse a esos grupos cuando la perspectiva de exportar la plata de Potosí a China signifique para el Perú la esperanza de unos beneficios gigantescos.

XVII. CUANDO CHINA DESPIERTE

La guerra con esta nación de chinos es justísima por librar personas miserables que matan y toman hijos agenos para estupro.

FRANCISCO DE SANDE al rey Felipe II, 1576

El hacer guerra, aunque sea justa, es cosa de muchos y grandes daños y males [...] Y si es injusta y ilícita, demás de la grave ofensa de Dios, trae cargos irreparables de restitución.

JOSÉ DE ACOSTA, *Parecer sobre la guerra de la China*, 1587

RESTA por dar el paso del llamamiento a la conquista. Esto es un *fait accompli* en junio de 1569, cuando, desde las Filipinas, antes incluso de la ocupación inminente de la isla de Luzón, el factor Andrés de Mirandaola reclama la conquista de China;¹ no obstante, es la orden de los agustinos, que pretende claramente reservarse la cristianización del Imperio celeste, la que lanza el grito de guerra más clamoroso. Todavía en 1569, uno de sus frailes más conocidos en la región, Martín de Rada, pone la conquista de China en el orden del día. De creerle, China rebosa de recursos, pero no es una verdadera potencia militar. A condición de asegurarse una sólida base de partida —Manila, por supuesto— y disponer de una tropa, incluso modesta, la conquista le parece completamente factible, a pesar de la extensión del país, su riqueza, su “gran policía” y sus ciudades-fortaleza “mucho más grandes que las de Europa”.² El fulgurante ataque contra México obsesiona todavía las mentes, mientras que en España ya se ha dado vuelta oficialmente a la página de las conquistas y se prefiere, en todo caso en el papel, el eufemismo del “descubrimiento”. La opinión de Martín de Rada pesa tanto más cuanto que se trata de un experto que sabe de qué habla: el fraile es cosmógrafo y matemático, formado en Salamanca y en París; y disfruta igualmente de la autoridad moral que le confiere su combate por los indios del archipiélago. Por lo tanto, es, de cierta manera, el “Las Casas de las Filipinas” quien exhorta a la guerra contra China. Como para mejor recordarnos que la indianofilia y el imperialismo combinan muy bien en el mundo ibérico.³ A decir

verdad, ninguno de los misioneros sueña con otra cosa que no sea la conquista; algunos de ellos, sobre todo los franciscanos, pretenden penetrar pacíficamente en el Imperio del Medio, pero todos sus intentos, forzosamente clandestinos, se irán al traste.

¿POR QUÉ LA GUERRA CONTRA CHINA?

Por varias razones. Por una parte, como se sabe, la conversión de China no ha cesado de generar vocaciones tanto en España como en América. Por consiguiente, la carrera ha comenzado —una carrera que los agustinos esperan ganar frente a sus rivales españoles, los franciscanos, esencialmente, y frente a los jesuitas portugueses de Macao—; no obstante, en el lugar pesa también el inconveniente dejado por la colonización del archipiélago: las Filipinas no responden a las expectativas materiales y espirituales de los invasores. La expansión hacia China ofrece una huida hacia delante que, se supone, deberá resolver las dificultades locales y tranquilizar las conciencias. Se trata un poco de la manera como los españoles de Cuba se habían lanzado sobre las costas mexicanas.

Es en ese contexto en el que maduran los proyectos de invasión. En julio de 1570 el gobernador López de Legazpi explica que, al elegir Manila y, por lo tanto, la isla de Luzón, en lugar de Cebú, para establecer la capital del archipiélago, los españoles han querido dar preferencia a la proximidad de las costas chinas, con miras a la “extensión” de la dominación filipina. Dos años más tarde se decide pasar a los actos y se monta febrilmente una expedición encargada de reconocer el litoral de China y tomar posesión de él. El proyecto se aborta después de la desaparición de Legazpi. En julio de 1574 el gobernador interino de las Filipinas, Guido de Lavezaris, retoma el tema de la expansión al enviarle a Felipe II un mapa general de China, así como un mapa de las costas chinas y filipinas que exagera su cercanía. Entre los halcones no únicamente se cuentan misioneros o gobernadores: ese año, un funcionario real se decide a presentar a su vez un proyecto de conquista de un optimismo desenfrenado. Al grupo de belicistas se añaden algunos conquistadores locales, como Juan Pablo de Carrión, que ya se ve regateando la conquista de China contra el rutilante

título de almirante del Mar del Sur y de la costa de China.⁴ Otro protagonista reivindica también un papel precursor en la empresa: Juan Bautista Román, el factor del rey en las Filipinas. No obstante, se presenta un intento por establecer relaciones comerciales y diplomáticas con China; debido a que se basa en la idea de hacer una guerra común contra los piratas, no tiene porvenir. Ahora bien, los españoles se han acercado a la posibilidad de ofrecerse un apeadero chino en Fujian, con base en el modelo del Macao portugués; pero la incuria castellana y la mala voluntad exacerban las susceptibilidades chinas y terminan por generar una situación explosiva y un callejón sin salida absoluto, que va a reactivar los discursos de los intervencionistas, entre ellos el del nuevo gobernador general, Francisco de Sande (1575-1579).

Más aún que sus antecesores, el doctor Sande presiona por ir a la guerra. Formado en derecho en la Universidad de Salamanca, ocupante de puestos en México, donde es sucesivamente alcalde del crimen (1568), fiscal y, después, oidor, ese servidor implacable de la Corona ha demostrado su talento tanto contra los hijos de Hernán Cortés, acusados de complotar, como contra los indios chichimecas, que asolan las fronteras de la Nueva España. Su insigne carrera lo llevará más tarde de las Filipinas a Guatemala (1593-1596) y, después, a Santa Fe de Bogotá (1596-1602), cuyas audiencias presidirá. Se trata, por lo tanto, de un experto en los asuntos coloniales que, en principio, debería ser plenamente consciente de la capacidad de la monarquía católica para hacer la guerra y, a la vez, para sopesar mejor que cualquiera la oportunidad de extenderse a esa región del mundo: “Lo que toca a la jornada China es cosa llana y será de poca costa que sin paga vendrá la gente española armada a su costa y escogida por servicios, y pagarán fletes y serán dichosos”. En junio de 1576 preconiza abiertamente la conquista del “reino de Taybín”, basándose en la información proporcionada por Martín de Rada: sería “la más importante para el servicio de dios [...] pues cuentan estos que son millones de hombres, y le vale a su Rey treinta millones y más”.⁵

La presa es tentadora: “La menor Provincia tiene más gente que la Nueva España y Pirú juntos”.⁶ Sande llega incluso a concebir un plan de guerra: se reclutará a “seis mil hombres armados de picas y arcabuz”, con los navíos, la artillería y las municiones necesarios; se les añadirán los piratas y los japoneses de la región; se apoderarán de la provincia china que se juzgue la más rentable y

se hará de tal suerte que se tenga el dominio del mar. La conquista de una provincia marítima decidirá la victoria final, pero ésta dependerá de la adhesión del pueblo chino, que está visiblemente tan oprimido y tan aplastado por la pobreza que se sublevará contra sus señores: “las justicias y mandadores y el Rey hacen tiranías nunca oídas”. No se debe tener ningún escrúpulo: se trata de una guerra “justísima”, a la vez porque se liberará a una nación que vive hundida en el vicio y porque China se encuentra, según el Tratado de Tordesillas, en la demarcación de Castilla. He aquí, a más de 50 años de distancia, el proyecto portugués prácticamente retomado tal cual por Sande, sin que se pueda establecer una filiación directa entre los escritos de los prisioneros de Cantón y las fanfarronadas del gobernador de las Filipinas.

Sande introduce un nuevo argumento que pronto se volverá contra los ibéricos: “la mar que ha de ser libre, conforme a derecho de gentes, no lo está de ellos, porque cualquiera que por ellos pasare, si pueden le matarán y robarán”. Para justificar su empresa, el gobernador hace una descripción de China que ennegrece excesivamente sus rasgos: multitudes de inútiles, tropas incapaces de combatir, una artillería desastrosa, una ignorancia crasa (“Ninguna ciencia saben sino es leer y escribir”) y una venalidad generalizada; los chinos “son idólatras, sodomitas, ladrones y corsarios de mar y tierra”. Se está lejos de los retratos halagadores que China inspira comúnmente. Una guerra justa debe tener sus razones y los propios chinos las proporcionarán: “aunque se les hagan muy buenas obras, nos darán mil ocasiones para guerra justa cada día”.

Con todo, no se crea que Sande se contenta con China: también pretende atacar Borneo e incluso el sultanato de Aceh para contrarrestar la expansión del islam. El gobernador de las Filipinas se ve ya como el alma de un vasto proyecto de expansión que conjugue los intereses del comercio con los de la cruzada. En realidad, Sande no es más que uno de los portavoces del grupo de presión antichino en el que participan el antiguo gobernador Guido de Lavezaris y todos los que ya se imaginan ser los señores de China. En 1578 el grupo filipino recibe el apoyo de otro alto personaje, el doctor Diego García de Palacio, oidor de la Audiencia de Guatemala y, después, de la de México. Su plan es igualmente expeditivo: con 4 000 hombres enviados desde Guatemala, seis galeras y reservas de bronce para forjar los cañones necesarios para la empresa, los españoles podrán reducir el reino de Taybin.⁷ Intrigado por China y las Filipinas,

García de Palacio se presenta como un experto militar y lo demostrará mediante la publicación en México, en 1583, de un tratado sobre la cuestión;⁸ también es —lo que no estropea nada— un experto en las cosas del mar, como lo recuerda su *Instrucción náutica*, publicada dos años más tarde, también en la capital de la Nueva España. El único autor de las Américas en publicar en el siglo XVI obras sobre la guerra y sobre la navegación es también, por lo tanto, uno de los partidarios del proyecto de conquista. Se creería que basta saber disertar sobre el funcionamiento de las armas de fuego o el arte de construir barcos, o haber tenido que ver con las incursiones del corsario Francis Drake para decidir la suerte de China.

En consecuencia, la idea de atacar el Imperio celeste es una iniciativa local, en el sentido de que emana de las Filipinas y de la Nueva España. Contrariamente a los lugares comunes anacrónicos que describen una metrópoli española totalmente ocupada en seguir adelante con su expansión planetaria, es la periferia la que empuja al crimen y la península la que frena; por medio de la voz, por ejemplo, de Bernardino de Escalante, primer autor español que ha escrito sobre China y primero, también, que ha impreso su rechazo a toda intervención armada. Para ello se apoya en la *Relación* de un capitán, Diego de Artieda, que estima impracticable y contraria al buen sentido toda conquista: es tan imposible hacer frente a unos ejércitos incontables —“dize que pone este rei trezientos mil hombres en campo y dozientos mil a cavallo”— como superar una navegación tan interminable.⁹ ¿Cómo reaccionará el rey a esa batalla de expertos? En abril de 1577 Felipe II se opone también categóricamente a toda conquista: no es cuestión de hablar de ella; por el contrario, se establecerán relaciones de “buena amistad” con los chinos.¹⁰ El Consejo de Indias, perplejo, se asombra de que se pueda pretender invadir un reino gigantesco protegido por cinco millones de hombres tan bien armados como los europeos.

En 1580 Madrid considera más bien enviar una embajada ante el emperador Wanli. Extrañamente, como todos los planes belicosos, el proyecto que les había sido confiado a unos agustinos tampoco durará mucho, como si la monarquía católica no supiese cómo tomar una actitud y hacer frente al Imperio celeste. Ya se ha visto la rigidez de la China de los Ming en sus relaciones con el mundo exterior; ahora bien, parece que el otro gigante del momento, el imperio de Felipe II, se encuentra igualmente incómodo, indeciso entre los sueños locales

de conquista, las veleidades irénicas y el tortuguismo burocrático. Esta vez, el fracaso de la embajada no es culpa de los chinos: es el virrey de la Nueva España, el conde de la Coruña, quien bloquea la expedición; exige que se consulte a su predecesor, que partió al Perú, se interroge a Sande, de regreso de las Filipinas, y se escuche al fiscal del archipiélago, que se encuentra de paso en México. El vals de los expertos se reinicia. Todos están de acuerdo en que se aplase la expedición. El agustino Juan González de Mendoza, el embajador sondeado, los magníficos presentes y las cartas de Felipe II destinadas a Wanli no llegarán jamás a su destino.¹¹ No es que el partido de la guerra esté triunfando en el Nuevo Mundo, sino que la vía pacífica también parece estar sembrada de obstáculos. La empresa demuestra, por si acaso era necesario, que, en lo sucesivo, la América española ya puede imponer sus puntos de vista a la Corona sobre una cuestión tan importante como la paz con China.

LA GUERRA DEL JESUITA

Lo que los partidarios de la guerra necesitaban era una coyuntura favorable, portavoces y un ideólogo. La coyuntura se presentaría en 1580, gracias a la reunión de las dos coronas —la castellana y la portuguesa— bajo el cetro de Felipe II. Nace entonces uno de los imperios más grandes de la historia, puesto que Madrid, Lisboa, Amberes, Bruselas, Milán, Nápoles, Santo Domingo, México, Lima, Manila, Malaca, Goa y Luanda se encuentran bajo la Corona de un mismo príncipe. La monarquía española se ha establecido en los cuatro continentes del mundo;¹² por consiguiente, sus recursos se decuplican y, por su sola existencia, demuestra que una dominación planetaria puede ser universal. Es la manifestación política del alcance de la mundialización ibérica, que hace que un acontecimiento europeo —la invasión de Portugal— tenga de inmediato un impacto al otro extremo del planeta (en Macao, Malaca y Manila) y pueda incluso inquietar seriamente a los vecinos —los chinos—, que por lo general no se preocupan por lo que pase en otros lugares que no pertenezcan a su mundo. Los españoles de Manila ven en ello la ocasión soñada de reemprender su expansión en el Asia del sudeste y hacia China, aun cuando, en principio, la

unión de las dos coronas estipule que los dos imperios deben seguir siendo dos dominios separados.

Mientras que las élites intelectuales portuguesas siguen bajo la conmoción de la anexión,¹³ la gente de Manila encuentra al ideólogo de su combate en la persona del jesuita Alonso Sánchez, que ingresó a la compañía en 1565 y pasó a la Nueva España y Puebla, donde dirige por un tiempo el noviciado. En marzo de 1582 el gobernador de Manila, que desarrolla el puerto de Nueva Segovia, al noreste de Luzón, teniendo en mente un eventual ataque contra China, decide enviar a Sánchez a Macao con el propósito de que les comunique a los portugueses y los jesuitas de la ciudad el reciente ascenso de Felipe II al trono de Portugal.¹⁴ Con ocasión de ese viaje, el jesuita toma conciencia de la importancia de la posición portuguesa: ocupar Macao significa tener ya “un pie en China”, ya que la ubicación de ese puerto “es importantísima para lo que Su Majestad puede pretender en aquellos reinos de la China”. Para él, el viaje será ante todo la ocasión de entrar en contacto directo con el país. Sánchez regresa con unas impresiones desfavorables sobre los chinos que ha encontrado y sobre la región que ha recorrido, y, sobre todo, con la convicción obsesionante de que la conquista es inevitable.

En Macao tuvo que convencer a los portugueses de los beneficios de la unión de las dos coronas, al mismo tiempo que predicaba la discreción para que los chinos no se enterasen de la noticia. La idea de que los europeos de Macao y los de Manila obedecían ya a un mismo rey era un buen motivo para preocupar a la burocracia celeste: los portugueses de Macao eran tolerados por la administración china de la provincia en la medida en que respetaran ciertas reglas, produjeran grandes beneficios y parecieran militarmente inofensivos; así, había que guardarse de llamar la atención de los chinos con la unión de las dos coronas ibéricas. Sánchez tampoco podía tolerar en absoluto los desembarcos clandestinos de los frailes de las Filipinas: está resuelto a evitar a todo precio unos errores cuya total responsabilidad recaería en los portugueses de Macao y que complicarían los planes de invasión y conquista. Asimismo, quiere asegurarse de que la cristianización de China pase exclusivamente por las manos de la Compañía de Jesús y de que se haga con las condiciones que él ha fijado. Cree poder contar con la ayuda de una parte de los jesuitas locales y con la de los portugueses implicados en el comercio, absolutamente ilegal, con Manila.¹⁵

¿Por qué hacer la guerra a China? Esta vez, ya no son unos juristas o unos funcionarios de la Corona quienes abogan por la intervención armada, como en los años 1570-1579; ahora son dos responsables del establecimiento eclesiástico de Manila, el jesuita Alonso Sánchez y el obispo Domingo de Salazar,¹⁷ quienes se esfuerzan por justificar la guerra; se jactan de contar con el apoyo del gobernador y de los notables locales, como el real factor Juan Bautista Román, e incluso, según Sánchez, el acuerdo tácito de los jesuitas italianos llegados a China, entre ellos el famoso Matteo Ricci.

La cuestión es simple. Es indispensable partir a la guerra para lograr la conversión de China. Tan imposible parece ser el poder llevar a bien una predicación “pacífica” que el deber de evangelización justifica la injerencia. Los chinos son alérgicos a la predicación por varias razones: para empezar, son gente hinchada de orgullo:

No quieren creer, ni lo quieren oír, que hay en el mundo que sepa nada sino ellos, ni sufren que nadie se lo enseñe ni entienden que hay verdad sino su mentira y a todos nos juzgan por bárbaros bestias, gente sin ley, ni razón ni gobierno, y es gracioso y cosa muy ridícula que presuman nadie de querer enseñarles. En habiendo un extranjero en su ciudad [...] juegan con él como con una bestia, que tales somos puestos entre ellos a lo menos lo parecemos, la boca cerrada sin saber ni poder defendernos [...] estos hombres, tan agudos y arteros, soberbios y bulliciosos y sobre todo mofadores de los extranjeros y sus cosas.

Los chinos se burlan no sólo de los extranjeros que hablan mal su lengua sino también del Dios que les predicán los misioneros. Lo que le perturba a Sánchez, además de la antipatía declarada —para no decir la xenofobia— que ha sentido crecer en torno a sí y a sus compatriotas, es el contacto cotidiano; incluso la curiosidad de las multitudes chinas lo perturba: “Y era tanto el aprieto de la gente y el admiración que, entre las otras cosas, les causaba ver el paño de manteo que yo llevaba puesto, que era de lo ordinario de España, que se mataban por llegar a verle y tocarle con la mano, que al fin le rompieron y se llevaron dos pedazos de más de media vara sin que yo ni ninguno de los compañeros le echásemos de ver, tanta era la gente que nos apretaba”. De su breve estancia en China, Sánchez regresa repleto de prejuicios.

Otros obstáculos actúan contra la conversión. La “avidez” de los chinos es “insaciable”, “en especial por la riqueza que tal es su Dios”; pero Sánchez les encuentra una multitud de otros defectos, como la glotonería, cuando no son de costumbres infames. Al incriminarlos por “mucha deshonestidad y disolución particularmente del pecado nefando”, lo único que hace Sánchez es dejarse mover por un antiguo reflejo ibérico que lo lleva a apresurarse a agitar el espantapájaros de la sodomía cada vez que se hace necesario justificar la aniquilación del adversario. De ahí a afirmar la superioridad de los europeos y la necesidad absoluta de obligar a las poblaciones chinas a escuchar a los misioneros sólo hay un paso. Los chinos se convertirían en súbditos maleables en cuanto tuvieran que vérselas con otros más fuertes que ellos. Es el discurso que se expresaba desde hacía mucho tiempo sobre los indios de América; y Sánchez imagina ya a los chinos, una vez vencidos y convertidos, dedicados sin tardanza al estudio del castellano, “como los niños de la escuela”.

Con todo, hay otro obstáculo, más temible aún. Sánchez hace del chino una lengua incomprendible: “La muralla que Dios quiso que haya entre ellos y nosotros una lengua tan diferente y oscura que aun entre ellos mismos no tienen otro estudio ni ejercicio de letras sino aprender desde niños sus caracteres o señales que dicen que son más de ochenta mil”. Tal ejercicio monopoliza toda su energía, porque “así gastan la vida los que se llaman letrados en aprender sólo esto y no todos salen con ello y el fin es para ser mandarines”. El estudio del chino sería tan absorbente que acabaría por ser intelectualmente empobrecedor, porque impediría aprender otras lenguas u “o otras ciencias de las cosas naturales o sobrenaturales y las leyes y cosas morales”. Sánchez se apresura a ver en ello la mano del diablo: “ha sido tal la invención del demonio para cogerles el juicio y ocuparles en el entendimiento, que lo que un niño nuestro aprende en un año o año y medio en la niñez, hacen ellos ni por toda la vida”; así, la complejidad de esa lengua que cuenta con cerca de un centenar de miles de letras supera el entendimiento, y su pronunciación, que hace mover “los labios, ya con la garganta, o el paladar, o las narices”, levanta una montaña de dificultades. La lengua china, que, no obstante, nunca les había parecido a los portugueses una barrera infranqueable, se percibe como un arma anticristiana: de ser un obstáculo para la comunicación, se convierte así en un obstáculo para la predicación.¹⁸

¿El recurrir a los intérpretes les permitiría superar el obstáculo? Sigue siendo problemático, “pues hablar por intérprete parece más cosa de risa para ellos y de locura para quien lo intentare”. Sánchez explica que, en el transcurso de su viaje por China, debió emplear a un traductor “que sabía un poco de portugués y entendía casi nada de castellano”; a lo que se añade —algo que él no confiesa— que los españoles siempre refunfunan ante el uso de la lengua portuguesa. En consecuencia, las autoridades chinas se irritan porque no comprenden nada y, cuando Sánchez, al intentar comprender las razones de ello, le pide explicaciones a su intermediario, lo acusan inmediatamente de querer manipularlo. Además, cuando los intérpretes son locales, nunca son dignos de confianza: “sabemos que no usan decir verdad antes se precian de mentir todos y saber jurar y burlar armar embustes”. Uno de los intérpretes habría presentado a los castellanos como “una mala gente que andaba a robar reinos ajenos y matar los reyes naturales de ellos y que, en cuantas tierras entraban, se alzaban con ellas”. Fuera de Europa, es raro leer un retrato tan crítico y convincente de la expansión española; pero es incluso más excepcional ver a unos ibéricos enfrentados físicamente a esos ataques y hacerse eco de ellos ante Madrid. Sánchez no comprende o pretende no comprender que, ante todo, los intermediarios chinos tienen miedo de provocar la cólera de los mandarines, pero para los españoles también es un medio de hacer a sus interlocutores responsables de las contrariedades que les causan.

Al malestar ya mencionado que le causan el contacto con las multitudes, las burlas y la falta de respeto de los curiosos, así como las malas costumbres, se añade entonces el desasosiego de sentirse *lost in translation* que se apodera de Sánchez cada vez que no comprende “ni saben que les dicen, ni por donde van, ni adonde le llevan ni cuando le burlan ni, cuando le engañan”. A decir verdad, los malentendidos y la exasperación no hacen sino poner de manifiesto la profunda desconfianza de las autoridades locales, que no se hacen ninguna ilusión sobre los nuevos visitantes: “éramos castellanos ladrones y espías, que íbamos a saber el lenguaje y puertos de esta tierra”.

Otro reproche: China es un reino cerrado al mundo exterior. Las flotas chinas no dejan entrar a nadie, “aunque lleguen por allá derrotados o digan que van a tratar o contratar o a otras cosas en que unos reinos con otros suelen comunicar”. Las leyes de China imponen la pena de muerte, la prisión perpetua o los azotes a

quien ose penetrar en el reino. Es probable que el caso de Macao sea una excepción, pero una excepción singularmente frágil: los portugueses de Macao temen siempre lo peor, que los condenen a muerte o sufrir persecuciones que los forzarían a abandonar el país y reducirían los ingresos de la Corona. A decir de ellos, los asesinatos y las desapariciones inexplicables perturbarían regularmente la vida de la ciudad: “cada día van faltando personas conocidas de la dicha ciudad de Macán y se entiende que por la suerte los matan”; por lo tanto, se debe temer el riesgo del éxodo de los portugueses de la región hacia la India, con unas consecuencias incalculables para la fe: “se perdería la cristiandad de Japón, porque pende el sustento de ella del cielo que cada año le va de la dicha ciudad”.

Los misioneros, sobre todo los jesuitas, serían las primeras víctimas de ese cierre: “nunca han permitido que los dichos padres entren en la ciudad ni les han dejado hacer casa ni iglesia ni predicar el santo evangelio, y si alguno lo ha intentado, lo han querido azotar”. A la hostilidad se añade el terror que sembrarían en todo el reino las autoridades provinciales para obstaculizar toda conversión, sin lo que “muchísima gente vendría a escuchar el Evangelio”. Ya no se relatan las molestias ni las humillaciones sufridas por los predicadores, obligados a arrodillarse y poner la frente contra el suelo. Los intérpretes, por su parte, no osan nunca transmitir las palabras relacionadas con los asuntos de la fe y la conversión. ¿No basta que estén vestidos a la occidental o que porten signos cristianos para que se los azote y se los convierta en traidores a su rey y su patria? Para nuestro jesuita, la opacidad de la lengua, el atraso intelectual y la cerrazón componen un paisaje extremadamente hostil, en las antípodas de las virtudes civilizadoras de la caridad cristiana.

“OTRAS VÍAS QUE SON LAS DE LA GUERRA”

Por todas esas razones, la conversión de China debe pasar por las armas. Todos los expertos están de acuerdo: “todos lo que conocen esta gente que han entrado a la China juzgan por locura pensar que le hayan de convertir de buenas a buenas”, lo cual quiere decir que existiría “otro camino diferente del de la primitiva iglesia, cual se ve que ya ha usado en la Nueva España y en Pirú

adonde vemos la cristiandad tan asentada como en España y en estas Islas Filipinas se va haciendo lo mismo”.

No hay guerra sin fallos: “los insultos y males y agravios que en las conquistas se hacen” no podrían constituir un obstáculo. Los caminos del Señor son impenetrables: “permítelo Dios quizás”, como se ha visto durante la “legítima” conquista de Portugal. “Los que van a predicar el evangelio a la sombra de los soldados”, ¿se inquietarían por lo justo de su combate? Sánchez barre de un escobazo toda duda, invocando “el bastante derecho que Su Majestad tiene para conquistar [...] estos reinos de la China”; por lo demás, ese derecho es válido contra cualquier otro país pagano, “como todos los hombres doctos que por acá andan con las manos en la masa lo sienten”. De un caso particular, China, se desliza hacia la afirmación de un derecho de conquista en todas las direcciones que no se preocupará ya por tomar ninguna precaución, siempre que el adversario no sea cristiano.

La debilidad de las fuerzas chinas jugará igualmente a favor de la intervención militar. Primera observación: la gente del pueblo no tiene derecho a poseer armas; segunda observación: el argumento del número no tiene sustento; porque, ¿qué pensar de las sandeces que propaga el adversario? Al decir del obispo Domingo de Salazar, “los gobernadores porque confían tanto en la multitud de gente que en aquel reino hay, que se ríen cuando les dicen que los españoles los han de sujetar, porque dicen que aunque no tuviesen armas con qué se defender de solos los cuerpos muertos harían muralla para que nadie les entrase”. A lo que, seguro de sí, el obispo replica: “pero estos bárbaros han probado para lo que son los españoles ni saben que pocos arcabuceros de ellos bastan a desbaratar millones de chinas”. Se creería que los españoles de las Filipinas soñaban con reproducir la conquista de México.

El jesuita Sánchez y el obispo Salazar prefieren hablar de cifras y, sobre todo, del número de hombres necesarios para la empresa o de la eficacia de una intervención violenta: se cuenta con un ataque contundente para poner en fuga a las tropas chinas. El apoyo local no dejará de manifestarse, por lo que se aprovechará el soporte de las poblaciones oprimidas, siempre dispuestas a alinearse bajo la protección de un príncipe cristiano para escapar a la tiranía de sus amos. Los “sondeos de opinión” no podrían engañar; en efecto, “en secreto, le han dicho [a Sánchez] el deseo que todos tienen de ser libres de tanta miseria

y sujeción como en aquel reino tienen, porque no son tratados como hombre libres, sino peor que esclavos”. Parecería que está uno escuchando los razonamientos de Calvo y Vieira, prisioneros en Cantón, unos 60 años antes.

Ahora, un poco de logística. Se examinará “la parte por donde convenía entrar y de los bastimentos que se podría aparejar para el sustento de la gente que viniere”. El gobernador de las Filipinas enviará más tarde una relación en la que estime en 8 000 los efectivos españoles necesarios para la conquista y en una docena de galeones el volumen de la flota. El real factor, por su parte, propondrá la cifra más ambiciosa de 15 000 soldados.¹⁹ En lo que respecta al rector del colegio jesuita de Macao, él se contenta con 10 000 hombres, entre los que cuenta 2 000 japoneses enrolados con la ayuda de los miembros de la Compañía de Jesús que residen en el archipiélago.²⁰ Los japoneses son aliados potenciales a los que no hay que desdeñar, porque “son grandes enemigos de los chinas y entrarán de muy buena gana en aquel reino al tiempo que entren los españoles”; y, para concretar esa iniciativa: “el mejor medio es mandar vuestra majestad al general de la Compañía que mande a los religiosos de esa orden que están en el Japón que digan a los japoneses lo que acerca de esto han de hacer”.²¹ La alianza nipona recupera una idea propuesta por el gobernador Francisco de Sande en 1576. Tampoco se olvida la ayuda de los indígenas filipinos, numerosos y eficaces, como antaño se había recurrido en México a los tlaxcaltecas, que tan bien habían servido a Hernán Cortés y los suyos. Finalmente, el rector del colegio jesuita de Macao ofrece sus servicios y los de sus hermanos Matteo Ricci y Michele Ruggieri para reunir “a escondidas” todo tipo de información estratégica. La guerra contra China no es un fin en sí mismo; se siente que, en la mente del obispo, del jesuita y del gobernador se perfila la visión de una dominación ibérica destinada a ejercerse sobre toda esa región del globo. Henos aquí enfrentados nuevamente a lo “monstruoso”, según Peter Sloterdijk, a un juego de ambiciones desmesuradas que, en lo sucesivo, no parecen poder satisfacerse con América ni con el océano Pacífico.

En esas condiciones, inútil seguir la vía diplomática y perder tiempo enviando un presente, como se había pensado primero: “Indigna cosa de su Real grandeza es enviar presente a un tan bárbaro y soberbio rey, que no solamente no lo ha de recibir, pero aunque de verlo se despreciará, ni permitirá que el que lo llevare lo vea”. Imposible soportar en el futuro “la misma soltura y arrogancia

[en que] están sus virreyes y gobernadores que no pueden creer que haya príncipe en el mundo que se pueda igualar con su rey”. A la diplomacia se preferirá sin pestañear el sonido del cañón: “El ruido de los tambores y la artillería nos será acá tan suave y provechosos como allá las bocas de los predicadores”.

CUANDO CHINA DESPIERTE

Cada momento que pasa actúa en contra de los castellanos. Sánchez y Salazar están íntimamente convencidos de ello. Si ha de creerse a nuestro jesuita, los portugueses tienen una pesada responsabilidad en el despertar de China; a diferencia de los castellanos, no hacen la guerra:

de esto tienen poca gana y toman menos pena como se ve por toda esta India, donde no tienen más que las playas para dar y tomar, trocar y rescatar en sus encondrijos y fortalezas y aunque nos perdonen han hecho más mal a la cristiandad que ninguna otra gente, porque han despertado todo aquel mundo, y enseñado armas e industrias de guerra con mejor artillería arcabucería que ninguna otra gente de las contiguas, los mismos portugueses confiesan ahora que a los principios con sólo un navío desbaratavan sesenta y setenta de los gentiles, mas que ya uno a uno se defienden muy bien y las acometen y vencen muchas veces [...]

Conclusión: ¡pasemos al ataque mientras aún es tiempo! “La China aún está dormida, mas con el trato de los portugueses y con el ruido que por acá les rezumba a las orejas de los castellanos se van despertando y es gente en todo tan aventajada a los que hemos visto en ingenio, industria, bastimentos [...]” El tema del despertar de China, que retomarán Napoleón y tantos otros después de él, es entonces casi tan antiguo como la relación de los europeos con esa parte del mundo; vuelve como *leitmotiv* en la pluma de Sánchez: “Así lo dicen cuantos los conocen que aunque ahora están como dormidos, que si fuesen despertando y cobrando sospecha y pertrechando serán inexpugnables así por lo dicho como por la gran multitud de gente que es como langosta y por agua y por tierra”.

El obispo Domingo de Salazar confirma lo anterior: “hasta aquí han estado como dormidos y no podían creer que por esta parte les puede venir mal”. Todos sus esfuerzos parecían estar destinados a los tártaros; hasta el presente, sus flotas

sólo han servido para rechazar a los japoneses y los corsarios chinos, pero, si las autoridades del país se ponen a dudar de algo, ¡atención!: “comenzándose ya a recelar de nosotros, y si abren los ojos a lo que se les anda urdiendo, no será tan fácil la entrada cuanto sería ahora que no están prevenidos”. ¡De ahí el interés de llevar a cabo un ataque preventivo lo más pronto posible! Para sorprender, hay que saber mostrarse discreto: por lo tanto, ni una palabra a los chinos de Manila, ni siquiera al Papa —quien, de todas maneras, no tiene por qué pronunciarse sobre ese asunto, “considerando que este cuidado lo tiene ya dado la Iglesia romana a los reyes de España”—. Se trata de recurrir al derecho de patronazgo de que goza el monarca castellano sobre todos los católicos de la monarquía. Por consiguiente, Roma ha sido puesta fuera de juego por el representante de la Compañía de Jesús y por el propio obispo de las Filipinas. La actitud no tiene nada en realidad de sorprendente; corresponde directamente a la política castellana que, con el apoyo de las universidades ibéricas, ha apartado deliberadamente al papado de los asuntos planetarios.

En cambio, otro punto asombra cuando se piensa en el origen y en las obligaciones del jesuita Sánchez: ¡ni una palabra de todo ello debe llegar a oídos del general de la Compañía! Esas precauciones reflejan el paso de la imaginación planetaria del poder —recuérdese a Hernán Cortés abriéndole al emperador Carlos V los vastos horizontes de México, del océano Pacífico y de las islas de las Especias— a su aplicación práctica en el terreno. Aplicación que parece problemática, ya que ¿quién debe decidir el destino de China?: ¿el obispo de Roma, que tiene una competencia universal?; ¿la Compañía de Jesús, cuyo radio de acción es planetario?; ¿o el señor de la monarquía española?; pero ¿le corresponde al rey de Castilla, Felipe II, o al soberano de Portugal, Felipe I, intervenir en esa parte del mundo? La iniciativa de Manila desborda las burocracias y los aparatos de poder, ahora superados por las nuevas perspectivas surgidas de la mundialización que produjeron los ibéricos. Por lo demás, no es únicamente la conducción del proyecto lo que plantea problemas. Todavía se está lejos de dominar el espacio y el tiempo. Sánchez y Salazar hacen todo para apresurar a la Corona, a pesar de que no ignoran que, para que la información y las decisiones circulen entre Manila y la metrópoli, son necesarios varios años.

ALGO TAN NOVEDOSO...

Sánchez cuenta con partir a Madrid a abogar por la causa de la guerra. Se presentará como embajador de las Filipinas y, al mismo tiempo, como el experto encargado de tratar el asunto, que resume en una frase: “lo principal a que se va era a declarar es derecho que Su Majestad tiene para conquistarla [...]” o para hablar más templadamente “enviando el Rey navíos y gentes y predicadores a su cuita que fiasen a los chinos dejar predicar el evangelio públicamente a quien quisiese oírles”. Con todo, Sánchez tiene razones para mostrarse inquieto: aun cuando pretende contar con el apoyo de Manila y Macao, teme que su posición corra el riesgo de toparse con las ideas que predominan en la metrópoli. Presentarse como el campeón de la periferia —“de las cosas que están tan lejos”— significa prepararse para enfrentar a un gobierno incapaz de sopesar lo que se juega en unas “partes tan remotas”. Ahora bien, está persuadido de que las cosas deben arreglarse prioritariamente “por conferencias y consultas y determinación de los que por acá [en las Filipinas] entienden algo, acomodándose no solo a lo que por allá [en España] se disputó en escuelas”. La tensión entre el centro y los márgenes del Imperio no tiene nada de excepcional en el mundo de Felipe II: revela, una vez más, la extraordinaria dificultad de poner en pie una estrategia planetaria adaptada al tamaño de la monarquía católica. Con la distancia, la gravedad de las situaciones se atenúa, la urgencia se diluye.

Ahora bien, el jesuita se prepara para encontrarse con un escollo muy diferente, mucho más temible: se corre el riesgo de que la idea de “que se puedan conquistar unos reinos desconocidos de los letrados de esas regiones de Europa” les desagrade. Es “algo tan novedoso que debía parecer una especie de provocación; es un lenguaje nuevo [...], y nuevo quiere decir que, allá [en España], no se expresa ni se comprende”. ¿En qué corre ese lenguaje el riesgo de oponerse a la doctrina que comúnmente se enseña en España?

A primera vista, el obispo y el jesuita buscan evitar toda oposición frontal al inscribirse en la tradición teológica y jurídica ibérica. Las enseñanzas de Francisco de Vitoria y de la Universidad de Salamanca²² y, después, los grandes debates, como los que habían entablado desde ángulos opuestos Bartolomé de las Casas y el humanista Ginés de Sepúlveda, desembocaron en la afinación de

cierto número de principios destinados a regir las relaciones entre los pueblos o, más exactamente, entre los castellanos y las otras naciones.²³ Las discusiones habían sido esencialmente sobre los derechos de la Corona de Castilla a conquistar el Nuevo Mundo. A mediados del siglo XVI todavía no se trataba de China, de la que Las Casas no dice palabra en la suma universal que constituye su *Apologética historia sumaria*; pero en ese final del siglo el debate se desplaza hacia el Imperio del Medio. Ha cambiado de continente y de adversario, y ése es sin duda alguna uno de los aspectos de la novedad que menciona Sánchez. En efecto, imposible pretender en esta ocasión que los paganos son esclavos por naturaleza (Sepúlveda) o niños de los que deban hacerse cargo (Vitoria), como demuestra claramente lo contrario la realidad china observada y descrita por los españoles y los portugueses; pero ésa no es la única novedad introducida por los belicosos filipinos.

Para Francisco de Vitoria, que sigue dominando los términos del debate durante mucho tiempo después de su muerte, la guerra únicamente podía justificarse en caso de una agresión flagrante. Ni la diferencia religiosa ni el deseo de conquista y gloria militar podrían legitimar la intervención de los europeos. Imposible atacar a unos soberanos con el pretexto de que no fuesen cristianos; pero, por lo demás, es verdad que los principios de la libre circulación y la libre prédica seguían siendo intocables, por lo que estaba permitido combatir en una guerra justa a aquellos que buscaban obstaculizarlos; no obstante, Vitoria imponía a toda intervención unas condiciones estrictas, que Sánchez y Salazar decidieron ignorar regiamente. Algunos años después de Vitoria, en 1546, Melchor Cano llegó incluso a sostener que el *jus predicandi* no podía otorgar derecho de propiedad alguno sobre los bienes de los príncipes seculares; en consecuencia, los indios seguían siendo súbditos libres. Así pues, a mediados del siglo XVI, sin nunca haber logrado invertir el curso de las cosas, los ataques de Las Casas contra las crueldades de la conquista y su defensa de los derechos de los indios inclinan a los teólogos a desconfiar de las consecuencias de una intervención armada y a preguntarse profundamente sobre las razones que pueden motivarla.²⁴

Por supuesto, se alzan entonces unas voces discordantes, como la del humanista Ginés de Sepúlveda y la del obispo Vasco de Quiroga, quien en 1552 defiende la tesis según la cual no sólo es absolutamente lícito sino obligatorio

hacer la guerra a los indios;²⁵ no obstante, ya en esa época Vasco de Quiroga no niega que la opinión contraria es mayoritaria y que se va arraigando públicamente. Lo que perdura en los medios universitarios son las ideas de Vitoria y las corrientes influidas por Las Casas. En la segunda mitad del siglo XVI los maestros de la Universidad de Salamanca, como Bartolomé de Medina, Domingo Báñez y Juan de la Peña, están impregnados de ellas, mientras que la posición de Sepúlveda sigue siendo recibida con hostilidad.

El jesuita y el obispo saben todo eso; y si bien, desde Manila, enarbolan el derecho de libre circulación y la libertad de prédica para justificar la intervención militar en China, lo hacen para tratar de dar a su proyecto un barniz, un aval “a la Vitoria”; se dicen igualmente dispuestos a proporcionar las pruebas jurídicas de los obstáculos interpuestos por los chinos a la propagación del Evangelio y a la libre circulación de los españoles. A ello se debe, por lo demás, el que el obispo haya hecho una investigación conforme al derecho, pero de la que había excluido prudentemente a los chinos y a los adversarios castellanos y portugueses al proyecto. Dicho de otra manera, todo estaba hecho para manipular la opinión, lograr el apoyo de la Corona y dar la impresión de que se buscaba respetar los principios de Salamanca; sin duda, con la segunda intención de que, de todas maneras, siempre habría un abismo entre la teoría y la práctica y de que, con la ayuda de la distancia, ese maquillaje sería suficiente. Sánchez y Salazar no ignoraban que se aceptaba el empleo moderado de la fuerza cuando el derecho de prédica era obstaculizado, aun cuando, como Báñez, se le diera siempre preferencia a las formas de intervención pacíficas. Por consiguiente, seguía siendo posible recurrir a la fuerza para despejar los obstáculos puestos a la actividad de los misioneros, puesto que era completamente necesario defender el “derecho de las naciones” a escuchar la predicación.²⁶

Es mediante esa brecha que en Manila, según dan por descontado, los partidarios de la guerra contra China pensaban imponerse; sin embargo, la brecha es demasiado estrecha si se vuelve a leer a los teólogos de Salamanca, que definen el margen de maniobra de los no cristianos. Para Peña, a condición de que todos estén de acuerdo, los infieles tienen el derecho de rehusarse a escuchar a los predicadores; no se podría obligarlos a escucharlos. Para Báñez, el empleo de la violencia y de la guerra está absolutamente prohibido cuando los infieles no son súbditos ni del papa ni de un príncipe cristiano.

¿Qué ocurría en el terreno? ¿Los grandes principios de los teólogos universitarios servían únicamente para disfrazar las prácticas menos ortodoxas, algo de lo que Salazar y Sánchez estaban convencidos? Es indiscutible que, entre las exigencias de los teólogos, las reglas jurídicas y la presión de los colonizadores, había arreglos posibles. Las leyes de la Corona definían las condiciones de la intervención militar o *entrada*; después de las juntas de Valladolid (1550-1551) y la suspensión oficial de las conquistas, la opción pacífica parecía imponerse, sin que, no obstante, jamás se hubiese excluido radicalmente el empleo de la fuerza.²⁷ Así, en 1558, después del fracaso de los suyos en La Florida, vemos a un dominico, Domingo de Santa María, denunciar las “entradas” que tienen lugar sin apoyo militar. No carece de importancia para los propósitos de esta historia el que haya formado parte de la expedición uno de sus correligionarios y compañeros de infortunio, Domingo de Salazar, el futuro obispo de las Filipinas. En conjunto, no obstante, los misioneros se muestran opuestos a la solución armada. En 1583 unos franciscanos de Jalisco, en la Nueva Galicia, aseguran que las dificultades encontradas por los predicadores les acaecen “por ir en compañía de soldados”.²⁸ Ese mismo año el franciscano Gaspar de Ricarte se opone radicalmente a la idea de “ir los ministros del evangelio acompañados con gente de guerra a predicar el Evangelio entre los bárbaros infieles”. Esa opinión, desde su punto de vista, es “herética, temeraria y escandalosa”.

Por su parte, la Corona busca el justo medio. La *Instrucción* de 1556 al virrey del Perú autoriza el recurso a la fuerza en casos precisos, “sin hacer más mal aquel que fuere menester”, por ejemplo contra los que obstaculicen la predicación y la conversión, o para vencer la resistencia de los señores indígenas. En 1573 las ordenanzas de Juan de Ovando hablan de pacificación, no de “conquista”, y hacen de la prédica el fin último de los descubrimientos y las “poblaciones”; por lo tanto, se insiste en la elección de medios pacíficos, sin dejar de lado la ayuda que pueda aportar una escolta reducida para proteger los frutos de la misión.²⁹

Los proyectos filipinos seguirán siendo proyectos. De nada le servirá a Sánchez partir a España con el propósito de abogar por su causa: la guerra de China no se llevará a cabo; por varias razones: las distancias entre las Filipinas y la metrópoli, ya sea que se atravesase el océano Pacífico o el océano Índico, son gigantescas. Todo intercambio, todo ir y venir y, por ende, toda toma de decisiones se enfrenta a los riesgos de la navegación, a las tempestades, a los naufragios, a los motines, a derroteros erróneos y a la interminable duración de las travesías. Las piezas principales del expediente tardan dos años en viajar de Manila a Madrid; el propio viaje del obispo o del jesuita a la corte plantea dificultades considerables. Un prelado, en principio, no abandona su diócesis sin la autorización del príncipe y, para obtener esa autorización, es necesario que previamente la solicitud dé media vuelta al mundo y la respuesta, otro tanto; así pues, el estancamiento es el primer enemigo de ese tipo de empresa, y Sánchez casi no se hace ilusiones sobre el éxito de una negociación en España. Técnicamente, es muy complicado montar desde Manila y Macao una empresa que supone una conducción desde Madrid y un fuerte apoyo logístico desde la Nueva España. La expansión ibérica no cuenta con los medios a la medida de sus ambiciones. No obstante, el grupo de presión belicoso no carece de amplitud de miras: es capaz de concebir una redistribución de las cartas en esa parte del mundo en vinculación con una metrópoli europea. Sólo que uno no se apodera de China como se conquista México.

Más grave aún, los motivos esgrimidos por Manila —el cierre de China y la persecución de los misioneros— son al mismo tiempo desmentidos absolutamente por el recibimiento que les reservan las autoridades a los misioneros de la Compañía de Jesús. El obispo y el jesuita tienen mala suerte: su argumentación no solamente se basaba en una gran medida en una visión parcial y tendenciosa de las reacciones chinas, sino que se venía abajo con las alentadoras noticias que Michele Ruggieri y Matteo Ricci enviaban desde Cantón y el interior de la provincia. En septiembre de 1583 Ruggieri y Ricci obtenían por segunda vez la autorización de instalarse en Zhaoqing, la capital provincial. Los jesuitas italianos acariciaban incluso la esperanza de ir hasta Pekín. Ese año la idea de una embajada pacífica recupera terreno, aun cuando vaya mezclada con segundas intenciones todavía confusas. La embajada debe servir para “calar la tierra y sus fuerzas, costumbres y calidades para avisar de

ello a Vuestra Magestad por si sirviere de hazer agora o en algún tiempo ésta tan ynsigne empresa”. El obispo Salazar ve en ello el medio de poner a prueba las intenciones de las autoridades chinas sobre la cuestión de la predicación y sobre la concesión de un enclave comercial.³⁰ Como las otras tentativas, la embajada fracasa; pero permanece la voluntad de los jesuitas italianos y de Roma de desolidarizarse de los objetivos castellanos para dar preferencia a la carta de la penetración pacífica y milimétrica: un poco más de un puñado de jesuitas, un esfuerzo constante por fundirse en el paisaje y adaptarse al modo de vida chino, junto con una política de pequeños pasos.

Sólo faltaba, para complicar aún más la tarea del grupo de presión belicoso, que pesaran las disensiones entre Manila y Macao. Una parte de los habitantes del enclave portugués veía con malos ojos la manera como los españoles de las Filipinas tomaban en sus manos el destino de toda la región, tratando de saltarse las relaciones de privilegio que se habían desarrollado entre Macao y las autoridades chinas. Era más de temer un fuerte aumento comercial, porque Manila disponía ya de la plata extraída de las minas del Nuevo Mundo en tal cantidad que se corría el riesgo de que los precios chinos explotaran. Otra fractura hendía a la Compañía de Jesús: mientras que el rector Francisco Cabral apoyaba a Sánchez y el proyecto militar, los frailes italianos, Valignano, Ruggieri y Ricci, hacían todo por conservar sus entradas en la China profunda, contando en su campo con Roma y el general Acquaviva, a quien se había querido mantener apartado de la empresa.

En México, en 1587, el jesuita José de Acosta es quien recibe el encargo de neutralizar a Sánchez. Acosta había desempeñado una función notable en el auge de la Compañía de Jesús en el Perú y gozaba de una autoridad creciente en materia de evangelización. En él recayó la tarea de destruir la argumentación de Sánchez y explicar por qué no se debía hacer la guerra a los chinos; al hacerlo, expresaba el punto de vista oficial de la Compañía. A Sánchez se le prohibió absolutamente que volviese a abordar el tema en el futuro; algo para enfriar el entusiasmo de los mexicanos por China, tanto más vivo cuanto que en 1585 el propio virrey, el arzobispo Moya de Contreras, había sido seducido por la argumentación de Sánchez y por el número de sus partidarios.³¹ La discusión entre nuestros dos jesuitas plantea la cuestión de las relaciones de la Iglesia con la otra mitad del mundo, o, más exactamente, revela la medida en que los

desafíos de la misión —¿hasta dónde extenderse, a qué ritmo y por qué medios?—, tanto como los intereses políticos y económicos, obligan a concebir al mundo en su globalidad, lo que Acosta traduce por *universo mundo*. Es significativo el que sea primero en México donde se decide la manera como se supone que una monarquía católica con sede en Madrid y Roma debe intervenir en el Asia del sudeste.

La actualidad europea, en fin, juega decididamente contra nuestros filipinos. Las negociaciones llevadas a cabo por Sánchez en Madrid se cruzan con la llegada de noticias sobre la flota: el fracaso de la Armada Invencible, en agosto de 1588, barre con toda idea de tomarla contra China. Las considerables pérdidas sufridas frente a las costas inglesas hacen tan impensable como grotesco el envío de una flota y de socorro al mar de China: “Mirada con prudencia humana no era coyuntura para negociar con el rey”.³² En lo sucesivo, ya no vendrá al caso el asunto de una ofensiva; la guerra de China no se llevará a cabo.³³

Conclusión

HACIA UNA HISTORIA GLOBAL DEL RENACIMIENTO

El rey

Así este mar donde se pone el sol, esta llanura espejeante [...]
Fue oteado por la mirada audaz de mis predecesores, que con el dedo
Señalaron imperiosamente la otra orilla, otro mundo...

PAUL CLAUDEL, *Le Soulier de satin*

Los galeones de Manila [...] sólo son un hilo, muy importante, cierto, pero difícilmente mensurable, de un nudo muy apretado, infinitamente complejo, de relaciones e intercambios cuyo centro es Manila, cuya estrategia no se detiene en Acapulco, Acapulco, pobre playa, sino en Manila ocasionalmente, en México en una gran medida, en Macao, en China, en las Indias, en las riberas de la Europa atlántica.

PIERRE CHAUNU, *Le Pacifique des Ibériques*

La guerra de China no tuvo lugar en el siglo XVI: “Masas palpitantes de freza humana, más numerosas que los muertos, aguardando el bautismo...” (Paul Claudel) escaparán a la cristianización y a la colonización. La guerra de los europeos estallará mucho más tarde, en 1840; será la guerra del opio. El almirante Elliot realiza entonces el sueño de los amigos de Tomé Pires y Alonso Sánchez: hacerse amo del delta del Río de las Perlas, apoderarse de una base insular, remontar el río y atacar Cantón. La ciudad es bombardeada y deberá ser redimida. Hong Kong pasa a manos de los británicos. China, humillada, se somete a las condiciones de los europeos; pero, propiamente hablando, nunca será colonizada.

Todavía se está muy lejos, en el siglo XVI. Las veleidades portuguesas y españolas de conquista han sido una estocada en el agua. Mientras que el Nuevo Mundo es presa de una colonización sistemática, sus riquezas son explotadas de todas las maneras por los ibéricos y el cristianismo triunfa sobre los idólatras,

China experimenta una prosperidad sin precedentes, tras sus fronteras nuevamente entreabiertas. El comercio enriquece los medios mercantiles. La plata fluye desde el Japón, antes de llegar de Manila y Macao. El Imperio del Medio nunca ha permanecido insensible a lo que ocurre en el exterior de sus fronteras, sobre todo en el mar de China; pero, bajo las condiciones y el ritmo que le impone la mundialización de los intercambios, se está incorporando el país al resto del mundo, o el resto del mundo a China. La incorporación se ultima a finales del siglo XVI, cuando la plata americana ya ha emprendido la ruta del Imperio celeste. En lo sucesivo, ya no todos los caminos llevan a Roma, sino a Pekín: el metal blanco llega a los cofres de China directamente por la vía del océano Pacífico o siguiendo la ruta atlántica y, después, la del océano Índico. Por consiguiente, no es ni la conquista ni la conversión ni, mucho menos, la dependencia económica lo que enlaza China a Europa, sino unos circuitos que dan la vuelta al globo terráqueo y enlazan sus diferentes partes. No solamente España no atacará nunca a China “antes de que despierte”, sino que, al explotar los yacimientos americanos e instalar una sociedad colonial y un sistema de mano de obra forzada, se puede considerar que ha puesto una buena parte de sus fuerzas al servicio del Imperio del Medio y que lo tiene bien merecido. Los españoles de América, que intercambian casi siempre ilegalmente la plata de Potosí por las costosas mercaderías asiáticas, encuentran en ello su ventaja. En los Andes o en México, los trabajadores indígenas y africanos ignoran que se desloman en el fondo de las minas, tanto por cuenta de sus patrones europeos como por la de los mercaderes chinos que atesoran los preciosos pesos de plata mexicanos.

Por consiguiente, el final del aislamiento del mundo se ha desarrollado de manera sincrónica, aunque antitética. Para evaluarlo, todavía hace falta saber deshacerse de los gastados marcos de la historia nacional, colonial e imperial que obstaculizan todo enfoque global.¹ Ya se habrá comprendido que una historia global no podría confundirse con una historia de la expansión europea, ni siquiera cuando se da preferencia al aspecto europeo de los procesos de mundialización. En esta obra no se trata, como se tiene costumbre al otro lado del océano Atlántico, de rechazar el eurocentrismo en nombre de la ética de lo *políticamente correcto*, sino de hacerlo por razones de orden intelectual: la imperiosa necesidad de comprender el mundo que nos rodea en la actualidad

pasa por la explosión de los marcos multiseculares en los que sigue operando lo que nos queda de memoria histórica. Esos marcos, ya obsoletos y arcaicos, la sofocan y logran, a fin de cuentas, favorecer el “presentismo”,* cuyos efectos perversos ya han sido descritos.²

Una historia global del Renacimiento contribuye a reinterpretar los grandes descubrimientos al restablecer los lazos que la historiografía europea ha ignorado o silenciado; ayuda a desembarazarse de los esquemas simplistas de la alteridad —para los que la historia se resume en un enfrentamiento entre nosotros y los otros— y los sustituye con hipótesis más complejas: la historia global muestra que no hay vencedores ni vencidos y que los que dominan pueden también ser los dominados en otra parte del mundo. Una historia global lleva a volver a unir las piezas del juego mundial que han sido desmembradas por las historiografías nacionales o pulverizadas por una microhistoria mal dominada; incita a volver a situar nuestra curiosidad y nuestra problemática. Habíamos comenzado por centrar esta historia en la monarquía católica de Felipe II, ese imperio planetario nacido de la unión de las coronas de España y Portugal, y por restituirle los espacios que ocupaba en el globo terráqueo. Habíamos proseguido la reinterpretación por medio del análisis de las relaciones reales y virtuales que el islam y el Nuevo Mundo tenían en ese contexto. Una historia global debería dar todo su lugar a África, porque allí es donde se trama la primera experiencia colonial de envergadura con la bendición del papado y, a la vez, porque ese continente no dejará de proporcionar esclavos a la América recientemente conquistada, al tiempo que conserva unos lazos muy antiguos con los mundos del océano Índico. Tampoco deberá olvidarse que fue en esa tierra donde los portugueses celebraron los trágicos esponsales de la trata de seres humanos y el cristianismo.³

Hablé de una historia global del Renacimiento, porque no se podría escribir una historia sin punto de vista —la historia no se escribe desde Sirio—, so riesgo de ahogarse en las generalidades de una historia-mundo. El recorrido por la historia global y por las historias relacionadas con ella lleva invariablemente al casillero de partida. Volver a colocar la historia local y la historia de Europa en unos horizontes que las desbordan no significa únicamente volver a dimensionarlas: significa también volver sobre las particularidades de esa parte

del mundo; y sobre unas interrogantes simples que merecen que se medite sobre ellas: son los ibéricos los que visitan América y China, nunca lo contrario.

Y esas particularidades nos llevan a despejar otra fractura sin duda tan perjudicial para nuestro conocimiento del pasado como la abierta por el eurocentrismo, tan justificadamente desprestigiado. La Europa del siglo XVI no es la Europa del Norte; los actores del descubrimiento de México y China, al igual que sus promotores, fueron esencialmente ibéricos e italianos. En consecuencia, nunca sería demasiado hacer recordar la importancia del Sur y del Mediterráneo, y todo el peso del siglo XVI católico para la historia de Europa y del mundo; porque ¿cómo olvidar la función de la Iglesia romana y de la Misión, tan frecuentemente escamoteada en favor de las expansiones inglesa y holandesa, portadoras de manifestaciones septentrionales de la Reforma, mientras que una parte de la movilidad planetaria que se apodera de los europeos es de orden espiritual e incluso místico?

MODERNIDADES

En *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización* habíamos sugerido que el hecho de empeñarse en definir la aparición de la modernidad desde los puntos de vista exclusivamente europeos, incluso italianos, franceses, ingleses y holandeses, era singularmente limitante. Las múltiples relaciones con las grandes religiones y civilizaciones del planeta han alimentado millares de experiencias humanas que paren otras formas de modernidad, secretadas en las periferias de los mundos, tanto por los europeos como por todos aquellos que, voluntaria o involuntariamente, entraban en relación con ellos.

Este libro pone a prueba de otras dos maneras la modernidad europea. En primer lugar, al tomar toda la medida de la revolución magallánica, que Peter Sloterdijk demostró que fue tan importante y sin duda más decisiva que la revolución copernicana. Una historia global del Renacimiento no podría ignorarla. Con Copérnico y después de él, es la Tierra la que gira en torno al Sol; con Fernando de Magallanes, son el hombre europeo y su capital los que se ponen a girar en torno a la Tierra. La revolución magallánica atañe inmediatamente a marineros, comerciantes, financieros, príncipes y cronistas;

hace del mar y de la movilidad de los hombres y de los capitales el motor de todas las circulaciones y de todas las remociones de enclaves. No existe mundialización sin revolución magallánica, mientras que se pueden enlazar las cuatro partes del mundo y administrar una monarquía planetaria creyendo todavía en los viejos esquemas cósmicos de origen aristotélico.

Con todo, la historia del mundo no se reduce a la del hombre europeo. Fernando de Magallanes muere en la batalla de Mactán, una de las islas Filipinas; Hernán Cortés fracasa en sus proyectos sobre el océano Pacífico. Los cargamentos de especias no atravesarán jamás el Mar del Sur para llegar a Europa a través de las Américas y, en dos ocasiones al menos, los ibéricos renunciarán a enfrentarse a China. Asia y, sobre todo, China no se rinden a los europeos, que han debido de sacar valiosas lecciones de ello. Estos últimos ya no son, como en el Brasil o en el resto de las Américas, unos europeos fortalecidos por una superioridad a toda prueba frente a unas poblaciones salvajes, apenas buenas para ser conquistadas, masacradas o explotadas. La guerra de China no se llevará a cabo. Los ibéricos no solamente se sienten impotentes y superados, excepto en el plano de la salvación; ya sean portugueses o españoles, no solamente se ven reducidos a tragarse los insultos que no disimulan los chinos, sino que terminarán por transformar en modelo la potencia asiática que los despoja de su arrogancia. La grandeza china, ya sea política, económica o cultural, los fascina. La historia de las relaciones con la China de mediados del siglo XVI a comienzos del siglo XVIII será la de una construcción intelectual en la que las élites de Europa occidental ya no cesarán de mirarse. Las cosas ocurren de modo muy diferentemente en México, rápidamente colocado en el gran almacén de las civilizaciones desaparecidas, tierra de exotismo inofensivo, buena cuando mucho para suscitar lástima y lamentaciones.

VIRAJE HACIA EL OESTE Y NACIMIENTO DEL OCCIDENTE

En la segunda mitad del siglo XVI el océano Pacífico y sus riberas orientales, China incluida, se erigen en el campo de mira del Imperio español. Las Indias Occidentales —en España no se habla del continente americano— son la pareja, el prolongamiento, el puesto de avanzada de las Indias Orientales, que se

extienden al otro lado del Mar del Sur; pero la inmensidad incontrolable del océano Pacífico y la imposibilidad de apoderarse de China y de colonizar Asia obligarán a conformarse con el Nuevo Mundo y a separarlo del resto de las Indias. América, progresiva e irresistiblemente colonizada por las potencias europeas, derivará hacia el este y anudará lazos excepcionales con el Viejo Mundo. El conjunto dará nacimiento a lo que se dio el nombre de Occidente; un concepto y, después, una realidad que únicamente una historia global puede explicar satisfactoriamente.

La gestación del Occidente euro-americano es indisociable, en efecto, del fracaso ante China y, después, ante el Japón. Este último impide el movimiento hacia el oeste que habían iniciado las expediciones de Cristóbal Colón y Fernando de Magallanes, invirtiendo una tendencia más que milenaria. Ya desde la Antigüedad se sabía que la Tierra era redonda y que era una esfera. El propio Aristóteles había recordado que era teóricamente posible llegar a la lejana India siguiendo la ruta del oeste, a condición de franquear un océano cuyas aguas y vientos eran desconocidos de los pilotos y de disponer de naves capaces de desafiar esas inmensas extensiones. El oeste siguió siendo para los antiguos un horizonte fuera de su alcance. La Europa medieval no cambió gran cosa y mantuvo la mirada clavada en el este: el paraíso, la Tierra Santa, Jerusalén, los relatos de la Antigüedad, el recuerdo de las cruzadas, las invasiones mongolas, las amenazas del islam mameluco y otomano, las fabulosas riquezas de la India y tantas otras cosas conspiraban para hacer del Oriente el objeto tanto de todas las esperanzas, de todas las codicias, como de todos los odios, cuando se trataba de enfrentar al islam. Incluso los portugueses debían hacer sacrificios a ese tropismo, porque si bien sus naves apuntaban primero hacia el Atlántico del Sur, la dirección a que daban preferencia era la del Oriente y la de la India de los antiguos. Pasado el cabo de Buena Esperanza, el Oriente se ofrecía a los marineros agotados y transidos de frío.

Con Cristóbal Colón y Fernando de Magallanes, la proa se pone en lo sucesivo hacia el oeste. El sentido de las circulaciones europeas comienza a invertirse. A decir verdad, esa mutación carece de impactos inmediatos: el descubrimiento de las Antillas no trastorna la imagen que se hacen del oeste — nada más que una soledad oceánica sembrada de un puñado de islas velozmente diezmadas— y la primera vuelta al mundo revela, sobre todo, lo larga y

espantosamente peligrosa que es la ruta occidental: Magallanes y otros se dejarán la piel en ella. Otro descubrimiento, en el meollo de este libro, marcará irremediabilmente la llegada del oeste al horizonte europeo. No tiene nada de un viaje de larga travesía. A partir de 1517 los europeos se dan cuenta de que, en la Tierra Firme, existen sociedades asombrosas cuyos modos de vida parecen semejantes a los del Viejo Mundo. Con el descubrimiento del Perú y del Imperio de los incas se afirma definitivamente la convicción de que existe otro mundo, olvidado por la Biblia y los antiguos. En lugares tan lejanos como Estambul, los contemporáneos son sensibles al carácter inaudito de ese descubrimiento y, muy evidentemente cuando son musulmanes, al escándalo de una conquista que ha hecho caer en manos de los infieles —es decir, de los cristianos— a una parte no despreciable de la humanidad. Hacia 1580 un cronista anónimo de la corte otomana le suplica al sultán que se recupere el tiempo perdido partiendo a arrebatárselos a los cristianos esas tierras nuevas y hacer brillar en ellas las luces del islam.⁴

Por consiguiente, el oeste ha dejado de ser una simple dirección, un punto inaccesible abandonado “a la ilusión y la locura” (Claudel),⁵ para materializarse y llegar a ser lo que será durante mucho tiempo: una tierra prometida para los misioneros, una fuente de riquezas por saquear sin moderación, un laboratorio donde se ensañarán en reproducir la Europa naciente, un espacio tan acogedor para los emigrantes como un infierno para los negros de África. A ciertos católicos, las Indias nuevas les parecerán el porvenir del mundo cristiano: esos territorios, providencialmente ignorados por el islam y el cisma protestante, ricos de una humanidad nueva, los indios, ofrecen al catolicismo unas perspectivas que la Europa corrupta y amenazada por los turcos parecía rehusarles en lo sucesivo. En el siglo xvii, del lado protestante, se soñará con una América puritana, una Palestina americana purificada de los salvajes que la pueblan. ¿Hay necesidad de recordar de qué manera, con el paso de los siglos, las Américas se han convertido en la esperanza de generaciones de europeos partidos al otro lado del océano Atlántico en busca de la supervivencia y el porvenir que el Viejo Mundo les escatimaba? En el siglo xix la carrera hacia el oeste no hizo otra cosa que reavivar el atractivo adquirido por los países americanos antes de que el oeste se convirtiese por sí mismo en sinónimo de libertad, de espíritu de empresa y, en fin, de alianza atlántica y anticomunismo. Frente a un Oriente antiguo,

despótico, lánguido y decadente, Occidente se afirmará progresivamente como el motor de la civilización moderna y la cuna de la modernidad. Añádase que la idea de Europa —tal como nos es familiar en la actualidad— se forjó a medida que surgía el Nuevo Mundo, y se comprenderá mejor por qué los destinos de esas dos partes del globo terráqueo son indisociables: si todas las Américas han sido modeladas por Europa, ésta, a su vez, desde el Renacimiento, se ha enriquecido, construido y reproducido proyectándose al otro lado del océano Atlántico por medio de los lazos que ha anudado con las diferentes partes del nuevo continente. A través de la Nueva España, la Nueva Granada, la Nueva Inglaterra o la Nueva Francia, los países de Europa se ejercitaron en su doble función de depredadores y “civilizadores”. Otras tantas razones, por lo tanto, para convencerse de que el cambio de rumbo genialmente llevado a cabo por Cristóbal Colón sería mucho más importante que las islas y las costas que descubrió; pero también de que la resistencia de China fue lo que delimitó los contornos de Occidente.

El fracaso en Asia y la imposible conquista de China hicieron del océano Pacífico un límite entre los mundos, un gigantesco abismo entre Oriente y Occidente; y América se encontró durante mucho tiempo atada al Viejo Mundo. Como lo explica mejor que nadie el Felipe II de *Le Soulier de satin*:

Y de esta playa del mundo que los sabios de antaño creyeron reino de ilusión y locura,

De ella saca hoy mi Erario el oro vital que mueve toda la maquinaria del Estado y que hace brotar en todas partes, más prietas que la hierba de mayo, ¡las lanzas de mis tercios!

Para nosotros el mar ha perdido todos sus terrores y conserva tan sólo sus maravillas;

Sí, sus bullentes olas son poca cosa para entorpecer el apresurado ir y venir de mis barcos por la gran ruta de oro que une las dos Castillas,

Llevando unos allí a mis sacerdotes y soldados, y trayéndome otros los tesoros paganos engendrados por el sol...⁶

BIBLIOGRAFÍA

ABREVIATURAS

AGI	Archivo General de Indias, Sevilla
CSIC	Centro Superior de Investigaciones Científicas, Madrid
FCE	Fondo de Cultura Económica, México
INAH	Instituto Nacional de Antropología e Historia, México
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México, México

OBRAS

- Acosta, José de, *Parecer sobre la guerra de la China y Respuesta a los fundamentos que justifican la guerra contra China, Escritos menores*, en *Obras del padre José de Acosta*, Atlas, BAE, Madrid, 1954, pp. 337-340.
- Adelhofer, Otto (ed.), *Codex Vindobonensis Mexicanus I*, Akademische Druck- und Verlagsanstalt, Graz, 1963.
- Alfonso X el Sabio, *Libro de los juegos: acedrex, dados e tablas; Ordenamiento de las tafurerías*, Raúl Orellana Calderón (ed.), Fundación José Antonio de Castro, Madrid, 2007.
- Alves, Jorge Manuel dos Santos, *Um porto entre dois impérios. Estudos sobre Macau e as relações luso-chinesas*, Instituto Português do Oriente, Macao, 1999.
- , *Portugal e a China. Conferências, núm. III. Curso livre de história das relações entre Portugal e a China (séculos XVI-XIX)*, Fundação Oriente, Lisboa, 2000.

- Andaya, Leonard Y., *The World of Maluku. Eastern Indonesia in the Early Modern Period*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1993.
- Anghie, Antony, *Imperialism, Sovereignty and the Making of International Law*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
- Argensola, Bartolomé Leonardo de, *Conquista de las Islas Molucas*, Miraguano, Madrid, 1992.
- Barros, João de, *Décadas da Ásia*, t. III, 2ª parte, libros VI y VII, Regia Officina Typografica, Lisboa, 1778.
- Bataillon, Marcel, “Les premiers Mexicains envoyés en Espagne par Cortés”, *Journal de la Société des Américanistes*, t. 48, 1959, pp. 135-140.
- , *Varia lección de clásicos españoles*, Gredos, Madrid, 1964.
- Béguin, Gilles et al., *L’ABCdaire de la Cité interdite*, Flammarion, París, 2007.
- Benavente, Motolinía, Toribio de, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y naturales de ella*, Edmundo O’Gorman (ed.), UNAM, México, 1971.
- Berriel, Marcelo Santiago, *Cristão e sudíto. Representação social franciscana e poder régio em Portugal, 1383-1450*, tesis de doctorado, Universidade Federal Fluminense, Niteroi, 2007.
- Béthencourt, Francisco, y Kirti Chaudhuri (coords.), *História da expansão portuguesa*, s. I., t. II, Círculo de Leitores, 1998.
- Bierhorst, John, *A Nahuatl-English Dictionary and Concordance to the Cantares mexicanos with an Analytical and Transcription and Grammatical Notes*, Stanford University Press, Stanford, 1985.
- (ed.), *Cantares mexicanos. Songs of the Aztecs*, Stanford University Press, Stanford, 1985.
- Bisaha, Nancy, *Creating East and West. Renaissance Humanists and the Ottoman Turks*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2006.
- Boisvert, Georges, “La dénomination de l’Autre africain au xv^e siècle dans les récits des découvertes portugaises”, *L’Homme*, núm. 153, enero-marzo de 2000, pp. 165-171.
- Bourdon, Léon, “Un projet d’invasion de la Chine par Canton à la fin du xvi^e siècle”, en *Actas do III^o Colóquio Internacional de Estudos Luso-Brasileiros*, Lisboa, 1960, t. I, pp. 97-121.
- Boxer, Charles Ralph, “Portuguese and Spanish Projects for the Conquest of Southeast Asia, 1580-1600”, *Journal of Asian History*, vol. III, núm. 2,

- Wiesbaden, 1969, pp. 118-136.
- , *Fidalgos in the Far East*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1948.
- , *South China in the Sixteenth Century*, The Hakluyt Society, Londres, 1953.
- , *The Great Ship from Amacon. Annals of Macao and Old Japan Trade, 1555-1640*, Centro de Estudos Ultramarinos, Lisboa, 1963.
- Brandi, Karl, *Charles Quint et son temps*, Payot, París, 1951.
- Brook, Timothy, “Rethinking Syncretism: The Unity of the Three Teachings and Their Joint Worship in Late Imperial China”, *Journal of Chinese Religions*, vol. 21, 1993, pp. 13-44.
- , *The Confusions of Pleasure. Commerce and Culture in Ming China*, University of California Press, Berkeley, Londres y Los Ángeles, 1998.
- , *Vermeer’s Hat. The Seventeenth Century and the Dawn of the Global World*, Bloomsbury Press, Nueva York, Berlín y Londres, 2008, pp. 1-25.
- , *The Troubled Empire. China in the Yuan and Ming Dynasties*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 2010.
- Brooks, Francis, “Motecuzoma Xoyocotl, Hernán Cortés and Bernal Díaz del Castillo: The Construction of an Arrest”, *The Hispanic American Historical Review*, vol. 75, núm. 2, 1995, pp. 149-183.
- Brown, C. C. (ed.), “Sejarah Melayu or Malay Annals”, *Journal of the Malayan Branch of the Royal Asiatic Society*, vol. 25, núm. 2-3, cap. XXI, 1952.
- Burkhart, Louise M., *The Slippery Earth. Nahua-Christian Moral Dialogue in Sixteenth-Century México*, The University of Arizona Press, Tucson, 1989.
- Cardim, Pedro, *Cortes e cultura política no Portugal do Antigo Regime*, Edições Cosmos, Lisboa, 1998.
- Castanheda, Fernão Lopes de, *História do descobrimento e conquista da Índia pelos portugueses* [Coimbra, 1552-1561], Lello & Irmão, Porto, 1979.
- Castro, Xavier de, et al., *Le Voyage de Magellan (1519-1522). La relation d’Antonio de Pigafetta & autres témoignages*, 2 vols., Chandeigne, París, 2007.
- Chan, Wing-Tsit, *A Source Book in Chinese Philosophy*, Princeton University Press, Princeton, 1969.
- Chang, Stephen T., “The Changing Patterns of Portuguese Outposts along the Coast of China in the 16th Century: A Socio-Ecological Perspective”, en

- Jorge Manuel dos Santos Alves, *Portugal e a China. Conferências, núm. III. Curso livre de história das relações entre Portugal e a China (séculos XVI-XIX)*, Fundação Oriente, Lisboa, 2000, pp. 15-34.
- Chang, T'ien-tse, "Malacca and the Failure of the First Portuguese Embassy to Peking", *Journal of Southeast Asian History*, vol. 3, núm. 2, 1962, pp. 45-64.
- , *Sino-Portuguese Trade from 1514-1644: A Synthesis of Portuguese and Chinese Sources*, E. J. Brill, Leiden, 1934 (reimpr.: AMS Press, Nueva York, 1973).
- Chaunu, Pierre, "Le galion de Manille. Grandeur et décadence d'une route de la soie", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, año VI, núm. 4, París, 1951, pp. 447-462.
- , *Conquête et exploitation des Nouveaux Mondes (XVI^e siècle)*, PUF, París, 1969.
- , *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques (XVI^e, XVII^e, XVIII^e siècles)*, SEVPEN, París, 1960.
- , y Michèle Escamilla, *Charles Quint*, Fayard, París, 2000.
- Cheng, Anne, *Histoire de la pensée chinoise*, Seuil, París, 1997.
- (coord.), *La Pensée en Chine aujourd'hui*, Gallimard, París, 2007.
- Chirino, Pedro, *Historia de la provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús, 1581-1606*, I, XXI, 1630, ms.
- Clark, Hugh R., "Frontier Discourse and China's Maritime Frontier: China's Frontiers and the Encounter with the Sea through Early Imperial History", *Journal of World History*, vol. 20, núm. 1, marzo de 2009, pp. 1-33.
- Claudel, Paul, *Le Soulier de satin*, Gallimard, Folio Théâtre, París, 1997 [*El zapato de raso*, trad. Francisco Javier Calzada, Encuentro, Madrid, 2010].
- Clendinnen, Inga, *Aztecs. An Interpretation*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.
- Códice Valentim Fernandes*, José Pereira da Costa (ed.), Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1997.
- Coe, Michael D., "The Royal Fifth. Earliest Notices of Maya Writing", *Research Reports on Ancient Maya Writing*, vol. 28, Center for Maya Research, Washington, 1989.
- Colón, Cristóbal, *Textos y documentos completos*, Consuelo Varela (ed.), Alianza Editorial, Madrid, 1982.

- Contreras, Pedro Moya de, *Cinco cartas del Illmo. y Exmo. Señor D. Pedro Moya de Contreras, Arzobispo-Virrey y Primer Inquisidor de la Nueva España*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1962.
- Cortés, Hernán, *Cartas y documentos*, Mario Hernández Sánchez-Barba (ed.), Porrúa, México, 1963.
- , *Letters from México*, Anthony Pagden (ed. e intr.), Yale University Press, New Haven, Londres, 1986.
- , *Cartas de relación*, Manuel Alcalá (ed.), 25ª ed., Porrúa, México, 2015 (Sepan Cuantos...).
- Cortesão, Armando (ed.), *The Suma Oriental of Tomé Pires and the Book of Francisco Rodrigues* [1978], t. I, Asia Educational Services, Nueva Delhi y Madras, 1990.
- Cruz, Gaspar da, *Tractado em que se contam por extenso as cousas da China*, Évora, 1569.
- , *Tratado das coisas da China* [Évora, 1569-1570], Luis Manuel Loureiro (ed.), Cotovia, Lisboa, 1997.
- D'Anghiera, Pietro Martire, *Décadas del Nuevo Mundo*, 2 vols., Edmundo O'Gorman (ed.), José Porrúa e Hijos, México, 1964-1965.
- Defu, Shen (1578-1642), *Unofficial Gleanings from the Wanli Era*, en Timothy Brook, *The Troubled Empire. China in the Yuan and Ming Dynasties*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2010.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Joaquín Ramírez Cabañas (ed.), 6ª ed., Porrúa, México, 1968.
- Díaz-Trechuelo, Lourdes, “El Consejo de Indias y Filipinas”, en VV. AA., *El Consejo de Indias en el siglo XVI*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1970, pp. 125-138.
- , “Filipinas y el Tratado de Tordesillas”, en *Actas del Primer Coloquio Luso-Español de Historia de Ultramar*, Valladolid, 1973, pp. 229-240.
- Dicionário de história dos descobrimentos portugueses*, Luís de Albuquerque (coord.), Círculo de Leitores, Lisboa, 1994.
- Dictionnaire français de la langue chinoise*, Institut Ricci, Kuangchi Press, Taipéi, 1976.
- D'Intino, Raffaella, *Enformação das cousas da China. Textos do século XVI*, Imprensa Nacional, Casa da Moeda, Lisboa, 1989.

- Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, 2 vols., Porrúa, México, 1967.
- Duverger, Christian, *L'Esprit du jeu chez les Aztèques*, Mouton, París, 1978.
- , *L'Origine des Aztèques*, Points Seuil, París, 2003.
- Earle, T. F., y John Villiers (coords.), *Afonso de Albuquerque. O César do Oriente*, Fronteira do Caos, Lisboa, 2006.
- Escalante, Bernardino de, *Discurso de la navegación que los portugueses hazen a los reinos y provincias de Oriente, y de la noticia que se tiene de las grandezas del reino de la China*, Sevilla, 1577.
- Ferguson, Donald, *Letters from Portuguese Captives in Canton, Written in 1534 and 1536*, Education Society's Steam Press, Bombay, 1902.
- Fernández de Figueroa, Martín, *Conquista de las Indias de Persia e Arabia que hizo la armada del rey don Manuel de Portugal*, Luis Gil (ed.), Universidad de Valladolid, Valladolid, 1999.
- Fernández de Navarrete, Martín, *Colección de documentos y manuscritos compilados por F. de N.*, Museo Naval, Madrid, 1946.
- Flynn, Dennis Owen, y Arturo Giráldez, "China and the Spanish Empire", *Revista de Historia Económica*, año XIV, núm. 2, 1996, pp. 309-338.
- , "Cycles of Silver: Global Economic Unity through the Mid-Eighteenth Century", *Journal of World History*, vol. 13, núm. 2, 2002, pp. 391-427.
- Fok, Kai Cheong, "The Macau Forum at Work", en António Vasconcelos Saldanha y Jorge Manuel dos Santos Alves (coords.), *Estudos de história do relacionamento lusochinês, séculos XVI-XIX*, Instituto Português do Oriente, Macao, 1996, pp. 219-234.
- , *The Macau Formula. A Study of Chinese Management of Westerners from the Mid-Sixteenth Century to the Opium War Period*, tesis de doctorado, University of Hawaii, Honolulu, 1978.
- Fragmentos do Archivo do Torre do Tombo*, março 24, ff. 1-4, publicado en Ernst Arthur Voretzsch, "Documentos acerca da primeira embaixada portuguesa à China", *Boletim da Sociedade Luso-Japonesa*, núm. 1, 1926, pp. 30-69.
- Freire, Anselmo Braamcamp, "Inventário da guarda-roupa de D. Manuel I", *Archivo histórico português*, vol. II, Lisboa, 1904, pp. 381-417, en Francisco

- Béthencourt y Kirti Chaudhuri (coords.), *Historia da expansão portuguesa*, s. l., t. II, Círculo de Leitores, 1998.
- Furst, Jill Leslie (ed.), *Codex Vindobonensis Mexicanus, 1: A Commentary*, University of Nueva York at Albany, Nueva York, 1978.
- Galvão, António, *Tratado dos descobrimentos*, Livraria Civilização, Porto, 1987.
- García, José Manuel, *A viagem de Fernão de Magalhães e os Portugueses*, Presença, Queluz de Baixo, 2007.
- García Abasolo, Antonio, “La expansión mexicana hacia el Pacífico: la primera colonización de Filipinas”, *Historia mexicana*, El Colegio de México, t. XXII, núm. 125, 1982, pp. 55-88.
- García de Palacio, Diego, *Diálogos militares*, Pedro Ocharte, México, 1583, en Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, FCE, México, 1981.
- , *Instrucción náutica, para el buen uso y regimiento de las naos, su traza, y gobierno conforme a la altura de México*, Pedro Ocharte, México, 1587.
- García Icazbalceta, Joaquín, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, FCE, México, 1981.
- Génébrard, Gilbert, arzobispo de Aix, *Chronographia in duos libros distincta. Prior est de rebus veteris populi (G.G., auctore)... posterior recentes historias praesertimque ecclesiasticas complectitur, (A. Pontaco... auctore)*, París, 1567 [1580].
- Gerbi, Antonello, *La natura delle Indie nove. Da Cristoforo Colombo a Gonzalo Fernández de Oviedo*, Riccardo Ricciardi, Milán, 1975.
- Gerhard, Peter, *A Guide to the Historical Geography of New Spain*, Cambridge University Press, Cambridge, 1972.
- , *Síntesis e índice de los mandamientos virreinales, 1548-1553*, UNAM, México, 1992.
- Gernet, Jacques, *Le Monde chinois*, Armand Colin, París, 1972.
- Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento, 2: El Pacífico*, Alianza Editorial, Madrid, 1989.
- Gillespie, Susan D., *The Aztec Kings. The Construction of Rulership in Mexica History*, University of Arizona Press, Tucson, 1989.
- Giovio, Paolo, *Historiarum sui temporis tomus primus*, Michaelis Vascosani, París, 1553.

- Giraudoux, Jean, *La guerre de Troie n'aura pas lieu: pièce en deux actes*, L'Illustration, París, 1935.
- Goffman, Erving, *Interaction Ritual: Essays on Face-to-Face Behavior*, Pantheon Books, Nueva York, 1982 [*Ritual de la interacción*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1970].
- Gómez Canedo, Lino, *Evangelización y conquista. Experiencia franciscana en Hispanoamérica*, Porrúa, México, 1988.
- González de Clavijo, Ruy, *Embajada a Tamorlán*, Francisco López Estrada (ed.), Castalia, Madrid, 2004.
- González de Eslava, Fernán, *Villancicos, romances, ensaladas y otras canciones devotas: Libro Segundo de los Coloquios espirituales y sacramentales y Canciones divinas, México, Diego López Dávalos, 1610*, Margit Frenk (ed.), El Colegio de México, México, 1989.
- , *Coloquios espirituales y sacramentales*, Porrúa, México, 1958 (Escritores Mexicanos, núm. 74-75).
- , *Coloquios espirituales y sacramentales*, en *Villancicos, romances, ensaladas y otras canciones devotas: Libro Segundo de los Coloquios espirituales y sacramentales y Canciones divinas, México, Diego López Dávalos, 1610*, Margit Frenk (ed.), El Colegio de México, México, 1989.
- González de Mendoza, Juan, *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reyno de la China [1585]*, Miraguano, Madrid, 1990.
- Graulich, Michel, *Moctezuma*, Fayard, París, 1994.
- Gruzinski, Serge, *La Pensée métisse*, Fayard, París, 1999 [*El pensamiento mestizo*, trad. Enrique Folch, Paidós, Barcelona, 2000].
- , *Les Quatre Parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, La Martinière, París, 2004, Points Seuil, París, 2006 [*Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, FCE, México, 2010].
- , *Quelle heure est-il là-bas? Amérique et islam à l'orée des Temps modernes*, Seuil, París, 2008 [*¿Qué hora es allá? América y el islam en los linderos de la modernidad*, trad. Juan José Utrilla, FCE, México, 2017].
- Gu, Yingxiang, *Jingxuzhai*, publicado por Wan Ming en *Zhongpu Zaoqi Guanxishi*, Documents pour les sciences sociales en Chine, Pekín, 2001, pp. 29-30.

- Guimarães Sá, Isabel dos, “Os rapazes do Congo: discursos em torno de uma experiência colonial (1480-1580)”, en Leila Mezan Algranti y Ana Paula Megiani (coords.), *O império por escrito. Formas de transmissão da cultura letrada no mundo ibérico, séculos XVI-XIX*, Alameda, San Pablo, 2009, pp. 313-332.
- Guo Ping, Jin, y Wu Zhiliang, “Os impactos da conquista de Malaca em relação a China quinhentista: uma abordagem sobre a periodização da história moderna da China”, *Administração, Revista de Administração Pública de Macau*, vol. XIII, núm. 49, 2000, pp. 939-946.
- , “Uma embaixada com dois embaixadores. Novos dados orientais sobre Tomé Pires e Hoja Yasan”, *Administração, Revista de Administração Pública de Macau*, vol. XVI, núm. 60, 2003, pp. 685-716.
- Guo Ping, Jin, y Zhang Zhengchun, “Liampó reexaminado à luz de fontes chinesas”, en António Vasconcelos Saldanha y Jorge Manuel dos Santos Alves (coords.), *Estudos de história do relacionamento luso-chinês, séculos XVI-XIX*, Instituto Português do Oriente, Macao, 1996, pp. 85-137.
- Gutiérrez, Lucio, “The Affair of China at the End of the Sixteenth Century: Armed Conquest or Peaceful Evangelization”, *Philippiniana Sacra*, vol. XX, núm. 59, 1985, pp. 329-406.
- Gutiérrez de Luna, Cristóbal, *Vida y heroicas virtudes del Dr. Pedro Moya de Contreras, arzobispo mexicano, patriarca de las Indias y presidente del Real Consejo de ellas [1619]*, Genaro Estrada (ed.), Gobierno Nacional de México, 1928.
- Haar, Barend J. Ter, *Telling Stories: Witchcraft and Scapegoating in Chinese History*, Brill Academic Publisher, Leiden, 2006.
- Hall, Kenneth R., *Maritime Trade and State Development in Early Southeast Asia*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1985.
- Harrisse, Henry, *Biblioteca Americana vetustissima*, Madrid, 1958.
- Hartog, François, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, Seuil, París, 2002.
- Hassig, Ross, *Comercio, tributo y transportes. La economía política del valle de México en el siglo XVI*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1990.
- Haufler Weidner, Marsha, *Cultural Intersections in Later Chinese Buddhism*, University of Hawaii Press, Honolulu, 2008.

- Headley, John M., "Spain's Asian Presence, 1565-1590: Structures and Aspirations", *The Hispanic American Historical Review*, vol. 75, núm. 4, 1995, pp. 623-646.
- Higgins, Roland L., *Piracy and Coastal Defense in the Ming Period. Government Response to Coastal Disturbances, 1523-1549*, tesis de doctorado, UMI Dissertation Services, Michigan, 1981.
- Hsu, Carmen Y., "Writing on Behalf of a Christian Empire: Gifts, Dissimulation and Politics in the Letters of Philip II of Spain to Wanli of China", *The Hispanic Review*, vol. 78, núm. 3, verano de 2010, pp. 323-344.
- Huang, Ray, *1587. A Year of No Significance*, Yale University Press, New Haven, Londres, 1981.
- Isolario di Benedetto Bordone. Nel quale si ragiona di tutte l'isole del mondo, con li lor nomi antichi & moderni, historie, fauole, & modi del loro viuere, & in qual parte del mare stanno, & in qual parollelo & clima giaciono. Ricoretto, & di nuouo ristampato. Con la gionta del Monte del Oro nouamente ritrouato*, Venecia, 1547.
- Iwasaki Cauti, Fernando, *Extremo Oriente y el Perú en el siglo XVI*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2005.
- Karttunen, Frances, *An Analytical Dictionary of Nahuatl*, University of Texas Press, Austin, 1983.
- Keen, Benjamin, *The Aztec Image in Western Thought*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1971.
- Knauth, Lothar, *Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo hispánico, 1542-1639*, UNAM, México, 1972.
- Lach, Donald F., *Asia in the Making of Europe*, vols. I y II, Chicago, University of Chicago Press, 1965-1994.
- Larner, John, *Marco Polo and the Discovery of the World*, Yale University Press, New Haven, 1999.
- Las Casas, Bartolomé de, *Apologética historia sumaria* [1550], Edmundo O'Gorman (ed.), 2 vols., UNAM, México, 1967.
- , *Historia de las Indias*, 3 vols., FCE, México, 1986.
- , *Obras completas*, 14 vols., Alianza Editorial, Madrid, 1992.
- Lattimore, Owen, "Origins of the Great Wall of China: A Frontier Concept in Theory and Practice", en *Studies in Frontier History: Collected Papers*,

- 1928-1958, Oxford University Press, Londres, 1962, pp. 97-118.
- , *The Inner Asian Frontiers of China* [1940], Beacon Press, Boston, 1962.
- León-Portilla, Miguel, *Le Livre astrologique des marchands, Codex Fejérváry-Mayer*, La Différence, París, 1992.
- , *Toltecayotl. Aspectos de la cultura náhuatl*, FCE, México, 1980.
- , *Visión de los vencidos: crónicas indígenas*, Historia 16, Madrid, 1985.
- Lestringant, Frank, “Fortunes de la singularité à la Renaissance: le genre de l’*Isolario*”, *Studi Francesi*, t. 28, núm. 3, 1984, pp. 415-446.
- , *Le Cannibale. Grandeur et décadence*, Perrin, París, 1994.
- , *Le Livre des Îles: Atlas et récits insulaires de la Genèse à Jules Verne*, Droz, Ginebra, 2002.
- Levinson, Nancy Smiler, *Magellan and the First Voyage around the World*, Clarion Books, Nueva York, 2001.
- Lévi-Strauss, Claude, *Histoire de lynx*, Plon, París, 1991 [*Historia de lince*, Anagrama, Barcelona, 1992].
- , *Tristes trópicos*, Anagrama, Barcelona, 1969.
- Li Hsien-Chang, “A Research on the Private Traders along the Chekiang Coast during the Ghiaching (16th Century) Period and on the History of Captain Wang Chih: A Private Trader’s Life under the Embargo Age”, *Shigaku*, vol. 34, núm. 2, 1961, pp. 161-203.
- Lithgow, William, *Rare Adventures and Painful Peregrinations* [1632], Folio Society, Londres, 1974.
- Lockhart, James, “Sightings: Initial Nahua Reactions to Spanish Culture”, en Stuart Schwartz (coord.), *Implicit Understandings. Observing, Reporting and Reflecting on the Encounter between Europeans and Other Peoples in the Early Modern Era*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.
- , *The Nahuas after the Conquest*, Stanford University Press, Stanford, 1992.
- (ed. y trad.), *We People Here: Nahuatl Accounts of the Conquest of Mexico*, University of California Press, Los Ángeles, 1993.
- López Austin, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología*, 2 vols., UNAM, México, 1980.
- , y Leonardo López Luján, *El pasado indígena*, FCE, México, 1996.

- López de Gómara, Francisco, *La conquista de México*, Historia 16, Madrid, 1986.
- López de Velasco, Juan, *Geografía y descripción universal de las Indias*, Ediciones Atlas, Madrid, 1971.
- Loureiro, Rui Manuel, *A China na cultura portuguesa do século XVI. Notícias, imagens, vivências*, tesis de doctorado, 2 vols., Faculdade de Letras de Lisboa, Lisboa, 1995.
- (ed.), *O manuscrito de Lisboa da “Suma oriental” de Tomé Pires*, Instituto Português do Oriente, Macao, 1996.
- , *Fidalgos, missionários e mandarins. Portugal e a China no século XVI*, Fundação Oriente, Lisboa, 2000.
- , “Origens do projecto jesuita de conquista espiritual da China”, en Jorge Manuel dos Santos Alves, *Portugal e a China. Conferências, núm. III. Curso livre de história das relações entre Portugal e a China (séculos XVI-XIX)*, Fundação Oriente, Lisboa, 2000, pp. 131-166.
- , *Nas partes da China*, Centro Científico e Cultural de Macau, Lisboa, 2009.
- Maffei, Sonia, Franco Minonzi y Carla Sodini, *Sperimentalismo e dimensione europea della cultura di Paolo Giovio*, Società Storica Comense, Como, 2007.
- Manguin, Pierre-Yves, *Les Portugais sur les côtes du Viêt-nam et du Campa. Étude sur les routes maritimes et les relations commerciales d’après les sources portugaises (XVI^e, XVII^e et XVIII^e siècles)*, EFEO, París, 1972.
- Manzano y Manzano, Juan, *Los Pinzones y el descubrimiento de América*, Cultura Hispánica, Madrid, 1988.
- Maquiavelo, Nicolás, *Le Prince*, trad. al francés por Guillaume Cappel, Charles Estienne, París, 1553.
- , *El príncipe*, Biblioteca Económica Filosófica, Madrid, 1887.
- , *Le Prince. De principatibus*, Jean-Louis Fournel y Jean-Claude Zancarini (eds.), PUF, París, 2000.
- Marchand, Prosper, *Histoire de l’origine et des premiers progrès de l’imprimerie*, La Haya, 1740.
- Marcocci, Giuseppe, *L’invenzione di un impero. Politica e cultura nel mondo portoghese (1450-1600)*, Carocci, Roma, 2011.

- Mariscal Hay, Beatriz (ed.), *Carta del padre Pedro de Morales*, El Colegio de México, México, 2000.
- Martínez, José Luis, *Hernán Cortes*, FCE, México, 2003.
- Matos Moctezuma, Eduardo, *et al.*, “Tenochtitlan y Tlatelolco”, en *Siete ciudades antiguas de Mesoamérica. Sociedad y medio ambiente*, INAH, México, 2011.
- Mendes Pinto, Fernão, *Peregrinação* [Lisboa, 1614], Imprensa Nacional y Casa da Moeda, Lisboa, 1984 [edición en español: *La peregrinación*, trad. Luisa Trías Folch, Síntesis, Madrid, 2003; edición en francés: *Pérégrination*, La Différence, París, 1991].
- Mexía, Pedro, *Hystoria imperial y cesarea: en la qual en summa se contiene las vidas y hechos de todos los cesares emperadores de Roma: desde Julio Cesar hasta el emperador Maximiliano... La qual compuso y ordeno... Pero Mexia... nueuamente emendada y corregida*, S. Trugillo, Sevilla, 1564.
- Michelacci, Lara, *Giovio in Parnasso: tra collezione di forme e storia universale*, Il Mulino, Bolonia, 2004.
- Montaigne, Michel de, *Les Essais*, Libro I, Le Livre de Poche, París, 1965 [Ensayos completos, trad. Juan G. de Luaces, Porrúa, México, 1991].
- Murray, Harold, *A History of Chess*, Benjamin Press, Northampton, 1985.
- Needham, Joseph, *Science and Civilization in China*, vol. 5, *Chemistry and Chemical Technology*, parte I, “Paper and Printing”, por Tsien Tsuen-Hsuei, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
- Niccoli, Ottavia, *Profeti e popolo nell’Italia del Rinascimento*, Laterza, Bari, 2007.
- Oliveira e Costa, João Paulo, “Do sonho manuelino ao pragmatismo joanino. Novos documentos sobre as relações luso-chinesas na terceira década do século XVI”, *Studia*, núm. 50, 1991, pp. 121-156.
- , “A coroa portuguesa e a China (1508-1531) do sonho manuelino ao realismo joanino”, en António Vasconcelos Saldanha y Jorge Manuel dos Santos Alves (coords.), *Estudos de história do relacionamento luso-chinês, séculos XVI-XIX*, Instituto Português do Oriente, Macao, 1996, pp. 11-84.
- Ollé Rodríguez, Manuel, *Estrategias filipinas respecto a China. Alonso Sánchez y Domingo de Salazar en la empresa de China (1581-1593)*, tesis de doctorado, Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, 1998.

- , *La invención de China. Percepciones y estrategias filipinas respecto a China durante el siglo XVI*, Otto Harrassowitz, Wiesbaden, 2001.
- , *La empresa de China. De la Armada Invencible al Galeón de Manila*, Acantilado, Barcelona, 2002.
- , “A inserção das Filipinas na Ásia Oriental (1565-1593)”, *Review of Culture*, 2003-7, pp. 7-22.
- Ortuño Sánchez-Pedreño, José María, “Estudio histórico-jurídico de la expedición de García Jofre de Loaísa a las islas Molucas. La venta de los derechos sobre dichas islas al rey de Portugal por Carlos I de España”, *Anales de Derecho*, Murcia, vol. 21, 2003, pp. 217-237.
- , “Las pretensiones de Hernán Cortés en el Mar del Sur. Documentos y exploraciones”, *Anales de Derecho*, Murcia, vol. 22, 2004, pp. 317-356.
- Padrón, Ricardo, “A Sea of Denial: The Early Modern Spanish Invention of the Pacific Rim”, *The Hispanic Review*, vol. 77, núm. 1, invierno de 2009, pp. 1-27.
- Pagden, Anthony, *The Fall of Natural Man. The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982.
- Pankenier, David W., “The Planetary Portent of 1524 in China and Europe”, *Journal of World History*, vol. 20, núm. 3, septiembre de 2009, pp. 339-375.
- Parker, Geoffrey, *La gran estrategia de Felipe II*, Alianza Editorial, Madrid, 1998.
- Paso y Troncoso, Francisco del, *Epistolario de la Nueva España*, vols. II, XII, José Porrúa e Hijos, México, 1939-1940.
- Pastells, Pablo, Pedro Torres y Lanzas *et al.*, *Catálogo de los documentos relativos a las islas Filipinas, precedido de una Historia general de Filipinas*, Viuda de L. Tasso, Barcelona, 1925-1936.
- Pelliot, Paul, “Le Khoja et le Sayyid Husain de l’histoire des Ming”, *T’oung Pao*, Segunda Serie, vol. 38, núm. 2-5, 1948, pp. 81-292.
- Prieto, Carlos, *El océano Pacífico: navegantes españoles del siglo XVI*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.
- Quiroga, Vasco de, *De debellandis Indis*, René Acuña (ed.), UNAM, México, 1988.

- Reid, Anthony, "Southeast Asia Categorizations of Europeans", en Stuart Schwartz (coord.), *Implicit Understandings. Observing, Reporting, and Reflecting on the Encounter between Europeans and Other Peoples in the Early Modern Era*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, pp. 238-294.
- Robinson, David M., "The Ming Court and the Legacy of Yuan Mongols", en David M. Robinson (coord.), *Culture, Courtiers and Competition. The Ming Court (1368-1644)*, Harvard University Press, Cambridge, 2008, pp. 365-421.
- Rodrigues, Francisco, *O livro de geografia oriental*, en A. Cortesão (ed.), *The Suma Oriental of Tomé Pires and the Book of Francisco Rodrigues*, Asia Educational Services, Nueva Delhi y Madras, 1990 [1978], t. I, pp. 290-322.
- Román, Juan Bautista, *Relación*, 1584, Archivo de la Real Academia de la Historia, Colección Juan Bautista Muñoz, 9-4797, vol. 18, ff. 249-258.
- Roque de Oliveira, Francisco, *A construção do conhecimento europeu sobre a China, ca. 1500-ca. 1630*, tesis de doctorado, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2003.
- Rubiés, Joan-Pau, *Travel and Ethnology in the Renaissance. South India through European Eyes, 1250-1625*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Porrúa, México, 1977.
- Salazar, Domingo de, *Sínodo de Manila de 1582*, José Luis Porras Camuñez et al. (ed.), CSIC, Madrid, 1988.
- Sallmann, Jean-Michel, *Charles Quint. L'Empire éphémère*, Payot, París, 2000.
- , *Le Grand Désenclavement du monde, 1200-1600*, Payot, París, 2011.
- Sánchez Aguilar, Federico, *El lago español: Hispanoasia*, Fuenlabrada, Madrid, 2003.
- Schwartz, Stuart (coord.), *Implicit Understandings. Observing, Reporting, and Reflecting on the Encounter between Europeans and Other Peoples in the Early Modern Era*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.
- Siméon, Rémi, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, Siglo XXI Editores, México, 1984.
- Skinner, Quentin, *As Fundações do Pensamento Político Moderno*, Companhia das Letras, San Pablo, 1996 [edición en español: *Los fundamentos del*

- pensamiento político moderno*, 2 vols., FCE, México, 1985-1986; edición en inglés: *The Foundations of Modern Political Thought*, 2 vols., Cambridge University Press, Cambridge, 1978].
- Sloterdijk, Peter, *Essai d'intoxication volontaire*, seguido de *L'Heure du crime et le temps de l'œuvre d'art*, Pluriel, París, 2001.
- Smith, Michael E., *Aztec City-State Capitals*, University of Florida, Gainesville, 2008.
- So, Billy K. L., *Prosperity, Region, and Institutions in Maritime China: The South Fujian Pattern, 946-1368*, Harvard University Press, Cambridge, 2000.
- Spallanzani, Marco, *Giovanni da Empoli: mercante navigatore fiorentino*, Spes, Florencia, 1984.
- Spate, O. H. K., *The Spanish Lake*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1979.
- Suárez de Peralta, Juan, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, SEP, México, 1949.
- Subrahmanyam, Sanjay, *L'Empire portugais d'Asie, 1500-1700. Une histoire économique et politique*, Maisonneuve & Larose, París, 1999.
- Tafuri, Manfredo, *Venice and the Renaissance*, MIT Press, Cambridge, 1989.
- Tapia, Andrés de, *Relación sobre la conquista de México*, UNAM, México, 1939.
- Thomaz, Luís Filipe F. R., "Frangues", en *Dicionário de história dos descobrimentos portugueses*, Luís de Albuquerque (coord.), Círculo de Leitores, Lisboa, 1994, vol. 1, p. 435.
- , *De Ceuta a Timor*, DIFEL, Algés, 1994.
- Townsend, Camilla, "Burying the White Gods: New Perspectives on the Conquest of México", *The American Historical Review*, vol. 108, núm. 3, 2003, pp. 659-687.
- Tsuen-Hsui, Tsien, "Paper and Printing", en Joseph Needham, *Science and Civilization in China*, vol. 5, *Chemistry and Chemical Technology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, parte I.
- Valladares, Rafael, *Castilla y Portugal en Asia (1580-1680)*, Leuven University Press, Lovaina, 2001.
- Valls, Lorenzo, *Libro del juego de las damas, por otro nombre el marro de punta*, Valencia, 1597.

- VV. AA., *We People Here: Nahuatl Accounts of the Conquest of Mexico*, ed. y trad. James Lockhart, University of California Press, Los Ángeles, 1993.
- Varthema, Ludovico de, *Libro de las maravillas del mundo*, Jorge Costilla, Valencia, 1521.
- Vasconcelos de Saldanha, António, y Jorge Manuel dos Santos Alves (coords.), *Estudos de história do relacionamento luso-chinês, séculos XVI-XIX*, Instituto Português do Oriente, Macao, 1996.
- Veiga e Sousa, Maria Augusta da (ed.), *O livro de Duarte Barbosa*, Ministério da Ciência e da Tecnologia, Lisboa, 1996.
- Vitoria, Francisco de, *Relectio de Indis*, 1539.
- , *Relectio de jure belli*, Salamanca, 19 de junio de 1539.
- Viveiros de Castro, Eduardo, *Métaphysiques cannibales*, PUF, París, 2009.
- Vogele, Nancy, “China and the American Indies: A Sixteenth Century History”, *Colonial Latin American Review*, vol. 6, núm. 2, 1997, pp. 165-184.
- Voretzsch, Ernst Arthur, “Documentos acerca da primeira embaixada portuguesa à China”, *Boletim da Sociedade Luso-Japonesa*, núm. 1, 1926, pp. 30-69.
- Wachtel, Nathan, *La Vision des vaincus. Les Indiens du Pérou devant la conquête espagnole*, Gallimard, París, 1971.
- Wade, Geoffrey Phillip, *The Ming-shi-lu (Veritable Records of the Ming Dynasty) as a Source for Southeast Asian History, 14th to 17th Centuries*, tesis de doctorado, University of Hong Kong, Hong Kong, 1994.
- Waldron, Arthur, *La grande muraglia. Dalla storia al mito*, Einaudi, Turín, 1993.
- Wang Yangming, *Dàxué wèn*, trad. Wing-Tsit Chan, en *A Source Book in Chinese Philosophy*, Princeton University Press, Princeton, 1969, pp. 659-666.
- Wauchope, Robert (coord.), *Guide to Ethnohistorical Sources, Handbook of Middle American Indians*, vol. 14, tercera parte, University of Texas Press, Austin, 1975, pp. 235-236.
- White, Richard, *The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.
- Yu Ruji, *Libu Zhigao* [1620], Shangwu yinshuguan, Taipéi, 1974.

Zhu, Jianfei, *Chinese Spatial Strategies: Imperial Beijing 1420-1911*, Routledge Curzon, Londres, 2004.

Zimmerman, T. C. Price, *Paolo Giovio: The Historian and the Crisis of Sixteenth-Century Italy*, Princeton University Press, Princeton, 1995.

Zweig, Stefan, *Momentos estelares de la humanidad*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1994.

¹ Paul Claudel, *Le Soulier de satin*, Gallimard, Folio Théâtre, París, 1997, p. 15 [*El zapato de raso*, trad. Francisco Javier Calzada, Encuentro, Madrid, 2010].

² *Ibid.*, p. 59.

³ Serge Gruzinski, *¿Qué hora es allá? América y el islam en los linderos de la modernidad*, trad. Juan José Utrilla, FCE, México, 2017.

-
- ¹ Jean-Michel Sallmann, *Charles Quint. L'Empire éphémère*, Payot, París, 2000, p. 100.
- ² En el caso de las transcripciones, no me fue posible unificar sistemáticamente las del chino, por lo que, cada vez que tuve que recurrir a ese trabajo, conservé las que aparecen en el estudio de Paul Pelliot, "Le Khoja et le Sayyid Husain de l'histoire des Ming", *T'oung Pao*, segunda serie, vol. 38, núms. 2-5, 1948, pp. 81-292.
- ³ David M. Robinson, "The Ming Court and the Legacy of Yuan Mongols", en David M. Robinson (coord.), *Culture, Courtiers and Competition. The Ming Court (1368-1644)*, Harvard University Press, Cambridge, 2008, p. 402, donde cita *Chungjong taewang sillok*.
- ⁴ Timothy Brook, *The Confusions of Pleasure. Commerce and Culture in Ming China*, University of California Press, Berkeley, Londres y Los Ángeles, 1998, p. 144.
- ⁵ *Ibid.*, p. 146.
- ⁶ Robinson, "The Ming Court...", *op. cit.*, p. 401.
- ⁷ Shen Defu (1578-1642), *Unofficial Gleanings from the Wanli Era*, en Timothy Brook, *The Troubled Empire. China in the Yuan and Ming Dynasties*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2010, p. 13.
- ⁸ Barend J. ter Haar, *Telling Stories: Witchcraft and Scapegoating in Chinese History*, Brill Academic Publisher, Leiden, 2006.
- ⁹ Michel Graulich, *Moctezuma*, Fayard, París, 1994; Susan D. Gillespie, *The Aztec Kings. The Construction of Rulership in Mexica History*, University of Arizona Press, Tucson, 1989.
- ¹⁰ De los italianos Vivaldi, Spontini, Paisiello y Galuppi, el bohemio Myslivecek y el alemán Graun.
- ¹¹ Jacques Gernet, *Le Monde chinois*, Armand Colin, París, 1972.
- ¹² El equivalente de seis veces la población de Mesoamérica; véase Brook, *The Troubled Empire...*, *op. cit.*, p. 95.
- ¹³ Jean-Michel Sallmann, *Le Grand Désenclavement du monde, 1200-1600*, Payot, París, 2011, pp. 556 y 561.
- ¹⁴ *Ibid.*, p. 118.
- ¹⁵ *Ibid.*, pp. 128-129.
- ¹⁶ *Ibid.*, p. 92.
- ¹⁷ *Ibid.*, p. 132, cuando cita el caso de la biblioteca de Qiu, consejero del emperador Hongzhi.
- ¹⁸ Timothy Brook, "Rethinking Syncretism: The Unity of the Three Teachings and Their Joint Worship in Late Imperial China", *Journal of Chinese Religions*, vol. 21, 1993, pp. 13-44.
- ¹⁹ Anne Cheng, *Histoire de la pensée chinoise*, Seuil, París, 1997, p. 533.
- ²⁰ *Atl*, agua, se opone al fuego (*tlachinolli*) y al cielo (*ilhuicatl*), mientras que el "agua divina" (*teotl*) designa la guerra; véase Frances Karttunen, *An Analytical Dictionary of Nahuatl*, University of Texas Press, Austin, 1983.
- ²¹ Ross Hassig, *Comercio, tributo y transportes. La economía política del valle de México en el siglo XVI*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1990, p. 111; véase en las pp. 112-113 y n. 43 un intento de comparación con China, un imperio territorial. Ross Hassig, *Time, History and Belief in Aztec and Colonial Mexico*, University of Texas Press, Austin, 2001.
- ²² *Ibid.*, p. 117.

²³ Inga Clendinnen, *Aztecs. An Interpretation*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, p. 117.

²⁴ *Ibid.*, p. 131.

²⁵ *Ibid.*, p. 268.

²⁶ Recuérdese la originalidad de las interpretaciones de Inga Clendinnen y Christian Duverger: Clendinnen, *Aztecs...*, *op. cit.* Christian Duverger, *L'Esprit du jeu chez les Aztèques*, Mouton, París, 1978, y *L'Origine des Aztèques*, Points Seuil, París, 2003, obras que siguen siendo herramientas excepcionales para examinar la diferencia mesoamericana. James Maffee, *Aztec Philosophy: Understanding a World in Motion*, University Press of Colorado, Colorado, 2014.

²⁷ Louise M. Burkhart, *The Slippery Earth. Nahua-Christian Moral Dialogue in Sixteenth-Century Mexico*, The University of Arizona Press, Tucson, 1989.

²⁸ Clendinnen, *Aztecs...*, *op. cit.*, p. 251.

²⁹ Cheng, *Histoire de la pensée chinoise*, *op. cit.*, p. 40.

-
- ¹ Miguel León-Portilla, *Le Livre astrologique des marchands, Codex Fejérváry-Mayer*, La Différence, París, 1992, pp. 19-21.
- ² Los chinos se instalaron en el archipiélago de las Ryūkyū, en Siam, en Champa (reino al este de Camboya), en Malaca, en Sumatra, en Brunei, en Java y en el archipiélago de las Filipinas.
- ³ Patrick Boucheron (coord.), *Histoire du monde au XV^e siècle*, Fayard, París, 2009, p. 625.
- ⁴ *Ibid.*, p. 628.
- ⁵ Timothy Brook, “Rethinking Syncretism: The Unity of the Three Teachings and Their Joint Worship in Late Imperial China”, *Journal of Chinese Religions*, vol. 21, 1993, p. 123.
- ⁶ Marsha Weidner Haufler, “Imperial Engagement with Buddhist Art and Architecture”, en Marsha Weidner Haufler *et al.*, *Cultural Intersections in Later Chinese Buddhism*, University of Hawaii Press, Honolulu, 2008, p. 139, citada por Robinson, “The Ming Court and the Legacy of Yuan Mongols”, en David M. Robinson (coord.), *Culture, Courtiers and Competition. The Ming Court (1368-1644)*, Harvard University Press, Cambridge, 2008, p. 407.
- ⁷ Owen Lattimore, *The Inner Asian Frontiers of China* [1940], Beacon Press, Boston, 1962.
- ⁸ Hugh R. Clark, “Frontier Discourse and China’s Maritime Frontier: China’s Frontiers and the Encounter with the Sea through Early Imperial History”, *Journal of World History*, vol. 20, núm. 1, marzo de 2009, p. 9 y n. 13, sobre el sentido de Zhōngguó.
- ⁹ *Ibid.*, p. 6.
- ¹⁰ Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *El pasado indígena*, FCE, México, 1996, p. 188.
- ¹¹ Christian Duverger, *L’Esprit du jeu chez les Aztèques*, Mouton, París, 1978, y Christian Duverger, *L’Origine des Aztèques*, Points Seuil, París, 2003.
- ¹² Miguel León-Portilla, *Toltecatoytl. Aspectos de la cultura náhuatl*, FCE, México, 1980, p. 28.
- ¹³ López Austin *et al.*, *El pasado indígena, op. cit.*, pp. 187-190.
- ¹⁴ Clark, “Frontier Discourse and China’s Maritime Frontier...”, *op. cit.*, p. 20.
- ¹⁵ Billy K. L. So, *Prosperity, Region, and Institutions in Maritime China: The South Fujian Pattern, 946-1368*, Harvard University Press, Cambridge, 2000.
- ¹⁶ *Ibid.*, p. 125. Los Ming establecieron tres oficinas destinadas a la recepción y control de las embajadas llegadas a suelo chino.
- ¹⁷ Se acusó a los piratas de haber masacrado a niños pequeños y obligado a las mujeres a tragar la carne de sus esposos, so pena de destazarlas; véase Clark, “Frontier Discourse and China’s Maritime Frontier...”, *op. cit.*, p. 25.
- ¹⁸ Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y naturales de ella*, Edmundo O’Gorman (ed.), UNAM, México, 2017, p. 214.
- ¹⁹ Ottavia Niccoli, *Profeti e popolo nell’Italia del Rinascimento*, Laterza, Bari, 2007, pp. 89-121; Brook, “Rethinking Syncretism...”, *op. cit.*, pp. 13-23.
- ²⁰ David W. Pankenier, “The Planetary Portent of 1524 in China and Europe”, *Journal of World History*, vol. 20, núm. 3, septiembre de 2009, pp. 339-375.

¹ Para una visión de conjunto marcada por una ponderación mundial, véase Pierre Chaunu, *Conquête et exploitation des Nouveaux Mondes (XVI^e siècle)*, PUF, París, 1969.

² Pedro Mexía, *Historia real [imperial] y cesárea*, Sevilla, 1547, citado en Xavier de Castro *et al.*, *Le Voyage de Magellan (1519-1522). La relation d'Antonio de Pigafetta & autres témoignages*, Chandeigne, París, 2007, vol. I, p. 23.

³ Para una síntesis de esos primeros tiempos, véase Giuseppe Marcocci, *L'invenzione di un impero. Politica e cultura nel mondo portoghese (1450-1600)*, Carocci, Roma, 2011, pp. 45-58.

⁴ João Paulo Oliveira e Costa, “A coroa portuguesa e a China (1508-1531) do sonho manuelino ao realismo joanino”, en António Vasconcelos Saldanha y Jorge Manuel dos Santos Alves (coords.), *Estudos de história do relacionamento luso-chinês, séculos XVI-XIX*, Instituto Português do Oriente, Macao, 1996, pp. 15-16.

⁵ Sanjay Subrahmanyam, *L'Empire portugais d'Asie, 1500-1700. Une histoire économique et politique*, Maisonneuve & Larose, París, 1999, p. 94.

⁶ Francisco Roque de Oliveira, *A construção do conhecimento europeu sobre a China*, ca. 1500-ca. 1630, tesis de doctorado en geografía, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2003, pp. 185-186.

⁷ Castro *et al.*, *Le Voyage de Magellan...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 889-890, citando a Maximiliano Transilvanus (Maximiliano de Transilvania). Corría la idea de que “Malaca y el gran golfo [de China]” correspondían a la Corona de Castilla y de que los portugueses habían transgredido la línea de demarcación. Aun cuando se tuviese menos seguridad respecto a Malaca, “el gran golfo y el pueblo chino bordeaban los límites de navegación de los castellanos”.

⁸ Roque de Oliveira, *A construção do conhecimento europeu sobre a China...*, *op. cit.*, p. 24.

⁹ Castro *et al.*, *Le Voyage de Magellan...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 20-21.

¹⁰ *Ibid.*, vol. I, pp. 57 y 70.

¹¹ *Ibid.*, vol. II, p. 780: “De las Antillas a China, las tierras no forman un solo continente”.

¹² *Ibid.*, vol. II, p. 918.

¹³ *Ibid.*, vol. II, p. 938.

¹⁴ Cristóbal Colón, *Textos y documentas completos*, Consuelo Varela (ed.), Alianza Editorial, Madrid, 1982, p. 170.

¹⁵ *Ibid.*, p. 173.

¹⁶ Serge Gruzinski, *¿Qué hora es allá? América y el islam en los linderos de la modernidad*, trad. Juan José Utrilla, FCE, México, 2017.

¹ John Larner, *Marco Polo and the Discovery of the World*, Yale University Press, New Haven, 1999, p. 142.

² Traducido al español como *Los viajes de Marco Polo* e identificado asimismo como *El libro de las maravillas* o *El libro del millón*; véanse Juan Manzano y Manzano, *Los Pinzones y el descubrimiento de América*, Cultura Hispánica, Madrid, 1988, t. I, p. 40, y Larner, *Marco Polo and the Discovery of the World*, *op. cit.*, pp. 143-144.

³ Ejemplar que podría ser el texto en latín conservado en la actualidad en la Biblioteca Colombina de Sevilla.

⁴ Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, FCE, México, 1986, t. I, p. 217.

⁵ *Ibid.*, pp. 217, 219 y 227.

⁶ *Ibid.*, t. I, pp. 257-258.

⁷ El libro de Marco Polo circulaba también en versión catalana. ¿Habría tenido Colón en la mano ese Marco Polo aragonés antes de su primer viaje? Nada, en el *Diario* que nos transmitió Las Casas permite pensarlo. Es cierto que el dominico que confundía despreocupadamente a Marco Polo con Paolo Toscanelli, tomando un Polo por el otro, no siempre es fiable y su silencio no tiene nada de concluyente.

⁸ Larner, *Marco Polo and the Discovery of the World*, *op. cit.*, p. 149.

⁹ El humanista Conrad Peutinger recibiría sus notas sobre los viajes portugueses, que forman el *Manuscrito de Valentim Fernandes* (Staatsbibliothek de München). Véase el *Códice Valentim Fernandes*, José Pereira da Costa (ed.), Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1997.

¹⁰ Le debemos también una “Descripción de la costa occidental de África”, redactada con base en los relatos de los marinos portugueses. Véase Georges Boisvert, “La dénomination de l’Autre africain au XV^e siècle dans les récits des découvertes portugaises”, *L’Homme*, núm. 153, enero-marzo de 2000, pp. 165-172.

¹¹ *Vid. infra*, p. 81, n. 10.

* *Vid. infra*, p. 309, n. 1 [N. de las E.].

¹² Rui Manuel Loureiro (ed.), *O manuscrito de Lisboa da “Suma oriental” de Tomé Pires*, Instituto Português do Oriente, Macao, 1996, p. 145.

¹³ Armando Cortesão (ed.), *The Suma Oriental of Tomé Pires and the Book of Francisco Rodrigues* [1978], Asia Educational Services, Nueva Delhi y Madras, 1990, t. I, p. 117.

¹⁴ Loureiro (ed.), *O manuscrito de Lisboa da “Suma oriental”...*, *op. cit.*, pp. 194-195.

¹⁵ *Ibid.*, p. 197.

¹⁶ *Ibid.*, p. 200.

¹⁷ Roque de Oliveira, *A construção do conhecimento europeu sobre a China, ca. 1500-ca. 1630*, tesis de doctorado en geografía, Universidad Autónoma de Barcelona, 2003, p. 414. Duarte Barbosa, *Livro das cousas da Índia*, en Maria Augusta da Veiga e Sousa (ed.), *O livro de Duarte Barbosa*, Ministério da Ciência e da Tecnologia, Lisboa, 1996. Francisco Rodrigues, *O livro de geografia oriental*, en A. Cortesão (ed.), *The Suma Oriental of Tomé Pires and the Book of Francisco Rodrigues* [1978], Asia Educational Services, Nueva Delhi y Madras, 1990, pp. 290-322.

¹⁸ Carta de Cochín, 15 de noviembre de 1515, publicada por Marco Spallanzani, *Giovanni da Empoli: mercante navigatore fiorentino*, Spes, Florencia, 1984, pp. 202-203.

¹⁹ Roque de Oliveira, *A construção do conhecimento europeu sobre a China...*, *op. cit.*, p. 396.

²⁰ Esa versión de Marco Polo sería nuevamente publicada en dos ocasiones antes de la muerte de Rodrigo Fernández de Santaella, en 1509 (y es reeditada en 1518 por Juan Varela). El dominico se inspira en Fernandes para su prólogo cosmográfico, pero utiliza un original veneciano al que añade *India recognita* de Il Pogge. En 1987 vio la luz una edición moderna de Juan Gil en Alianza Editorial, en Madrid. Véanse Henry Harrisse, *Biblioteca Americana vetustissima*, reimpr. Madrid, 1958, t. I, pp. 130-134, y Donald F. Lach, *Asia in the Making of Europe*, University of Chicago Press, Chicago, 1994, t. II, p. 164.

²¹ Ludovico de Varthema, *Libro de las maravillas del mundo*, Jorge Costilla, Valencia, 1521.

²² Pietro Martire d'Anghiera, *Décadas del Nuevo Mundo*, Edmundo O'Gorman (ed.), José Porrúa e Hijos, México, 1964-1965, t. I, p. 387.

²³ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Joaquín Ramírez Cabañas (ed.), Porrúa, México, 1968, t. I, p. 45.

¹ Pietro Martire d'Anghiera, *Décadas del Nuevo Mundo*, Edmundo O'Gorman (ed.), José Porrúa e Hijos, México, 1964-1965, t. II, p. 439.

² *Ibid.*, t. I, pp. 425-431.

³ *Ibid.*, p. 425.

⁴ Marcel Bataillon, "Les premiers Mexicains envoyés en Espagne par Cortés", *Journal de la Société des Américanistes*, n. s., t. 48, 1959, p. 140.

⁵ D'Anghiera, *Décadas del Nuevo Mundo*, *op. cit.*, t. I, pp. 425-426.

⁶ Michael D. Coe, "The Royal Fifth. Earliest Notices of Maya Writing", *Research Reports on Ancient Maya Writing*, vol. 28, Center for Maya Research, Washington, 1989.

⁷ D'Anghiera, *Décadas del Nuevo Mundo*, *op. cit.*, t. I, p. 427.

⁸ La colección de objetos, expuesta en España, acompaña el retorno de la corte a los países del norte. En el otoño de 1520 se encuentra en Bruselas, donde suscita la admiración de Alberto Durer.

⁹ Anselmo Braamcamp Freire, "Inventário da guarda-roupa de D. Manuel I", *Arquivo histórico português*, vol. II, Lisboa, 1904, pp. 381-417, en Francisco Béhencourt y Kirti Chaudhuri (coords.), *História da expansão portuguesa*, Círculo de Leitores, s. l., 1998, t. II, p. 535.

¹⁰ T. C. Price Zimmerman, *Paolo Giovio: The Historian and the Crisis of Sixteenth-Century Italy*, Princeton University Press, Princeton, 1995. Sonia Maffei, Franco Minonzi y Carla Sodini, *Sperimentalismo e dimensione europea della cultura di Paolo Giovio*, Società Storica Comense, Como, 2007.

¹¹ Paolo Giovio, *Historiarum sui temporis tomus primus*, Michaelis Vascosani, París, 1553, f. 161r; Joseph Needham, *Science and Civilization in China*, vol. 5, *Chemistry and Chemical Technology*, parte I, "Paper and Printing", por Tsien Tsuen-hsuei, Cambridge University Press, Cambridge, 1985. Los chinos habrían inventado la xilografía seis siglos antes que Occidente y la tipografía cuatro siglos antes; pero en el siglo XVI hubo también una mente lo bastante temeraria (Gilbert Générard, *Chronographie*, 1580) como para pretender que la imprenta fue llevada de México-Tenochtitlan a Europa por Hernán Cortés.

¹² Prosper Marchand, *Histoire de l'origine et des premiers progrès de l'imprimerie*, La Haya, 1740, p. 64.

¹³ Robert Wauchop (coord.), *Guide to Ethnohistorical Sources, Handbook of Middle American Indians*, vol. 14, parte tres, University of Texas Press, Austin, 1975, pp. 235-236. Otto Adelhofer (ed.), *Codex Vindobonensis Mexicanus I*, Akademische Druck-u. Verlagsanstalt, Graz, 1963. Jill Leslie Furst (ed.), *Codex Vindobonensis Mexicanus, 1: A Commentary*, University of New York en Albany, Nueva York, 1978.

¹⁴ D'Anghiera, *Décadas del Nuevo Mundo*, *op. cit.*, t. I, p. 426.

¹⁵ Nancy Bisaha, *Creating East and West. Renaissance Humanists and the Ottoman Turks*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2006.

¹⁶ Paolo Giovio (1483-1552) será uno de los primeros en coleccionar los objetos del Nuevo Mundo. Sobre su *Museo*, véase Lara Michelacci, *Giovio in Parnasso: tra collezione di forme e storia universale*, Il Mulino, Bolonia, 2004.

¹⁷ Respecto a Ludovico de Varthema en cuanto viajero del Renacimiento exterior al mundo del humanismo, véase Joan-Pau Rubiés, *Travel and Ethnology in the Renaissance. South India through European Eyes, 1250-1625*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 14 y *passim*.

¹⁸ La correspondencia del cronista Fernández de Oviedo con sus interlocutores venecianos se inscribe en la continuación de la obra de Pietro Martire d'Anghiera; véase Antonello Gerbi, *La natura delle Indie nove. Da Cristoforo Colombo a Gonzalo Fernández de Oviedo*, Riccardo Ricciardi, Milán, 1975.

¹⁹ Francisco Roque de Oliveira, *A construção do conhecimento europeu sobre a China*, ca. 1500-ca. 1630, tesis de doctorado en geografía, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2003, p. 398.

²⁰ Hoy en día se conservan cuatro manuscritos portugueses y seis manuscritos españoles de ese texto (*ibid.*, p. 40); véase Maria Augusta da Veiga e Sousa (ed.), *O livro de Duarte Barbosa*, Ministério da Ciência e da Tecnologia, Lisboa, 1996.

²¹ Roque de Oliveira, *A construção do conhecimento europeu...*, *op. cit.*, pp. 394 y 402. Una edición moderna de la carta aparece en Marco Spallanzani, *Giovanni da Empoli: mercante navigatore fiorentino*, Spes, Florencia, 1984, pp. 131-185.

²² Roque de Oliveira, *A construção do conhecimento europeu...*, *op. cit.*, p. 402.

²³ Hernán Cortés, *Cartas de relación*, Manuel Alcalá (ed.), 25ª ed., Porrúa, México, 2015 (Sepan Cuantos...); *Cartas y documentos*, Mario Hernández Sánchez-Barba (ed.), Porrúa, México, 1963; Hernán Cortés, *Letters from Mexico*, Anthony Pagden (ed.), Yale University Press, New Haven y Londres, 1986.

²⁴ Benjamin Keen, *The Aztec Image in Western Thought*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1971, p. 67.

²⁵ *Isolario di Benedetto Bordone. Nel quale si ragiona di tutte l'isole del mondo, con li lor nomi antichi & moderni, historie, fauole, & modi del loro viuere, & in qual parte del mare stanno, & in qual parallelo & clima giaciono. Ricoretto, & di nuouo ristampato. Con la gionta del Monte del Oro nouamente ritrouato*, Venecia, 1547.

²⁶ Véanse Frank Lestringant, “Fortunes de la singularité à la Renaissance: le genre de l’*Isolario*”, *Studi Francesi*, t. 28, núm. 3, 1984, pp. 415-446, y Frank Lestringant, *Le Livre des Îles: Atlas et récits insulaires de la Genèse à Jules Verne*, Droz, Ginebra, 2002.

²⁷ Manfredo Tafuri, *Venice and the Renaissance*, MIT Press, Cambridge, 1989, pp. 152-153.

²⁸ T'ien-tse Chang, “Malacca and the Failure of the First Portuguese Embassy to Peking”, *Journal of Southeast Asian History*, vol. 3, núm. 2, 1962, p. 54.

²⁹ Raffaella d'Intino, *Enformação das cousas da China. Textos do século XVI*, Imprensa nacional, Casa da Moeda, Lisboa, 1989, p. 5. Esa fecha provoca debates, pero parece poco verosímil desplazar su redacción a 10 años más tarde. Donald Ferguson, *Letters from Portuguese Captives in Canton, Written in 1534 and 1536*, Education Society's Steam Press, Bombay, 1902; Ernst Arthur Voretzsch, “Documentos acerca da primeira embaixada portuguesa à China”, *Boletim da Sociedade Luso-Japonesa*, núm. 1, 1926, pp. 30-69. Véase la introducción bibliográfica y la presentación de nuevas fuentes de origen coreano en Jin Guo Ping y Wu Zhiliang, “Uma embaixada com dois embaixadores. Novos dados orientais sobre Tomé Pires e Hoja Yasan”, *Administração, Revista de Administração Pública de Macau*, vol. 16, núm. 60, febrero de 2003, pp. 685-687.

³⁰ *Idem.*

³¹ Con excepción de los investigadores portugueses, entre los que destacan las obras de Rui Manuel Loureiro. Véanse Rui Manuel Loureiro, *A China na cultura portuguesa do século XVI. Notícias, imagens, vivências*, tesis de doctorado, 2 vols., Faculdade de Letras de Lisboa, Lisboa, 1995, y Rui Manuel Loureiro, *Nas partes da China*, Centro Científico e Cultural de Macau, Lisboa, 2009.

³² João de Barros, *Décadas da Àsia, Tercera Década*, Lisboa [1563], Regia Officina Typografica, Lisboa, 1777-1778, 2ª parte, libros VI y VII. Fernão Lopes de Castanheda, *História do descobrimento e conquista da Índia pelos portugueses* [Coimbra, 1552-1561], Lello & Irmão, Porto, 1979. Gaspar da Cruz,

Tractado em que se contam por extenso as cousas da China, Évora, 1569. Fernão Mendes Pinto, *Peregrinação* [Lisboa, 1614], Imprensa nacional y Casa da Moeda, Lisboa, 1984. Respecto a esos textos, véase D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, pp. XXX-XXXI.

³³ Miguel León-Portilla, *Visión de los vencidos: crónicas indígenas*, Historia 16, Madrid, 1985.

³⁴ Véase la traducción de Ángel María Garibay de la obra de Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, t. IV, Porrúa, México, 1977. En lo que respecta a su traducción al inglés, véase VV. AA., *We People Here: Nahuatl Accounts of the Conquest of Mexico*, ed. y trad. James Lockhart, University of California Press, Los Ángeles, 1993.

³⁵ Con todo, una brecha gigantesca separa los dos *corpus*: los testimonios chinos son independientes de los testimonios portugueses, mientras que los relatos mexicanos se hacen eco de las reacciones de las élites vencidas, cristianizadas y occidentalizadas.

³⁶ Se recurrió a las fuentes que inventarió Paul Pelliot en “Le Khoja et le Sayyid Husain de l’histoire des Ming”, *T’oung Pao*, Segunda Serie, vol. 38, núms. 2-5, 1948, pp. 81-292. El *Ming-che*, ordenado en 1645 y terminado oficialmente en 1739, después de varias revisiones (*ibid.*, p. 198); los *Che Lou* de Tchengtö (=Zhengde), que mencionan repetidas veces la embajada portuguesa; la biografía de Leang Tch’ouo (*Nan-hai hien tche*, 36, 20b); el *Houang-Ming che-fa lou* (cf. Tcheng Sing-lang, H1, 397), del que toma el *Ming-che*; el *Houang-Ming siang-siu lou* (prefacio de 1629); el *Chou-yu tcheou-tseu low*, 9, Sb; y el *Ming-chan tsang* (primera mitad del siglo XVII).

³⁷ Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 11. Como lo sugiere su nombre chino, *Houo-tchö*, transcripción del árabe Khôjja, parece haberse llamado Khôjja Asan.

³⁸ *Ibid.*, pp. 196-197.

³⁹ Según Paul Pelliot, Khôjja Asan tenía nombre musulmán y es mencionado en la biografía de un personaje de origen cantonés, Leang Tch’ouo. El musulmán del Asia central, Sayyid Husain, tenía un yerno que se llamaba también Khôjja. En unas investigaciones recientes se afirma que era un chino de cepa; véase Guo Ping y Zhiliang, “Uma embaixada com dois embaixadores...”, *op. cit.*, p. 690, n. 32.

⁴⁰ Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 164. Sobre la historia de los Ming, véase *Ming shilu*, Shizong, *juan* 545 (edición de la Academia Sinica, Taiwán, 1963-1968, en Jorge Manuel dos Santos Alves, *Um porto entre dois impérios. Estudos sobre Macau e as relações luso-chinesas*, Instituto Português do Oriente, Macao, 1999, p. 19, n. 7).

⁴¹ Véanse León-Portilla, *Visión de los vencidos...*, *op. cit.*, y Nathan Wachtel, *La vision des vaincus. Les Indiens du Pérou devant la conquête espagnole*, Gallimard, París, 1971.

¹ Xavier Castro *et al.*, *Le Voyage de Magellan (1519-1522). La relation d'Antonio de Pigafetta & autres témoignages*, Chandeigne, París, 2007, t. I, p. 45.

² Pierre Chaunu, *Conquête et exploitation des Nouveaux Mondes (XVIe siècle)*, PUF, París, 1969, p. 137.

³ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Joaquín Ramírez Cabañas (ed.), 6ª ed., Porrúa, México, 1968, t. I, p. 43.

⁴ *Ibid.*, pp. 51 y 57.

⁵ *Ibid.*, p. 48 y 52.

⁶ *Ibid.*, pp. 60 y 73. Según Las Casas, Velázquez le había prohibido a Grijalva que “poblara”; véase Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, FCE, México, 1986, t. III, p. 204.

⁷ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, t. I, pp. 67 y 70.

⁸ *Ibid.*, pp. 63-64

⁹ Armando Cortesão (ed.), *The Suma Oriental of Tomé Pires and the Book of Francisco Rodrigues* [1978], Asia Educational Services, Nueva Delhi y Madras, 1990, t. I, p. XXVII.

¹⁰ João Paulo Oliveira e Costa, “A coroa portuguesa e a China (1508-1531) de sonho manuelino ao realismo joanino”, en António Vasconcelos Saldanha y Jorge Manuel dos Santos Alves (coords.), *Estudos de história do relacionamento luso-chinês, séculos XVI-XIX*, Instituto Português de Oriente, Macao, 1996, p. 21. En 1519 Lisboa acaricia la idea de organizar el comercio a partir de la India, estableciendo una ruta Cochín-Cantón-Cochín que abarcaría el tráfico entre Malaca y el puerto chino; véase *ibid.*, p. 25.

¹¹ Luís Filipe F. R. Thomaz, *De Ceuta a Timor*, DIFEL, Algés, 1994, p. 196.

¹² Sanjay Subrahmanyam, *L'Empire portugais d'Asie 1500-1700. Une histoire économique et politique*, Maisonneuve & Larose, París, 1999, p. 103.

¹³ Cortesão, *The Suma Oriental of Tomé Pires...*, *op. cit.*, p. XXIII.

¹⁴ Oliveira e Costa, “A coroa portuguesa e a China...”, *op. cit.*, pp. 20-21.

¹⁵ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, t. I, p. 82.

¹⁶ Hernán Cortés, *Letters from Mexico*, Anthony Pagden (ed. e intr.), Yale University Press, New Haven y Londres, 1986, p. LI.

¹⁷ En junio de 1521 se publicó la *Carta das novas*, que anunciaba la caída inminente de las dos ciudades; véase Thomaz, *De Ceuta a Timor*, *op. cit.*, p. 200.

¹⁸ Pierre Chaunu y Michèle Escamilla, *Charles Quint*, Fayard, París, 2000, p. 143.

¹⁹ Karl Brandi, *Charles Quint et son temps*, Payot, París, 1951, pp. 92-93, citado en Chaunu y Escamilla, *Charles Quint*, *op. cit.*, p. 179.

²⁰ Magallanes recibe el apoyo de Cristóbal de Haro, armador de Amberes. En Portugal ese agente de la familia Fugger ha financiado viajes clandestinos, antes de ser expulsado por Manuel II. Firma un acuerdo con Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, quien le presenta el proyecto de Magallanes a Carlos V. Véase Nancy Smiler Levinson, *Magellan and the First Voyage around the World*, Clarion Books, Nueva York, 2001.

²¹ Castro *et al.*, *Le Voyage de Magellan...*, t. I, p. 49.

²² Isla al este de Tanzania.

²³ Oliveira e Costa, “A coroa portuguesa e a China...”, *op. cit.*, p. 133.

- ²⁴ Martín Fernández de Figueroa, *Conquista de las Indias de Persia e Arabia que hizo la armada del rey don Manuel de Portugal*, Luis Gil (ed.), Universidad de Valladolid, Valladolid, 1999, p. 46.
- ²⁵ Paul Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain de l’histoire des Ming”, *T’oung Pao*, Segunda Serie, vol. 38, núms. 2-5, 1948, p. 87, n. 9. T’ien-tse Chang, *Sino-Portuguese Trade from 1514-1644: A Synthesis of Portuguese and Chinese Sources*, E. J. Brill, Leiden, 1934.
- ²⁶ Raffaella d’Intino, *Enformação das cousas da China. Textos de século XVI*, Impresora Nacional, Casa da Moeda, Lisboa, 1989, p. XXVI, n. 61.
- ²⁷ Respecto a la recepción china vista por las fuentes locales, véase Gu Yingxiang, *Jingxuzhai*, publicado por Wan Ming en *Zhongpu Zaoqi Guanxishi*, Documents pour les sciences sociales en Chine, Pekín, 2001, pp. 29-30.
- ²⁸ Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 97, n. 19. El cronista João de Barros habla de una “fiesta solemne con grandes linternas”.
- ²⁹ *Ibid.*, p. 113, n. 47. Jin Guo Ping y Wu Zhiliang, “Uma embaixada com dois embaixadores. Novos dados orientais sobre Tomé Pires e Hoja Yasan”, *Administração, Revista de Administração Pública de Macau*, vol. XVI, núm. 60, febrero de 2003, p. 692.
- ³⁰ *Ibid.*, p. 92, n. 12.
- ³¹ *Ibid.*, p. 93, n. 14.
- ³² Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, Mario Hernández Sánchez-Barba (ed.), Porrúa, México, 1963, p. 34; Hernán Cortés, *Cartas de relación*, Manuel Alcalá (ed.), 25ª ed., Porrúa, México, 2015, p. 38 (Sepan Cuantos...).
- ³³ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, t. I, pp. 72, 73, 78, 82. La autorización para “conquistar y poblar” —con el título de “adelantado”— le sería acordada en Zaragoza el 13 de noviembre de 1518 y llegaría en la primavera del año siguiente a manos de Velázquez. Hernán Cortés zarpó con 200 hombres de Grijalva; véase Pagden, en Cortés, *Letters from Mexico*, *op. cit.*, p. LIII.
- ³⁴ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 19; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 21.
- ³⁵ Peter Gerhard, *A Guide to the Historical Geography of New Spain*, Cambridge University Press, Cambridge, 1972, p. 360.
- ³⁶ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, t. I, pp. 151, 139, 149, 152.
- ³⁷ José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, FCE, México, 2003, p. 179.
- ³⁸ *Ibid.*, p. 180.
- ³⁹ Pagden, en Cortés, *Letters from Mexico*, *op. cit.*, p. XX.
- ⁴⁰ Pietro Martire d’Anghiera, *Décadas del Nuevo Mundo*, Edmundo O’Gorman (ed.), José Porrúa e Hijos, México, 1964-1965, t. I, pp. 423 y 431.
- ⁴¹ D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, pp. 27, 31 y 38.
- ⁴² *Ibid.*, pp. 31 y 36.
- ⁴³ Según la biografía de Ho Ngao en el *Chouen-tö hien tche*, en Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 95, n. 15. Es posible que la demanda china de productos exóticos —sobre todo el ámbar— haya sido tan alta que las autoridades provinciales decidieron suavizar las reglas y dejar pasar algunas misiones no previstas por los textos oficiales y fuera de las épocas habituales; véase Guo Ping y Zhiliang, “Uma embaixada com dois embaixadores...”, *op. cit.*, pp. 693-695.
- ⁴⁴ *Ibid.*, pp. 97, n. 20 y 179.
- ⁴⁵ Ejecutado el 11 de julio de 1521 por orden de Jiajing; véanse Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 16, n. 95, y Guo Ping y Zhiliang, “Uma embaixada com dois embaixadores...”, *op.*

cit., p. 697, n. 67, y p. 699.

⁴⁶ Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, pp. 178 y 182.

⁴⁷ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, t. I, p. 151.

⁴⁸ Martínez, *Hernán Cortés*, *op. cit.*, p. 208; D’Anghiera, *Décadas del Nuevo Mundo*, *op. cit.*, t. II, p. 442. Este último menciona la cifra de 1 300 tamemes.

⁴⁹ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, pp. 37-38.

⁵⁰ D’Anghiera, *Décadas del Nuevo Mundo*, *op. cit.*, t. II, p. 423.

⁵¹ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, p. 207.

⁵² Martínez, *Hernán Cortés*, *op. cit.*, p. 216. Andrés de Tapia, *Relación sobre la conquista de México*, UNAM, México, 1939, pp. 67-68.

⁵³ D’Anghiera, *Décadas del Nuevo Mundo*, *op. cit.*, t. II, p. 455. Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 49.

⁵⁴ Lope de Vega escribiría una pieza de teatro basada en él.

⁵⁵ Marcel Bataillon, *Varia lección de clásicos españoles*, Gredos, Madrid, 1964, pp. 314-317 y 325-328.

⁵⁶ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 43.

⁵⁷ *Idem*; Pagden, en Cortés, *Letters from Mexico*, *op. cit.*, p. XXVII.

⁵⁸ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 44; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 48.

⁵⁹ Peter Sloterdijk, *Essai d’intoxication volontaire*, seguido de *L’Heure du crime et le temps de l’œuvre d’art*, Pluriel, París, 2001.

⁶⁰ Rui Mannuel Loureiro (ed.), *O manuscrito de Lisboa da “Suma oriental” de Tomé Pires*, Instituto Português de Oriente, Macao, 1996, p. 197.

⁶¹ Jean-Michel Sallmann, *Charles Quint. L’Empire éphémère*, Payot, París, 2000, pp. 94-95.

⁶² Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 33; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 37.

⁶³ Unas imágenes sobrecogedoras sugieren la importancia de las ciudades: la ciudad de Tlaxcala parece ser mucho más grande que Granada, mientras que su gobierno se asemeja al de las grandes ciudades italianas, Venecia, Génova o Pisa; Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 46.

⁶⁴ D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 21.

⁶⁵ La carta fue descubierta por Donald Ferguson en 1910 en un volumen de la Biblioteca Nacional de Francia titulado *Chronica dos reis de Bisnaga* [*Crónica de los reyes de Bisnaga y relación de la China*].

⁶⁶ D’Anghiera, *Décadas del Nuevo Mundo*, *op. cit.*, t. II, p. 452. Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 37; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 40.

⁶⁷ Se trataba de un ultimátum hecho al adversario para que se sometiera a los representantes de la Corona de Castilla.

⁶⁸ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, pp. 34, 55, 37, 33 y 41.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 46; Cortés, *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 51.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 47; *ibid.*, pp. 51, 52.

⁷¹ *Ibid.*, p. 51; *ibid.*, p. 56.

⁷² *Ibid.*, pp. 54-56; *ibid.*, pp. 59 y ss.

⁷³ *Ibid.*, p. 46; *ibid.*, p. 51.

⁷⁴ D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 7.

⁷⁵ *Fragmentos do Archivo do Torre do Tombo*, marzo 24, ff. 1-4, en Ernst Artur Voretzsch, “Documentos acerca da primeira embaixada portuguesa a China”, *Boletim da Sociedade Luso-Japonesa*,

núm. 1, Tokio, 1926, pp. 50-69.

⁷⁶ T'ien-tse Chang, "Malacca and the Failure of the First Portuguese Embassy to Peking", *Journal of Southeast Asian History*, vol. 3, núm. 2, 1962, p. 52.

⁷⁷ En 1283 Alfonso X de Castilla redactó el famoso *El libro de ajedrez, dados e tablas*: Alfons, rei de Castella-Lleó, *Libro de los juegos: acedrex, dados e tablas; Ordenamiento de las tafurerías*, Raúl Orellana Calderón (ed.), Fundación José Antonio de Castro, Madrid, 2007.

⁷⁸ El juego de damas ya existía entonces en España y ya tenía precisamente el nombre que le damos; véase Lorenzo Valls, *Libro del juego de las damas, por otro nombre el marro de punta*, Valencia, 1597. Sobre la historia de los juegos, véase Harold Murray, *A History of Chess*, Benjamin Press, Northampton, 1985.

⁷⁹ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, p. 301.

⁸⁰ *Xoxolhuia*, "mentir deliberadamente"; véase Rémi Siméon, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, Siglo XXI Editores, México, 1984, p. 781.

⁸¹ Inga Clendinnen, *Aztecs. An Interpretation*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, p. 145. Christian Duverger, *L'Esprit du jeu chez les Aztèques*, Mouton, París, 1978.

⁸² Erving Goffman, *Interaction Ritual: Essays on Face-to-Face Behavior*, Pantheon Books, Nueva York, 1982.

⁸³ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, t. I, pp. 301-302.

⁸⁴ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, pp. 76-77; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 82.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 44; *ibid.*, p. 48.

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 33 y 59; *ibid.*, pp. 38 y 64.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 80; *ibid.*, p. 85.

⁸⁸ Véase la presentación del aliado tlaxcalteca: Cortés pone de relieve su valentía, su resistencia a los conquistadores, y, después, el perdón y su sumisión ejemplar; *ibid.*, p. 44; *ibid.*, pp. 48-49.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 59; *ibid.*, p. 64.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 71; *ibid.*, p. 76.

* T'ien-tse Chang, "Malacca and the Failure of the First Portuguese Embassy to Peking", *Journal of Southeast Asian History*, vol. 3, núm. 2, 1962.

¹ Raffaella d'Intino, *Enformação das cousas da China. Textos do século XVI*, Imprensa Nacional, Casa da Moeda, Lisboa, 1989, p. 7.

² Paul Pelliot, "Le Khoja et le Sayyid Husain de l'histoire de Ming", *T'oung Pao*, Segunda Serie, vol. 38, núms. 2-5, 1948, p. 101.

³ *Ibid.*, pp. 182-183.

⁴ El discurso de Moctezuma (dirigido a Cortés, según Cortés) contiene elementos inverosímiles —la entrega del poder— y otros que los conquistadores no podían conocer en esa fecha —el origen extranjero de los mexicas—. La declaración de Moctezuma sobre su humanidad podría interpretarse como un medio indirecto, elegante y cortés de hacer comprender a los intrusos que no los tomaban por dioses; véanse Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, Mario Hernández Sánchez-Barba (ed.), Porrúa, México, 1963, p. 59; *Cartas de relación*, Manuel Alcalá (ed.), 25ª ed., Porrúa, México, 2005 (Sepan Cuantos...), pp. 64-65.

⁵ Francis Brooks, "Moteczuzoma Xoyocotl, Hernán Cortés and Bernal Díaz del Castillo: The Construction of an Arrest", *The Hispanic American Historical Review*, vol. 75, 1995, pp. 164-165.

⁶ Eso es lo que se puede deducir de la versión del *Códice Florentino*, en Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Porrúa, México, 1977, t. IV, p. 85 y *passim*.

⁷ Ya en la ofensiva contra los tlaxcaltecas, los españoles habían organizado incursiones relámpago para sembrar el terror en los pueblos: incendios, masacres de mujeres y niños, capturas de esclavos, etcétera.

⁸ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 90; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 96.

⁹ *Ibid.*, pp. 94-95; *ibid.*, p. 101.

¹⁰ Guerra que terminarían por ganar, mientras que otros intentos hechos en la misma época en la costa mexicana, al norte de Veracruz, fracasarían lamentablemente; véase Pierre Chaunu, *Conquête et exploitation des Nouveaux Mondes (XVI^e siècle)*, PUF, París, 1969, p. 142.

¹¹ Pelliot, "Le Khoja et le Sayyid Husain...", *op. cit.*, p. 148, n. 136 y p. 189.

¹² *Ibid.*, p. 99, n. 26 y 27.

¹³ D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 17.

¹⁴ En realidad, las técnicas portuguesas de construcción naval, muy consumidoras de madera, no serían adoptadas y sólo dos embarcaciones serían construidas en Cantón.

¹⁵ João Paulo Oliveira e Costa, "A coroa portuguesa e a China (1508-1531) do sonho manuelino ao realismo joanino", en António Vasconcelos Saldanha y Jorge Manuel dos Santos Alves (coords.), *Estudos de história do relacionamento luso-chinês, séculos XVI-XIX*, Instituto Português de Oriente, Macao, 1996, p. 46.

¹⁶ Pelliot, "Le Khoja et le Sayyid Husain...", *op. cit.*, pp. 103-104.

¹⁷ El *Yue-chan ts'ong-t'an*.

¹⁸ Wang Hong llegaría a ser ministro del Interior.

¹⁹ Pelliot, "Le Khoja et le Sayyid Husain...", *op. cit.*, p. 106, n. 41.

²⁰ D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. XXVIII.

²¹ *Ibid.*, p. 15.

²² Pelliot, "Le Khoja et le Sayyid Husain...", *op. cit.*, p. 104, n. 37.

- ²³ *Ibid.*, p. 15.
- ²⁴ D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, pp. 13-16.
- ²⁵ *Ibid.*, pp. 16, 17 y 36.
- ²⁶ Chang, "Malacca and the Failure of the First Portuguese Embassy...", *op. cit.*, p. 63.
- ²⁷ D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 14.
- ²⁸ *Ibid.*, p. 37.
- ²⁹ Oliveira e Costa, "A coroa portuguesa e a China...", *op. cit.*, p. 51, que cita a Fernão Lopes de Castanheda, *Historia do descobrimento e conquista da India pelos portugueses* [Coimbra, 1552-1561], Lello & Irmão, Porto, 1979, t. II, pp. 377-378.
- ³⁰ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 100; *Cartas de relación*, *op. cit.*, pp. 106, 107.
- ³¹ *Ibid.*, pp. 115 y 119; *ibid.*, p. 120 y ss.
- ³² *Ibid.*, p. 118; *ibid.*, p. 132.
- ³³ *Ibid.*, p. 117; *ibid.*, p. 131; Sahagún, *Historia general...*, *op. cit.*, t. IV, p. 58.
- ³⁴ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Joaquín Ramírez Cabañas (ed.), 6ª ed., Porrúa, México, 1968, t. I, p. 53.
- ³⁵ *Ibid.*, p. 96.
- ³⁶ Chaunu, *Conquête et exploitation des Nouveaux Mondes...*, *op. cit.*, pp. 136 y 138.
- ³⁷ Sobre Alfonso de Albuquerque, véase T. F. Earle y John Villiers (coords.), *Afonso de Albuquerque. O César do Oriente*, Fronteira do Caos, Lisboa, 2006.

¹ Paul Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain de l’histoire des Ming”, *T’oung Pao*, Segunda Serie, vol. 38, núms. 2-5, 1948, p. 93, n. 14.

² *Ibid.*, p. 163, n. 180.

³ Luis Filipe F. R. Thomaz, “Frangues”, en *Dicionário de história dos descobrimentos portugueses*, vol. 1, Luís de Albuquerque (coord.), Círculo de Leitores, Lisboa, 1994, p. 435.

⁴ Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 164.

⁵ *Ibid.*, pp. 86-92.

⁶ *Houang Ming che-fa lou*. Pelliot cita otras fuentes más: *Chou-yu tcheou-seu lou*, en 24 capítulos, prefacio (fechado en 1574) de Yen T’song kien, funcionario encargado de las audiencias imperiales; véase Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 119, n. 67, y la biografía de Leang Tch’ouo, *Nan-hai hien tche* (1573-1619).

⁷ Jin Guo Ping y Wu Zhiliang, “Uma embaixada com dois embaixadores. Novos dados orientais sobre Tomé Pires e Hoja Yasan”, *Administração, Revista de Administração Pública de Macau*, vol. XVI, núm. 60, febrero de 2003, pp. 706-707.

⁸ El *Shilu* da *Pou-li-tou-kia*; véase Raffaella d’Intino, *Enformação das cousas da China. Textos do século XVI*, Imprensa Nacional, Casa da Moeda, Lisboa, 1989, p. 8, n. 7.

⁹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Joaquín Ramírez Cabañas (ed.), 6ª ed., Porrúa, México, 1968, t. I, p. 48.

¹⁰ Toribio de Benavente, llamado Motolinía, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y naturales de ella*, Edmundo O’Gorman (ed.), UNAM, México, 1971, p. 171.

¹¹ James Lockhart, *The Nahuas after the Conquest*, Stanford University Press, Stanford, 1992, p. 276. Al habitante de Castilla lo llamaban *caxtiltecatl* (*ibid.*, p. 277). La -n final de *caxtillan* sería la marca india del locativo (“de Castilla”), antes bien que la transposición de la terminación -no de la palabra española *castellano*.

¹² James Lockhart, “Sightings: Initial Nahua Reactions to Spanish Culture”, en Stuart Schwartz (coord.), *Implicit Understandings. Observing, Reporting and Reflecting on the Encounter between Europeans and Other Peoples in the Early Modern Era*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, p. 238.

¹³ Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, FCE, México, 1986, t. II, pp. 274-275.

¹⁴ *Ibid.*, p. 157

¹⁵ Tal fue el caso de Gonzalo Guerrero; véase Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, pp. 44 y ss.

¹⁶ Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, Mario Hernández Sánchez-Barba (ed.), Porrúa, México, 1963, p. 59; *Cartas de relación*, Manuel Alcalá (ed.), 25ª ed., Porrúa, México, 2015 (Sepan Cuantos...), p. 64.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 36 y 53.

¹⁸ Anthony Pagden, *The Fall of Natural Man. The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982, p. 17.

¹⁹ Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 161. Véase T’ien-tse Chang, “Malacca and the Failure of the First Portuguese Embassy to Peking”, *Journal of Southeast Asian History*, vol. 3, núm. 2, 1962, pp. 57-58.

- ²⁰ D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 16.
- ²¹ Véase especialmente las memorias de Qiu Dalong y de He Ao; véanse también D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 9, n. 6, y Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 126.
- ²² D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, pp. 9, 10 y 15.
- ²³ Alexis Wimmer, *Dictionnaire de la langue Nahuatl Classique*, s. v. *Tlacatl*. En línea: <http://sites.estvideo.net/malinal/tl/nahuatl.page.html>.
- ²⁴ Lockhart, *The Nahuas after the Conquest*, Stanford University Press, Stanford, 1992, pp. 536-537.
- ²⁵ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, t. I, pp. 154-155.
- ²⁶ Es probable que el soberano mexica se haya interrogado muy pronto sobre el origen de sus visitantes, así fuese únicamente para descubrir cómo desembarazarse de ellos. Lo que es mucho menos seguro es que, después de su encuentro con Hernán Cortés, haya previsto y aceptado las interpretaciones que lo llevarían a una rendición sin condiciones. La “buena voluntad” de Moctezuma es tanto más extraña cuanto que, al primer contacto, sus vecinos tlaxcaltecas no habían dudado en pelear contra los intrusos, desplegando toda clase de maniobras y ardidés de guerra.
- ²⁷ Motolinía, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España...*, *op. cit.*, p. 171.
- ²⁸ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, pp. 114 y 105; *Cartas de relación*, *op. cit.*, pp. 110, 111.
- ²⁹ Martín Fernández de Figueroa, *Conquista de las Indias de Persia e Arabia que hizo la armada del rey don Miguel de Portugal*, Luis Gil (ed.), Universidad de Valladolid, Valladolid, 1999, p. 126.
- ³⁰ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 114; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 118.
- ³¹ *Ibid.*, pp. 50 y 115; *ibid.*, pp. 56, 121.
- ³² D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 36.
- ³³ Compilado a partir de 1566 para el emperador Jiajing y, por lo tanto, de carácter retrospectivo.
- ³⁴ Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 91, n. 10.
- ³⁵ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Porrúa, México, 1977, t. IV, *passim*; John Bierhorst, *A Nahuatl-English Dictionary and Concordance to the Cantares mexicanos with an Analytical and Transcription and Grammatical Notes*, Stanford University Press, Stanford, 1985, p. 62.
- ³⁶ Chang, “Malacca and the Failure of the First Portuguese Embassy...”, *op. cit.*, p. 53.
- ³⁷ Bierhorst, *A Nahuatl-English Dictionary and Concordance to the Cantares mexicanos...*, *op. cit.*, p. 64.
- ³⁸ Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 109.
- ³⁹ D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 20.
- ⁴⁰ En el decenio de 1580-1589, cuando los chinos conocían ya mejor a los portugueses, fueron los enviados españoles los que despertaron esos temores atávicos.
- ⁴¹ D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 9 y n. 17.
- ⁴² Según parece, algunos portugueses habrían robado a unos niños chinos o se los habrían comprado a los raptos para venderlos como esclavos; véase João de Barros, *Décadas da Àsia, Tercera Década*, Regia Officina Typografica, Lisboa, 1778, t. III, 2ª parte, libro VI, pp. 16-18. Los visitantes extranjeros de los países tributarios tenían la costumbre de procurarse niños en Cantón.
- ⁴³ *Ibid.*, p. 14.
- ⁴⁴ Frank Lestringant, *Le Cannibale. Grandeur et décadence*, Perrin, París, 1994.
- ⁴⁵ Michel de Montaigne, *Les Essais*, Le Livre de Poche, París, 1965, libro I, cap. XXX, p. 267 [*Ensayos completos*, trad. Juan G. de Luaces, Porrúa, México, 1991].

⁴⁶ Respecto a las fuentes chinas, véanse D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 9, n. 17; así como *Yueshan congfan*, traducción en Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 93; *Guangdong tongzhi*, p. 93; *T’ianxia jungo shu*, cap. 119, p. 43, y *Mingshi*, libro XXVIII, p. 842.

⁴⁷ La fantasía no deja de recordar la manera como los filmes de ciencia ficción imaginan la intrusión de extraterrestres que secuestran seres humanos y se alimentan de ellos; véase *Intrusos*, de Dan Curtis, 1992.

* Wang Yangming, *Dàxué wèn*, trad. al inglés de Wing-Tsit Chan, en *A Source Book in Chinese Philosophy*, Princeton University Press, Princeton, 1969, pp. 659-666, *apud* Anne Cheng, *Histoire de la pensée chinoise*, Seuil, París, 1997, p. 557, n. 14.

¹ *Ibid.*, p. 532.

² Wang Yangming, *Œuvres*, pp. 24 y 12-13, en Paul Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain de l’histoire des Ming”, *T’oung Pao*, Segunda Serie, vol. 38, núms. 2-5, 1948, p. 202.

³ “Cantar LXVI”, en John Bierhorst (coord.), *Cantares mexicanos. Songs of the Aztecs*, Stanford University Press, Stanford, 1985, pp. 320-321.

⁴ Raffaella d’Intino, *Enformação das cousas da China. Textos do século XVI*, Imprensa Nacional, Casa da Moeda, Lisboa, 1989, p. 19.

⁵ T’ien-tse Chang, “Malacca and the Failure of the First Portuguese Embassy to Peking”, *Journal of Southeast Asian History*, vol. 3, núm. 2, 1962, pp. 57-58.

⁶ *Idem.*

⁷ *Chou-yu tcheou-tseu lou*, 9, 9b, en Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 107, n. 42.

⁸ Es decir, a China.

⁹ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Porrúa, México, 1997, t. IV, libro XII.

¹⁰ Bierhorst (ed.), *Cantares mexicanos...*, *op. cit.*, p. 58.

¹¹ *Ibid.*, pp. 322-323: “Cantar LXVI”, ff. 55r-55v.

¹² *Ibid.*, f. 54v.

¹³ *Ibid.*, ff. 55r-55v. Compárese con los estragos de los cañones portugueses en el Asia del sudeste; véase Anthony Reid, “Southeast Asia Categorizations of Europeans”, en Stuart Schwartz (coord.), *Implicit Understandings. Observing, Reporting and Reflecting on the Encounter between Europeans and other Peoples in the Early Modern Era*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, p. 278.

¹⁴ Sahagún, *Historia general...*, *op. cit.*, t. IV, pp. 60 y 141.

¹⁵ *Ibid.*, p. 62.

¹⁶ *Ibid.*, p. 139.

¹⁷ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, Porrúa, México, 1967, t. II, p. 567.

¹⁸ Sahagún, *Historia general...*, *op. cit.*, t. IV, pp. 140-141.

¹⁹ *Ibid.*, t. I, p. 180 (libro II, caps. 27, 42).

²⁰ Alfredo López Austin, *Cuerpo humano e ideología*, UNAM, México, 1980, t. 1, pp. 66-67.

²¹ Sahagún, *Historia general...*, *op. cit.*, t. IV, p. 155.

²² *Ibid.*, pp. 158-159.

²³ James Lockhart, *The Nahuas after the Conquest*, Stanford University Press, Stanford, 1992, pp. 272-273.

²⁴ *Ibid.*, p. 267.

²⁵ Partícula 395, en el *Dictionnaire français de la langue chinoise*, Institut Ricci, Kuangchi Press, Taipéi, 1976, p. 72.

²⁶ Tomado de *farangi*, nombre dado por los intérpretes orientales. En portugués se escribiría *franges* (Vieira, en D'Intino) o *frangues* (Barros, *Décadas da Asia, Tercera Década*, VI, Lisboa, 1563, 2ª parte, p. 7). Ahora bien, en turco Babur emplea la palabra *farangi* con el sentido de “pieza de artillería” (Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 105, n. 39). Por lo demás, *piringi* quiere decir “cañón” en télugu.

²⁷ Pelliot, “Le Khoja et le Sayyid Husain...”, *op. cit.*, p. 101, n. 31.

²⁸ Lockhart, *The Nahuas after the Conquest*, *op. cit.*, p. 269.

¹ Respecto a la inexistencia de barreras lingüísticas, la función del árabe y el malayo como *linguae francae* en el Asia del sudeste y la parte, siempre infravalorada, de las mujeres indígenas en las relaciones establecidas por los visitantes, véanse Stuart Schwartz (coord.), *Implicit Understandings. Observing, Reporting, and Reflecting on the Encounter between Europeans and the other Peoples in the Early Modern Era*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, y Anthony Reid, “Southeast Asia Categorizations of Europeans”, en Schwartz, *op. cit.*, pp. 272-274.

² João Barros, *Décadas da Àsia, Tercera Década*, Regia Officina Typografica, Lisboa, 1778, y 1ª parte, libro II, cap. VIII, p. 217.

³ *Ibid.*, p. 215.

⁴ Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, Mario Hernández Sánchez-Barba (ed.), Porrúa, México, 1963, p. 48; *Cartas de relación*, Manuel Alcalá (ed.), 25ª ed., Porrúa, México, 2015 (Sepan Cuantos...), p. 52.

⁵ Stéphane Péquignot, “Les diplomaties occidentales et le mouvement du monde”, en Patrick Boucheron (coord.), *Histoire du monde au XV^e siècle*, Fayard, París, 2009, p. 722.

⁶ Ruy González de Clavijo, *Embajada a Tamorlán*, Francisco López Estrada (coord.), Castalia, Madrid, 2004.

⁷ Jin Guo Ping y Wu Zhiliang, “Uma embaixada com dois embaixadores. Novos dados orientais sobre Tomé Pires e Hoja Yasan”, *Administração, Revista de Administração Pública de Macau*, vol. XVI, núm. 60, febrero de 2003, p. 697.

⁸ Cortés, *Cartas y documentos, op. cit.*, pp. 70-71 y 58; *Cartas de relación, op. cit.*, pp. 76, 63.

⁹ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Porrúa, México, 1977, t. IV, libro XII, cap. V, pp. 30-31.

¹⁰ La expresión es de Gilles Veinstein; véase Boucheron, *Histoire du monde au XV^e siècle, op. cit.*, p. 270.

¹¹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Joaquín Ramírez Cabañas (ed.), 6ª ed., Porrúa, México, 1968, t. I, pp. 60, 62, 71, 73.

¹² Guo Ping y Zhiliang, “Uma embaixada com dois embaixadores...”, *op. cit.*, p. 700, n. 78.

¹³ Raffaella d’Intino, *Enformação das cousas da China. Textos do século XVI*, Imprensa Nacional, Casa da Moeda, Lisboa, 1989, pp. 8 y 7.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 20 y 8.

¹⁵ James Lockhart, *We People Here: Nahuatl Accounts of the Conquest of Mexico*, University of California Press, Los Ángeles, 1993.

¹⁶ Barros, *Décadas da Asia, op. cit.*, IIIª Década, 1ª parte, libro II, cap. VIII, p. 211.

¹⁷ *Ibid.*, p. 212.

¹⁸ David M. Robinson, “The Ming Court and the Legacy of Yuan Mongols”, en David M. Robinson (coord.), *Culture, Courtiers and Competition. The Ming Court (1368-1644)*, Harvard University Press, Cambridge, 2008, p. 401.

¹⁹ *Ibid.*, según Yu Ruji, *Libu Zhigao*, 1620.

²⁰ Guo Ping y Zhiliang, “Uma embaixada com dois embaixadores...”, *op. cit.*, p. 709, que cita las *Véritables Chroniques de la dynastie Li (Lichao Shilu)*.

²¹ Richard White, *The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

-
- ¹ Raffaella d’Intino, *Enformação das cousas da China. Textos do século XVI*, Imprensa Nacional, Casa da Moeda, Lisboa, 1989, pp. 48, 23 y 21.
- ² *Ibid.*, p. 49.
- ³ *Ibid.*, p. 25.
- ⁴ *Ibid.*, pp. 27, 28 y 49.
- ⁵ Michael E. Smith, *Aztec City-State Capitals*, University of Florida, Gainesville, 2008.
- ⁶ Jianfei Zhu, *Chinese Spatial Strategies: Imperial Beijing 1420-1911*, Routledge Curzon, Londres, 2004, p. 103.
- ⁷ *Ibid.*, p. 4. Eduardo Matos Moctezuma *et al.*, “Tenochtitlan y Tlatelolco”, en *Siete ciudades antiguas de Mesoamérica. Sociedad y medio ambiente*, INAH, México, 2011, pp. 360-435.
- ⁸ Gilles Béguin *et al.*, *L’ABCdaire de la Cité interdite*, Flammarion, París, 2007.
- ⁹ Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria* [1550], Edmundo O’Gorman (ed.), UNAM, México, 1967, t. I, p. 237.
- ¹⁰ El dominico no dudó en atribuir de pasada un millón de habitantes a México (*ibid.*, p. 265).
- ¹¹ *Ibid.*, pp. 304-305.
- ¹² Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Joaquín Ramírez Cabañas (ed.), 6ª ed., Porrúa, México, 1968, t. I, p. 45.
- ¹³ William Lithgow, *Rare Adventures and Painful Peregrinations* [1632], Folio Society, Londres, 1974.
- ¹⁴ Cortés, *Cartas y documentos*, Mario Hernández Sánchez-Barba (ed.), Porrúa, México, 1963, p. 45; *Cartas de relación*, Manuel Alcalá (ed.), 25ª ed., Porrúa, México, 2015 (Sepan Cuantos...), p. 50.
- ¹⁵ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, t. I, pp. 47, 48.
- ¹⁶ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, pp. 12, 13, 15-19, 24, 30, 34, 37, 46, 47, 51, 53 y 64.
- ¹⁷ *Ibid.*, “Villa y fortaleza de Ceyxnacan”, p. 37; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 42. Según parece, la región de Cempoala no contaba con menos de 50 “villas y fortalezas” (*Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 34; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 38).
- ¹⁸ *Ibid.*, p. 39; *ibid.*, p. 43.
- ¹⁹ *Aldea*: del árabe *al-day’a*, traducida al castellano como “villa”; *alquería*, del árabe *al-qarîa*, “poblado” y, en el uso español, “caserío”, incluso “casa aislada”.
- ²⁰ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 67; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 72.
- ²¹ *Ibid.*, p. 39; *ibid.*, p. 43.
- ²² *Ibid.*, pp. 64 y 39; *Cartas de relación*, *op. cit.*, pp. 69, 43.
- ²³ *Ibid.*, pp. 58 y 72-73; *Cartas de relación*, *op. cit.*, pp. 64, 77 y ss.
- ²⁴ Según parece, antes de 1524, Tomé Pires le habría enviado al gobernador de la India una obra hoy perdida sobre las riquezas de China; véase Cortesão (ed.), *The Suma Oriental of Tomé Pires and the Book of Francisco Robles*, Asia Educaional Services, Nueva Delhi, Madras, [1978] 1990, p. LXIII.
- ²⁵ D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 48.
- ²⁶ *Ibid.*, p. 44.
- ²⁷ *Ibid.*, p. 43 y 49.
- ²⁸ *Ibid.*, pp. 21-22.

²⁹ Se basa en los testimonios sobre la expedición de Fernão Peres y “per um debuxo do natural delle que nos de là trouxeram”; véase João de Barros, *Décadas da Àsia, Tercera Década*, Regia Officina Typografica, Lisboa, 1778, 1ª parte, libro II, cap. VII, p. 203.

³⁰ D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 24.

³¹ Barros, *Décadas da Àsia, Tercera Década*, *op. cit.*, 1ª parte, libro II, cap. VII, p. 188.

³² *Ibid.*, p. 191.

³³ D’Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 27.

³⁴ *Ibid.*, pp. 24, 27 y 43.

³⁵ *Ibid.*, p. 36.

³⁶ Sobre la muralla descubierta en los lindes del señorío de Tlaxcala, véase Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 39; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 44.

³⁷ Se podía verla en el Atlas Catalán (hacia 1380) con el nombre de *Chanbalec*, al igual que *Zincolan* (Cantón, Guangzhou). En el mapamundi del veneciano fra Mauro (1459), la ciudad de Chanbalec se levantaba en el corazón del noble imperio de Catay, con su atractivo aspecto de ciudad musulmana, sus cúpulas y sus altos minaretes. En la segunda mitad del siglo XVI, Abraham Ortelius todavía distinguía *Cambalu*, metrópoli de Catay, de *Pangin*, la ciudad china. Hasta principios del siglo XVII, los cartógrafos europeos (Hondius, 1610) seguían distinguiendo obstinadamente Pekín de la capital de los mongoles.

³⁸ Joan-Pau Rubiés, *Travel and Ethnology in the Renaissance. South India through European Eyes, 1250-1625*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, p. 293.

* Nicolás Maquiavelo, *Le Prince. De principatibus*, Jean-Louis Fournel y Jean-Claude Zancarini (eds.), PUF, París, 2000, cap. XXV, p. 26 [Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, en *Obras completas*, Madrid, Gredos, 2011, pp. 8 y 85].

¹ Nicolás Maquiavelo, *Le Prince*, trad. al francés por Guillaume Cappel, Charles Estienne, París, 1553, p. 11.

² *Idem.*

³ Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, Mario Hernández Sánchez-Barba (ed.), Porrúa, México, 1963, p. 112; *Cartas de relación*, Manuel Alcalá (ed.), 25ª ed., Porrúa, México, 2015 (Sepan Cuantos...), pp. 118, 119.

⁴ *Ibid.*, p. 114; *ibid.*, p. 120.

⁵ Raffaella d'Intino, *Enformação das cousas da China. Textos de século XVI*, Imprensa Nacional, Casa de Moeda, Lisboa, 1989, pp. 49 y 31.

⁶ Maquiavelo, *Le Prince*, *op. cit.*, pp. 101, 118 y 119.

⁷ *Ibid.*, pp. 100, 101, 118 y 119.

⁸ Quentin Skinner, *As Fundações do Pensamento Político Moderno*, Companhia das Letras, São Paulo, 1996, pp. 124-125 [*Los fundamentos del pensamiento político moderno*, 2 vols., FCE, México, 1985-1986].

⁹ Marcelo Santiago Berriel, *Cristão e sudíto. Representação social franciscana e poder régio em Portugal, 1383-1450*, tesis de doctorado, Universidade Federal Fluminense, Niteroi, 2007, pp. 204, 175, 188 y 189.

¹⁰ D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, pp. 25, 31 y 27.

¹¹ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 106; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 111.

¹² Pedro Cardim, *Cortes e cultura política no Portugal do Antigo Regime*, Edições Cosmos, Lisboa, 1998.

¹³ D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 37.

¹⁴ Skinner, *As Fundações do Pensamento...*, *op. cit.*, pp. 32, 231 y 232.

¹⁵ D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 49.

¹⁶ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, pp. 68 y 75; *Cartas de relación*, *op. cit.*, pp. 75, 80,

¹⁷ D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 36.

¹⁸ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 105; *Cartas de relación*, *op. cit.*, pp. 109, 110.

¹⁹ D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 42.

²⁰ *Ibid.*, pp. 50 y 43.

²¹ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 113; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 120.

²² Sloterdijk, *Essai d'intoxication volontaire*, seguido de *L'Heure du crime et le temps de l'oeuvre d'art*, Pluriel, París, 2001, p. 205.

²³ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, pp. 113 y 105; *Cartas de relación*, *op. cit.*, pp. 118, 111-112.

²⁴ D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, pp. 53 y 48.

²⁵ *Ibid.*, pp. 39-40.

²⁶ *Ibid.*, pp. 49, 35, 10, n. 21, y 42.

²⁷ *Ibid.*, p. 37.

- ²⁸ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, p. 111; *Cartas de relación*, *op. cit.*, p. 117.
- ²⁹ D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, p. 45.
- ³⁰ *Vid. supra*, p. 149, n. 15.
- ³¹ D'Intino, *Enformação das cousas da China...*, *op. cit.*, pp. 46, 43, 38, 44 y 52.
- ³² *Ibid.*, p. 42.
- ³³ *Ibid.*, pp. 45 y 42.
- ³⁴ *Ibid.*, pp. 51, 49, 50 y 29.
- ³⁵ *Ibid.*, p. 51.
- ³⁶ *Ibid.*, p. 46 y 52.
- ³⁷ *Ibid.*, p. 36.
- ³⁸ *Ibid.*, p. 43.
- ³⁹ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, pp. 60 y 67; *Cartas de relación*, *op. cit.*, pp. 66, 71-72.
- ⁴⁰ Isabel dos Guimarães Sá, “Os rapazes do Congo: discursos em torno de uma experiência colonial (1480-1580)”, en Leila Mezan Algranti y Ana Paula Megiani (coords.), *O império por escrito. Formas de transmissão da cultura letrada no mundo ibérico, séculos XVI-XIX*, Alameda, Sao Paulo, 2009, p. 317.
- ⁴¹ *Ibid.*, p. 322.

¹ Véase Serge Gruzinski, *¿Qué hora es allá? América y el islam en los linderos de la modernidad*, trad. Juan José Utrilla, FCE, México, 2017.

² “Cantar LXVIII”, f. 58v, l. 13, en John Bierhorst (ed.), *Cantares mexicanos. Songs of the Aztecs*, Stanford University Press, Stanford, 1985, p. 337.

³ *Vid. supra*, p. 161, n. 6.

⁴ Arthur Waldron, *La grande muraglia. Dalla storia al mito*, Einaudi, Turín, 1993, pp. 110, 111, 125 y 134.

⁵ *Ibid.*, pp. 139, 124 y 141.

⁶ *Ibid.*, pp. 119, 121, 208-209 y 211.

⁷ *Ibid.*, p. 142.

⁸ *Ibid.*, pp. 104, 132, 210, 113 y 105.

⁹ *Ibid.*, p. 201. Owen Lattimore, “Origins of the Great Wall of China: A Frontier Concept in Theory and Practice”, en *Studies in Frontier History: Collected Papers, 1928-1958*, Oxford University Press, Londres, 1962, pp. 97-118.

¹⁰ Waldron, *La grande muraglia...*, *op. cit.*, pp. 115, 205 y 206.

¹¹ *Ibid.*, pp. 134 y 207. En el caso de Vietnam, se tenía también la misma dificultad para tomar decisiones sobre políticas que se replantearían después de la campaña de 1537-1540.

¹² Timothy Brook, *The Troubled Empire. China in the Yuan and Ming Dynasties*, The Belknap Press of Harvard University, Cambridge, 2010, p. 223.

¹³ Jacques Gernet, *Le Monde chinois*, Armand Colin, París, 1972, p. 369.

¹⁴ Claude Lévi-Strauss, *Histoire de lynx*, Plon, París, 1991, *passim* [*Historia del Lince*, Anagrama, Barcelona, 1992]. Consúltense sus análisis, así como los de Eduardo Viveiros de Castro, *Métaphysiques cannibales*, PUF, París, 2009.

¹⁵ Lévi-Strauss, *Histoire de lynx*, *op. cit.*, p. 16 [*Historia del Lince*, *op. cit.*, p. 30].

¹ Dennis Owen Flynn y Arturo Giráldez, “Cycles of Silver: Global Economic Unity through the Mid-Eighteenth Century”, *Journal of World History*, vol. 13, núm. 2, 2002, pp. 391-427.

² João Paulo Oliveira e Costa, “Do sonho manuelino ao pragmatismo joanino. Novos documentos sobre as relações luso-chinesas na terceira década do século XVI”, *Stvdia*, núm. 50, 1991, pp. 121-156.

³ Jorge Manuel dos Santos Alves, *Um porto entre dois impérios. Estudos sobre Macau e as relações luso-chinensas*, Instituto português do Oriente, Macao, p. 58.

⁴ *Ibid.*, p. 59.

⁵ En lo concerniente a la importancia de ese comercio global, véase Timothy Brook, *The Troubled Empire. China in the Yuan and Ming Dynasties*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 2010, pp. 213-237.

⁶ Fernão Mendes Pinto, *Peregrinação*, Imprensa Nacional, Casa da Moeda, Lisboa, [1614] 1984, p. 199.

⁷ Geoffrey Phillip Wade, *The Ming-shi-lu (Veritable Records of the Ming Dynasty) as a Source for Southeast Asian History, 14th to 17th Centuries*, tesis de doctorado, University of Hong Kong, Hong Kong, 1994, en Alves, *Um porto entre dois impérios...*, *op. cit.*, p. 25, n. 23.

⁸ *Ibid.*, pp. 70, n. 52, y 71, n. 53. Roland L. Higgins, *Piracy and Coastal Defense in the Ming Period. Government Response to Coastal Disturbances, 1523-1549*, tesis de doctorado, University of Minnesota, 1981, pp. 161-188. Jin Guo Ping y Zhang Zhengchun, “Liampó reexaminado à luz de fontes chinesas”, en Antonio Vasconcelos de Saldanha y Jorge Manuel dos Santos Alves (coords.), *Estudos de história do relacionamento luso-chinês, séculos XVI-XIX*, Instituto Português do Oriente, Macao, 1996, pp. 85-137.

⁹ *Ibid.*, p. 102.

¹⁰ Mendes Pinto, *Peregrinação*, *op. cit.*, p. 185.

¹¹ *Idem.*

¹² Alves, *Um porto entre dois impérios...*, *op. cit.*, p. 19, n. 3; C. C. Brown (ed.), “Sejarah Melayu or Malay Annals”, *Journal of the Malayan Branch of the Royal Asiatic Society*, vol. 25, núms. 2-3, 1952, cap. XXI.

¹³ Higgins, *Piracy and Coastal Defense in the Ming Period...*, *op. cit.*, p. 195.

¹⁴ Mendes Pinto, *Peregrinação*, *op. cit.*, p. 186.

¹⁵ Pierre-Yves Manguin, *Les Portugais sur les côtes du Viêt-nam et du Campa. Étude sur les routes maritimes et les relations commerciales d'après les sources portugaises (XVI^e, XVII^e et XVIII^e siècles)*, EFEO, París, 1972.

¹⁶ Li Hsien-chang, “A Research on the Private Traders along the Chekiang Coast during the Ghiaching (16th Century) Period and on the History of Captain Wang Chih: A Private Trader's Life under the Embargo Age”, *Shigaku*, vol. 34, núm. 2, 1961, pp. 161-203 (en japonés). Stephen T. Chang, “The Changing Patterns of Portuguese Outposts along the Coast of China in the XVIth Century: A Socio-Ecological Perspective”, en Alves, *Um porto entre dois impérios...*, *op. cit.*, pp. 22-23, sobre los “Portuguese outposts”, de 1527 a 1549.

¹⁷ Ping y Zhengchun, “Liampó reexaminado à luz de fontes chinesas”, *op. cit.*, pp. 104, 101 y 105.

¹⁸ Alves, *Um porto entre dois impérios...*, *op. cit.*, pp. 51-102.

¹⁹ *Ibid.*, p. 42.

²⁰ Serge Gruzinski, *La Pensée métisse*, Fayard, París, 1999, pp. 59-84 [*El pensamiento mestizo*, trad. Enrique Folch, Paidós, Barcelona, 2000].

²¹ Véanse Gruzinski, *La Pensée métisse*, *op. cit.*, y *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, FCE, México, 2010.

¹ Xavier de Castro *et al.*, *Le Voyage de Magellan (1519-1522). La relation d'Antonio de Pigafetta & autres témoignages*, Chandeigne, París, 2007, t. II, p. 908. Pietro Martire d'Anghiera, *Décadas del Nuevo Mundo*, Edmundo O'Gorman (ed.), José Porrúa e hijos, México, 1964-1965, t. II, p. 517.

² Información que consigna Pigafetta en su cap. XLVII; véase Castro, *Le Voyage de Magellan...*, *op. cit.*, t. I, pp. 251-257.

³ Deposition de Albo en “Les dépositions d'Elcano, Albo et Bustamante au retour de la *Victoria*”, *ibid.*, t. II, p. 625.

⁴ *Ibid.*, t. I, pp. 223, 229, 254-257 y 469.

⁵ *Ibid.*, t. I, pp. 256, 257 y 411.

⁶ Jean-Michel Sallmann, *Charles Quint. L'Empire éphémère*, Payot, París, 2000, p. 123.

⁷ José María Ortuño Sánchez-Pedreño, “Estudio histórico-jurídico de la expedición de García Jofre de Loáisía a las islas Molucas. La venta de los derechos sobre dichas islas al rey de Portugal por Carlos I de España”, *Anales de Derecho*, Murcia, vol. 21, 2003, pp. 217-237; José María Ortuño Sánchez-Pedreño, “Las pretensiones de Hernán Cortés en el Mar del Sur. Documentos y exploraciones”, *Anales de Derecho*, Murcia, vol. 22, 2004, p. 325, n. 17.

⁸ António Galvão, *Tratado dos descobrimentos*, Livraria Civilização, Porto, 1987, p. 133.

⁹ Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento*, 2. *El Pacífico*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, p. 26; véase también AGI, Patronato, 37, 9.

¹⁰ Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento...*, *op. cit.*, p. 134.

¹¹ Ortuño Sánchez-Pedreño, “Estudio histórico-jurídico de la expedición de García Jofre de Loáisía...”, *op. cit.*, pp. 339 y 317-353; Castro, *Le Voyage de Magellan...*, *op. cit.*, t. I, pp. 23-24.

¹² Galvão, *Tratado dos descobrimentos*, *op. cit.*, p. 125.

¹³ Ortuño Sánchez-Pedreño, “Estudio histórico-jurídico de la expedición de García Jofre de Loáisía...”, *op. cit.*, pp. 327, 329 y 331.

¹⁴ *Ibid.*, p. 332; Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, Mario Hernández Sánchez-Barba (ed.), Porrúa, México, 1963, p. 474.

¹⁵ Galvão, *Tratado dos descobrimentos*, *op. cit.*, p. 138.

¹⁶ *Ibid.*, p. 139.

¹⁷ Los 18 sobrevivientes de la nave de Saavedra regresan a Tidore. Allí son capturados por los portugueses, que los transfieren a Malaca. Véanse Ortuño Sánchez-Pedreño, “Estudio histórico-jurídico de la expedición de García Jofre de Loáisía...”, *op. cit.*, p. 334, y Francisco López de Gómara, *La conquista de México*, Historia 16, Madrid, 1986, p. 401.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 329-330.

¹⁹ Maximiliano Transilvanus, *De Moluccis*, Colonia, 1523, tres ediciones en latín en 1523 y 13 en latín y en italiano en el transcurso del siglo XVI. Véase Sallmann, *Charles Quint...*, *op. cit.*, p. 207.

²⁰ *Ibid.*, pp. 216 y 225.

²¹ Cortés, *Cartas y documentos*, *op. cit.*, pp. 494-495 y 497-498.

²² *Ibid.*, p. 495.

²³ *Ibid.*, pp. 494-495.

²⁴ Francisco del Paso y Troncoso, *Epistolario de la Nueva España*, José Porrúa e Hijos, México, 1939-1940, t. II, pp. 133, 113 y 114.

²⁵ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Joaquín Ramírez Cabañas (ed.), 6ª ed., Porrúa, México, 1968, t. II, p. 305.

²⁶ *Ibid.*, p. 308.

²⁷ Galvão, *Tratado dos descobrimentos*, *op. cit.*, p. 147.

²⁸ López de Gómara, *La conquista de México*, *op. cit.*, pp. 414-415.

²⁹ Carlos Prieto, *El Océano Pacífico: navegantes españoles del siglo XVI*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, p. 83.

³⁰ Peter Gerhard, *Síntesis e índice de los mandamientos virreinales, 1548-1553*, UNAM, México, 1992, pp. 19-20.

³¹ Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, SEP, México, 1949, p. 109.

¹ Carlos Prieto, *El Océano Pacífico: navegantes españoles del siglo XVI*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, pp. 89-92.

² Fernán González de Eslava, *Coloquios espirituales y sacramentales*, en *Villancicos, romances, ensaladas y otras canciones devotas: Libro Segundo de los Coloquios espirituales y sacramentales y Canciones divinas*, México, Diego López Dávalos, 1610, Margit Frenk (ed.), El Colegio de México, México, 1989, pp. 61-63.

³ *Ibid.*, pp. 154 y 298 (*Coloquio sexto*); pp. 318 y 322 (*Coloquio séptimo*).

⁴ AGI, Audiencia de Filipinas, 6; Pablo Pastells y Pedro Torres y Lanzas *et al.*, *Catálogo de los documentos relativos a las islas Filipinas, precedido de una Historia general de Filipinas*, Viuda de L. Tasso, Barcelona, 1925-1936, t. I, pp. CCV, CIV; Manuel Ollé Rodríguez, *La empresa de China. De la Armada Invencible al Galeón de Manila*, Acantilado, Barcelona, 2002, p. 40.

⁵ John M. Headley, "Spain's Asian Presence, 1565-1590: Structures and Aspirations", *The Hispanic American Historical Review*, vol. 75, núm. 4, 1995, p. 633.

⁶ Lourdes Díaz-Trechuelo, "Filipinas y el Tratado de Tordesillas", en *Actas del Primer Coloquio Luso-Español de Historia de Ultramar*, Valladolid, 1973, pp. 229-240. Joan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento, 2: El Pacífico*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, p. 65.

⁷ Ricardo Padrón, "A Sea of Denial: The Early Modern Spanish Invention of the Pacific Rim", *The Hispanic Review*, vol. 77, núm. 1, invierno de 2009, pp. 1-27.

⁸ Juan López de Velasco, *Geografía y descripción universal de las Indias*, Atlas, Madrid, 1971, p. 289.

⁹ Geoffrey Parker, *La gran estrategia de Felipe II*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 127, fig. 12.

¹⁰ López de Velasco, *Geografía y descripción universal de las Indias*, *op. cit.*, p. 295.

¹¹ *Ibid.*, p. 300.

¹² *Ibid.*, p. 301.

¹³ *Ibid.*, p. 302.

¹⁴ Gaspar da Cruz, *Tratado das coisas da China* [Évora, 1569-1570], Luis Manuel Loureiro (ed.), Cotovia, Lisboa, 1997; Bernardino de Escalante, *Discurso de la navegación que los portugueses hazen a los reinos y provincias de Oriente, y de la noticia que se tiene de las grandezas del reino de la China*, Sevilla, 1577; Parker, *La gran estrategia de Felipe II*, *op. cit.*, pp. 74 y 311.

¹⁵ Lothar Knauth, *Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo hispánico, 1542-1639*, UNAM, México, 1972, p. 42.

¹⁶ Beatriz Mariscal Hay (ed.), *Carta del padre Pedro de Morales*, El Colegio de México, México, 2000, p. 54.

¹⁷ Pedro Moya de Contreras, *Cinco cartas del Illmo. y Exmo. Señor D. Pedro Moya de Contreras, Arzobispo-Virrey y Primer Inquisidor de la Nueva España*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1962, p. 32: extracto tomado de Cristóbal Gutiérrez de Luna, *Vida y heroicas virtudes del Dr. Pedro Moya de Contreras, arzobispo mexicano, patriarca de las Indias y presidente del Real Consejo de ellas* [1619], Genaro Estrada (ed.), Gobierno Nacional de México, 1928.

¹⁸ Paul Claudel, *Le Soulier de satin*, Gallimard, París, 1997, primera jornada, escena VI, p. 51.

¹⁹ Francisco del Paso y Troncoso, *Epistolario de la Nueva España*, José Porrúa e Hijos, México, 1939-1940, t. XII, p. 124.

²⁰ Knauth, *Confrontación transpacífica...*, *op. cit.*, p. 44.

²¹ “Relación de Juan Pacheco Maldonado”, en *ibid.*, p. 46.

²² Dirigido por Marco Bellocchio y exhibido en 1967.

²³ Fernando Iwasaki Cauti, *Extremo Oriente y el Perú en el siglo XVI*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2005.

²⁴ Pierre Chaunu, “Le galion de Manille. Grandeur et décadence d’une route de la soie”, *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, año VI, núm. 4, París, 1951, pp. 447-462; Pierre Chaunu, *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques (XVI^e; XVII^e, XVIII^e siècles)*, SEVPEN, París, 1960; Federico Sánchez Aguilar, *El lago español: Hispanoasia*, Fuenlabrada, Madrid, 2003.

¹ AGI, Audiencia Filipinas, 29, “Carta de Andrés de Mirandaola a Felipe II, Cebú, 8 de junio de 1569”. Un factor es un funcionario encargado de los intereses financieros y económicos de la Corona.

² AGI, Filipinas, 79, 1, 1, en Manuel Ollé Rodríguez, *La empresa de China. De la Armada Invencible al Galeón de Manila*, Acantilado, Barcelona, 2002, pp. 41-42.

³ No es inútil reinterpretar las acciones de fray Bartolomé de las Casas desde esa perspectiva.

⁴ Ollé Rodríguez, *La empresa de China...*, *op. cit.*, p. 52.

⁵ AGI, Audiencia de Filipinas, 6 y 28, “Carta de Francisco de Sande del 7 de junio de 1576”. [Para esta edición se ha consultado la digitalización del corpus de documentos españoles sobre China de 1555 a 1900, “China en España”, realizada por la Escola d’Estudis de l’Àsia Oriental de la Universitat Pompeu Fabra. El proyecto estuvo dirigido por María Dolors Folch Fornesa y puede consultarse en <https://www.upf.edu/asia/projectes/che/principal.htm>. Se actualizó la ortografía en los fragmentos citados. N. de las E.]

⁶ *Ibid.*; AGI, Audiencia de Filipinas, 84, “Carta de la ciudad de Manila, 2 de junio de 1576”.

⁷ AGI, Patronato, 24 y 47.

⁸ Diego García de Palacio, *Diálogos militares*, Pedro Ocharte, México, 1583, en Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, FCE, México, 1981, pp. 316 y 393-395; Diego García de Palacio, *Instrucción náutica, para el buen uso y regimiento de las naos, su traza, y gobierno conforme a la altura de México*, Pedro Ocharte, México, 1587.

⁹ Bernardino de Escalante, *Discurso de la navegación que los portugueses hacen a los reinos y provincias de Oriente, y de las noticia que se tiene de las grandezas del reino de la China*, Sevilla, 1577, pp. 96 y 98.

¹⁰ AGI, Audiencia de Filipinas, 339, I, 80, “Real cédula del 29 abril de 1577”.

¹¹ Carmen Y. Hsu, “Writing on Behalf of a Christian Empire: Gifts, Dissimulation and Politics in the Letters of Philip II of Spain to Wanli of China”, *The Hispanic Review*, vol. 78, núm. 3, verano de 2010, pp. 323-344.

¹² Respecto a los mundos de la monarquía católica, véase Serge Gruzinski, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, FCE, México, 2010.

¹³ Giuseppe Marcocci, *L’invenzione di un impero. Politica e cultura nel mondo portoghese (1450-1600)*, Carocci, Roma, 2011, p. 135.

¹⁴ AGI, Audiencia de Filipinas, 79, 2, 15, “Relación de Alonso Sánchez (Manila, abril-junio de 1583)”; Ollé Rodríguez, *La empresa de China...*, *op. cit.*, pp. 89-120. Sobre el establecimiento de los jesuitas portugueses en Macao, véase Rui Manuel Loureiro, “Origens do projecto jesuita de conquista espiritual da China”, en Jorge Manuel dos Santos Alves, *Portugal e a China. Conferências, núm. III. Curso livre de história das relações entre Portugal e a China (séculos XVI-XIX)*, Fundação Oriente, Lisboa, 2000, pp. 131-166.

¹⁵ *Ibid.*, p. 114.

¹⁶ AGI, Patronato, 25, 8, “Ynformación sobre los impedimentos a la predicación en China [...] por el Obispo Domingo de Salazar para el papa Gregorio XIII y el rey Felipe II”, Manila, 19 de abril de 1583; véase también AGI, Audiencia de Filipinas, 74, 22.

¹⁷ AGI, Audiencia de Filipinas, 79, 2, 15, “Relación breve de la jornada que el P. Alonso Sánchez hizo...”; carta del obispo Domingo de Salazar a Felipe II, Manila, 8 de junio de 1583.

¹⁸ Con respecto a los lugares comunes relacionados con la lengua china, véase Anne Cheng (coord.), *La Pensée en Chine aujourd'hui*, Gallimard, París, 2007.

¹⁹ Juan Bautista Román, *Relación*, 1584, Archivo de la Real Academia de la Historia, Colección Juan Bautista Muñoz, 9-4797, vol. 18, ff. 249-258; Ollé Rodríguez, *La empresa de China...*, *op. cit.*, p. 157.

²⁰ *Ibid.*, pp. 158-159.

²¹ En realidad, sería más tarde cuando Hideyoshi, que había reunificado el país, habría de atacar Corea y China: ésa fue la “guerra de los siete años” (1592-1598).

²² Francisco de Vitoria, *Relectio de Indis*, 1539, y *Relectio de jure belli*, Salamanca, 19 de junio de 1539.

²³ Véanse Anthony Pagden, *The Fall of Natural Man. The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982, y Antony Anghie, *Imperialism, Sovereignty and the Making of International Law*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

²⁴ Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria*, [1550], Edmundo O’Gorman (ed.), 2 vols., UNAM, México, 1967; véase Pagden, *The Fall of Natural Man...*, *op. cit.*, p. 119.

²⁵ Vasco de Quiroga, *De debellandis Indis*, René Acuña (ed.), UNAM, México, 1988, p. 57.

²⁶ Bartolomé de las Casas, *Obras completas*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, t. I, pp. 157-158.

²⁷ Lino Gómez Canedo, *Evangelización y conquista. Experiencia franciscana en Hispanoamérica*, Porrúa, México, 1988, pp. 77-79 y 81, n. 35.

²⁸ *Ibid.*, pp. 80 y 83, n. 41.

²⁹ *Ibid.*, pp. 81-82.

³⁰ Ollé Rodríguez, *La empresa de China...*, *op. cit.*, p. 146.

³¹ José de Acosta, *Parecer sobre la guerra de la China y Respuesta a los fundamentos que justifican la guerra contra China, Escritos menores*, en *Obras del padre José de Acosta*, Atlas, BAE, Madrid, 1954, pp. 337-340; Francisco del Paso y Troncoso, *Epistolario de la Nueva España*, José Porrúa e Hijos, México, 1939, t. XII, pp. 132-133.

³² *Ibid.*, pp. 223-224; Pedro Chirino, *Historia de la provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús (1581-1606)*, I, XXI, 1630, ms.

³³ Lo cual no quiere decir que toda veleidad de conquista se hubiese esfumado: las islas Molucas, Siam y Camboya se presentaban como otras presas posibles; véase Manuel Ollé Rodríguez, *La invención de China. Percepciones y estrategias filipinas respecto a China durante el siglo XVI*, Otto Harrassowitz, Wiesbaden, 2001, pp. 86-87.

¹ “El descubrimiento del inmenso universo chino constituye el hecho más importante de mediados del siglo XVI. La extraña simultaneidad del establecimiento de una red de penetración desde Macao y de una red desde Manila, la cronología impuesta al espíritu [...] nunca han sido despejadas, que yo sepa. Esa historia, en efecto, siempre ha sido descrita con base en la división artificial e inadecuada de los Estados europeos”, Pierre Chaunu, *Conquête et exploitation des Nouveaux Mondes (XVI^e siècle)*, PUF, París, 1969, pp. 209-210.

* El “presentismo” filosófico es la creencia en que únicamente existe lo que ocurre en el presente, mientras que, en el análisis literario y en el histórico, significa la introducción anacrónica de las ideas y las perspectivas del presente en la descripción o la interpretación del pasado [N. del T.].

² François Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, Seuil, París, 2002.

³ Marcocci, *L'invenzione di un impero. Politica e cultura nel mondo portoghese (1450-1600)*, Carocci, Roma, 2011.

⁴ Serge Gruzinski, *¿Qué hora es allá? América y el islam en los linderos de la modernidad*, trad. Juan José Utrilla, FCE, México, 2017.

⁵ Paul Claudel, *Le Soulier de satin*, Gallimard, Folio Théâtre, París, 1997, p. 52.

⁶ *Ibid.*, pp. 52-53.

ÍNDICE

Sumario

Agradecimientos

Introducción

- I. *Dos mundos tranquilos*
 - Los dos emperadores
 - La China de Zhengde y el México de Moctezuma
 - Zhōngguó
 - Anáhuac
 - Dos universos de pensamiento

- II. *La apertura al mundo*
 - El mundo según los pochtecas
 - Las flotas del emperador
 - Las fronteras de la civilización
 - El mar
 - Una historia ya decidida

- III. *Como la tierra es redonda...*
 - Historias paralelas
 - Historias conectadas o la carrera a las Molucas
 - El antecedente colombino

- IV. *¿El salto a lo desconocido?*
 - El Catay de Marco Polo
 - La preparación de los viajes
 - Malaca, encrucijada de Asia
 - Las Nuevas Indias, ¿se encuentran en Asia?

El sueño asiático
El salto al vacío

- V. *Libros y cartas del fin del mundo*
“Sus libros son como los nuestros”
“En China hay impresores”
Americanismo y orientalismo
Cartas desde China y México
La mirada de los otros
La ilusión retrospectiva

- VI. *¿Embajadas o conquistas?*
Bricolajes y enredos
El gran propósito lisboeta y las intrigas caribeñas
El Asia de las especias, pero no el Nuevo Mundo
El desembarco portugués en la costa de China
El desembarco español en la costa de México
Resbalón cortesiano y grandes ambiciones portuguesas
La marcha sobre Pekín (de enero al verano de 1520)
La marcha sobre México (de agosto a noviembre de 1519)
El partido de la desmesura
Los bloqueos
El encuentro de los emperadores

- VII. *El choque de las civilizaciones*
Las situaciones incómodas
La muerte de los emperadores
El segundo desastre portugués
La revancha de los castellanos
El choque de las civilizaciones

- VIII. *El nombre de los otros*
Un olvido muy extraño
¡Castilan! ¡Castilan!
¿Bárbaros o piratas?
Unos seres divinamente monstruosos

El infierno son los otros
Cómo dar nombre a los indígenas
Cómo dar nombre a los intrusos
Indios caníbales y portugueses antropófagos
Invisibilidad portuguesa y exhibicionismo castellano

IX. *Una historia de cañones*

La artillería de los invasores
La piratería china
Un cañón para el inframundo
Una tecnología del pasado
Las palabras para expresarlo

X. *¿Opacidad o transparencia?*

La experiencia ibérica
Los intermediarios
El tratamiento de las diferencias
El desciframiento de las sociedades

XI. *Las ciudades más grandes del mundo*

La geografía o el arte de espiar
Las ciudades más grandes del mundo
Como Lisboa o como Salamanca...
La mirada del conquistador
El triunfo póstumo de la capital azteca

XII. *La hora del crimen*

El arte de deshacer a las sociedades
La ventaja de las armas
Los planes de conquista
La hora del crimen o la guerra a sangre y fuego
La posguerra en Cantón
El proyecto colonial
El rudo aprendizaje de la colonización

XIII. *El lugar de los blancos*

La visión de los vencidos
La presión de los bárbaros
La alergia al extranjero
¿Qué lugar dar al alien?

XIV. *A cada cual su posguerra*

Los hermanos de la costa
Depredación y “asiatización”
Una isla mestiza
El caos mexicano
Americanizarse o “asiatizarse”

XV. *Los secretos del Mar del Sur*

La China de la primera vuelta al mundo
Los intentos desde España
La segunda vida de Hernán Cortés
Las ambiciones cortesianas y la conciencia-mundo
“Los estorbos del demonio”
El relevo pasa al virreinato

XVI. *La China en el horizonte*

El camino está despejado
La línea de demarcación
La empresa espiritual del siglo
Una base avanzada

XVII. *Cuando China despierte*

¿Por qué la guerra contra China?
La guerra del jesuita
La insoportable insolencia de los chinos
“Otras vías que son las de la guerra”
Cuando China despierte
Algo tan novedoso...
La guerra de China no se llevará a cabo

Conclusión. Hacia una historia global del Renacimiento

Bibliografía



China, el océano Pacífico, el Nuevo Mundo y la Europa ibérica son los protagonistas de una historia que surgió de su encuentro y enfrentamiento durante el siglo XVI. Esta historia se resume en una fórmula simple: en ese mismo siglo, los ibéricos fracasan en China y tienen éxito en América. Eso es lo que nos descubre la historia global del siglo XVI, concebida como otra manera de interpretar el Renacimiento, menos obstinadamente eurocentrista y más en concordancia con nuestro tiempo."

El renombrado historiador Serge Gruzinski analiza los "descubrimientos" del Nuevo Mundo y del Imperio Celeste con cuestionamientos que trascienden el gastado camino de oposición entre vencidos y vencedores: ¿Cómo repercutieron las reacciones de esos países para forjar la idea de Europa, de Occidente y Oriente? ¿Qué significó la resistencia china desde el punto de vista de una historia global? ¿Qué lazos se tejieron y qué historias se mezclaron en el mayor evento de mundialización gestado a principios de 1520?